
3 1761 03988 0463





LA MUERTE DE UN HÉROE





LA MUERTE DE UN HÉROE

Se prendió de las rodillas de Arredondo y empezó á suplicarle expresivamente que se lo pusiera en libertad para que pudiese ir con ella.

DRAMAS MILITARES

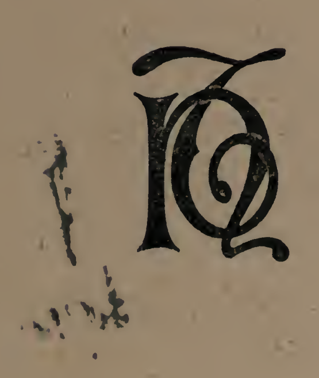
LA MUERTE DE UN HÉROE

CONTINUACIÓN Y FÍN DE

EL CHACHO, LOS MONTONEROS Y EL RASTREADOR

POR

EDUARDO GUTIERREZ



N. TOMMASI - EDITOR

BUENOS AIRES


LIBRARY
JAN 20 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

LA CAMPAÑA DE ARREDONDO.

En la época más difícil de la guerra del Chacho, y aunque á las órdenes del general Paunero, fué enviado al interior, con una división del ejército del Paraguay, el coronel Arredondo, jefe práctico y de una actividad asombrosa.

Era el único jefe capaz de ponerse frente al Chacho, por sus especiales condiciones para hacer la guerra de recursos, en que todos habían escollado, puesto que la montonera èstaba en su pié más formidable.

No era solo el Chacho el que campeaba entonces por sus respetos, paseando triunfante por las ciudades del interior.

Felipe Varela, Juan Sáa y otros caudillos de meno importancia, asolaban la República con montoneras mas temibles y perjudiciales que las que seguían á Peñaloza, porque aquellas ponían las provincias á contribución, saqueándolas de todos modos para buscar recursos y gente.

Montoneras de bandidos y cuatreros en su mayor parte, tomaban por asalto las poblaciones, saqueando su comercio y aprisionando sus hombres para aumentar sus cuerpos, que hacían la guerra sin saber por qué la hacían y porque veían halagados sus instintos de vagancia y de merodeo.

Aquellas fuerzas no seguían á Varela ni á Sáa para combatir por una causa más ó menos noble, ni por seguir una bandera que algún significado pudiera tener.

Sin disciplina y sin organización alguna, no podían tener

aquel respeto impuesto por Chacho á los suyos por el cariño, por su verdadera importancia como caudillo y por la causa que defendía; causa harto significativa para la libertad y derechos de La Rioja, por cuya independencia luchaba hacía cuarenta años.

Los habitantes de aquellas poblaciones libradas á la voluntad absoluta de los caudillos, tenían que acompañarlos en sus correrías, pues de otro modo se exponían á ser castigados de maneras brutales verdaderamente.

Y así venían á hallarse en una situación desesperante y terrible.

Si no obedecían las órdenes de los caudillos, yendo á engrosar sus filas, éstos los hacían lancear ó los obligaban á servir á palos, contra los que no tenían defensa posible.

Y servían con ellos, para librarse de estos castigos y eran tomados por las fuerzas del gobierno, y los condenaban á dos ó más años al servicio de las armas en el ejército de línea, por el delito de haber servido á Sáa ó á Felipe Varela.

Eso si no caían en manos de Iseas, que los hacía lancear sin el menor reparo y sin atender á sus descargos justísimos.

Así la situación de aquellas provincias era terrible, porque sus habitantes no tenían defensa, ni contra los montoneros, ni contra el ejército del gobierno nacional, representado por Iseas y otros jefes tan terribles como éste.

Las nobles prácticas del Chacho mandando pedir limosna para sus soldados, en las provincias á que llegaba, no eran imitadas ni por Varela ni por Sáa, que saqueaban sus casas de comercio, después de haber saqueado al gobierno de que se apoderaban como medida prévia.

Eran bandidos organizados en ejército y luchando contra todo lo que importara una ley ó un principio.

Chacho, desligado por completo de esta clase de caudillos y montoneros, seguía tranquilo en sus llanos de La Rioja, dispuesto á no moverse de allí sinó lo iban á buscar, provocándolo á la lucha.

Y como harto que hacer tenía Paunero, con las montoneras de estos dos caudillos, el ejército no se ocupaba por el momento del Chacho, cuyo único delito al fín y al cabo, era el de no acatar la autoridad del gobierno nacional, y no querer someterse á los jefes que en el interior le representaban.

Como Chacho no hacía mal a las poblaciones, toda la atención del general Paunero se concretó á las montoneras de Varela y de Juan Sáa.

Y contra éstos abrió sus principales operaciones, hábil y activamente secundado por el entonces coronel Arredondo.

Cada caudillo de aquellos, bajo el título de general, disponía

de un ejército que obligaba al nacional á dividirse en tres fracciones, para poder atenderlos á todos y aprovechar el menor descuido en que pudieran incurrir.

Juan Sáa había reunido el ejército más numeroso y mejor armado, pero era el menos inteligente de los tres caudillos y por lo mismo el menos temible.

Era bravo y organizador, pero en el combate no tenía la astucia infinita que caracterizaba al Chacho, ni el golpe de ojo y la audacia de Felipe Varela.

A Sáa lo respetaban porque le temían y porque el que no lo hubiese respetado hubiera tenido que arrepentirse.

Autoridad suprema en todas las provincias que recorría con su ejército, se apoderaba de todos los elementos que en cada una hallaba, deponiendo las autoridades que reemplazaba por sus más adictos partidarios, fueran ó no fueran competentes para desempeñar el puesto donde los colocaba.

Así, se veían jueces que no sabían leer ni escribir, jefes de policía que era la primera vez que venían á la ciudad, y hasta gobernadores elegidos entre los paisanos más bárbaros.

El ejército nacional acudía á reponer y reponía las autoridades depuestas por Sáa, pero ellas no duraban más que el tiempo que Sáa tardaba en volver á derrocarlas nuevamente, pasando por las armas á los que resistían su autoridad suprema, cosa que no sucedía nunca, porque conociéndolo, apenas intimaba á los gobernadores entregaran el mando, éstos se apresuraban á devolvérselo sin argumentar la razón más mínima.

Tanto Sáa, como Varela, caudillos de menor importancia como prestigio, porque él mismo le estaba subordinado, habían adoptado la misma escuela del Chacho para sus correrías.

Huían el bulto sacándole el cuerpo á una batalla decisiva, hasta que no tuvieran más remedio que combatir.

Pero estos caudillos no podían jamás operar con la pasmosa rapidez que lo hacía el Chacho, porque sus ejércitos eran forzados, y llevaban infantes y artilleria, cosa que jamás usó Peñaloza.

Derrotado el Chacho, aparecía con su ejército reunido dos ó tres días más tarde, porque él mismo se desbandaba dando á su gente punto de reunión cuando había más esperanzas de triunfar.

Pero Sáa peleaba réciamente, con un valor indomable y tenaz, hasta que realmente era derrotado.

Por eso es que, después de una de estas batallas, Sáa tenía que empezar de nuevo la formación de su ejército, y andar montonereando liviano, hasta que tenía dos ó tres mil hombres con que abrir campaña.

La alianza del Chacho era solicitada por todos aquellos caudillos, que comprendian la importancia positiva del jefe riojano;

pero éste no quiso jamás aceptar ninguna de las alianzas propuestas.

—Ellos hacen la guerra de otro modo, decía Chacho, levantando ejércitos muy ostensibles y haciéndose derrotar radicalmente.

No combaten en nombre de ningún principio, sinó en nombre de la barbárie y yo todavía no he manchado mis armas.

Además, una vez aliados, ellos no han de querer que yo mande en jefe, ni yo puedo consetir que manden ellos.

Así, campeando cada uno por sus respetos estamos mejor: mientras atiendan á ellos, me dejan en paz á mí que ya ando necesitando un poco de descanso.

El ejército nacional empezó entonces á operar contra Juan Sáa y Felipe Varela dejando tranquilo á Chacho que estaba en La Rioja sin molestar á nadie mientras no le molestaran á él.

La situación del gobierno nacional era tremenda, porque para atender á los montoneros de las provincias, tenía que distraer fuerzas del ejército del Paraguay, campaña que se hacía cada vez más dura y más sangrienta.

Y esta era la razón por qué aumentaba el ejército de los caudillos en el interior.

Los gobernadores de provincias reclutaban gente para enviar al ejército del Paraguay, y como era natural, los paisanos de todas ellas, para huir de formar parte en los contingentes, se refugiaban en las filas de los montoneros, donde se encontraban más cómodos, porque no salían de su tierra, y éstos no los llevaban, según decían, á que los «carnearan en el extranjero».

Las provincias, en su mayor parte habían cumplido como pudieron, con el sacrificio que les imponía la guerra del Paraguay.

La Rioja había mandado un batallón, que se hizo siempre notable como modelo de bravura y de constancia, y San Luis, San Juan y Mendoza habían hecho otro tanto.

Pero esto no era bastante; ninguna provincia había enviado el contingente completo que le correspondía, y sus gobernadores eran apremiados por la Nación, á cumplir aquel deber sagrado é ineludible.

Así es que los provincianos miraban con ódio al poder nacional y á los delegados de éste, que iban á arrancarlos de sus hogares para llevarlos al sacrificio y á la muerte.

No podían huír de una provincia á otra, porque en cualquiera de ellas habían de ser tomados y remitidos al mismo destino.

Los guardias nacionales de la ciudad, habían formado al primer llamado de sus autoridades, pero los paisanos, en la campaña, no habían hecho lo mismo.

Al principio se escondían como podían, ganaban las sierras y los montes, matrereando casi siempre.

Así es que cuando Sáa y Varela alzaron el poncho, vieron en ellos su salvación y se apresuraron á ir á engrosar sus filas.

Y aquellos miles de hombres, que en el ejército del Paraguay hubieran contribuído poderosamente á la conclusión de la guerra, se dedicaban á asolar á las provincias de todos modos, obligando además á distraer un cuerpo de ejército con su dotación de jefes en una guerra civil vergonzosa por el momento que se elegía para llevarla á cabo.

El caso era espantoso: no había garantías individuales y solo el sable del jefe ó del caudillo imperaba en toda la República.

No había más remedio para el provinciano, que elegir entre uno y otro, y aún para esta misma elección no tenían muchas veces ni tiempo ni voluntad.

En lo mejor que él estaba en su hogar, entregado al sueño ó al trabajo, su casa era invadida por una partida de gente armada.

Generalmente era una partida del epército de Sáa, que andaba reclutando gente, y que procedía en el acto á prender á los hombres que en la casa había.

Estos protestaban que no podían dejar abandonada la familia en la ruina, pidiendo que por lo menos se dejara un hombre para atender á su alimentación.

Pero todo era inútil: ruegos, razones, derechos, todo esto no valía nada y los hombres eran arreados como carneros, dejando al hogar en el mayor desamparo.

Muchas veces esta misma partida era sorprendida en sus correrías por algunas partidas del ejército nacional, que los hacía prisioneros después de una resistencia más ó menos sostenida, más ó menos heróica.

Y todos aquellos hombres, sin el menor sumario, sin la menor averiguación, eran destinados por dos años al ejército; dos años que se prolongaban á veinte y aún á toda la vida.

Los prisioneros explicaban como habían sido arrancados á su hogar por fuerzas de Sáa, á quién habían tenido que seguir á la fuerza.

Demostraban que no eran culpables del menor delito, pero esto de nada les servía.

Eran destinados á los cuerpos de línea, por andar entre los montoneros, de donde no habían de salir sinó cadáveres, ó viejos inválidos que ni en los asilos tendrían cabida.

Hemos conocido soldados destinados de esta manera, dados de baja á los diez y ocho ó veinte años, y esto como un servicio especial.

Y al ofrecerle los medios de regresar á su provincia y á su hogar, los rechazó tristemente diciendo:

—¿ Y á qué voy á ir á mi casa?

Mi mujer, presa de los mismos que me destinaron, habrá muerto ó enloquecido de vergüenza, y mis hijos, los que no hayan muerto de hambre y de dolor habrán también ocupado el sitio que la miseria y la ruina le habrán destinado en el ejército ó en la cárcel.

Prefiero la duda á la realidad horrible, porque siquiera así no me volveré loco, nos dijo.

Y no hubo forma de hacerlo volver á su provincia.

Así salia librado el prisionero que iba á poder de algún jefe humano, que si caía en las manos de Iseas, por ejemplo, no había salvación posible, produciéndose entonces el eterno diálogo, que más de una vez hemos consignado:

—¿ Por qué andás entre los montoneros ?

—Me sacaron de mi casa á viva fuerza y no tuve más remedio que seguir.

—Mientes, bandido, es porque sos montonero: degüéllenlo.

Aquí entraban las súplicas, los ruegos, los clamores de toda especie; pero sin el menor resultado feliz para la víctima.

Cuando Iseas había dicho una vez «degüéllenlo», no había remedio: toda súplica no servía para otra cosa que para irritarlo más todavia, hasta el extremo de hacer degollar con su propio ayudante, cuando los soldados demoraban mucho en el cumplimiento de su bárbara órden.

Si para evitar estos resultados funestos se presentaban voluntariamente á un jefe nacional, no por esto se les tenía y se les trataba como guardia nacional: se remontaba con ellos los cuerpos de línea, ¿y quién los sacaba de allí después?

El que pretendía conquistar su libertad á fuerza de buena conducta y bravura, tomaba el peor camino, porque pronto ascendía á clase; ¿y qué jefe era aquel que se desprendía de una clase de confianza?

Este no salía de baja en su vida.

El que se portaba mal para que el jefe no se encariñase con él y lo diera de baja al fín de los dos años, resultaba que por su mala conducta había sido recargado en cuatro ó seis años más, que se iban multiplicando á medida que él iba cometiendo faltas.

El que entraba una vez á un cuerpo de línea, ya sabía que, portándose bien ó mal, no saldría de allí en veinte años, y de aquí provenía el horror que inspiraba á todos ellos un cuerpo de línea.

Por eso los paisanos de las provincias se refugiaban en las filas de los montoneros, como los paisanos se refugiaban entre los mismos indios, para huír á los horrores del veterano.

Porque la vida en el cuartel de linea era un horror contínuo que amenazaba no concluír nunca.

Aún tenemos en el ejército rezagos de aquellos viejos elementos que, ingresados así al ejército, á fuerza de méritos, de valor y de sufrimientos, han llegado á ser jefes.

Pero esto ha sucedido en una proporción de uno por cada cinco mil.

El esfuerzo de los oficiales ha ido modificando esto, en los últimos diez años, al extremo que creemos que hoy no hay un Iseas en todo el ejército, ni un solo oficial capaz de cumplir una órden de degüello por mano propia.

Este era pues el secreto por qué aumentaban por miles las filas de los montoneros del interior, mientras disminuían las del ejército de línea, porque ningún soldado que podía desertar dejaba de hacerlo, sabiendo que escapaba á la muerte y á la ignominia.

Los contingentes que llegaban del interior al ejército, eran repartidos como esclavos en cuerpos de los jefes que los iban recibiendo, los que elegían los mejores y más jóvenes, dejando para los demás los que parecían menos útiles y aptos.

En las mayorías de los cuerpos no quedaba ninguna constancia de la entrada de aquellos soldados, de modo que todos figuraban como destinados, fueran ó no lo fueran, y acreedores por consiguiente á la misma pena y al mismo mal trato.

Y esta era la poderosa arma que esgrimía el caudillaje contra el gobierno nacional.

—Los jefes nacionales vienen á esclavizar las provincias, decían: vienen á remontar sus cuerpos con ustedes y sus tesoros con los nuestros.

Es preciso combatir para huír de la esclavitud y del robo; combatir sin cuartel ni descanso como el Chacho que ha logrado hacerse respetar hasta ahora, aunque les pese.

Y seducidos por estas palabras que tenían el fundamento que hemos indicado ya, acudían al Portezuelo, al Porcito, á San Ignacio y á todos aquellos sangrientos combates donde tanto sacrificio de vidas y de dinero se consumó mientras el país sostenía la lucha prodigiosa contra el Paraguay y contra el salvaje de sus fronteras.

Chacho, el caudillo de órden, el caudillo noble, oía impasible las noticias que llegaban del resto de la República, sin conmoverse en lo más mínimo.

—Mientras no se metan conmigo, decía, yo no los he de incomodar.

Pero á la hora que mezclen á La Rioja en sus porquerías, estén seguros que no les he de dar descanso.

La Rioja ha cumplido como la mejor de las provincias mandando su contingente de leones que han de dejar bien alto su crédito.

Es una pavada que ha hecho el gobierno, pero una pavada buena.

Lo que es de La Rioja no sale un hombre más: manden los que no hayan mandado, que los que quedamos aquí, somos necesarios para lo que pueda tronar.

Cuando Sáa ó Varela le mandaban algún mensaje solicitando su alianza y su apoyo, respondía que por el momento nada podía hacer, que estaba mal de elementos y que su mismo ejército andaba perezoso, que más adelante vería.

Pero á los suyos hablaba de distinta manera.

El ejército de La Rioja, les decía, combate por una causa noble y por el bien y la libertad de sus hijos.

Aquellos ejércitos no tienen principios, ni desciplina, ni respeto para nadie y por nada.

Ellos no pueden tener la fuerza que solo dan la razón y el derecho, y en cuanto les suelten encima fuerzas que valgan la pena, su pérdida será inevitable.

Ellos hacen barbaridades de todo género en todas partes y no pueden tener más apoyo que el miedo que logren infundir: en cuanto lo sientan débiles sus mismos amigos los han de abandonar.

Pero Chacho no pensaba que el más fuerte sostén de aquellos caudillos era la guerra del Paraguay, pues como ya lo hemos dicho, el temor á los contingentes era lo que les hacía engrosar las filas de Juan Sáa y de Felipe Varela.

A la sombra de estos mismos caudillos, se habían levantado otros muchos, de mucha menor importancia y que solo podían reunir grupos más o menos pequeños, que hacían sin embargo un mal inmenso, porque eran los más dañinos y más merodeadores.

Estos grupos acudían á los pueblitos más indefensos y donde no habían hombres, y allí eran donde hacían sus rapiñas y sus iniquidades, porque la autoridad era impotente para luchar con ellos y le convenía más dejarlos obrar á su gusto.

Así los pueblos del interior pasaban por una situación cada vez más desesperante.

El gobierno nacional necesitaba gente, no solo ya para enviar á la guerra del Paraguay, sinó para hacer la guerra á los mismos montoneros que se levantaban en todas partes.

Esperar que los guardias nacionales se presentaran al solo llamado de los jefes ó de los gobernadores, era una quimera ridícula, porque lo que hacían, al primer llamado, era ganar los montes, las sierras ó los montoneros.

Los jefes entonces, de callado, los tomaban sin decirles nada, y sin más trámite los incorporaban á los batallones y regimientos de línea.

Ocupaban una ciudad, de una manera insospechable, como si fueran de paso, pues lo primero que hacían era dividir sus fuerzas en patrullas que debían recorrerla hasta su último rincón, prendiendo y llevando al cuartel á cuanto hombre hallaban susceptible de llevar un fusíl.

Los más indómitos, aquellos que por su aspecto bravío parecían que desertarían en la primera oportunidad, eran apartados para formar los contingentes que irían al Paraguay.

Los demás los dividían en batallones ó regimientos, ó los mezclaban en los cuerpos de línea, y los dejaban para la guerra de montoneros.

Así, la llegada de cuerpos de línea á cualquier ciudad del interior, era señal de dispersión para todos los hombres que no querían servir ó que ya estaban aburridos de hacerlo.

No quedaban más que las mujeres y aquellos viejos, muy viejos enteramente, pues la ley de reclutamiento no era consultada para nada en materia de excepción para el servicio de las armas.

La miseria era inmensa en las familias, privadas de todas las fuentes de sostén.

El comercio, paralizado completamente, se arruinaba y el mismo ejército de línea sufría miserias grandes, porque la mayor parte de las panaderías caían en poder de los montoneros, que no dejaban tampoco hacienda disponible por donde cruzaban.

Los comisarios pagadores no asomaban la nariz por aquellos pagos, porque ya uno había caído en poder de los montoneros, y los pobres oficiales habían usado de su crédito hasta el último límite, quedándose sin tener quien las fiara un paquete de cigarrillos, no por mala voluntad, sinó porque no lo había.

El comercio, que vendía al crédito, no tenía con que renovar sus artículos, porque habiéndolo vendido todo, no había recibido ni un centavo.

La miseria de los oficiales y aún de los jefes mismos, era sumamente graciosa.

Muchos podían ir á comer ó almorzar á casa de sus relaciones, hechas fácilmente en aquellas provincias tan hospitalarias y cariñosas.

Pero para ir á comer á una casa de familia era necesario por lo menos tener con que vestirse honestamente, y los que teníanL camisa estaban en una proporción de veinte por ciento, de manera que, para que cuatro ó cinco fuesen de visita, era necesario que veinte ó treinta se quedaran en el cuartel.

Las camisas y los botines se iban prestando de uno á otro lo que venía á ocasionar las discusiones más graciosas.

—Caramba, decía uno, la camisa es mia y esta semana no me

ha tocado más que una sola vez, debiendo tocarme por lo menos dos, ya que soy el dueño.

—Lo mismo digo yo de mis botas, y sin embargo no reclamo, habiéndome tocado en la misma proporción.

—Sí, pero ustedes no están en un mismo caso, porque yo tengo novia y no la puedo ir á visitar sin camisa.

—¡Y qué más novia que una buena comida, gritaba otro que no era dueño de prenda alguna: yo no he podido hacer más que una en la semana y no me quejo!

—¡Pues propongo una cosa! gritaba el dueño de la camisa, dominando las carcajadas de todos: si me dejan poner la camisa dos veces á la semana, prometo, la segunda vez, traer un asado, ó tortas, ó trabletas para la comunidad.

—¡No va á alcanzar para todos! ¡rechazado! gritaba uno.

—Píntate de blanco el pescuezo, añadía otro, que supongo que la muchacha ha de ser novia tuya y no de la camisa que llevas: yo te ofrezco una media limpia para que te ates la garganta y dragonee de cuello.

Y la alegría y el bullicio de aquella juventud valiente y abnegada no decaía por esto un solo minuto.

De pronto uno de ellos se perdía, desertaba del cuartel, después de lista de ocho, sin que se supiera donde había ido.

Era el dueño de la camisa que se ponía en salvo para poder disfrutar de un turno más, en beneficio de su novia.

Aquel á quien correspondía el turno, buscaba al travieso por todas partes y tenía al fín que resignarse á esperar un día más para ir á comer á lo de tal ó cual familia; á su regreso el dueño de la camisa pagaba su delito de usurpación recibiendo un manteo formidable; pero ¿qué le importaba? había hecho una visita á su novia, fuera de turno, y era feliz.

Al fín de tanta prestada, fatigada de andar de cuerpo en cuerpo y de batea en batea, la camisa empezaba por deshilacharse, y concluía por quedar á pedazos en las manos del bueno y noble asistente, que la planchaba con una botella de agua caliente, á falta de plancha.

Todos quedaban entonces en iguales condiciones y no había más remedio que apelar á los grandes recursos.

Unos se recostaban á los grupos que poseían camisas, otros se ataban la garganta con los pedazos de lo que fué camisa, y otros en fín se resignaban con su suerte, haciendo cualquier otra travesura para disimular la falta de la camisa.

Las familias, que por lo mismo que conocían el estado de miseria de los oficiales los obsequiaban de todos modos, reían alegremente de todas aquellas travesuras y estratagemas, tendentes solo á disimular la falta de la camisa.

Alguno más audaz que los otros, llegaba hasta pedir una prestada al padre ó hermano de su novia. mientras la lavandera le llevaba la suya, y con este motivo en el cuartel estaban de fiesta.

Ya volvían á tener camisa para turnarse y crecer ante los ojos de sus cortejadas.

Algunos de ellos. más feliz y más travieso que los demás, descubría una camisa misteriosa que lo proveía de ración de ropa limpia.

Y los demás. sin meterse á averiguar de donde salía aquel lujo escandaloso que le permitía traer una camisa limpia por semana. se limitaban á mirarlo como una especie de sol. de nabad que había descubierto la piedra filosofal.

¡Una camisa limpia por semana! era hasta donde podía llevarse la insolencia del lujo.

El camino que habían seguido las camisas. empezaron á seguirlo las demás prendas del vestido.

Quien andaba con su blusa charqueada en los costados: quien con el pantalón con un remiendo de toalla á falta de otra cosa. y quien con el kepí con respiraderos enormes.

Lo que se había estado haciendo con la camisas no podían hacerse con las demás prendas del traje: de modo que la idea de uno de ellos fué hacer de todos un uniforme decente. para uso común sobre todo á aquellos que tuvieran novia. y les era imposible visitar.

El pantalón que le estaba corto á uno le era largo al otro. y en la blusa estrecha para el capitán. cabían tres cuerpos del teniente. sin la menor exageración.

Las muchachas reían alegremente de los trajes ridículos y estrambóticos con que solían presentarse sus cortejantes. porque estaban en el secreto de la cosa. al extremo de darle un pedazo de asado. ó decirle que mandaran al asistente al otro día para que les llevara una *paila* de mazamorra, que alcanzaría para todos.

Nadie hacía ya misterio de su pobreza, porque ya no era posible: si la boca lo callaba. los dedos de los piés saliendo por las roturas de los botines. se encargaban de proclamarlo en alta y aromática voz, como las mechas al pasar por los agujeros del kepí.

Y cada cual sacaba diariamente las cuentas de sus haberes devengados. sumando todos los miles de pesotes que le traería en su primer viaje el comisario pagador.

Y se proclamaba en voz alta el regalo que ese día fabuloso habían de hacer á doña Filomena, á doña Corazón de Jesús ó á doña Purificación.

Pero el comisario pagador solía aparecer una vez de año en año, llevando para cada uno de ellos un mes de sueldo solamente, porque era la menor fracción que liquidaba la contaduría, sinó les hubiera llevado un cuarto ó un octavo de mes.

En el acto caían al cuartel el almacenero, la lavandera, el fondero y demás acreedores.

¿ Pero, qué iban á hacer con un mes de sueldo repartido entre tantos ?

No pagar á nadie para no tener preferencias y esperar el otro pago, que sería más gordo, para entregar á cada cual un honorable á cuenta de mayor cantidad.

Lo que hay es que este milagro nunca se realizaba, porque al pago siguiente el comisario se presentaba con otro mes solamente, por no perder la costumbre, y las cosas quedaban en el mismo estado.

Respecto á deudas el entrampamiento era espantoso: cada cual debía por doble valor de lo que había de recibir en haberes vencidos; pero nunca faltaba la esperanza más risueña en los corazones, tanto de los deudores como de los acreedores.

El gobierno al fín y al cabo había de pagar los sueldos que se debían al ejército y el día menos pensado podía muy bien caer alguna liquidación morruda y entonces saldrían de penas.

Cuando se avistaba al comisario pagador, el campamento se ponía en estado de revolución.

Según la escolta que traía, se calculaba el dinero que le acompañaba, y como el comisario venía cada vez mejor escoltado, resultaba que el desfalco de esperanzas era mucho mayor.

Los oficiales hacían fogatas, montaban sus mejores mancarrones y hacían toda clase de festejos á la llegada del comisario.

Los milicos se ponían el kepí con visera para atrás, haciendo mil demostraciones de alegría.

Llegaba el comisario rodeado de toda aquella alegre juventud y seguido de la soldadesca; pero toda aquella alegría debía trasformarse en honda desesperación, al saber que solo había traído un miserable mes de sueldo.

Y la grita espantosa se levantaba entre los acreedores, que tenían que conformarse á la fuerza con una promesa hecha por el comisario, de que al mes siguiente traería un año de sueldos atrasados y entonces cada oficial podría hacer frente á sus compromisos, por fuertes que fueren éstos.

Pero al pago siguiente, que venía á realizarse cuatro ó cinco meses después, las cosas venían á pasarse de la misma manera, renovándose las promesas y los pagos.

Para los oficiales como para los jefes, un mes de sueldo recibido era un verdadero golpe de fortuna, porque aunque este

mes venía fuertemente disminuido por la asignación del sastre y el zapatero, siempre alcanzaba para comprarse una camisa y un par de botas con que ir á visitar á la novia y llevarle un recuerdo de la llegada del comisario.

Entonces se armaban los más suntuosos bailes por suscripción, con gran profusión de tortas fritas y aguardiente anisado, como artículos de supremo lujo.

Y se bailaba un día y una semana muchas veces, como ya lo hemos indicado en otros capítulos de este libro.

La mayoría de los cuerpos de línea, tenían como el 6° de línea, una oficialidad verdaderamente brillante, capaz de hacer roncha en el salón más distinguido.

Y era precisamente este contraste de distinción y de pobreza lo que más risa causaba.

El que conseguía una camiseta de punto, fina, encargada á Buenos Aires ó al Rosario, era un hombre lujoso, porque con las mangas fabricaba el mejor par de medias, que aunque no eran cerradas en su extremo con las botas de potro, tenían un aspecto fabuloso en su caña ceñida á la pierna.

La ciudad de Mendoza, que ha brillado siempre por su distinción y su hospitalidad característica, era la que mejor trataba á aquellos oficiales tan dignos y abnegados, porque en su trato y modales comprendían qué clase de personas eran.

Sociedad rumbosa y rica, nada economizaba para tratar dignamente á sus huéspedes y obsequiarlos en todo lo posible para hacer más llevaderas las penurias de aquella tan mortificante y abrumadora campaña.

Así es que las provincias de Mendoza y San Juan, gemelas en las condiciones, eran las preferidas para formar campamento, porque eran las menos azotadas por la miseria, y donde el ejército nacional era recibido con mas gusto, porque era donde mejor recuerdos había dejado.

¡Con cuánto placer recordarán aquellas miserias espantosas pero risueñas, los que hoy son generales y coroneles como Campos, Lagos, Arias y otros que formaban la distinguida oficialidad de aquellos cuerpos!

¡Cuántos dejaron allí prisioneros el corazón, entre los ojos de aquellas bellísimas niñas, teniendo que ir a recobrarlo más tarde cumpliendo su palabra de casamiento, empeñada entre una lágrima y un beso, mientras se encogían los dedos de los piés para que no salieran por las roturas de los botines, revelando la ausencia total de medias ó cubriendo el pescuezo con la mano para ocultar la falta de la camisa!

Buenos é inocentes tiempos, en medio de todas sus miserias y penurias, ya no se reproducirán más en nuestra vida militar, tan cambiada de poco tiempo á esta parte.

El ejército reproducirá muchos Campos, muchos Arias y Lagos, muchos Mitre y muchos Borjes, pero tal vez los cuerpos que los componen no verán entre sus compañías, bajo el humilde galón de alférez, los Juan Chassaing, Cárlos Mayer y los Miguel Martinez de Hoz.

Es que ya no hay tanto entusiasmo por la carrera de las armas: en el desencanto de los que fueron han aprendido rudamente los que son, y han buscado otra senda en el vasto campo de la vida, menos penosa, menos ingrata y de porvenir más hermoso.

El ejército ofrece un porvenir muy limitado y expuesto á perderse por motivos harto insignificantes: basta una opinión política para echar por tierra veinte ó treinta años de sacrificios leales y abnegados.

La miseria, la fatiga y el peligro, eran otros tantos motivos de alegría y de franca diversión, sin que decayera un momento el espíritu de aquella espléndida tropa que contribuyó con su valor y su sangre, á levantar hasta el nivel que ocupa en el dìa, el rango de nuestro valiente ejército: con el noble ejemplo del 6° y el 2° de línea, y la abnegada y heróica legión militar, cuyos jefes eran Charlone y Sagari.

Cada nuevo caudillo que alzaba el poncho, dificultando más la terminación de aquella penosísima campaña, era un nuevo motivo de alegría, turbado solo por la pena de ver despedazarse á tanto bravo y heróico soldado, en una guerra fratricida y sangrienta.

Como era tan difícil saber con certeza el punto donde era necesario ir á buscar los montoneros, la estadía en la ciudades era más larga y más entretenida.

La ida de Arredondo con los cuerpos que formaban su división, vino á modificar sencillamente la barbárie de aquella guerra, y su lado feroz.

Ya los Iseas y los Linares no podían degollar ó ahorcar de los algarrobos los prisioneros inermes, sin que un carácter firme los reconviniera ágramente.

El sistema del cepo colombiano para arrancar declaraciones á supuestos chachistas empezó á abolirse por completo, y las mujeres estuvieron seguras de que el rebenque del jefe no marcaría sus espaldas por el delito de ser hermanas, hijas ó esposas de jefes y oficiales que andaban ó suponían que andasen entre los montoneros.

Los resultados benéficos de este modo de hacer la guerra, empezaron á palparse bien pronto.

Ya en las provincias más lejanas empezaba á mirarse con menos temor la presencia de una brigada de línea y en las mis-

mas aldeas no se les negaba como á enemigos encarnizados que iban á hacer el mal por mal, arruinándolos hasta en sus más miserables intereses.

Los soldados que antes se escapaban de los campamentos para hacer daño en las poblaciones porque sus crímenes eran mirados como simples travesuras, no volvieron á hacerlo porque sabían que se hacían reos de un delito severamente castigado.

Era imposible evitar de golpe todos los abusos que se cometían, porque era preciso empezar por las cabezas como Iseas y Linares; pero poco á poco los abusos se iban reprimiendo de una manera radical.

Era sumamente doloroso que el ejército del Chacho procediera de una manera más noble y regular que el mismo ejército de línea, y esta gran vergüenza era la que Arredondo quería reprimir á toda costa.

Y empezó á estudiar aquella extraña guerra, para sacar de ella y de los elementos confiados á sus manos, todo el partido que le fuera posible.

Y Arredondo concluyó por convencerse que la mejor manera de hacer la guerra ventajosamente al Chacho era adoptar su mismo sistema y sus mismas costumbres, pero que antes era preciso estudiarlo detenidamente.

Arredondo empezó por quitar la independencia con que habían procedido hasta entonces, los jefes como Iseas, porque era el único medio de impedir sus crímenes y atrocidades.

El comandante Linares, por ejemplo, tenía una especie de monomanía de ahorcar hombres, que lo llevaba á cometer los crímenes mas repugnantes.

No aplicaba ningún otro castigo, equiparando á él todas las faltas, desde la más grave hasta la más leve.

Siempre sus asistentes y soldados de su escolta, andaban provistos de lazos y largos maneadores con ese único objeto.

Estos maneadores se ataban á las ramas de los algarrobos más altos, y allí se ahorcaban todos, hombres y mujeres, fuera cual fuera su delito.

Por una sospecha, por desobedecer una órden suya, por no ejecutarla prontamente, Linares mandaba ahorcar ó ahorcaba él mismo al que había cometido la falta.

Y con la misma frescura y naturalidad que ahorcaba á un hombre por estas faltas, ahorcaba á una mujer porque se negaba á decirle donde estaba su marido ó su hermano, ó porque sospechaba que ésta andaba entre los enemigos.

El comandante Linares pertenecía á una familia distinguida de La Rioja.

El era militar desde jóven, y militar lleno de bravura y dedicación.

Suave y manso al principio, siempre dispuesto á disculpar las faltas en los demás, su espírtu había ido perdiendo su natural nobleza, con el triste ejemplo que le daban sus compañeros y jefes.

Endureciéndose su corazón poco á poco, Linares fué acostumbrandose á ver maltratar y matar á los demás, hasta que maltrató él mismo por las faltas más leves.

Y así siguió en un peligroso crescendo, hasta que el primer hombre que ahorcó fué el punto de partida á las iniquidades que había de cometer más tarde.

El sexo y la edad eran cosas que no merecían la pena de tenerse en cuenta; la cuestión era ahorcar, ahorcar, para proporcionarse el placer de verlos dándose túmulos en el aire.

Y lo más gracioso es, que tanto Linares como Iseas, no mataban, según ellos, sinó á los bandidos para quienes no había otro remedio.

Linares se había vuelto feroz, en todo el sentido de la palabra, y al extremo de que el mismo Iseas llegaba á asombrarse de sus ferocidades.

Aquella clase de hombres eran perjudiciales al ejército en todo sentido; primero, por el mal que causaban, con perjuicio de la reputación del ejército, y luego, porque los oficiales educados bajo semejante ejemplo, llegarían á jefes queriendo hacer lo mismo, que encontrarían sumamente natural, puesto que ya estaban familiarizados con aquel modo de proceder.

Arredondo midió el alcance de ruina que para el ejército podía traer aquella conducta silenciada y tolerada por los jefes superiores, y se consagró á modificarla con tanto anhelo, que bien pronto se vieron sus benéficos resultados.

El primer asesinato que ordenó Iseas, estando bajo las órdenes de Arredondo, éste no solo lo reprendió con terrible aspereza, sinó que le prohibió terminantemente y bajo la amenaza de pedir su separación del regimiento, volviese á matar un solo hombre.

Si Arredondo quedó asombrado ante las iniquidades de Iseas, más asombrado quedó éste al ver que había un jefe que tanta importancia daba á la muerte de un soldado.

—Este debe ser zonzo ó loco, decía á sus oficiales: ¿qué le importa á él que yo mate ó no mate? sería curioso que me privaran de mantener la disciplina en mi regimiento!

Y decidido á sostener sus derechos de matar, tuvo una conferencia con Arredondo, negándole el derecho de mezclarse en los intereses del cuerpo que mandaba.

—En primer lugar, decía Arredondo, no se puede condenar á muerte así, arbitrariamente y porque á un jefe le dá la gana.

Un soldado es un hombre que tiene derechos que es preciso respetar, y si un jefe puede mandar castigar por sí la faltas que cometa, no puede hacerlo matar, porque la condena de muerte es una prerrogativa de los consejos de guerra.

—¡Lindo trabajo si uno tuviera que andar consultando á los consejos de guerra para mandar degollar á un pícaro de estos! respondió Iseas sulfurado.

¿Qué respeto van á tener entonces por uno si saben que no los podemos castigar sin consultar un consejo de guerra? serían capaces de degollarnos á nosotros, porque entonces no habría medio de mantener la disciplina y el respeto.

—Si el degüello pone el único medio de hacerse respetar, santo y bueno; pero hay muchos otros que poner en juego, que dan mejores resultados.

Un jefe, sobre todo, no puede proceder fuera de las ordenanzas militares, ni tomarse atribuciones que no tiene, y espero, coronel Iseas, que esto no volverá otra vez á suceder.

Iseas no se dió por convencido y quiso sostener los derechos que tenía para proceder como hasta entonces, y Arredondo no tuvo más remedio que hacer valer su autoridad de jefe superior, para ordenarle que se abstuviera de castigar á sus soldados con la pena de muerte ó de azotes.

Iseas se retiró de allí no solo contrariado, sinó enfurecido.

¿Quién era aquel estúpido que venía á imponer nuevas y desatinadas leyes? ¿con qué derecho venía á mezclarse al régimen que seguía en su regimiento?

Pero era tal el tono de autoridad con que le había hablado Arredondo, que no pudo menos que atender las indicaciónes que le había hecho, puesto que estaba entre la división que aquél mandaba y no podría ocultarse cualquier cosa que hiciera.

Algun día estaría lejos, y entonces haría lo que le diera la gana.

Contenída así su habitual ferocidad, Iseas estuvo más de un mes sin cometer el menor acto de crueldad, lo que lo tenía en estado de irritabilidad tremenda.

Por cualquier pequeñez se ponía furioso, al extremo de que montaba á caballo y se iba á dar largos paseos, porque decía que se hallaba en disposición de mandar degollar al mismo Arredondo.

Este sonreía ante la irritabilidad de Iseas, pareciéndole increíble que la ferocidad de aquel hombre llegara á semejante extremo.

Y vigilaba de cerca el campamento de aquel bárbaro, temiendo que en uno de sus naturales arranques y privado de dar un desahogo á sus instintos, fuera á cometer alguna atrocidad.

La primera vez que Iseas se sintió cerca del enemigo, bajo órdenes de Arredondo, se transformó por completo.

¡ Veamos si ahora se viene también á meter en lo que yo haga con los enemigos en el campo de batalla!

Y con un placer incomparable recibió la primer órden de carga.

Iseas cargó con el brillo y empuje que le eran habituales.

Era bravo, ya se sabe, imponderablemente bravo, y la moderación á que lo había forzado Arredondo, había hecho nacer en él una especie de delirio de matanza.

Cuando se combate de aquel modo, el triunfo no tarda mucho en sobrevenir.

El enemigo que combatía allí donde había cargado Iseas, destrozado, deshecho, vencido, dió por fin la espalda y huyó en la más completa desorganización.

La persecución fué tremenda: el regimiento de Iseas perseguía sin trégua ni descanso, sin dar cuartel al desgraciado que llegaba á caer prisionero.

Aquello era un vértigo de matanza que amenazaba no concluir nunca.

Era tal y tan repugnante lo que hacía Iseas, que muchos oficiales, por su cuenta y riesgo, fueron á llevar aviso á Arredondo de lo que sucedía, para que hiciera cesar aquellos horrores.

Arredondo mandó ordenar á Iseas que se retirara y se le incorporase inmediatamente; pero Iseas no hizo caso.

Estaba bajo la acción del delirio y ni siquiera escuchó la órden que se le daba.

Cuando Arredondo supo esto, se trasladó él mismo allí donde estaba Iseas cometiendo todo género de horrores.

—Basta, que no se mate un solo hombre más; ó los hago cargar yo mismo, á ver si se obedecen ó no mis órdenes.

La tropa y la oficialidad hizo alto inmediatamente, pero Iseas se vino sobre Arredondo como un tigre, gritando:

¡ Pero si son bandidos, si son bandidos y es preciso matarlos para concluir de una vez con todo!

¡ No, señor! respondió Arredondo: ¡ nosotros no somos un ejército de salvajes y es preciso respetar al que cae vencido y prisionero!

¡ Cuidado con matar un hombre más! ¡ cuidado con desobedecer una órden mía!

¡ Esto es una estupidez! gritaba Iseas en todos los tonos: á la hora que el enemigo sepa que venciéndolo no le hacemos el menor daño, los montoneros irán á brotar de entre las piedras, multiplicándose de una manera terrible.

—Esa no es cuestión suya, coronel, ni consideraciones que pueden hacerse para abogar por la matanza brutal é inhumana.

Fué necesario que Arredondo desplegara toda su energía, para hacer cesar la matanza y obligar á Iseas á que se retirara del combate.

Este salvó muchas víctimas que habían empezado á ser lanceadas por órden de aquel bárbaro, produciendo el mejor efecto entre aquellos infelices que esperaban una muerte inevitable, y que miraban como una cosa fantástica aquella conducta humana y digna en el jefe con quien en adelante tendrían que combatir.

Habituados á todas las crueldades que con ellos se cometían pareciales increíble que un jefe nacional hubiera hecho suspender la matanza retando al que la mandaba.

Tan extraño acontecimiento circuló bien pronto por las filas enemigas, con un movimiento de simpatía general.

Todos los prisioneros tomados estaban allí vivos, sin que ningún peligro los amenazase, ni que tuvieran nada que temer.

Así empezó el prestigio que adquirió más tarde en las provincias el general Arredondo; prestigio que aumentó luego al extremo de ser un caudillo que se hacía seguir á todas partes por aquellos mismos que antes lo habían combatido.

Desde entonces no solo cesaron las crueldades que se cometían en el ejército, sinó que empezaron á imprimir en el soldado los hábitos del respeto por la propiedad y la vida de los demás.

Porque Arredondo guardaba toda su severidad para aquellos que cometían robos y asesinatos.

Los pueblos fueron perdiendo el terror instintivo que tenían á las tropas nacionales y el respeto por el hogar ajeno fué desde entonces, y recién desde entonces, un hecho.

La guerra de montoneros vino á sufrír modificaciónes radicales que debían hacerla cesar bien pronto.

ANDANZAS.

Dedicado exclusivamente á estudiar la guerra á medida que la iba haciendo, Arredondo vió que no era posible continuarla de la manera que hasta entonces.

Era preciso cambiar de táctica por completo, y buscar al Chacho en el terreno que fuera vulnerable.

Como Sandes, como Paunero, como todos los jefes que habían combatido contra el Chacho, Arredondo empezó á ser burlado por la inmensa sagacidad de Peñaloza, y por aquella actividad suprema que era su rasgo característico.

Arredondo dedujo por el momento que era necesario ser tan activo como el Chacho, por lo menos para poder luchar con él sin desventajas notables, y sin estar expuesto á las burlas que hasta entonces había hecho el caudillo riojano á los que le habían perseguido.

Pero asimismo, y desplegando una actividad admirable, Arredondo empezó á pagar su aprendizaje en aquella campaña originalísima.

Ante todo era preciso tener un buen cuerpo de baqueanos y rastreadores para poder operar con entera seguridad del terreno, y Arredondo empezó á formarlo de los mejores elementos que tuvo á mano.

Esta fué la primera dificultad séria que le salió al encuentro y que se propuso vencer á fuerza de paciencia y constancia.

Los rastreadores famosos, aquellos que parecían adivinos, por la exactitud matemática con que interrogaban el suelo, estaban con Peñaloza, á quién servían desde que empezó su primera campaña y de cuyo lado no había fuerza capaz de arrancarlos.

Los pocos, algo regulares, que encontró Arredondo, no querían servir contra el Chacho bajo ninguna dádiva ni amenaza.

Castigarlos ó forzarlos á que lo ayudaran, eran cosas que estaban fuera de su programa y propósitos.

El quería que aquellos hombres le perdieran el miedo, y perdieran el miedo al ejército; y entonces era necesario mostrarse manso y complaciente, por más razón que se tuviera para ser duro é imponerse.

Era cuestión de tiempo y paciencia. Arredondo lo sabía y estaba resuelto á tenerla, seguro de obtener al fin el resultado que se proponía: hacerse entre aquella gente tan simpático como el Chacho mismo.

—Está bien: decía entonces á los rastreadores que se negaban á servirlo contra el Chacho; yo nada les exigiré contra él, pues es preciso que ustedes me acompañen para lo que pueda ofrecérseme respecto á parajes y datos de distancias que necesito.

Acostumbrados al rigor de otros jefes, si se negaban, creían que Arredondo los castigaría, y aceptaban, para desertarse en la primera oportunidad, desde que no se les llevaba como elemento para perseguir al Chacho, que para esto no los hubieran llevado ni á punta de lanza.

Algunos se negaban redondamente á servir con Arredondo, á pesar de la seguridad que tenían de que no los iban á matar;

pero á éstos, Arredondo daba órden se les dejara salir del campamento sin el menor inconveniente y limitándose á decirles:

—Está bién, ustedes no quieren servir conmigo porque creen que esto es servir contra el Chacho: yo no puedo obligar á nadie á que haga lo que no quiere; pero cuidado con servir al Chacho ni á nadie en contra mía, porque si alguna vez los llego yo á agarrar entre mis enemigos, los voy á tratar como á tales.

Los hombres se retiraban prendados de la amabilidad de aquel jefe, y resueltos á no servir ni en contra por nada de este mundo.

Estos hechos iban corriendo de pueblo en pueblo, y haciendo perder poco á poco el terror que como jefe nacional inspiraba Arredondo.

El gaucho de las provincias, en general, es agredecido y leal: es más susceptible de olvidar la ofensa que el servicio recibido, al que queda agradecido íntimamente.

Era lo que Arredondo quería precisamente, ganarse por el agradecimiento el mayor número de hombres que le fuera posible, porque si no le servían á él no servirían en su contra, y éstos eran enemigos que iba destruyendo insensiblemente.

Habiéndose corrido la voz por todas partes de lo bueno que era Arredondo, muchos desgraciados venían á buscar su amparo para que remediara las iniquidades cometidas por otros jefes, como Iseas, por ejemplo.

De pronto lo atajaba una mujer más ó menos jóven, más ó menos hermosa, pidiendo justicia, y demostrando la razón que tenía.

—Por no haber sabido donde andaba Chacho, decía una vez una jóven de Catamarca, de espléndida hermosura, el coronel Iseas hizo degollar á mi pobre padre, que ningún mal había hecho á nadie.

Lo que no había querido decir el viejo porque no lo sabía, quisieron que lo dijera mi marido que lo sabía menos.

Lo echaron á los veteranos, después de castigarme porque quise seguirlo.

Faltando los dos únicos hombres que me acompañaban en el mundo, perdí todos los intereses que tenía y quedé en la mayor miseria y desamparo.

Y aquella infeliz rompió á llorar con toda la fuerza del dolor que experimentaba.

—¿Yo qué puedo hacer en tu obsequio? preguntó Arredondo conmovido.

—Usted puede salvarme de la miseria ó de la ruína, de la muerte misma, devolviéndome la única felicidad que aún puedo hallar en la vida, mi pobre marido, si es que el cielo todavía le conserva la vida.

—¿Y dónde está tu marido? ¿con qué jefe sirve?

—Él fué destinado al regimiento de Iseas, y si no lo han muerto, allí ha de estar todavía, esperando que alguna vez ha de concluír todo esto.

Arredondo tomó el nombre del individuo y lo mandó buscar al regimiento de Iseas, diciendo á éste que se lo remitiera en el acto.

Desde aquel momento la jóven no quiso moverse del campamento, esperando el resultado de aquella diligencia y bendiciendo á Arredondo con palabras conmovedoras.

El jóven estaba realmente en el regimiento de Iseas, casi inutilizado de una estaqueada que le había hecho dar.

La alegría de aquella pobre mujer al ver su marido, que era un jóven de agradable y sonriente fisonomía, fué inmensa, quedando en el primer momento sin saber lo que le pasaba.

Se prendió de las rodillas de Arredondo y empezó á suplicarle expresivamente que se lo pusiera en libertad para que pudiese ir con ella.

—Y si esto no es posible, déjeme á mi marchar á su lado para consolar sus penurias, y yo le deberé un servicio más grande que la vida misma.

Arredondo sonrió ante aquella desgracia tan fácil de remediar, y dijo á la jóven que podía irse tranquila, que él pondría en libertad á su marido al día siguiente.

—¡Oh! yo me quedo, yo me quedo entonces para irme con él, dijo riendo y llorando alternativamente: esto me parece tan imposible, que si me vuelvo sola á mi casa, voy á creer que he soñado.

Él no decía una palabra: miraba al jefe, pálido y sombrío, no solo como si dudase de sus palabras, sino como si creyera que aquella era una nueva y sangrienta burla hecha á su desgracia. ¡Había presenciado tantas!

Arredondo conmovido con la desgracia de aquellos dos jóvenes, y aunque convencido de que habían dicho la verdad, mandó preguntar á Iseas la causa por qué aquel jóven había sido destinado.

—¿Y por qué ha de serlo? respondió Iseas en el acto: por bandido y ser tapadera de montoneros; tal vez me haya hecho alguna otra cosa más, pero no la recuerdo en este momento: dígale á Arredondo que me lo mande para estaquearlo por las mentiras que habrá ido á echarle.

Esta era la ley de reclutamiento que se observaba en toda la República, empezando por Buenos Aires, en cuya campaña hasta los alcaldes destinaban al servicio de las armas y remitían á la frontera los hombres por ello destinados.

Arredondo hizo más en beneficio de aquellas dos personas

que lo que había prometido, pues no solo puso en libertad al soldado, sino que levantó una suscripción entre los jefes y oficiales que presenciaban el hecho; suscripción que tuvo buen éxito, porque dos ó tres días antes se había pagado al ejército un mes de sueldo.

Arredondo cuando entregó al jóven el poco dinero que se había juntado y le dijo que estaba en libertad, tuvo ocasión de palpar el terror que inspiraban sus compañeros de armas.

El jóven pálido hasta parecer un cadáver y con la mirada amenazadora, detuvo la mano con que el coronel le daba el dinero, y le dijo:

—¡ Por Dios, señor! si esto es para mortificarme más, haciéndome volver cuando yo me creía ya libre, no lo haga, señor; yo se lo suplico, no por mí, que estoy acostumbrado á sufrir, sino por ella, por ella, la pobre, que sería capaz de volverse loca.

—No tengas cuidado, yo te devuelvo la libertad, porque te la han quitado injustamente: te doy mi palabra de honor que esto no es burla, porque yo no me burlo nunca, mucho menos de la desgracia ajena.

—Dios lo oiga, dijo entonces el jóven tendiéndole la mano: pero sin borrar la desconfianza que saltaba á su semblante; y cuando pase por Catamarca, no olvide que puede disponer de un hombre, como de una de sus manos.

Y salió del campamento seguido de su jòven esposa, dando vuelta el rostro á cada rato, como si temiera fueran á detenerlo de un momento á otro.

Después se explicó Arredondo aquella rara desconfianza que no había comprendido al principio.

Alguna vez, según decía, había sucedido que deseando matar á un hombre, con todas las apariencias de justicia, lo habían puesto en libertad absoluta.

Pero después lo habían prendido nuevamente y lo habían juzgado como desertor, pasándolo por las armas.

No nombramos al jefe que tal monstruosidad cometió porque él ha muerto ya, y estos hechos son desconocidos en nuestra sociedad donde figuró y formó su familia, que no puede ser responsable de las faltas del padre.

Después de este incidente, el ejército siguió marchando, sin preocuparse más de él; pero se divulgó de tal manera, que no hubo provincia ni pueblo donde no fuera referido en medio de aclamaciones de profunda simpatía por el jefe que tan noblemente había procedido.

Como era natural, todas las familias que se hallaban en la misma situación de ésta, no hacían más que espiar el paso de Arredondo para exponer sus quejas y reclamar la libertad de sus deudos que se hallaban destinados por causas análogas.

Y Arredondo escuchaba á todos con igual benevolencia, haciendo por complacerlos y aliviar su infortunio, cuanto estaba en sus manos.

Los soldados que estaban en los cuerpos á sus órdenes, previa una minuciosa averiguación de los hechos, eran puestos en libertad sin otro trámite.

Los que no estaban con él, por andar en los otros destacamentos, prometían mandar averiguar los hechos y proceder de la misma manera.

Asì Arredondo se iba imponiendo á aquella gente que huía de él al principio y lo rodeaba después dándole pruebas de la mayor simpatía.

Porque en cada provincia iba dejando un buen recuerdo, ó cometiendo alguna acción noble y justa.

Al poco tiempo de esta conducta, si Arredondo no encontraba quien lo ayudara para ir contra el Chacho, estaba seguro que nadie pondría tampoco obstáculos en su marcha.

Su cuerpo de baqueanos y materiales, iba aumentando insensiblemente, regresando á él la gente más práctica en el oficio.

No había que pensar en que estos hombres rastrearan las huellas del Chacho para llevarlo á sorprender su ejército; pero lo sacaban de apuros respecto á rumbos, enseñándole la situación de las mejores aguadas y los puntos más cubiertos para poder acampar.

Y él mismo se iba poniendo baqueano en aquel rudo aprendizaje, haciéndose rastreador también, pues en su vida famosamente activa, él se hallaba en todas partes, en el cuartel general como en las avanzadas, ó entre los flanqueadores.

Él estaba en todo, porque era preciso estar en todo para no ser sorprendido y sufrir algún descalabro.

Aquellos pueblos más enemigos del ejército nacional, capaces de dejarlo perecer de sed teniendo agua que darle, tratándose de Arredondo, no tenían nada reservado.

Hostiles, terriblemente hostiles á cualquiera otra división del ejército, tratándose de Arredondo estaban desarmados y dispuestos á servirlo en todo lo que él quisiera.

Lo único que se negaban á contestar era á esta pregunta: ¿dónde anda el Chacho?

Fuera de esto, según ellos mismos lo manifestaban, estaban dispuestos hasta despeñarse de las sierras si él se los mandaba.

El anhelo de todos era que Arredondo hiciera la paz con el Chacho, porque era el único jefe de quien el Chacho se podía fiar.

Pero Chacho no quería saber nada de paz con nadie.

¿De qué servía tampoco de que se hiciera la paz con él, si la

República estaba llena de montoneros acaudillados por sus cabecillas más prestigiosos?

Chacho al fín y al cabo era el menos perjudicial por el momento, puesto que él se tenía á la defensiva y mientras no lo molestaran no se movería de La Rioja.

El Chacho mismo miraba con cierta simpatía á éste nuevo jefe que había ido á combatirlo, suprimiendo gran parte de las iniquidades que eran de práctica para hacerle la guerra.

Ya no tendría que temer que sus prisioneros fueran pasados á cuchillo, ni que sus amigos fueran tratados como fieras, según se había hecho hasta entonces.

Y miraba con simpatía las reformas introducidas por Arredondo con el propósito de ennoblecer la guerra y quitarle todo el carácter de bandalaje que había tenido hasta entonces.

Como era natural que sucediera andando en persecución del Chacho, Arredondo había tenido algunos combates con grupos de montoneros; combates que costaron á éstos algunas víctimas, porque habían venido á sorprender, y siendo sentidos, la infantería se encargó de recibirlos á tiros.

Los heridos, aunque en poco número, porque los de menor gravedad lograron escapar, fueron recogidos por Arredondo y enviados á la población más próxima, mientras él seguía persiguiendo tenazmente á Chacho, creyendo que iba á alcanzarlo de un momento á otro.

Él había visto sus fogones la noche anterior, y le parecía imposible que, marchando con toda la actividad necesaria, el Chacho se le pudiese escapar.

Y sin embargo, no solo no lo alcanzaba, sinó que lo sentía á los flancos ó á retaguardia, tratando de arrebatarle las caballadas, como él lo creía á vanguardia y huyendo.

Esto lo intrigaba profundamente, porque no podía entender estas raras evoluciones hechas encima de su ejército sin que éste se apercibiera.

En vano mandaba una avanzada montada en los mejores caballos, para que picara la retaguardia de Chacho, mandando aviso en cuanto cambiara la dirección.

Pero la avanzada era burlada como lo había sido el ejército, y al mismo tiempo que de ella recibía este parte: «vamos picando la retaguardia de Chacho», sentía las fuerzas del tenaz caudillo picando las suyas.

Arredondo no comprendía cómo podían engañarse de aquella manera sus oficiales más prácticos y la primera vez que divisó el campamento del Chacho, mandó él personalmente en la avanzada de observación, convencido de que no tardaría en sorprender al enemigo.

El ejército debía seguir rápidamente, para poder tomar parte en cualquier combate, por rápido que fuera.

Esa noche Arredondo se acercó tanto á Chacho, que no solo vió los numerosos fogones que había hecho, sinó que alcanzó á ver, á la luz de estos mismos, sus fuerzas desmontadas.

E hizo adelantar cautelosamente la avanzada, mientras mandaba órden al ejército de apresurar la marcha: la sorpresa sería inevitable á la diana.

Pero después los fogones de los montoneros apagaban sus alegres llamaradas, alcanzándose á ver los montoncitos de brasas, pero no ya las siluetas de los soldados, que sin duda se habían entregado al reposo.

Arredondo hizo alto entónces para esperar que se le incorporara el ejército y dar el golpe de sorpresa: estaba á tan corta distancia del enemigo, que éste no podía moverse en manera alguna sin ser sentido.

Al fín se iba á dar al famoso Chacho un golpe récio y de sorpresa.

No bien había concluído Arredondo de tomar sus ultimas disposiciones, esperando solo la incorporación de su vanguardia para atacar, cuando sintió á retaguardia y á corta distancia un tiroteo, que ralo al principio, se hizo nutridísimo en seguida, tomando todo el aspecto de un reñido combate.

El coronel Arredondo quedó aterrado: teniendo al Chacho á vanguardia, era indudable que aquella sorpresa fatal habría sido traída por fuerzas de Saá ó Varela; Chacho sintiendo el fuego se prepararía al combate, avanzaría sobre él y vendría á quedar colocado entre dos ejércitos cuya importancia le era desconocida.

El tenía una ciega confianza en sus fuerzas: aclarando el día y pudiendo maniobrar con libertad, poco temor le inspiraba el enemigo.

Pero envuelto en las sombras de la noche, su posición no podía ser más crítica.

Con una asombrosa rapidez de concepción Arredondo formó un plan de defensa, del mejor modo posible, dado el apuro del momento.

Chacho, como él, habría sentido el fuego; pero Chacho, que ignoraba la presencia de otro ejército, creería que todo aquel fuego era del suyo, que lo había sorprendido, y que se pondría en fuga, en cuanto se viera cargado.

Así, mientras él acudía al combate para tomar las medidas que la mejor táctica aconsejara, mandó un fuerte pelotón de caballería que cargara sobre el campamento del Chacho, retirándose y replegándose en seguida, si se le oponía una resistencia séria.

Y mientras el pelotón cargaba, vino él al centro de sus fuerzas, donde las infanterías hacían fuego en cuadro, sirviendo de baluarte á las caballerías que no podían operar á causa de la obscuridad.

Habiendo hecho un hábil y rápido cambio de frente, en medio del fuego, la posición del ejército no era mala ni tan apurada como era de esperar.

Al hallarse con una resistencia cuya energía y viveza no esperaba, la fuerza que atacó había vacilado al principio: había hecho alto sin atreverse á avanzar más, haciendo sin embargo un fuego bastante nutrido, y bien pronto se retiraba del combate, como si temiera la llegada del día y lo fatal que su luz podía ser para ellos.

Por ambas partes había un buen numero de heridos, porque en el primer momento de sorpresa el enemigo pudo hacer mucho daño.

Retirada la fuerza que había atacado, la de Arredondo conservó sus posiciones, sin querer modificarlas en lo más mínimo.

La noche era muy oscura y muy expuesto entonces á que los batallones se hicieran fuego unos contra otros.

Era mejor esperar el amanecer, para poder operar con toda eficacia.

A vanguardia no se sentía el menor rumor que acusara un combate, lo que probaba que el enemigo se había retirado de allí asustado por el fuego de fusilería.

La duda de lo que había sucedido, no cesó hasta el amanecer, en que pudo examinarse el campo y divisar sus cercanías.

El enemigo que los había sorprendido por la retaguardia, se había retirado, sin hacer más daño, después de las bajas causadas, que haber arrebatado las caballadas que venían en las reservas, donde empezó el fuego.

Una vez que aclaró el día, no tardó en llegar el parte del pelotón que había marchado sobre el campamento del Chacho, y que no había llegado antes al cuartel general por temor de perderse y caer en manos del enemigo cuya posición se ignoraba.

El pelotón había avanzado sobre los mismos fogones que se había visto brillar poco antes, pero sin haber hallado un solo enemigo

El estado del campamento demostraba que hacía ya muchas horas que había sido abandonado.

El pelotón avanzó en son de carga, pero con igual resultado.

¿Dónde estaba todo aquel ejército cuyas sombras se habían visto poco antes á la luz de los fogones?

¿Dónde había pasado que su marcha no había sido sentida?

¿Quién era el enemigo que los había atacado por retaguar-

dia, ignorando la proximidad del Chacho. pues si la hubiera sabido se habría puesto en combinación con él?

No era ya difícil averiguarlo por el nùmero de heridos prisioneros que habían quedado en el lugar del combate.

Según éstos, las fuerzas que habían atacado la retaguardia, eran las mismas fuerzas del Chacho en cuyo regimiento iban, y cuyos fogones y grupos se habían visto pocos momentos antes del ataque.

La operación era muy sencilla de explicar.

Chacho, viéndose perseguido con tanta tenacidad, había encendido aquellos fogones á la caída de la noche, para simular que campaba.

Había hecho rodear los fogones con grupos de los soldados peor montados, y con su ejército fuerte, había hecho una contramarcha en círculo sobre el flanco derecho, viniendo á salir á la retaguardia de Arredondo que estaría con su atención fija en los fogones y tropa que les había dejado de cebo.

Estas fuerzas en cuanto sintieran el primer tiro, debían dispersarse á vanguardia, para engañar mejor y evitar la carga de fuerzas superiores que podían envolverlos y tomarlo prisioneros; movimiento que habían ejecutado tan bien que ya hemos visto como el pelotón que avanzó sobre ellos no halló un solo hombre.

Chacho, una vez que se colocó á retaguardia de los últimos grupos, cargó en el acto sobre ellos, arrebató las caballadas y siguió cargando con toda la violencia que le era posible sobre los cuerpos de retaguardia, que fueron tomados por la espalda.

Pero la infantería, en medio del fuego, había hecho un cambio de frente, y formando sus cuadros, había contenido al enemigo obligándolo á detenerse primero y retirarse en seguida.

Chacho, que no había tenido otra idea que sorprender al ejército, deshacerlo y dejarlo á pie, una vez que encontró aquella resistencia tremenda, resolvió retirarse para tener tiempo de hallarse bien lejos cuando amaneciese el día, de manera que no se le pudiera perseguir.

Ya había arrebatado los caballos y hecho gran daño en las fuerzas de retaguardia, que era lo único que buscó, para impedir que Arredondo se moviera con la actividad que lo había hecho hasta entonces.

Así es que cuando amaneció, Chacho se hallaba no solamente fuera de tiro, sino que no se le podía perseguir porque él se había llevado las caballadas de reserva.

Arredondo pudo apreciar entonces cuánta era la astucia y la audacia del Chacho.

Después de recoger los heridos amigos y enemigos, y dar órden de que fueran llevados al pueblo más inmediato, empren-

dió una persecución con todo el empeño y tenacidad de que era susceptible.

Con una fuerza más ágil y mejor montada Arredondo se anduvo unas veinte leguas, en la dirección de La Rioja, que era la que Chacho había llevado, pero sin siquiera lograr ver su fuerzas de retaguardia.

Pensando que lo encontraría en La Rioja, sin necesidad de agitarse, se hizo alto allí, para esperar la incorporación del resto de las fuerzas y seguir la marcha con toda la lentitud á que obligaba el pésimo estado de las caballadas.

Aquí tocó Arredondo con el gran inconveniente que había hecho la desesperación de los jefes que habían combatido anteriormente con el Chacho: la falta de agua.

La aguada donde había acampado, aguada que sus rastreadores le habían indicado como famosa, estaba inservible.

El agua era abundante, pero mala hasta lo inservible.

La sed hace prodigios, y aquellos soldados que traían una jornada de veinte leguas, tenían una sed á prueba de la peor agua.

Pero aquella agua no era posible utilizarla en manera alguna, pues los mismos caballos y mulas se resistían á tomarla.

Había sido inutilizada con esqueletos de caballos y vacas, y otras cosas que no son para nombrarlas, de modo que el soldado á quien la sed apuraba mucho y la bebía á pesar de su olor formidable, no podía retenerla en el estómago y los éfectos del emético se producían bien pronto.

—Estas son obras del Chacho, dijeron á Arredondo; es su táctica vieja para entorpecer toda persecución: es su manera de cerrar ciertos caminos á sus perseguidores.

Por ejemplo, este mismo, sabiendo que en él no hay aguada servible, usted mismo no volverá por él.

—Pues hay un remedio eficaz para que el Chacho respete las aguadas, dijo Arredondo, y las respetará en cuanto lo conozca: si él inutiliza las aguadas por donde debemos pasar persiguiéndolo, es preciso inutilizar aquellas que pueden servirle para retirarse.

El arma debe ser buena, cuando él la emplea: hasta ahora la he tenido por el cabo: es preciso entonces que la agarre también por la hoja y sienta el filo, para que deje de usarla: ya veremos.

Fué preciso abandonar la persecución del Chacho para emprender la buscada de agua, que era necesario hacer adentro del monte, donde estarían las que Chacho había reservado para sí.

Aquellas marchas dentro de aquellos montes tan bravos y tupidos eran sumamente penosas; aunque nuestros soldados no llevaban guarda-monte, era necesario sufrir aquellos inconvenientes

más ó menos mortificantes, ó resolverse á morir de sed, lo que no era posible.

Ayudado por aquellos baqueanos, á quienes la sed apuraba como á todos los demás y por los prisioneros que incorporó á éstos Arredondo, no tardaron mucho tiempo en hallar agua riquísima y abundante.

A ésta se precipitaron hombres y caballos con una ansiedad suprema.

Cuando todos apagaron su sed, y calentaron su agua y tomaron mate; cuando hubieron bebido todas las acaballadas y llenado los chifles al día siguiente para seguir la marcha en dirección á La Rioja, el coronel Arredondo mandó inutilizar, con gran pena, aquella espléndida aguada, de la misma manera que lo hacía el Chacho.

Aquello era salvaje y penoso, pero era preciso hacerlo para obligar al enemigo á que por propia conveniencia respetara las aguadas sin intentar destruirlas siquiera.

Arredondo siguió marchando siempre hácia La Rioja, por un camino donde el agua no escaseaba; camino que sin duda se había reservado el Chacho porque las aguadas no habían sido inutilizadas.

Arredondo, con la pena que debía sentir al hacerlo, fué destruyendo una á una todas aquellas aguadas.

Cuando Chacho hiciera uso de aquel camino y tuviera que abandonarlo por no perecer de sed comprendería que era necesario respetar las aguadas para que el enemigo hiciera lo mismo y el gran inconveniente desaparecería entonces.

Así como Chacho respetaba los prisioneros que hacía, por un natural sentimiento de hidalguia y para que se hiciera lo mismo con los suyos, respetaría también las aguadas una vez que comprendiera que era la ùnica manera de que el enemigo las respetara también.

El coronel Arredondo llegó á La Rioja, cuya ciudad ocupó sin la menor resistencia, pues Chacho no solo no estaba allí, sino que no se sabía donde se habría ido á situar.

Arredondo se estableció en la ciudad, por lo pronto, mientras le llegaban noticias de Peñaloza, á cuyo efecto había despachado gran cantidad de comisiones por todas partes, quedándose solo con unos cien infantes, con los que se acantonó en la plaza principal.

Pero no sólo no se tenían noticias del Chacho, sinó que ni tampoco se conocía el paradero de la mujer, que Arredondo habría deseado tomar en rehenes, para obligarlo por este medio á hacer la paz.

Hacía apenas dos días que se hallaba en La Rioja, cuando recibió una noticia que le hizo saltar tan alto.

El Chacho había marchado sobre Córdoba, había tomado nuevamente la ciudad y se había apoderado de los elementos bélicos allí existenes, desarmando un contingente de guardias nacionales de Santa Fé que se le resistía.

Arredondo reunió todas sus comisiones y contramarchó á Córdoba

Hé aquí la razón por qué no había alcanzado á Chacho después de la sorpresa de que fué victima.

Chacho, en vez le seguir para La Rioja, como él lo había supuesto se había dirigido á Córdoba, dejándole un falso rastro hácia la Rioja.

Y Arredondo, engañado por él, se había ido á La Rioja creyendo encontrarlo.

Era necesario marchar sobre Córdoba en el acto, por el camino en que Chacho se retiraba siempre de esta provincia; pero el ejército se encontró con la eterna y suprema dificultad: no había agua.

Peñaloza, temiendo aquello mismo, á su venida había inutilizado las aguas de tal manera que no podía transitarse por él, y el ejército se vió en la necesidad de tomar otro camino y venir buscando las aguas.

Y siguiendo su buena inspiración, aguada que se hallaba en buen estado, Arredondo la hacía destruir, de manera que el Chacho no pudiera servirse de ella.

Los soldados mismos, á quienes las penurias habían hecho eminentemente previsores, se habían dotado de cuanto chifle habían podido encontrar.

Soldado había que tenía cuatro pares de chifles siempre llenos de agua, pues no se recurría á ellos sinó en los casos extremos.

Antes de destruír una aguada, los soldados llenaban sus chifles, pues no sabían cuando encontrarían otra, y todo quedaba concluido.

Así lo único que venía á dificultar las marchas, no era la falta de agua para la tropa, sinó para los caballos y mulas, que se aplastaban con facilidad á consecuencia de la gran sed.

Y ya había quedado probado que no había medio posible de poder hacer la guerra al Chacho, sinó teniendo buenas caballadas para obligarlo al combate alcanzándolo; pues sin ser obligado, Chacho no daría nunca una batalla.

Cuando Arredondo llegó á Córdoba, venciendo mil dificultades, ya Chacho se había retirado en dirección á San Luis, según se lo dijeron, y llevando un buen arreo de ganado vacuno, fuera de otros alimentos que había sacado de aquella provincia.

El ejército empezó á seguir la rastrillada que había dejado el

de Chacho, apurando la marcha en lo posible para alcanzarlo, pues antes de llegar á la frontera de San Luis, se presentó una nueva dificultad.

Allí las fuerzas de Chacho se dividían, siguiendo unas para San Luis y otras para La Rioja.

En ambos rastros iba un trozo considerable de hacienda, de modo que nadie podía calcular en cuál división iba el Chacho.

Los rastreadores y baqueanos que llevava Arredondo estudiaron bien los dos rastros, pero no acertaron ó no quisieron acertar con aquel en que iba el caudillo y la Victor, pues no estando en La Rioja, era sabido que andaban juntos.

Se pensó entonces que el grupo que se había separado para ir á San Luis sería de fuerzas de aquella provincia y que entonces Chacho debía ir entre las que habían seguido para La Rioja, recostándose hácia los llanos.

Se siguió entonces á esta fuerza, pero un par de leguas después vino á tropezarse con idéntica dificultad.

Aquella fuerza volvía á subdividirse en otras dos, que se separaban en distintas direcciones.

Aquí volvía á surgir la misma vacilación, pues no podía imaginarse en cuál de estas subdivisiones iba el Chacho.

Era presumible que en la división ó en el grupo que iba más directamente á La Rioja fuese el Chacho, y á éste se puso á seguir Arredondo.

Pero este mismo grupo iba subdividiéndose de distancia en distancia y como si marcharan en dispersión, hasta quedar reducidos á pelotones de diez ó quince hombres.

Indudablemente la táctica de Chacho había sido la de irse dispersando para enloquecer al enemigo que debía perseguirlos indudablemente y que concluiría por no saber á qué atenerse.

Arredondo, luchando siempre con la falta de agua, había llegado á La Rioja postrado completamente.

Su infantería venía marchando á pie, pues no tenían ya caballos, habiendo mandado en diversas comisiones la fuerza de caballería que llevaba consigo.

Pero si Arredondo había luchado con la sed, Chacho no había dejado de luchar también, pues las aguadas con que él contaba siempre en sus casos de apuro, las había hallado destruidas por aquel enemigo que empezaba á usar de sus mismas armas.

Esto era sumamente sério para ambos, pues siguiendo así, llegaría día en que ninguno podría moverse sin quedar expuesto á perecer de sed.

Si no se suspendía aquel sistema de hacerse la guerra, no sólo no podría moverse una división en todo el territorio de La Rioja, sino que las mismas poblaciones quedarían expuestas á padecer de sed, allí donde el agua es por naturaleza escasa.

Chacho sonrió ante la astucia de aquel enemigo que le hacía guerra de montoneros con sus mismas armas, y comprendió que era necesario modificar las hostilidades.

— No debemos echar á perder más aguadas,—dijo á sus compañeros más caracterizados· no debemos echar á perder más aguadas para que el enemigo no las eche á perder también, y yo sería de opinión que hasta deberíamos de limpiar las que están ya inutilizadas.

—Indublemente que es lo que conviene, respondían á Chacho, porque en poco tiempo más no vamos á tener donde beber, y lo que es peor, donde hacer beber las caballadas.

—No veo más que una dificultad, observaba Chacho, y es que si nosotros respetamos la aguadas para que ellos hagan lo mismo, mientras no se aperciban de la cosa han de seguir destruyendo no más, y vamos á quedar con la desventaja de que será solo el enemigo quien nos ponga sitio por el lado de la sed, y esto no es justo.

Es necesario hacer un convenio y para esto no hay otro recurso que enviar un parlamentario.

Esto era muy expuesto, pues ya se sabía lo que habían hecho siempre en el ejército con los prisioneros chachistas y aún sin ser prisioneros, con todas las personas sospechadas de chachismo.

—Según el jefe, es el proceder, observaba Chacho: este Arredondo parece que no es un bárbaro como los demás, pues hasta ahora él ha respetado aùn la vida de los mismos prisioneros que ha hecho en el campo de batalla.

En las poblaciones mismas no ha cometido ninguna felonía, y si así se ha comportado siempre, no se debe creer que no respetase un parlamento que debe ser sagrado; mas, desde que no respetándolo, cortaba este supremo y buen recurso de la guerra, quedando en la imposibilidad de parlamentar jamás conmigo.

Además, nosotros tenemos prisioneros del enemigo, entre los que hay oficiales cuya vida nos respondería en todo caso de la de nuestro parlamentario.

—Y ¿por qué no mandamos de parlamento un prisionero de ellos mismos?

—Primero, porque puede muy bien el tal Arredondo, tener algo que mandar proponer, lo que no podría hacer con un prisionero que no sabría después donde encontrarme.

Segundo, porque uno de estos prisioneros que han hecho con nosotros una vida demasiado íntima, podría ir á referir cosas que tal vez no me convenga todavía que se sepan.

—Pues lo mejor es enviar un hombre nuestro con instrucciones precisas y que prevenga que, en caso que no lo dejen volver, la libertad y la vida de todos los prisioneros en nuestro poder, quedaría tristemente comprometida.

Para esto se le puede fijar un plazo, cuya terminación sin su presencia entre nosotros importaría que había sido sacrificado, y entonces procederíamos nosotros como era debido.

Con esa rapidez de pensamiento que le era característica, Chacho decidió lo que había de hacerse, preguntando á los que más íntimamente le rodeaban quién se animaba á ir de parlamentario hasta el campamento de Arredondo.

Siendo el Chacho que hacía el pedido, no sería seguramente un parlamentario lo que había de faltar, y todos se ofrecieron á marchar en el acto.

Fué preciso que el Chacho lo eligiera entre todos, y para poder hacerlo sin que uno solo pudiera resentirse por la preferencia, fué necesario que lo echaran á la suerte.

La suerte designó á un capitán riojano, más juguetón que gato chito y más bravo que un león, un especie de Miguel Jaramillo, que ha sido la persona más traviesa y alegre de toda La Rioja.

Sus instrucciones eran precisas y su misión se reducía á la conservación de las aguadas, por un convenio mútuo, no solo de no destruir las que se conservaban en buen estado, sino de limpiar en lo posible las ya destruídas, cosa bien fácil si ambos se ponían en el trabajo.

Además, podía asegurar en nombre de Chacho que todas las consideraciones que tuviera Arredondo con sus partidarios, él las tendrìa con los soldados y oficiales del ejército, quedando asì desterrados de ambos ejércitos todos los procederes bárbaros y antihumanitarios que se habían seguido hasta entonces.

—En todos los pueblos de La Rioja, añadió Chacho, hay prisioneros del ejército nacional tomados en diversas épocas, que han quedado allí recomendados por mí.

En su mayor parte han sido heridos á quienes se ha curado y cuidado sin exigirles la menor retribución.

En la misma ciudad de La Rioja hay más de cincuenta prisioneros entre soldados y oficiales, que han quedado recomendados por mí para que se les trate como si fuera yo mismo.

En mi propia casa, usando de mi misma cama y de cuanto tengo, sin reservar ni siquiera lo que pertenece á mi mujer, hay prisioneros de los últimamente tomados y que están asistidos como lo estaría yo mismo.

Pregúntese á éstos cómo han pasado, y yo me declaro responsable del menor mal trato por ellos recibido.

Yo no he hecho esto para que se respete y se trate bien á los prisioneros que ellos me han hecho, porque nunca han sido bien tratados.

Los que mejor han salido son los que han sido destinados á los regimientos de línea.

Yo he hecho lo que he hecho, porque está en mi manera de ser, y porque, por más que digan que soy un bandido y un salvaje, hasta ahora no he cometido ningún hecho que autorice á decir semejante cosa.

No lo he hecho tampoco para que se me pague con la misma moneda, puesto que siempre trataron á los chachistas como á perros sarnosos, sino porque así somos los montoneros chachistas.

Ahora, solo se trata de conservar las aguadas; ahora, si á Arredondo se le ocurre algo para hacer menos cruel y sangrienta esta guerra, que estoy á su disposición, hasta para que hablemos personalmente.

Que no tiene entonces más que mandármelo decir y nos encontraremos solos, en el paraje que él indique.

Chacho no estaba con los horrores que se habían hecho hasta entonces, con aquel sacrificio de prisioneros y aquel alarde de ferocidad con los infelices á quienes quería obligarse á declarar lo que no sabían.

Conociendo los instintos de los demás jefes por sus hechos mismos, nunca había querido tratar con ellos para nada; pero con aquel hombre que se había presentado con sus puntos y ribetes de humano, la cosa cambiaba de especie.

Bien podía convenirse con éste en hacerse la guerra en condiciones más humanas, suprimiendo aquellas crueldades que á nada conducían ni podían conducir.

Destruir las aguadas era cosa de salvajes que ninguna ventaja podía proporcionarles, puesto que era arma de que los dos hacían uso.

Pues el Chacho era el primero en suspenderla, mandando invitar á su enemigo á que hiciera lo mismo.

El parlamentario salió en busca de Arredondo, á La Rioja, señalandole Chacho el punto donde lo encontraría, un dia determinado, para darle la contestación.

Estaba seguro que su parlamentario no lo vendería ante ninguna dádiva ó amenaza, y no tenía entonces por qué temer.

Arredondo estaba ya en La Rioja pensando precisamente en que iba á llegar día que ni él ni el Chacho tendrían donde hacer beber una mula.

Pero como si él suspendía la destrucción de las aguadas, Chacho seguiría haciéndola, no había otro camino que imponérsele con la amenaza de quedar ambos sin agua.

En el poco tiempo que hacía aquella guerra originalísima, Arredondo había modificado fundamentalmente su modo de pensar respecto al Chacho.

Lejos de encontrar en él al ladrón cruel y salvaje que le ha-

bían pintado, había encontrado un paisano bueno y humilde que no abusaba del poder excepcional que le daban las contingencias de la guerra, ni con los mismos enemigos con quienes tenía que luchar, y que tanto mal hacían á sus parciales.

Aquel hombre que le habían pintado como los tigres más sombríos, era un hombre sano según lo que iba viendo, sin rencores, sin venganzas y que combatía al fín y al cabo por lo que él creía una causa santa y perfectamente legítima.

Su prestigio asombroso provenía precisamente de su conducta noble y leal.

No había un solo pueblo que lo acusara de un acto de violencia, ni hombres que tuvieran nada enrostrarle.

Con todos y en todas partes procedía de la misma manera; el que quería servir en sus filas, lo hacía voluntariamente, sin que nadie ejerciera sobre él la menor presión, pues al que no quería hacerlo nadie lo obligaba.

En los pueblos, él entraba á pedir limosna, sin que el hecho de no dársela importara una falta vituperable.

El mal inútil, el mal por solo el placer de hacerlo no exisía en su ejército, pues no solo no lo hacía él, sinó que no toleraba lo hiciera ningún individuo á él subordinado.

Nada más razonable que verlo vengarse de los enemigos con quienes luchaba, y que le hacían una guerra sin cuartel, hasta en las misma familias de sus amigos.

Y sin embargo, su mano jamás se alzó, ni sus lábios se movieron para castigar al enemigo rendido ó prisionero.

Esto era lo que más había llamado la atención á Arredondo, que conocía las injusticias que se habían cometido con la gente del Chacho.

Todos los prisioneros que se habían rescatado, estaban contestes en declarar que Peñaloza los había tratado mejor que sus mismos jefes.

Al fin, y viendo que aquella conducta no tenía compensación, Chacho podía haberse aburrido; más, después de aquel célebre canje de prisioneros en que no se le había devuelto uno solo.

Pero ni esta misma crueldad de proceder había alterado lo más mínimo el de Chacho.

En cada pueblo por donde cruzaba Arredondo, encontraba soldados y oficiales pertenecientes al ejército, que habían sido hecho prisioneros por el Chacho y dejados allí con mil recomendaciones de cuidado é interés.

Eran los mísmos oficiales del ejército, los que hacían la mejor apología de Chacho.

La narración de todos venía á ser tan idéntica, que parecía lección aprendida de memoria.

Chacho los había repartido en las poblaciones y en las casas, recomendando el mejor cuidado para los heridos, y la mayor conmiseración y cariño para todos, agregando estas textuales palabras:

—Tenga presente el que ofenda ó maltrate un prisionero de guerra, que me ofende y maltrata á mí mismo, porque me hará quedar como el último canalla.

Nadie ha de creer que ustedes lo han malratado contraviniendo mis órdenes, sinó que soy yo quien lo ha mandado maltratar.

—Y hemos sido tratados, añadían todos, como lo hubíeramos sido entre nuestras propias familias.

No nos falta un botón del uniforme, ni hemos tenido el menor desagrado.

En la ciudad de La Rioja misma, Arredondo encontró soldados y oficiales que, restablecidos de sus heridas, vivían allí como podían haber vivido en Buenos Aires.

No halló uno solo que tuviese la más leve queja que exponer.

Arredondo estaba asombrado ante aquel proceder caballeresco y leal, precisamente por el mismo empeño que habían tenido en pintarle al Chacho como un salvaje.

Veía en él más nobleza de proceder que entre los que lo combatían haciendo uso de toda clase de armas.

Y el caudillo riojano había concluido por hacérsele simpático en su manera de proceder y de hacer la guerra.

Era lástima que fuera preciso combatir á un caudillo de tanta importancia militar y de tanto prestigio, cosas que podían bien haberse aprovechado en beneficio de la República entera.

Tal vez si él hubiera podido hablar con el Chacho, pensaba, se habría modificado mucho el modo de hacer la guerra.

Pero ni él tenía á quien mandar hablar con el Chacho, ni éste le hubiera mandado parlamentario alguno, desconfiando de la manera como lo habían tratado.

Habituado á la conducta seguida por los otros jefes, era natural que el Chacho le desconfiara y no quisiera exponer un oficial á ser maltratado ó muerto, sin lograr nada como resultado práctico.

Fué precisamente entonces que se le presentó el enviado del Chacho, sorprendiéndolo agradablemente con su misión, que halagaba profundamente su amor propio de soldado, mostrándole que su modo de hacer la guerra había sido de una eficacia más rapida de lo que él mismo pensó.

Arredondo escuchó atentamente y con marcada complacencia lo que aquel extraño parlamentario le decía en nombre de Peñaloza.

Una vez que éste terminó, Arredondo empezó á sondarlo,

para sonsacarle el paraje donde se hallaba Chacho, pero sin poderlo lograr.

El parlamentario era astuto, y aseguraba no saber donde se hallaba éste.

—¿Y cómo va á hacer para encontrarlo? preguntaba Arredondo.

—Esperaré hasta encontrarlo, y entonces le comunicaré lo que se ha convenido.

—Eso es mentira, decía Arredondo: tú sabes donde está, y vas á encontrarlo ahora con mi contestación.

¿Cómo es posible que el Chacho te dé una misión para mí, sin decirte: en tal paraje espero la contestación?

—Eso no, porque tampoco está seguro Chacho de que me han de dejar volver; puedo volver como puedo quedar prisionero.

—¿Y si el Chacho cree que puedes quedar prisionero, por qué te ha mandado?

—Porque una creencia no es una seguridad y algo es preciso arriesgar siempre en esta vida.

El Chacho tiene confianza en usted porque hasta ahora no ha hecho nada malo ni ha cometido ninguna enormidad de las que hacen los otros, y por esto mismo me ha mandado para saber en adelante como ha de proceder con usted.

—¿Y tù no has temido venir, tenías seguridad en la manera con que yo procedo?

—Si no la tenía Chacho, menos podía tenerla yo; pero he venido porque ¿adónde iré yo que no pegue la vuelta?

Solo que me mataran, y esto no ha de suceder porque algo valgo yo para mis paisanos, y entonces la vida de todos los prisioneros que están libres y felices en La Rioja, garanten la mía.

Esta no es una decisión tomada de antemano, pero la paciencia humana como la bondad misma tiene sus límites, y usted no querrá probar hasta donde alcanzan en La Rioja.

—¿Quiere decir que tú eres una persona de tanta importancia que por tí faltarían en La Rioja á sus hábitos tradicionales?

—No he dicho tal cosa, dijo bondadosamente el parlamentario: solo he dicho que valgo algo para mis paisanos y que tal vez mi muerte sería poner á prueba su paciencia y su bondad.

Arredondo estaba seducido por la palabra cariñosa y suave de aquel hombre, quién dados los antecedentes habidos con los demás jefes, cometía un acto de verdadero valor y abnegación al venir á hablar con él.

—Ya Chacho debe tener noticias mías, dijo Arredondo; las bastantes, me parece, para calcular que conmigo puede entrarse en cierta clase de arreglos porque soy una persona de razón y órden.

—Sabemos que usted respeta mucho los pueblos por donde

pasa y las familias que los habitan: ¡al fin han mandado un jefe que no sea un bárbaro! — y es por esto que Chacho le ha mandado proponer el respeto de las aguadas.

Y si alguna vez aquel jefe quiere hablar conmigo para hacer alguna otra modificación en la guerra, me dijo, no tiene más que hacérmelo saber.

—¿Y cómo haría para saber donde anda el Chacho, cuando quiera mandarle algún parlamento?

—No tiene necesidad de saber donde se halla el Chacho para esto: diga usted en cualquier pueblo de tránsito que precisa hablar con el Chacho, y él se encargará de lo demás.

O deje usted á un oficial parlamentario solo, en medio del campo, y ya encontrará quien lo lleve hasta donde está Chacho.

—¿Y si yo te hiciera declarar por la fuerza donde está Chacho?

—No conozco la fuerza que puede hacer decir á mi boca lo que mi voluntad no quiere, respondió aquel hombre sonriendo y sin perder la tranquilidad de su ademán.

Esto en cuanto á mí, que en cuanto á usted, no lo creo capaz de hacer lo que dice.

Los hombres se muestran en el pelo de la ropa y á usted lo tengo yo tan calado como si lo hubiera tratado toda mi vida.

Conque no me demore más, que tal vez encuentre á Chacho por aquí cerca, y dígame qué es lo que tengo que contestarle.

—Que no tengo ningún inconveniente en aceptar su proposición.

Si Chacho respeta las aguadas, yo no tengo el menor inconveniente en hacer lo mismo.

Inutilizar las aguadas es cosa de salvajes y perjuicio para el país mismo antes que para mí, y veo que Chacho ha de haberlo comprendido así, cuando propone que esto no continúe.

Dígale, pues, que mientras él respete las aguadas, las respetaré yo; pero que á la primera que destruya, no sólo sigo yo destruyendo cuantas encuentre, sino que no vuelvo jamás á entrar en tratos con él, puesto que no respeta su palabra empeñada.

—El Chacho no sólo cumplirá su palabra, sino que ha empezado á cumplirla ya, pues hace algún tiempo que no solo no destruye las aguadas del tránsito, sino que vá poco á poco haciendo limpiar las ya existentes en mal estado.

Pero como con que él solo lo hiciera no se ganaba nada si usted no hacía lo mismo, es por esto que ha mandado hacer la proposición que usted conoce.

Terminada aquí su misión, el comisionado del Chacho empezó á hablar de otras cosas, y Arredondo se encontró con un hombre sumamente agradable y de buenos y generales conocimientos.

Dos días permaneció á su lado cambiando ideas sobre aquella larga y penosa guerra, al fin de los cuales se ausentó decididamente, prometiendo á Arredondo que siempre que se tratara de cualquier arreglo, sería él el enviado.

LA NUEVA GUERRA.

La guerra entraba en una nueva faz, original y curiosísima, por la manera como se llevaba á cabo.

Arredondo estaba convencido que la manera más eficaz de hacer la guerra al Chacho, era usar de sus mismas armas, de su misma táctica, y esto empezó á darle brillante resultados, quitando á la guerra todo su lado salvaje y sanguinario, reduciéndola á una lucha leal y franca.

El respeto por heridos, prisioneros, partidarios, era mútuo y llevado hasta el último límite, como el respeto por la misma propiedad.

Los chachistas, aliviados del azote del ejército nacional, vivían tranquilos en sus poblaciones, porque sabían que nadie había de venir á arrancarlos violentamente, ni á saquearlos en sus pocos y miserables intereses.

Y Arredondo iba hallando en todos los pueblos, prisioneros hechos á Iseas, á Paunero y á todos en fin, que vivían en la mayor tranquildad sin ser molestados para nada.

Cuando un oficial del ejército ó soldado estaba bueno de las heridas que lo habían postrado, la familia que lo había cuidado seguía alimentándolo y atendiendo á sus necesidades, con una constancia ejemplar.

Solo cuando pasaba por las cercanías algún cuerpo del ejército, se le avisaba al herido restablecido de esta manera.

—Bueno, amigo, usted está ya sano, y puede hacer lo que quiera: allí vá gente suya y puede incorporarse á ella si ésta es su voluntad.

Si se trataba de un soldado de línea, éste, siempre fiel á su bandera y á su cuerpo, se incorporaba inmediatamente sin esperar la segunda advertencia.

Pero cuando se trataba de uno de los tantos guardias nacionales, forzados al servicio y remolones de nacimiento, en vez de incorporarse á la fuerza que pasaba, le volvían la espalda, haciendo alguna seña picaresca.

Desde entonces nadie volvía á molestarlo para nada.

Quedaba en el pueblo todo el tiempo que le daba la gana, sin tener que preocuparse por las necesidades de la vida, pues la familia que lo hospedaba atendía á ellas con todos los medios á su alcance y con arreglo á sus recursos.

El huésped era el dueño de la casa en aquellos pueblos eminentemente hospitalarios, al extremo de poder disponer de todo sin consultarlo siquiera.

Muchas familias llevaban su hospitalidad hasta esconder sus protegidos de las tropas que pasaban por allí ó campaban cerca.

Arredondo tenía ya tal confianza en la nobleza del proceder de Chacho, que cuando se enfermaba algún oficial ó jefe, lo dejaba en cualquier pueblo del tránsito recomendado á Chacho.

—Si pasa el Chacho por aquí, decía á la familia en cuyo poder quedaba el oficial ó el jefe, que ahí le dejo ese enfermo, que le pido me lo cuide y lo trate con consideración.

Y Chacho, cuando sabía que Arredondo había dejado así gente recomendada á él para que la cuidara, se trasladaba en el acto adonde estaba el enfermo, si era algún jefe, para poner á su disposición cuanto tenía, y recomendarlo él mismo á sus amigos.

Muchas veces dejó Chacho sus propios asistentes cuidando un recomendado de Arredondo, y ordenando á éstos lo fueran á buscar por tales ó cuales partes si sucedía algo alarmante.

—Porque, decía, el día que se muera un jefe recomendado á mí por el enemigo, ese día me muero yo de vergüenza, porque creerán que lo hemos dejado morir por falta de cuidado ó de recursos.

Así, ya saben que cuidando la vida del enfermo cuidan la mía propia y mi buen nombre, que vale mucho más.

Con semejantes discursos, el enfermo venía á ser cuidado como lo habría sido el Chacho en persona.

El Chacho y Arredondo solo eran enemigos en el campo de batalla.

Ambos luchaban con todo el esfuerzo de su voluntad y su inteligencia, sacando al enemigo toda ventaja posible.

En el combate no había trégua ni consideración posible.

Cada cual peleaba con el ánimo de triunfar, y á esto ponía toda su atención y todo su empeño.

Pero concluida la batalla ya la cosa cambiaba de aspecto.

Arredondo, triunfante, siempre, por la clase de elementos de que disponía, mientras hacía á Chacho una persecución tenaz y

enérgica, tratando de destruirlo, hacía también recoger los heridos propios y extraños, para ponerlos en las mejores condiciones de asistencia que fuera posible obtener.

Los heridos graves eran dejados con un médico en la población más cercana, y los elementos necesarios, porque sabía que el enemigo había de respetarlos.

Y la persecución se hacía tenaz y encarnizada para impedir al Chacho que pudiera rehacerse y ver si se le obligaba á entregarse ó á hacer la paz.

Pero sucedía entonces lo de siempre: el Chacho, á medida que huía, iba dispersando su gente, de modo que cuando la persecución cesaba, porque ya era imposible seguirla más adelante, era cuando de todo el ejército solo quedaba un pequeño grupo acompañando al Chacho en su huída.

No había duda que su ejército había sido destrozado en el combate y deshecho en la huída, al extremo de quedar reducido á un grupo de veinte ó treinta hombres.

Era imposible que Chacho pudiera formar un nuevo ejército, por lo menos antes de tres ó cuatro meses.

Y como el ejército, dueño entonces de todas las provincias, impediría su reunión, Chacho venía á quedar vencido de hecho, imposibilitado de formar nuevo ejército y por consiguiente obligado á hacer la paz de una manera definitiva.

Pero resultaba lo de siempre: que quince días después el coronel Arredondo encontraba el Chacho con un ejército más numeroso que aquel con que había combatido la ùltima vez.

De manera que si había sido derrotado con dos mil hombres, en el último combate, se presentaba nuevamente con dos mil quinientos ó tres mil hombres, bien montados, aunque siempre armados de una manera miserable; pero siempre dispuestos á combatir hasta el último aliento, hasta el último esfuerzo.

Y si en el nuevo combate era vencido, perseguido y dispersado, siempre volvía á presentarse con fuerza más numerosa, con más ánimo que nunca, con más deseos de triunfar.

Aquello era positivamente asombroso y digno de admiración.

A medida que más derrotas sufría Chacho, era naturalmente peor el armamento de la nueva gente que reclutaba.

Sus armas de fuego eran casi exclusivamente para vista, porque no tenían con que cargarlas.

Los pocos cartuchos que constituían su parque, los guardaban siempre para los momentos más solemnes del combate y empleando solo el arma blanca; pero ¡qué arma blanca!

Hojas de cuchillos atadas á palos de algarrobo ó pedazos de bayoneta que ataban, como los indios, á la punta de largas cañas.

Sus regimientos armados á sable habían ido disminuyendo

en los combates y no tenían nuevos sables para repartir á los voluntarios que diariamente se le presentaban.

Sin embargo, lejos de arredrarse por esto, con esas armas se presentaban á luchar en los combates y con ellas ponían muchas veces en conflicto á nuestras tropas armadas perfectamente, y que sabían iban á combatir casi sin peligro, porque no se puede pelear con chuzas y garrotes, contra armas de fuego bien manejadas y contra cañones dotados de abundante munición.

Ellos sabían esto; sabían que tenían que ser vencidos, y sin embargo acudían al combate, cada vez con mayores bríos y mayores deseos de triunfar.

Su fuerte eran las sorpresas: Cuando Chacho lograba sorprender á Arredondo ó á cualquiera otra fuerza de las muchas que andaban por las provincias, lo hacía siempre con tal tino y tal empuje, que generalmente salía con alguna ventaja de armas, que era lo que venía buscando.

Esquivando siempre el encuentro de Arredondo y evitando que éste lo alcanzara en sus persecuciones, el Chacho trataba siempre de ganarle la retaguardia, no sólo para picársela y sorprenderla según la oportunidad, como para operar en los pueblos que aquel abandonaba y hacerse de recursos.

En estos pueblos era donde Chacho se quedaba á descansar, mientras Arredondo creía irlo persiguiendo muy de cerca.

Los enfermos ó heridos dejados allí por Arredondo, eran respetados por el Chacho y atendidos por él con un cariño ejemplar.

Aquellos que no tenían asistente porque Arredondo no podía distraer un soldado al lado de cada enfermo ó herido, Chacho les ponía como tal á uno de los suyos, recomendándoles tanta sumisión y cuidado como el que tendrían por él mismo.

Lo único que Chacho les recogía, eran las armas; las armas blancas con preferencia, por cuya razón no era extraño ver un soldado del Chacho con espada de oficial.

Después de esto no se les tocaba ni un botón del uniforme.

Chacho buscaba siempre de venirse más hácia Córdoba, cuando Arredondo lo andaba buscando por San Luís ó La Rioja, porque en Córdoba siempre estaba seguro de hallar depósitos de armas y de proveeduría, de cuyos depósitos se apoderaba sin más trámite.

Entonces Chacho, con algunos sables y lanzas que tomara para repartir entre sus últimos voluntarios, se creía fuerte é invencible al extremo de que era capaz de lanzarse en demanda de Arredondo, hasta que lo alcanzaba y peleaba, con ventaja ó sin ella.

La intemperie como la miseria, nada significaban para aquella gente de bronce.

Ya se habían habituado á ellas de tal manera, que cuando Cha-

cho se encontraba accidentalmente en La Rioja, dormía á campo no más, teniendo allí su casa con todas sus comodidades.

Primero, que para él era exactamente lo mismo el campo que la casa; y segundo, que no quería gozar de comodidades que sus subalternos no podían tener.

El era igual á todos: cuando todos tenían, tenía él también; cuando nadie tenía, no era justo que él tuviese, porque como jefe, siempre él debía dar el ejemplo.

Así era el primero que se levantaba, el primero que saltaba á caballo y el primero que se ponía en marcha, como el último que acampaba y el último que se entregaba al descanso.

Chacho no tenía asistente.

El se ensillaba y desensillaba el caballo suyo y el de la Victoria, cuando andaba con él, como se hacía un churrasco y atendía á sus otras necesidades.

No había ejemplo que ocupara un soldado en su propio servicio: siempre los que componían su escolta se disputaban el placer de servirle, porque su cariño por el caudillo rayaba ya en lo extraordinario.

Regalados por todos, por los hacendados y las familias ricas de todas las provincias por donde cruzaba, su carretón estaba siempre bien provisto, de yerba y azúcar sobre todo, que eran los artículos de primera necesidad para aquel ejército extraordinario. Y en aquel carretón era donde se surtían los necesitados de su ejército, desde el jefe más respetado hasta el más infeliz y atorrante de los soldados, porque para Chacho todos eran iguales, á todos estaba igualmente agradecido, porque todos le servían con el mismo interés y la misma fuerza de sacrificio.

Y cuando alguno le pedía una ración de vicios,—«sacá del carretón, era su respuesta, que mientras en él haya nadie tiene que privarse de nada».

Y cuando en el carretón no había, ahí estaba siempre un puñal de oro, especie de varita mágica que suplía las necesidades del más apurado.

Era la única prenda de valor que poseía, pero no por esto la economizaba en lo más mínimo.

Más tardaban en revelarle una necesidad que él no hacerlo y decir:

—Ahí está lo único que tengo: andá empeñalo por lo que te dén, ó vendelo si no te lo quieren empeñar.

Aquel era un poderoso saco de apuros; conocido por todos, nadie se resistía á dar por él la mercancía que se pedía, porque sabían que cuando á él acudía el Chacho, era cuando no tenía ni un centavo ni un grano de azúcar y yerba.

Y no sólo entregaban lo que con el puñal se iba á buscar, sinó

que enviaban más tarde el puñal al Chacho, como si hubiera sido un crímen retenerlo empeñado.

Peñaloza sonreía al recibir su puñal devuelto de aquella manera, y exclamaba sonriendo: «si se imaginaría Urquiza cuando me lo regaló lo útil que había de serme!»

El me lo dió para que comiera siempre con él; pero no se figuró que él había de darme de comer, y no sólo á mí, sinó á todos mis amigos.

Sin el menor vicio, con excepción del mate, mataba las horas aburridas del campamento, jugando á la baraja, como le habían enseñado á jugar los rastreadores que lo acompañaban .

Uno le había enseñado á jugar al truco, otro al punto, otro al mus y otro al burro; cada uno al juego en que era especialista.

Así, según el juego que quería jugar, mandaba llamar al del burro, al del mus ó al del truco, que jugaba sin el menor interés, pero con más atención que si en la partida fuera jugando una fortuna.

Legal en el juego, hasta la exageración, no toleraba una trampa, y ya sabían los que con él jugaban, que el que la hiciera no volvería jamás en la vida á jugar con él.

Su uniforme era tan sencillo como el de su último soldado.

Bota granadera y bombacha con tirador; chaleco, en cuyos bolsillos no faltaba jamás la baraja y una vincha en la cabeza, pués no siempre era Chacho poseedor de un sombrero.

Sus prendas se reducían á un par de espuelas de plata, regalo de su amigo Baltar, el puñalito de cabo de oro que ya lo conocemos, y un rebenque cuyo único lujo era una pequeña virola de plata en la extremidad del puño.

El sable lo llevaba en la cintura, ó entre las caronas del recado, indistintamente; prefiriendo esta ùltima manera de llevarlo porque era más cómoda.

—Ya me estoy poniendo medio viejo, decía, y el peso del sable me incomoda en los riñones.

Es que su arma favorita era la lanza, al extremo que solo usaba del sable en los entreveros, cuando estrechado por el enemigo no podía enristrar su terrible lanza, aquella lanza que blandida por él, rara vez dejaba de inclinar la victoria allí donde cargaba.

La misma Victor, su heróica mujer, que en los últimos tiempos no dejó de acompañarlo un solo día, manejaba la lanza con tanta naturalidad como el soldado más aguerrido y más bravo.

Ella era el jefe de la escolta del Chacho, que se había aumentado hasta tomar las proporciones de un regimiento.

Y la escolta donde estaban los más bravos veteranos, se sentía orgullosa de ser mandada por aquel jefe, que siempre los guiaba á

lo más récio del peligro, peleando con ardor á la par del más audaz y más decidido.

En vano el Chacho le rogaba de todos modos que no tomara parte en el combate, porque él lo desatendía por atenderla á ella; pero todo era inútil.

Mientras Chacho se limitaba á mandar el combate, ella permanecía tranquila al frente de la escolta, sin perder sin embargo, ningún detalle de la batalla.

Pero en cuanto Peñaloza cargaba, en cuanto tomaba en el combate una parte activa, ella cargaba siempre detrás de él, salvándolo más de una vez con su arrojo y pericia, de caer prisionero.

La Victor ejercía sobre Chacho un poderoso dominio: siempre era lo que ella mandaba lo que se había de hacer, sin que tuviera por esto que usar un mal modo ni una expresión violenta.

Bastaba que ella mirara á Chacho de cierta manera cariñosa para que Chacho no solo le hiciera el gusto en lo que ella quería, sinó que la instaba todavía á querer mucho más.

Los milicos reían alegremente al ver aquel hombre ordinario como carácter, dominado por el cariño de su mujer; pero era una risa bondadosa que no envolvía la menor crítica.

Tenían tanto cariño por la Chacha como por el Chacho mismo y encontraban muy natural aquel dominio ejercido por el cariño más leal y abnegado que pudiera imaginarse.

Así, Chacho había tenido siempre en sus momentos más amargos, el cariño leal de aquella mujer amante, donde engañar las angustias del espíritu y las contrariedades de la suerte.

Para ella no había pena ni miseria, ni peligro, tratándose de acompañar al Chacho.

Y era capaz de seguirlo á pié, hambrienta y llena de angustia, y aunque solo esperase la muerte como fin de la jornada.

Al principio Chacho la miraba en el campamento con profunda pena, porque no podía habituarse á verla compartir sus peligros y sus fatigas.

Pero poco á poco se había ido acostumbrado á verla á su lado, hasta herida, y concluído por mirarla como á cualquiera de los demás jefes de su ejército.

La Victor también había aprendido á jugar para hacerle la partida al Chacho, y jubaga con tal maestría al punto de la vasca, que en el campamento no había quien le ganara.

El mismo especialista á este juego que se lo había enseñado á ella y al Chacho, sufría cada revolcada que metía miedo y levantaba una farra que repercutía en todo el campamento.

Viendo el amor que tenía Chacho por la Victor, Arredondo como Sandes y los demás jefes que habían hecho esta guerra, pensaban que tomando á la Victor se obligaría á Chacho á hacer una paz definitiva.

Pero, ¿quién tomaba á la Chacha que era tan montonera y tan prestigiosa como el Chacho mismo?

La empresa era tan imposible, que por más empeño y voluntad que hubiera por seguir adelante, se concluía por abandonarla como irrealizable.

Los golpes de mano más audaces, las sorpresas más atrevidas eran siempre traídas por la Chacha sobre las fuerzas que se trasladaban de un punto á otro, ó sobre los pueblos donde había guarniciones más fuertes.

Es que en los últimos años Chacho había envejecido mucho, y se había puesto más pesado y más accesible á la fatiga.

Sus jornadas no eran tan pasmosas como diez años antes, al extremo de que la Victoria era muchas veces la iniciadora de una retirada á tiempo, ó la que combinaba de acuerdo con los rastreadores, uno de aquellos golpes que asombraban por la audacia y el valor de la concepción.

Es que la Victoria, á su valor asombroso y á su práctica en la milicia, reunía una audacia y una rapidez de pensamiento completamente femenina.

La Victoria montaba siempre como un hombre con chiripá ó con pollera esto le era indiferente, kepí en la cabeza y sable en la cintura.

Tenía lanza también; una lanza delgada y flexible que en otras manos hubiera parecido un adorno, pero que en las suyas era una arma terrible, capaz de postrar al enemigo más vigoroso.

La Victoria mandaba con tanta desenvoltura como el Chacho mismo, y con tanta arrogancia como el más bravo de los jefes chachistas.

Por esto los soldados se sent'an multiplicados al sonido de su voz de mando, y capaces de todas las heroicidades.

UNA ENTREVISTA CURIOSA.

La guerra pues había quedado notablemente modificada en cuanto á los actos de salvajismo.

Ya no se inutilizaban las aguadas, de modo que las divisiones del ejército podían campar en cualquier punto.

En cuanto á prisioneros, los chachistas habían ganado, porque el enemigo respetaba siquiera la vida de los suyos.

No se los ponía en libertad porque no era razonable, ni justo, pues siempre remontaban con ellos los cuerpos de línea: pero el Chacho estaba seguro que sus prisioneros no serían maltratados ni muertos entre las más bárbaras torturas.

Sólo los prisioneros que desgraciadamente llegaban á caer en poder de Iseas, eran como siempre degollados sin más trámite, ó sometidos á las peores torturas que el lector conoce.

Los oficiales que tomaba Arredondo quedaban en otras condiciones porque á éstos, como á los soldados, no se les destinaba al servicio de los cuerpos de línea, ó se les volvía á poner en libertad, después que daban su palabra de no volver más á tomar las armas, ó se les remitía á Buenos Aires para que el gobierno dispusiera lo que había de hacerse con ellos.

Así como Arredondo había seguido en muchas cosas el sistema de guerra del Chacho, éste, respecto á prisioneros, empezó á seguir la táctica de aquél, á ver si por este medio conseguía algo que pudiera traducirse en ventaja para sus parciales.

Sin alterar en nada su modo de tratar los prisioneros, no dejándoles carecer de nada, no los dejó ya en la libertad absoluta que antes.

Respetados por todos, obsequiados hasta donde era posible, quitándose muchas veces su propia ropa para vestirlos, ya no los dejaba como antes en aquella absoluta libertad, sobre todo cuando se trataba de oficiales y gente de importancia.

—Perdónenme que los tenga como prisioneros, les decía; pero esto no es más que para ver si logro igual ventaja á los pobres chachistas.

Siempre como antes ustedes son dueños de hacer lo que les dé la gana, menos volver al ejército: confío en la palabra del que me la empeñe; solo centinela tendrán, así los obligaré á volverme mis prisioneros, si quieren que yo les devuelva los suyos.

El que empeñaba su palabra de no moverse de allí, allí quedaba sin más guardia que su propia palabra.

Había algunos que no sintiéndose con fuerzas para cumplirla, no querían empeñar su palabra, teniendo la franqueza de decir: ¿para qué vamos á empeñar una palabra que no hemos de cumplir?

Estos eran llevados á La Rioja, donde Chacho los alojaba en diferentes casas, bajo la vigilancia de sus mismos dueños para que no se fueran.

No era esto más que un simple aparato, pues bien sabía Chacho que sin recursos, y hasta sin caballos, no habían de moverse de allí.

El jefe nacional, deseando obtener la libertad de ciertos prisioneros que le tenía á Chacho, mandó proponer á éste un canje, de la manera más curiosa que pueden imaginarse nuestro lectores.

Arredondo no mandó á Chacho un chasque directo, porque no sabiendo donde se hallaba el jefe riojano, no podía hacerlo.

De acuerdo con lo que Peñaloza lo había hecho decir cuando el convenio de las aguadas, manifestó que en cuanto supiera en donde se hallaba Chacho, le mandaría un chasque proponiéndole un cambio de prisioneros.

Tres días después, Arredondo recibió un chasque de Peñaloza con el siguiente mensaje:

—Puede usted enviar sus proposiciones conmigo, respecto á canje de prisioneros, que el general le enviará la respuesta de la misma manera.

Ahora, dice el general que si usted quiere hablar con él, dentro de tres días lo espera en la Punta del Negro, punto intermedio entre La Rioja y Chumbicha.

Pero en este caso debe presentarse usted solo dejando sus fuerzas á distancia bastante para no poder efectuar un acto de agresión, que él concurrirá de la misma manera.

Que si no piensa hacerlo así, agregó el general, es inútil que se presente á la cita, porque en cuanto él vea que fuerza alguna se aproxima más de lo convenido, se retirará dando por terminada la negociación.

No podía darse un proceder más original; y en honor de los resultados benéficos que podía producir con el Chacho, Arredondo aceptó la proposición, contestando que el día convenido estaría en el paraje indicado, y de la manera que se le prevenía.

Vista su aceptación y habiéndose expresado del Chacho con los mejores conceptos, Arredondo trató de sacar al mensajero donde se hallaba el caudillo riojano, pero todas sus tentativas fueron inútiles.

El mensajero se limitó a sonreir y asegurar que aquella pregunta no debía nunca hacerla á un chachista, porque era perder tiempo.

—Tenemos tal costumbre de no decirlo, añadió con una sonrisa picaresca, que aunque supiéramos que era para darle plata, no diríamos donde se halla.

—Es porque ustedes son en extremo desconfiados.

—De los escarmentados nacen los avisados, y no hay que ofenderse con esto que no reza con el coronel Arredondo, de quien no hay queja hasta ahora.

Arredondo obsequió finamente á aquel travieso mensajero, que concluyó haciéndolo descalabrar de risa con el siguiente pedido:

—Veo que un poco más ó menos de azúcar y yerba no ha de causarle mayor perjuicio, porque sinó no me hubiera obsequiado y regalado tan de lo fino, y la misma creencia tengo respecto á una docenita de cigarros.

¡Y si así fuera, respondió sonriendo Arredondo, ¿qué diría usted, amigo?

— Le pediría esas cosas, para llevarlas á mi general, porque hace más de un mes que no sabemos lo que es echar una humada.

En quanto á ese asado que usted me ha mandado hacer, si me lo permite, me lo voy á llevar íntegro para dárselo á la Victor: ya estamos cansados de carne de burro.

Arredondo no andaba muy abundante de provisiones, pero al lado de la situación que acababan de pintarle, podía considerarse un magnate.

Un general en campaña que le hacía pedir al enemigo una cebadura de mate, no podía darse nada de más original.

Riendo alegremente mandó acomodar en las maletas del chasque cuanto pudieron contener, despachándolo en seguida de la manera más cordial.

Pero si gracioso había sido el pedido, mucho más gracioso fué la despedida de aquel enviado original, que al montar á caballo le dijo:

—En nada se perjudica Usia con esto, mi coronel.

Yo le responde en nombre del general Peñaloza ,que en cuanto andemos más armados todo le será devuelto con alguna ganancia.

Y picó espuelas dejando entre un coro de carcajadas á los que habían oído el final de la entrevista.

Es que entonces la situación de los montoneros era verdaderamente miserable.

Hacía más de un mes que el Chacho no sabía lo que era tomar mate, lo que significaba que ya no tenía ni siquiera que empeñar.

Ya calcularán nuestros lectores la inmensa alegría que experimentaría el Chacho, cuando su mensajero desenvainó de entre las maletas el préstamo de Arredondo.

No querían creer en tan inmensa felicidad.

Chacho apartó para su mujer, no para sí, un par de cebaduras y un par de cigarros, repartiendo lo demás, como alcanzó, entre el resto de la gente.

Y los cigarros andaban de boca en boca, pues no se trataba ya de repartir los cigarros sinó las humeadas.

Lo mismo sucedía con los mates, pues no pudiendo hacerse reparto de yerba y azúcar. porque habría tocado á un átomo por cabeza, se repartió una cebadura de yerba para cada compañía ó escuadrón.

Era preciso que todos tomaran, aunque fuera un chupo de mate y que todos fumaran, aunque no fuera más que una humeada.

Era así incalculable la manera fraternal como vivía aquella gente, que se sentía con más vigor y más temple para hacer la guerra, mientras mayor era la miseria en que vivían.

Acosado por Arredondo de todos modos, Chacho no había podido proveerse de víveres, hacía más de un mes, pero no por esto había decaído un átomo el temple de su gente.

¡Bueno fuera que nosotros no lo sufriéramos, decían cuando lo sufre la Victor, que vale más que todos nosotros juntos!

Y el préstamo de Arredondo, pues como préstamo lo había recibido, vino á caer como cosa llovida del cielo.

No podía entonces presentarse al jefe nacional mejor oportunidad de hacerse simpático é inspirar confianza á su enemigo.

Era cuestión de sacrificar algunas raciones de su tropa, que podría reponerlas muy pronto, porque las hostilidades del enemigo no eran ya tantas.

Arredondo resolvió entonces asistir á la conferencia, llevándose un carro de provisiones para obsequiar al Chacho: yerba, azùcar y tabaco, que era lo que más necesitaban.

Los jefes que lo acompañaban y con los cuales cambió ideas, quisieron hacer desistir á Arredondo de semejante conferencia.

No era difícil que el Chacho intentara hacerlo caer en alguna emboscada, y entoces era de una extrema imprudencia prestarse á facilitar su plan.

—Yo lo conozco á Chacho, decía Arredondo, lo conozco á fondo como no lo conoce nadie, y Chacho no es capaz de cometer una cobardía ni una acción innoble.

Chacho es eminentemente caballeresco, lo está demostrando todos los días, á cada paso, hasta en el modo de tratar el más infeliz de los prisioneros.

Voy, pues, plenamente convencido de que vendrá sólo y como lo ha dicho; sinó, siempre habrá tiempo de retroceder y de hacer frente á cualquier intento.

Chacho se presentará solo, hay tiempo de verlo llegar, y á la menor señal de traición ó emboscada, siempre podremos darle un mal rato.

Los jefes, á pesar de todas estas observaciones ,contrariaban el modo de pensar del coronel Arredondo, porque todo podía ser una emboscada tendida á su persona.

¿De qué serviría poder concluír con el ejército de Peñaloza, si caía prisionero Arredondo y con la amenaza de su vida les imponían los montoneros cuanto quisieran?

Los jefes propusieron á Arredondo un plan, que dando los mismos resultados, evitaría todo peligro al jefe del ejército.

Que éste mandara con sus instrucciones precisas á un jefe ó á un oficial que lo representara, bajo cualquier pretexto.

Chacho podría arreglar con éste el canje de prisioneros, y así se evitaría todo.

—El consejo es prudente, decía Arredondo, pero no puede seguirse, hasta por toda razón de aparato.

Yo he prometido ir, y el mandar un representante es casi declarar al Chacho que se le tiene miedo, mientras él viniendo, se mostrará moralmente inferior á nosotros.

Más razones tendría el Chacho de desconfiar de nosotros, por todas las malas partidas que se le han jugado, y sin embargo no desconfía y viene.

Es preciso que yo vaya: aseguro que no hay el menor peligro, mucho más desde que pueden tomarse todas las medidas tendentes á evitarlo, siempre que sean medidas que no pueda apercibirse de ellas el enemigo.

Los jefes todavía argumentaron en contra de aquella determinación, observando á Arredondo que como jefe del ejército no tenía el derecho de exponerse.

Pero éste los venció demostrándoles que á nada se exponía; que aquella conferencia sería muy cordial y que tal vez diera por resultado la paz definitiva con el caudillo.

—Las menores causas producen los mejores efectos, decía Arredondo sentenciosamente: quién sabe si este carro de víveres tiene más influencia que todos los combates que hemos dado ya contra el Chacho.

Ya no había más que argumentar y fué preciso acatar la resolución del coronel Arredondo, temeraria, si se quiere, pero razonablemente fundada.

Arredondo conocía realmente á fondo al Chacho.

Había estudiado su carácter como había estudiado su guerra, y estaba convencido que el Chacho no cometería jamás, bajo ningún pretexto, la cobardía que habían supuesto los compañeros.

Y se puso en marcha hácia la Punta del Negro, para tener tiempo de llegar descansadamente al sitio de la cita, el día indicado.

La Punta del Negro es un paraje estéril é ingrato: no hay allí nada que pueda detener al viajero, porque ni siquiera hay allí agua.

En sus alrededores no se levanta el más miserable rancho, sin duda por la falta de agua que sería preciso traerla desde Chumbicha ó desde La Rioja.

Es una enorme roca negruzca y punteaguda, de donde sin duda ha tomado el nombre de Punta del Negro.

Desde su altura se domina una gran distancia y fué sin duda por esto que Chacho lo eligió para sitio de la conferencia, porque

desde allí podía muy bien cercionarse si Arredondo venía solo á la conferencia, y ver donde dejaba gente.

Cuando Arredondo divisó la Punta del Negro, siguió avanzando hasta llegar á un par de leguas más ó menos, decidiendo hacer alto allí no más, y avanzar solo con un asistente que dejaría también antes de llegar al paraje, para adelantarse solo.

Para tranquilizar á los jefes que encontraban imprudente y peligrosa su operación, se había convenido en que á la menor sospecha que tuviera de traición. Arredondo haría un tiro de revólver, que repetiría su asistente con una carabina, y á esta señal la división se lanzaría á protegerlo.

Al poco andar, Arredondo notó que sobre la negruzca sierra había un bulto que á ojo desnudo parecía un hombre.

Tomó un anteojo y no tardó al ver claramente que no solamente aquel era un hombre, sinó que aquel hombre era el Chacho.

Allí estaba efectivamente el caudillo riojano, con su figura esbelta y simpática, siempre en mangas de camisa y con su cabeza inteligente ceñida por la vincha.

Estaba cruzado de brazos y de la mano derecha pendía su rebenque, única arma que se le veía y única que realmente llevaba consigo.

Arredondo exploró los alrededores con el anteojo y no vió nada en el inmenso descampado.

Era indudable que el Chacho estaba allí completamente solo ó que tenía su gente hábilmente emboscada.

A cierta distancia, Arredondo mandó detener su asistente y avanzó ya resueltamente solo.

Era sin duda lo que Chacho esperaba, porque apenas lo vió hacer esta operación, empezó á descender la sierra lentamente, tan lentamente, que llegó á su base casi junto con Arredondo.

Allí estaba el caballo de Chacho, lo que probaba que ninguna desconfianza había abrigado respecto al proceder de su enemigo.

Y ambos jefes cambiaron un cordial saludo, estrechándose la mano como dos viejos y nobles amigos.

—Sabía que el coronel Arredondo acudiría como se había convenido, dijo Chacho, y lo esperaba tranquilamente.

—Sabía que el general Peñaloza, cumpliría su palabra, respondió éste, y por eso he venido de la manera que lo prometí.

El Chacho era entonces una soberbia y simpática figura: la vejez había acentuado más sus facciones y sus músculos; estaba entonces muy flaco; pero ni la vejez ni la flacura habían alterado la esbeltez ni la arrogancia de su cuerpo, que se conservaba tan derecho como á los veinte años.

—Aquí me tiene, amigo, á sus órdenes, continuó Arredondo, y dispuesto á complacerlo en todo aquello que sea compatible con el cumplimiento de mi deber.

—Ante todo, repuso el Chacho bondadosamente, quiero agradecerle su obsequio del otro día, que nos vino como bajado del cielo.

Ustedes como nosotros, recelan también pasar sus miserias, y espero que alguna vez podré devolvérselo tan oportunamente como lo recibí.

Arredondo no pudo menos que sonreír ante tan original preámbulo: se sentó en el verde indicando á Chacho con un ademán que hiciera lo mismo, y la entrevista comenzó con tal armonía, que nadie hubiera sospechado en aquellos dos hombres, eran dos enemigos que se habían acordado una corta trégua.

Arredondo vió que el Chacho no tenía más armas que su rebenque, y se felicitó íntimamente de no haber llevado él más que su revólver, aunque esto ya lo colocaba en inferior condición al caudillo.

—Yo he querido hacer un cambio de prisioneros,—dijo éste, —porque usted tiene algunos mocitos que tengo empeño en devolver á sus familias, como yo tengo algunos oficiales que han de hacer á usted falta.

Yo no hubiera pedido esta entrevista á ningún otro jefe, porque sé de antemano que hubiera sido inútil.

¿Qué prisioneros iban á volverme, cuando más tardaban en tomarlos que en degollarlos ó matarlos á lanceadas?

No habiendo cambio posible de prisioneros, desde que yo solo podía entregar los que había hecho, y entonces hubiera sido una majadería pedirlos, porque ya sabían que los míos no existían ya.

Con usted no me sucede lo mismo, porque sé que, aunque destinados á los cuerpos de línea unos, y en Buenos Aires los otros, los prisioneros viven y no están maltratados.

Y Chacho refirió en seguida aquella célebre conferencia que hemos narrado ya, en la que no se le pudo entregar un solo prisionero.

Arredondo trató de disculpar á los otros jefes, pero ante algunas enormidades de Iseas que refirió el Chacho, tuvo al fin que guardar silencio, avergonzado.

—En cambio, yo que soy el montonero; el salvaje, el bárbaro, no tengo el menor reproche que hacerme.

Ahí están todos los prisioneros que he hecho durante la guerra, y no habrá uno solo que pueda acusarme de un vejámen ní de una crueldad.

Así, el objeto de esta entrevista es proponerle á usted cambiemos los prisioneros; usted me entrega los que tiene y yo hago lo mismo.

—Hay un pequeño inconveniente, contestó Arredondo, ajeno

á mi voluntad, y es que todos los prisioneros no están conmigo, porque una buena parte de ellos están en Buenos Aires.

—No importa, puesto que al fin están en alguna parte, quiere decir que usted me los deberá y que se compromete á devolvérmelos en primera oprtunidad.

—Bajo mi palabra de honor: usted ahora me entrega un número igual al que le entregue yo: en seguida escribo á Buenos Aires y en cuanto lleguen los otros canjeamos el total.

—No, señor, dijo Chacho sin alterar la bondad y dulzura de su acento: usted me entrega los que tiene consigo y yo le entrego todos los que tengo con los míos.

Basta con la fé de su palabra hácia mí: no necesito más, porque sé que la ha de cumplir.

De todos modos, concluyó sonriendo firmemente, de aquí á entonces, he de tener algunos más que entregarle, ya que nos hemos empeñado en seguir esta guerra bárbara y sin trégua.

—¿Y por qué la hace usted? ¿por qué no se somete al gobierno, qué es un gobierno de órden y de libertad?

—Y ¿por qué el gobierno se ha de imponer á La Rioja? preguntó el Chacho con fiereza.

Yo no me meto con nadie, y no he atacado: me ne defendido: defiendo las libertades de mi provincia, de mi heróica provincia, y esto es todo.

Arredondo empezó á convencer á Chacho de que debía hacer la paz y someterse al gobierno, empeñándole su palabra de honor de que el gobierno lo indultaría, y desde ya, agregaba, yo lo indulto á nombre del gobierno y como jefe de un ejército de operaciones.

—El gobierno por sí, ni usted á su nombre, pueden indultarme, exclamó el Chacho con soberbia infinita.

Se indulta á los ladrones, á los asesinos y á los criminales que han merecido pena, pero yo no estoy en ninguno de estos casos.

Defender á la provincia madre no es un delito, y esto es lo que yo hago.

Que retire el gobierno sus tropas, que respete y deje en paz á la provincia de La Rioja, y yo le empeño entonces mi palabra de honor que no se moverá un hombre en su contra.

Pero mientras esto no suceda, hemos de pelear hasta el último sacrificio, hasta el último esfuerzo.

A este respecto, Arredondo no pudo llevar al espíritu del Chacho el menor convencimiento.

—Quedamos, dijo levantándose, en que usted me entregará los prisioneros que tiene y me hará venir los que están en Buenos Aires.

Yo en cambio los entregaré todos sin faltar uno y sin que ninguno de ellos tenga el menor reproche que hacerme.

Dentro de cinco dias estarán en este mismo paraje, acompañados de una escolta que ha de recibir los otros y llevarlos á mi campamento.

—Somos amigos, coronel, me alegro infinito de haber pasado un momento en su compañía; pero seguiremos haciéndonos la guerra como hasta hoy, y Dios protegerá al que le parezca mejor.

—Un momento, dijo Arredondo deteniéndolo: tengo ahí un carro con algo que quería dejarle como recuerdo de esta conferencia, pero que no he traído porque para esto necesitaba algunos soldados y entonces no hubiera venido solo.

—Lo acepto en calidad de devolución siempre, repuso el Chacho, y lo agradezco como se debe: puede mandármelo con los prisioneros á este mismo punto, ya sabe, dentro de cinco días.

Chacho montó á caballo y se alejó con la mayor tranquilidad de este mundo, después de haber estrechado la mano de su adversario.

Arredondo lo vió alejarse con profunda pena, sintiendo que tanto valor y abnegación se malgastara en una guerra fraticida.

—Ya vé usted que cuando necesite algo de mí, le había dicho Chacho, no tiene que mandármelo decir, ni necesidad de saber donde estoy.

Aunque se lo cuente á un árbol, ese árbol se ha de encargar de decírmelo, por más increible que á usted le parezca.

Arredondo regresó adonde había dejado sus tropas, y allí acampó definitivamente para hacer tiempo á que llegara el día convenido para efectuar el canje de prisioneros.

Entretanto podía ir apartando los que había de devolver, es decir, todos los que tenía.

Era preciso corresponder á la lealtad del Chacho con un proceder igual por lo menos, ya que aquel no dejaba lugar á que se procediera mejor.

Había en el 6 de línea un soldado catamarqueño, de los prisioneros destinados, excelente soldado y mejor persona.

Sério y cumplidor, no se metía con ninguno para nada, ni se le veía hablar nunca con los demás prisioneros.

Uno de los oficiales lo sacó de asistente y con él se encariñó el soldado de tal modo, que juró que nunca se le había de separar.

—Yo no tengo á nadie en el mundo, le había dicho; mi padre como mis hermanos han ido muriendo poco á poco en la guerra; madre no he conocido, y en Catamarca no tengo sinó recuerdos tristes porque los pocos bienes que me quedaron se los ha llevado el diablo.

El oficial amparó al soldado, y entre ellos, se estableció una corriente de simpatía y de cariño.

Cuando Arredondo sacó los prisioneros para canjearlos, el soldado catamarqueño dijo á su oficial que él no quería irse.

—Yo no quiero separarme de usted en la vida, agregó: me he de morir á su lado.

Antes era chachista, por no saber que hacer ahora no soy más que un amigo, y se acabó.

—Yo no puedo dejarte, porque hay órden del coronel de hacer formar aparte todos los prisioneros, respondió el oficial con profunda pena: velo al coronel, y puede ser que él te deje.

—Pero nadie puede obligarme á que me vaya, si yo no quiero irme, contestó el soldado, y yo quiero quedarme con usted.

—Yo tengo que cumplir las órdenes del coronel por duras que sean y por más interés que tenga en que te quedes conmigo: velo al coronel, que no te ha de obligar á que te vayas con el Chacho, si no te quieres ir.

El catamarqueño guardó silencio y no dijo una palabra desde aquel momento.

Cuando Arredondo los formó y les dijo que iban á ser devueltos al Chacho, un inmenso clamoreo de alegría se levantó de entre aquella pobre gente.

Aquella noticia importaba el salir de una esclavitud, mansa si se quiere, pero que al fin y al cabo era una esclavitud.

Todos dieron las gracias á Arredondo, vivándolo con verdadero entusiasmo.

Solo el soldado catamarqueño, indiferente á aquellas manifestaciones, se acercó á Arredondo, y le dijo:

—Yo no quiero irme, quiero quedarme aquí con mi oficial, que es mi familia, y si usted me lo permite, vuelvo al batallón.

—Yo no puedo dejarte, le observó Arredondo bondadosamente porque he quedado con Chacho en devolverle todos sus prisioneros, y si te dejo, puede él creer que procedo de mala fé.

Si quieres quedarte como dices, es preciso que se lo pidas al mismo Chacho después que á él te entregue; yo no puedo hacer nada en tu obsequio porque no eres soldado mío .

—Si no es más que eso y ustedes no me echan de aquí, no habrá inconveniente; así, yo no me despido de nadie porque voy á volver.

El día señalado para la entrega de los prisioneros, Arredondo se puso en marcha al frente de ciento y tantos de ellos, y el carrito de provisiones que había preparado para Chacho.

No llevaba más escolta que una compañía del 6 de línea, fuerza que consideraba más de la necesaria.

Los prisioneros iban sin armas, porque las que tenían cuando fueron tomados se inutilizaron, y las que se les dió después pertenecían á los cuerpos á que fueron destinados.

Esta vez Arredondo llegó á la Punta del Negro primero que Chacho; pero no hacía mucho tiempo que estaba allí, cuando apareció el caudillo riojano seguido de su escolta y de una buena cantidad de prisioneros, oficiales y soldados.

En su aspecto y uniforme, se veía desde el primer momento que habían sido respetados rigurosamente y cuidados con la mayor atención.

Solo habían sido privados de sus armas, como era natural.

Chacho formó á una respetable distancia de Arredondo, mandándole decir con un ayudante que allí estaban sus prisioneros, que si quería acercarse oiría de su propia boca la manera como habían sido tratados por él y ver al mismo tiempo si le faltaba alguno.

Arredondo, dejando prisioneros y escolta, se adelantó sin el menor recelo hasta donde estaba el Chacho, á quien tendió la mano que aquel estrechó cordialmente.

Chacho la estrechó con efusión y señalándole la fila de prisioneros, le dijo: « Ahi tiene su gente ».

Puede preguntarles como han sido tratados y si tienen que formular contra mí la menor queja.

—Ya sé como trata usted los prisioneros, respondió Arredondo y tan lo sé, que muchas veces le he dejado recomendados oficiales enfermos.

Y se acercó á los prisioneros, á quienes saludó con sumo afecto.

Allí había oficiales y soldados, y hasta un jefe de la guardia nacional de Córdoba, que estaba en La Rioja desde hacía más de seis meses.

Todos manifestaron del modo más expresivo su reconocimiento, no solo por el modo que los había tratado el Chacho, sinó las mismas familias á que aquél los había recomendado.

—Y tan bien tratados hemos sido, decían algunos, que unos cuantos de nosotros nos hemos casado y formado familia, sin que nadie nos moleste para nada.

—La vez pasada, dijo Chacho, cuando entregué tantos prisioneros como ahora, no se me devolvió uno solo: ahora veo que no sucede lo mismo, porque al fin ha venido á las provincias á hacernos la guerra un hombre y no una fiera.

Chacho pasó entonces adonde estaban sus prisioneros, cuyas penurias estaban pintadas en sus rostros expresivos y que saludaron á su caudillo con estruendosos vivas.

—Fuera del destino que se les ha dado, pues yo no puedo tener los prisioneros de otro modo, dijo Arredondo, puede usted á su vez preguntarles cómo los he tratado.

—Me basta verlos vivos, dijo Chacho: con esto solo me doy por satisfecho.

Fué entonces que el soldado catamarqueño se adelantó de la fila y dijo á Chacho que él se quería quedar.

—Me he encariñado con mi oficial y no pienso separármele bajo ninguna razón.

Él es mi amigo: en sus modos cariñosos hallé un alivio á mi desventuras y le estoy agradecido; pienso quedarme con él porque de todos modos nada tengo en las provincias que me llame del lado del corazón.

—Ya saben que á mi lado cada cual es libre de hacer lo que le dé la gana, contestó Chacho, y vos de quedarte donde se te antoje.

—Si tu oficial ha sido tan bueno para hacerse querer de esta manera, él se lo merecerá; sé leal siempre que hasta los perros lo son con quien les hace bien, y acompañalo siempre; este es el consejo que te dá tu jefe.

El soldado hizo una pirueta lleno de jovial alegría y se mezcló á la escolta de Arredondo; desde entonces él no era prisionero sino un voluntario.

—Ahí queda con los prisioneros ese carrito, dijo Arredondo á Chacho: siento no haber podido poner más de lo que contiene; pero como hemos de ser amigos en adelante, espero que otra vez podré hacerlo mejor.

—Donde las dan las toman, contestó picarescamente el Chacho: acepto el carrito con el único compromiso de devolver su contenido en tiempos más abundantes para mí.

No me obligo por ello á nada más, y si la mente es obligarme á algo, puede usted llevarlo, coronel que á otro precio que ese nada necesito.

—A nada quiero obligarlo sinó á que vea que no es mi intención hacer daños inútiles: llévelo como un simple recuerdo mío y nada más, que nada queda obligado á volverme por esto.

—De eso haré yo lo que quiera: entonces es bueno que nos vamos separando, porque la noche se acerca y yo he quedado con los míos en estar entre ellos antes de la noche.

A un ademán de Chacho, los prisioneros que él había llevado se aproximaron hasta donde estaban los de Arredondo, y éstos, llevando el carrito de víveres, se alejaron hasta llegar á la escolta del jefe riojano, con quienes empezaron á abrazarse efusivamente.

Chacho miró atentamente á Arredondo, y le dijo:

—¿No es una crueldad que nos estemos despedazando tan inútilmente?

—Sométase al gobierno y todo habrá concluído, respondió Arredondo: yo doy en su nombre una palabra de perdón para todos.

—Que retire el gobierno sus fuerzas del territorio riojano,

que respete nuestras libertades y yo deshago mi ejército, esta es mi ultima palabra como ha sido mi primera: yo no tengo ambición para mí, pero La Rioja merece otro trato que el que se le quiere dar, y sinó, hemos de pelear eternamente sin que logren jamás ni avasallarnos ni vencernos.

Y tendió de nuevo su mano á Arredondo, mientras le decía:

—Ahora, en campaña nuevamente; muy amigos nosotros, eso sí; pero no va á tardar mucho tiempo sin que me sienta como enemigo: estamos demasiado cerca para no pegarnos una carguita.

Arredondo no pudo menos de reir ante semejante despedida, diciendo al estrechar la mano del Chacho:

—Haré lo posible para que la fuerza lo convenza, ya que no he podido convencerlo con la razón.

Y los dos jefes se separaron de la manera más amistosa, pero más dispuestos que nunca á romperse el alma en la primera oportunidad .

UNA NOCHE DE APUROS.

Chacho se retiró seguido de su escolta y de los prisioneros que llevaban el carrito dejado para él por Arredondo.

Iba á incorporarse á su ejército acampado á más de cuatro leguas de allí, con órden terminante de esperar su incorporación, y que solo se movieran de allí si sentían aproximarse un enemigo fuerte.

Todos estaban cuidadosos y agitados con la ausencia de Chacho.

Sabían que había ido á conferenciar y canjear prisioneros, y no tenían noticia suya, acercándose ya la noche, hora en que él había señalado para su regreso, salvo fuerza mayor.

Los chachistas no tenían en Arredondo la confianza que tenía el Chacho.

Para ellos Arredondo era igual á todos, era igual á Iseas y temían en virtud de esta creencia, que fueran á tender un lazo á Chacho para tomarlo prisionero.

La Victoria empezaba á arrepentirse de haber dejado salir á Chacho del campamento y á sentir tentaciones de irlo á buscar á marchas forzadas.

—Cuando nosotros teníamos aquellos prisioneros, decía, no se habrían atrevido á hacer nada á mi Chacho, porque la vida de ellos nos servía de garantía.

Pero habiendo él entregado hasta el último prisionero, ¿qué pueden temer, qué puede detenerlos?

Lo matarán si pueden, y asunto concluído.

La tarde había caído ya y la noche empezaba á envolver el campamento de Peñaloza, sin que éste hubiera vuelto.

La Victoria, sériamente alarmada, decidió marchar á buscarlo.

—Él aseguró que á la caída de la noche estaría aquí, dijo: y como no viene, es preciso irlo á buscar.

—También dijo que esperáramos aquí hasta su vuelta y que no nos moviéramos sinó por aproximación de enemigo.

—No importa, puede haberle sucedido algo, y yo no quiero estar en la duda aunque se enoje.

Y ordenó montaran á caballo todos, empezando á moverse hácia la Punta del Negro, donde hallarían al Chacho ó el rastro de éste en caso que lo hubieran llevado prisionero.

¿Cómo iban á perder su pista los rastreadores que llevaba consigo?

La Chacha iba sombría y pensativa.

Pensaba que á Peñaloza podrían haberlo hecho víctima de una traición y entonces apuraba la marcha cuanto le era posible, tratando de llegar cuanto antes.

Aunque aquella desobediencia á las órdenes de Chacho podría costarles un disgusto, todos marchaban con la mayor buena voluntad y deseo de llegar cuanto antes

Faltando Chacho, no había más voz de mando que la de la Victoria, y todos se apresuraban á obedecer su menor indicación.

Poco tiempo duró la angustia de la previsora Chacha, pues apenas habrían andado una legua, sintieron aproximarse gente, mandando la Victoria un escuadrón á reconocerla.

Era Chacho que llegaba con su escolta, sus prisioneros y un carrito de provisiones, causa de su tardanza.

—¿Qué es esto? preguntó alegremente el caudillo cuando reconoció gente suya: apuesto á que me andan buscando.

El oficial que venía con el pequeño grupo á reconocerlo, contestó al caudillo refiriendo los temores de la Victoria, y como ésta se había puesto en marcha con todo el ejército, temiendo una traición del enemigo.

—¡Pobre Victoria! exclamó Chacho cariñosamente: vuelva Vd. solo, para que pueda andar más ligero, y haga hacer alto á la gente para que no fatiguen los caballos, que pronto hemos de tener que andar mucho.

Y siguió él avanzando lentamente, pues tenía la seguridad de que Arredondo no se movería en toda la noche:

Chacho, que sospechaba donde tenía éste acampadas sus fuerzas, había decidido sorprenderlo á la madrugada, sin que aquello importara una mala acción de su parte.

Al separarse lo habían hecho como buenos amigos personales; pero como enemigos declarados y al frente de un ejército cada uno.

Aquellos dos hombres, al tratarse tan de cerca habían ganado su estimación respectivamente.

Arredondo había visto en Chacho al caudillo típico, sin más interés que el bien de los suyos y el respeto á su provincia, capaz del sacrificio más heróico sin el menor pensamiento de explotación y lleno de valor y de soberbia.

Chacho había visto en Arredondo al soldado noble, sin otra aspiración que la del deber cumplido á satisfacción de su gobierno, y lleno de generosidad y de grandeza.

—Es un enemigo con quien se puede pelear lealmente sin temor de dejar en sus manos un prisionero, había dicho el Chacho.

—Es un enemigo digno de respeto, había dicho Arredondo, y cuyos soldados es preciso respetar porque ellos son una muestra de la exagerada abnegación y lealtad.

Con la bondad puede hacerse más que con el rigor, y éste es el sistema que es preciso seguir para vencer á Chacho, mostrándole que no hay ódio personal y que no se lleva la guerra por el solo placer de hacer daño.

Arredondo, había decidido acampar y descansar toda aquella noche, para seguir al otro día una marcha tranquila á ocupar la ciudad de La Rioja.

Estaba persuadido, según todos sus cálculos, que Chacho no lo hostilizaría el primero, permaneciendo á la defensiva.

Entretenido con los prisioneros que llevaba lo pasaría aquella noche en su campamento y quién sabe cuando se pondría en marcha.

Como sabemos, el cálculo de Arredondo no era exacto: apenas se hizo un ligero reparto de aquellas provisiones, el Chacho despachó con el carro una brigada en dirección a La Rioja y dió con el resto de su ejército un rodeo para ocupar la retaguardia de Arredondo y batirlo de sorpresa .

Arredondo, aunque nada temía aquella noche, y aunque tenía casi la seguridad de que no sería molestado, por costumbre ya y sinó por obligación de sus tropas, había acampado cubriendo la retaguardia y los flancos de su ejército, de modo que el enemigo no pudiera realizar la menor sorpresa.

Chacho dió un gran rodeo por la Punta del Negro, viendo y estudiando los fogones de la fuerza de Arredondo y poco antes

de la madrugada cayó sobre la retaguardia de Arredondo como una tormenta.

Su aproximación había sido sentida y las tropas de Arredondo, se habían preparado á recibirlo formando cuadro las infanterías, y estableciendo dos líneas de tiradores que debían fusilar sus flancos con fuegos diagonales.

De modo que cuando Chacho llegó, sable en mano y cayó de firme, fué recibido por un fuego terrible que hizo vacilar á los escuadrones que cargaban y replegarse á la derecha buscando un abrigo contra aquel fuego terrible.

Pero á la derecha como á la izquierda, el fuego no cesaba un momento y el daño que hacía era de consideración.

Cuando amaneció el día, el combate estaba en todo su apogeo.

Chacho no podía dar la espalda ante tan bárbaro fuego, porque hubiera sido hacerse fusilar sin la menor ventaja.

Para abrazar un poco aquel fuego y prepararse una retirada conveniente, Chacho cayó decididamente á sable y lanza sobre aquellas tropas, llevando él mismo aquella carga imponderable con magnífico brío.

La Victoria, al frente de la escolta del Chacho, formaba la reserva de éste, esperando el momento de secundar su acción con igual brío y lucidez.

Chacho no pudo romper el cuadro que había formado el 6 de línea y se retiró formando una especie de remolino, para volver á cargar con más brío y con su misma escolta, ávida de entrar en pelea.

Aquella segunda carga fué tremenda: los soldados llegaron á lancear sobre las mismas caras del cuadro; pero extenuados, aturdidos con el fuego de fusilería, tuvieron que retirarse, convencido el Chacho de que todo esfuerzo era inútil porque se había perdido la sorpresa, que había sido la intención que lo guió allí.

Y trató de retirarse poniéndose á cubierto del fuego y tomando ya sus disposiciones para el caso posible y probable de que el enemigo tratase de perseguirlo, buscando el deshacerlo.

Hizo su señal habitual, y el desbande principió por las tropas que habían combatido, quedando la reserva para proteger el desbande de aquellas, y desbandarse también cuando el momento apurase.

En cuanto Chacho aflojó en el ataque, Arredondo lo atacó entonces de lleno, creyendo deshacerlo por completo.

Y el desbande de la reserva empezó como había empezado el de las avanzadas.

Solo la escolta, donde iban el Chacho y la Victoria, se retiraba hecha y en perfecta formación, dispuesta como siempre á sostener la retirada de su caudillo hasta el último aliento.

Detrás de la escolta del Chacho se enconó más la persecución, pero Peñaloza mandó entonces el desbande, ganando él y la Victoria y un grupo bastante fuerte, el lado de la sierra, donde no podría ser seguido seguramente.

En aquel asombroso desbande toda persecución era imposible. y fué preciso renunciar á ella, conformándose con las ventajas ya obtenidas, que eran muchas, pues remataban en el total desbande del ejército del Chacho.

Asimismo que el Chacho había sido contenido, desde el principio de la carga había causado algunas bajas, algunos heridos que era preciso atender, como á los mismos que había dejado el Chacho, heridos todos de bala, y por consiguiente de un modo mucho más peligroso.

Chacho, comprendiendo sin duda que el objetivo del enemigo sería La Rioja, para concluír de deshacerlo, se recostó hácia San Luis, donde con más libertad podía rehacer su ejército y aproximarse á Córdoba en caso que conviniese dejar á Arredondo en la Rioja y correrse él á Córdoba llevando una de sus habituales y eficaces sorpresas.

En La Rioja, para hostilizarlo, siempre quedaban los escuadrones que había mandado con el carrito el día antes.

Arredondo marchó sobre La Rioja, que ocupó con facilidad, no hallando tropas que le hicieran resistencia.

Desde allí empezó á desprender fuerzas en persecución de la montonera y tomando todos aquellos puntos donde podían reorganizarse.

Ya Arredondo se había hecho sumamente práctico y conocedor del terreno en que operaba.

Ya sabía los parajes preferidos por los montoneros para reunirse y todos los recursos que para esto ponían en juego.

El valiente Julio Campos, con la mayor parte de la fuerza, fué enviado á los llanos con aquel objeto y órden de desbandar por todos los medios á su alcance, toda reunión de montoneros que hallara.

El coronel Arredondo quedó en La Rioja con una compañía de sesenta hombres del 6, con la que creía tener bastante para sostenerse allí de todas maneras y contra cualquier intentona, pues Julio Campos no había de dejar aproximar á la ciudad ninguna clase de fuerzas capaces de traerle un ataque sério.

Campos se lanzó en persecución de unos mil montoneros que halló reunidos, en la esperanza de alcanzarlos y deshacerlos, y persiguiéndolos se alejó de La Rioja insensiblemente, cuidando sin embargo de dejar segura una línea de comunicación con Arredondo.

Julio Campos era un brillante y práctico oficial, bravo como siempre y animoso de una manera imponderable.

Queriendo corresponder á la confianza en él depositada por su jefe, se multiplicaba en todo sentido, tomando todas aquellas medidas que le aconsejaba su previsión y su práctica.

Pero los alrededores de La Rioja estaban sembrados de montoneros, que aunque malísimamente armados, algún daño podían hacer á la escasa fuerza con que había quedado Arredondo.

En previsión de toda sorpresa y avance, Arredondo había ocupado la plaza principal, y allí se había situado haciendo algunas zanjas y fosos mientras llegaba Julio Campos.

Los grupos que merodeaban por los alrededores de la ciudad, viendo que el ejército se alejaba y que allí no quedaba más que una compañía, empezaron á reunirse y á formar cuerpos en número respetable y que no dejaban de infundir algún temor.

Pero Arredondo, aunque pocos, tenía soldados de primer órden, bien municionados y que al abrigo de las zanjas podían combatir con ventaja y con mucho descanso.

Así es que cuando tuvo conocimiento que los grupos, cada vez más numerosos, se aproximaban á la plaza amenazantes y con intención de atacar, se limitó á recomendar á sus soldados la mayor vigilancia y atención á lo que pudiera suceder, inculcándoles la convicción de que bastaban ellos para combatir con mil montoneros, que pocas ó ningunas armas de fuego tenían.

Llevando tan grande ventaja en las armas y estando tras de una buena zanja, era inútil pensar en el número de los montoneros que por allí merodeaban, pues nada, absolutamente nada, podían hacer.

Esto era un acto de temeridad por parte de Arredondo, que no se había fijado en el mayor peligro á correr, y era que, no solo estaban rodeados de enemigos que podían atacarlos de un momento á otro, sinó que se hallaban entre una población enemiga, que en un caso dado secundaría la acción de los que atacaban, pudiendo dar esto por resultado la destrucción total de aquella compañía y la pérdida de la libertad para él mismo, que era la pérdida de la campaña, puede decirse.

Arredondo esperaba el regreso de Julio Campos, de un momento á otro, quién tenía fuerzas bastantes para batir la montonera.

La cuestión era que Campos no venía, y el peligro aumentaba por momentos, descubriendo al enemigo una debilidad que podía muy bien ser de una importancia absoluta.

Arredondo se había conducido á la ciudad con la hidalguía, que todos se apresuraban á reconocer y sin cometer el menor abuso.

No podía temer hostilidades, sobre todo de la gente de importancia y de algún valer.

Los montoneros se iban agrupando cada vez en mayor número alrededor de la plaza, y el peligro se hacía inminente si aquéllos atacaban réciamente.

La misma zanja no era profunda y podía saltarse con facilidad una vez que raleara el fuego de los que la defendían.

Arredondo la hizo profundizar cuanto le fué posible, y trató de enviar un chasque que buscara á Julio Campos y le dijera regresara con toda premura.

Pero, ¿qué chasque suyo podía salir de allí sin ser apresado en el acto por los montoneros?

Cualquier soldado que se hubiese movido, habría sido tomado al salir de la ciudad.

Mandar un paisano de La Rioja era completamente inútil, porque ninguno habría querido ir á buscar refuerzos para pelear á sus paisanos.

No habia más remedio que conformarse y esperar y la llegada casual de Julio Campos, que podía tener lugar de un momento á otro, como podía tardar mucho también.

Entretanto, con aquella compañía del 6, podía esperar tanto como fuera necesario.

Pero los montoneros sin duda sospecharon que era preciso ganar tiempo para que no llevaran refuerzos, y que lo que más les convenía era atacar.

Y una madrugada se acercaron á la plaza, empezando á tirotearse con la compañía del 6, dividida en grupos que tenían que andar corriendo de un lado á otro, para hacer más resistencia allí donde más tenaz era el ataque.

Arredondo vino á dirigir aquella laboriosa resistencia, porque el menor descuido, el más leve abandono podía costar la pérdida de la plaza y de todos ellos.

El espectáculo era magnífico, pues aquellos treinta hombres se defendían con una bravura y un brillo imponderables.

Los montoneros atacaban en un número de seiscientos más ó menos, mucho mejor armados de lo que se había creído.

Tenían armas de fuego, buenas y en bastante número para combatir con inmensa ventaja.

Los que no las tenían, arrojaban piedras, mientras otros, organizados en grupos de caballería, amagaban sus caras á sable y lanza, á los puntos más débiles, obligando á los soldados á cubrirlos en el acto, abandonando aquellos que menos defensa necesitaban.

Arredondo se veía en serios apuros, pues comprendía que si el combate se prolongaba mucho y Campos no llegaba, no había más remedio que sucumbir.

Felizmente sus soldados tenían bastante munición, y dispa-

rando sin apuro y tratando de aprovechar sus tiros, tenían para defenderse un par de días.

Viejos veteranos en su mayor parte los soldados del 6, tratando de ocultarse trás los montoncitos de tierra, aprovechaban sus tiros, cuasando al enemigo contínuas bajas, bajas que tal vez concluyesen por acobardarlo.

Ellos debían tener bastante munición también, porque el fuego no raleaba un solo momento: estaba bien sostenido y bastante nutrido desde su principio.

Los montoneros no sabían tirar: no trataban tampoco de hacer puntería, pues sus tiros eran mal dirigidos, pasando la mayor parte á gran altura.

Pero eran tantos y tan nutridos, que era inevitable que de cuando en cuando cayera un soldado herido ó muerto.

A mediodía ya habían perdido cinco hombres, lo que era una cifra enorme tratándose de tropa tan reducida.

El enemigo había perdido mucho más, diez veces más; pero ellos eran tantos, que esto no podía causarles el menor inconveniente.

Para cada uno que caía, había cuatro ó cinco que tomaban el fusíl y seguían haciendo fuego con igual tenacidad y bravura.

Y no se tenía de Julio Campos la menor noticia que les hiciera esperar un desenlace feliz.

El calor sofocante del día, era otro enemigo con que tenía que luchar Arredondo.

Su tropa, fatigada de andar de aquí para allí, sin un segundo de reposo, empezaba á postrarse ya.

El mismo oficial que tenía en la plaza acababa de ser volteado de un tiro, y no quedaba entonces más que el sargento Langue, para secundar la acción del coronel Arredondo.

De pronto el fuego de los montoneros arreció: parecía que les hubiese llegado un refuerzo, dándoles nuevo ánimo y trayéndoles nuevas armas y municiones.

La noche se vendría pronto encima y entonces no habría más remedio que pelear y defenderse á la luz de los propios fogonazos.

De noche la ventaja era mayor para la fuerza de Arredondo, pues siendo tan pocos sus soldados no ofrecían blanco alguno; mientras que el enemigo era tan numeroso, que por más oscuridad que hubiera, siempre ofrecía bastante blanco para poder causarle numerosas bajas.

Arredondo se dirigió á un grupo de sus soldados para indicarles el punto donde habían de dirigir sus fuegos.

Y estiraba su brazo con aquella intención, cuando recibió en él un balazo tremendo, que le destrozó el cúbito.

La herida era dolorosa y grave, y era causada en un momento

fatal, porque una herida que inutilizara á Arredondo en aquellos momentos, importaba una derrota inevitable

En los primeros momentos, Arredondo vaciló sobre el caballo, pero su voluntad imponderable lo sostuvo.

Si caía, quería evitar que el enemigo lo viera caer y que su misma tropa se apercibiera de la gravedad que pudiera tener la herida; é hizo caminar su caballo en dirección á la casa adonde paraba, en la misma plaza; pero no pudo llegar, siendo bajado por dos soldados que estaban cerca de él, y que se habían apercibido de la herida de su jefe.

El cúbito roto causaba á Arredondo dolores tremendos; sin embargo, tuvo alientos para llamar al sargento Langue y ordenarle defendiera la plaza hasta perder el último hombre.

Y él fué entrado á la casa y acostado sobre un sofá, mientras venía el médico á quien habían ido á buscar á gran prisa.

Entretanto, los asistentes y otras personas que estaban con Arredondo, empezaron á cavar un foso en la misma puerta de la casa.

Era regular, era indudable, que los montoneros concluirían con aquella poca tropa y avanzarían la casa donde estaba el coronel, para sacar á éste como á las personas que con él estuvieran.

Foseando la puerta de la casa todavía podrían defenderse un poco más, y dar ese corto tiempo de espera al mayor Campos, única salvación posible ya.

Los montoneros no se habían apercibido felizmente de la herida de Arredondo, pero sus soldados sí, creyéndola mucho más grave: y como es natural, empezaban á acobardarse, porque veían que todo sacrificio sería estéril y que su muerte era ineludible.

La noche había cerrado por completo y el combate seguía á la luz de los tiros.

Al día siguiente, en cuanto se apercibieran que faltaba el coronel, cargarían la plaza, los soldados no podrían resistir más, y entonces todo quedaría concluido.

El doctor D. Francisco Alvarez había acudido apresuradamente y curado al coronel Arredondo con tal prodigalidad é inteligencia, que á pesar de lo serio de la herida, él mismo aseguró que se salvaría el brazo; pero que era necesaria mucha quietud y mucho reposo para que la herida no se echara á perder y no sobreviniera alguna consecuencia que la hiciera fatal.

Y desde la salita donde estaba el herido, se sentían los tiros cada vez más próximos, lo que demostraba que los soldados perdían terreno y se batían en retirada.

Es que la munición empezaba á concluírseles; creían que el coronel se estaba muriendo si no había muerto ya, y el mayor desaliento se había apoderado de ellos.

El sargento Langue, de una fidelidad y una bravura tremenda, recorría soldado por soldado, dándoles ánimo, diciéndoles que era preciso defender al coronel á todo trance: que aquello sólo era cuestión de momentos, porque el mayor Campos no podría tardar ya.

—Si ustedes abandonan el puesto, les había dicho, será necesario que me maten á mí también, porque en cuanto llegue el mayor Campos, los hago fusilar por la espalda, por cobardes.

Es preciso no olvidar que somos soldados del 6 de línea y que defendemos á nuestro coronel herido.

Estas últimas palabras eran las que más habían retemplado á aquellos leales soldados.

El 6 de línea había tenido siempre aquel espíritu de cuerpo que había sabido infundirle el mismo Arredondo desde su creación, que hacía que cada soldado se creyera un héroe.

Pero á cada momento caía uno, y ya la tropa se había reducido á menos de la mitad.

Arredondo sentía ya los tiros sumamente próximos y adivinaba lo que estaba pasando afuera.

—Estos diablos vacilan, decía, y necesitan verme allí á su lado: de otro modo se van á dejar acorralar.

—Usted no puede moverse sin provocar un peligro serio, decía el doctor Alvarez: es necesario que esté tranquilo.

De todos modos, de noche sus soldados no van á verlo y el sacrificio será estéril.

En todo caso esperaremos á que amanezca y usted podrá mostrárseles.

Arredondo había perdido mucha sangre: lo que había reposado se había hecho más intenso el dolor de la herida y no podía ni siquiera incorporarse sobre el sofá.

Empezó por fin á amanecer, y Langue á perder toda su esperanza de poder sostenerse más.

Cuando el enemigo vió el número reducido de los soldados que tenía enfrente, empezó á apurarlos réciamente y éstos á retroceder hasta el foso de la casa de Arredondo: apenas eran una docena de hombres.

Los soldados digeron entonces al sargento que era preciso tomar una resolución porque ya no era posible sostenerse más.

—Es preciso sostenerse hasta que quedemos uno de pié por lo menos para que el coronel, herido y todo, no tenga el derecho de escupirnos en la cara.

Yo voy á tomar sus órdenes para repetirlas á ustedes inmediatamente.

El sargento Langue entró á la sala donde estaba el coronel, y dijo secamente:

—Mi coronel, la munición se acaba, ya hemos quedado muy pocos y el enemigo nos ha hecho perder terreno; dispuestos á combatir como dignos soldados del 6, vengo á preguntar á V. S. dónde quiere que tiremos el último tiro.

—¿El último?—preguntó Arredondo: no se trata de esto todavía, sargento: que cada cual ocupe su puesto en primera línea, que ya voy yo á disponer lo que ha de hacerse.

Acabo de recibir un chasque del mayor Campos, que no puede ya tardar mucho.

Efectivamente, acababa de llegar un chasque de Campos, diciendo que venía con toda la rapidez posible.

Arredondo se incorporó, y reuniendo en un esfuerzo tremendo su aliento, se dirigió á la puerta de la casa. ayudado por su asistente y el doctor Alvarez, comprendiendo que era necesaria su presencia para que aquellos soldados se sostuvieran todavía.

Langue había salido y trasmitía á los soldados las palabras del coronel, palabras que eran escuchadas sin dejar de hacer fuego un solo momento.

La sóla presencia de Arredondo allí, produjo el efecto de un golpe eléctrico sobre aquellos leales y heróicos soldados.

Cuando vieron al coronel cubierto de sangre, que salía á ordenarles ocupar el primer puesto, pálido y desmayado, lanzaron un inmenso viva, y haciendo fuego y calando las bayonetas, se lanzaron bajo una lluvia de balas, á ocupar el puesto en poder ya del enemigo.

El choque fué tan violento, tal el brio y empuje con que los soldados se lanzaron nuevamente al combate, que los montoneros empezaron á abandonar el pequeño foso, que fué nuevamente ocupado por aquel puñado de bravos.

Pero aquella ventaja obtenida no podía durar mucho tiempo; aunque imponderablemente bravos, aquellos soldados eran muy pocos, el fuego del enemigo era siempre nutrido, y, momentos más, momentos menos, tendrían que sucumbir.

Era una simple cuestión de que el enemigo se le ocurríera acometerlos de cualquier manera.

Como si no hubieran esperado más que el último momento, el último instante, se sintieron varios tiros á retaguardia del enemigo.

—Adentro, mi coronel, adentro, gritaba el sargento Langue á quien las balas parecían respetar milagrosamente, cuando el fuego de retaguardia se hizo más frecuente y compacto.

—¡El mayor Campos! ¡el mayor Campos! gritaron entonces los soldados, y cargaron sobre el enemigo que en aquel momento oscilaba, obligado á cambiar de frente por el fuego de retaguardia.

Era efectivamente el mayor Julio Campos que acababa de

llegar, y que se había adelantado intrépidamente con las compañías del 6, que tenía consigo, dejando un poco á retaguardia el resto de la tropa.

El peligro había, pues,desaparecido y el combate cambiado su faz por completo.

Julio Campos, personalmente á la cabeza de aquella lucida tropa, cargó á la bayoneta, forzó el centro del enemigo y pasó á ocupar la plaza, desde donde empezó á quemarlo con un terrible fuego de fusilería.

Arredondo que no podìa tenerse en pié un momento más, fué conducido nuevamente á su sofá, siendo necesario practicarle una segunda cura, porque con el esfuerzo hecho, la herida se había reabierto, produciéndose una nueva y abundante hemorragia que concluyó de postrarlo.

Llegado el resto de las fuerzas de Julio Campos, los montoneros fueron tomados entre dos fuegos, tan réciamente, que no pudieron resistir más y se pusieron en fuga.

Pero se pusieron en fuga dejando los alrededores de la plaza sembrados de muertos y heridos.

Ellos también habían causado al enemigo numerosas bajas; se habían batido de un modo imponderable, á la par de nuestros soldados, y si no habían causado mayores destrozos, fué porque sus armas eran tan malas, viejas y manejadas sin la menor práctica.

Porque aquellos soldados que como caballería eran inimitables, como infantes no sabían nada en su mayor parte; por cuya razón el mismo Chacho no quería sino ejército de pura caballería, sosteniendo que la infantería no servía sino de estorbo, porque hacía distraer á la caballería que debía sostenerla y protegerla á cada momento, descuidando sus soberbias cargas donde reposaba el triunfo definitivo.

Si el Chacho hubiera estado allí, es indudable que la jornada hubiera tenido otro resultado, pues el caudillo cargando réciamente desde el primer momento, no hubiera dado á Julio Campos el tiempo de llegar.

Pero Peñaloza estaba lejos: él suponía que Arredondo andaba con aquellas fuerzas de Julio Campos, y andaba ocupado en sacarle el cuerpo y ver si le jugaba una mala partida por San Luís ó por Córdoba mismo.

Si Chacho se hubiera sospechado que Arredondo se encontraba en La Rioja con sólo treinta ó cuarenta hombres, es indudable que lo habría atacado y lo habría hecho su prisionero.

Julio Campos, dejando en la plaza la mitad del 6, para evitar cualquier cosa que pudiera sobrevenir, se lanzó en persecución de los montoneros tomándoles todos los que estaban á pie, que

se entregaron, porque resistiéndose no habrían logrado otra cosa que hacerse matar.

Después de una buena y tenaz persecución, Campos regresó á La Rioja, donde llegó tarde de la noche.

El estado de Arredondo era sumamente delicado, aunque no grave.

Había podido entregarse á un descanso absoluto y esto le había producido una notable mejoría.

Era preciso campar en La Rioja hasta que el coronel estuviese bueno y pudiera entregarse nuevamente á las fatigas de la campaña ó viniera otro jefe á reemplazarlo.

El Chacho, entretanto, ignorante de lo que pasaba en La Rioja, había ido á San Luís y de allí trataba de pasar á Córdoba en busca de víveres y recursos, y allí había recibido la noticia de que una tropa de provisiones, escoltada por un regimiento de guardia nacional de Córdoba, venía buscando la incorporación de Arredondo.

Aquella tropa de provisiones en aquellos momentos, era de una importancia salvadora, porque la división de Arredondo había consumido cuanto tenía y se encontraba casi sitiada allí, porque no podían moverse de aquellos parajes sin comprometer combates con los montoneros que habían vuelto á hostilizarlos, combates que no podían dar el resultado que se buscaba, porque en la misma Rioja no hubieran hallado víveres para proveer á toda la división.

La misma carne escaseaba porque los montoneros habían retirado la hacienda á gran distancia, y ocultádola entre los montes más espesos, donde hubiera sido imposible enlazarla para carnear.

La situación era apurada y se esperaba la llegada de aquella tropa, de que ya se tenían noticias como la llegada del Mesías.

Chacho se emboscó con la habilidad que le era característica, en el punto por donde creyó que debía venir la tropa, y para mayor seguridad puso dos destacamentos en otros dos pasos, con órden de sorprenderla si pasaba por allí y hacerle chasque inmediatamente.

Sucedió así lo que era inevitable, vistas las medidas tomadas por Peñaloza.

La tropa fué sorprendida por el Chacho, dispersadas las fuerzas que la escoltaban y quedado todo en poder de los montoneros.

Según su práctica, en posesión de tan famoso botín, el Chacho se dirigió á los llanos de La Rioja.

Fué allí donde supo recién lo que había sucedido á Arredondo y como éste se había salvado por la inesperada protección de Julio Campos.

Chacho supo además lo apurado de la situacin de Arredondo

respecto á recursos, y fué entonces que el caudillo riojano se mostró en toda su nobleza.

Después de mandar á esconder en los llanos la mayor parte de los carros de provisiones que había tomado, para encontrarlos allí en el momento que los necesitara, pidió el carrito, aquel mismo carrito que Arredondo le había mandado á la Punta del Negro, y lo llenó de todo aquello que calculó debía ser más necesario al jefe enemigo.

Y una vez que lo hubo llenado, lo mandó acompañado por una escolta de dos soldados y un oficial, al alojamiento de Arredondo.

Junto con aquel carrito, iba otro de los carros tomados por el Chacho completamente intacto.

El oficial llevaba orden de entregar aquellos dos carros al coronel Arredondo y decirle de su parte que ahi le devolvía los víveres que le había prestado, aumentados con aquellos otros que él le regalaba como memoria de su buena amistad.

Cuando aquellos carros llegaron á las guardias de Arredondo, éstas los quisieron tomar, creyendo que eran soldados que venían perdidos sin duda, pero como el oficial manifestó que iba á parlamentar con el coronel, lo dejaron pasar acompañándolo hasta su alojamiento.

Era preciso convenir en que la conducta del Chacho no hubiera sido seguida por el jefe más hidalgo y cumplido, tratándose de un enemigo á quien se tenía sitiado por hambre, puede decirse, y á quien se podía hostilizar sériamente, obligándolo á tener que dar un combate diario para proporcionarse alimentos.

Con tanta audacia como tenía Chacho, le hubiera sido muy fácil impedirles ó dificultarles de un modo bárbaro buscar alimentos.

Pero Chacho, antes que en nada, pensó en el beneficio recibido y en su compromiso de devolverlo en situación apretada para el enemigo, y cumplió así su palabra y sus deseos sin que nadie se atreviera á hacerle por ello el menor reproche, aunque aquel rasgo no pareció muy bien á muchos.

Y no se atrevieron á hacer observación alguna, porque sabían más ó menos lo que Chacho les hubiera contestado.

Aquellos dos carros fueron recibidos en el campamento con muestras del mayor regocijo y agradecimiento.

—Y dice mi general, agregó el oficial, que si algo más necesitan, que se lo manden pedir, que ahora él está abundante de víveres y que puede con comodidad atender á ustedes.

Arredondo aprovechó aquella nueva oportunidad para reiterar á Chacho sus consejos de hacer la paz y someterse al gobierno, que él le garantía que no habían de hacerle cargo alguno sobre las cosas pasadas, y que era necesario á toda costa concluir con una guerra tan inmotivada como aquella.

El oficial, concluída su comisión, se retiró trasmitiendo á Chacho lo que le habían dicho, quien exclamó sonriendo:

—¿Y por qué no salen de La Rioja, por qué hacen la guerra, si ella es bárbara y es preciso concluirla?

Que se retiren de La Rioja y la guerra se habrá concluído por ese hecho tan sólo, pues yo no la hago por placer ni sin razón, sino porque ellos me obligan á defenderme y á defender la provincia como en una guerra de conquista.

Y llevó su hidalguía hasta mandar decir á Arredondo que mientras él estuviera en cama á consecuencia de su herida, no sería molestado en manera alguna por sus tropas, se entiende, si las suyas no cometían acto alguno de hostilidad.

Chacho no podía hacer más para demostrar la nobleza de sus sentimientos, y establecía así entre ambos, cierto mútuo respeto que debía suavizar más todavía aquella guerra tan modificada ya desde que Arredondo se puso al frente del ejército.

Y se establecía cierta reciprocidad amistosa, entre aquellos dos enemigos, reciprocidad que no obstaba, sin embargo, para que en la batalla cada uno hiciera lo posible para vencer del enemigo causándole todo género de destrozos, siempre que ellos no fueran estériles y causados por el simple hecho de hacer daño.

Y en prueba de que cumpliría su oferta y la trégua que generosamente proponía, Chacho se retiró de la ciudad, internándose en los llanos.

Él mismo quería aprovechar aquella trégua para dar un reposo á su gente, que harto lo necesitaba y á sus caballadas que lo necesitaban más todavía.

Ahora tenían víveres en abundancia y podían muy bien entregarse al placer de consumirlos sin temor de que nadie los viniera á molestar, porque Arredondo tenía que ocuparse en sanar primero antes que andar en peleas y sorpresas.

Siempre había en observación del enemigo un buen destacamento, que le avisaría cualquier acto de hostilidad que aquél intentara cometer.

Entretanto, el general Paunero buscaba a Peñaloza, del lado de Córdoba adonde creía se había dirigido después de la sorpresa al convoy.

Todas las noticias que tenía de Chacho le hacían presumir que éste hubiera venido sobre Córdoba á efectuar alguna de sus audaces empresas.

Además, estando Arredondo en La Rioja con buenas fuerzas, no era regular que Chacho hubiera ido allí, exponiéndose á ser batido por este jefe.

Y se le buscó en Córdoba y en San Luís, sin obtener de él, como era natural, la menor noticia.

Chacho había establecido su campamento general en la Costa

Alta, donde su ejército aumentaba diariamente, por los contingentes voluntarios que iban de todas partes á plegársele.

Cuando Arredondo saliera de La Rioja, un día ú otro, era necesario darle una batalla en toda regla, y cada cual quería poner su grano de arena para que aquella batalla fuera feliz para La Rioja, en todos sus resultados.

—Para que el triunfo sea completo, decían á Chacho sus jefes, necesitamos infantería y algunos cañones, que tanto daño hacen. Lo que es infantería puede hacerse fácilmente porque tenemos fusiles, pero cañones me parece más difícil, sino imposible.

—La infantería no sirve más que de estorbo, exclamaba Chacho, perfectamente convencido como siempre de la verdad de sus teorías; porque sólo sirve de estorbo á la caballería, ya lo he dicho, distrayéndola del combate para protegerla y ayudarla.

Además, yo estoy convencido que la primera vez que me presente al combate con infantería voy á ser vencido de una manera bárbara, porque la voy á perder toda.

¿Cómo va á hacer nuestra infantería para dispersarse y escaparse á la persecución del enemigo? tendrá que caer en su poder íntegramente una vez vencida.

Y como no es posible abandonarla sin hacer algún esfuerzo para salvarla, resultará que para salvar á la infantería ó tentar de salvarla, tendré que sacrificar los mejores cuerpos de caballería.

Esta es la razón de por qué no me gusta la infantería y por qué no tengo confianza en ella.

Esta misma convicción que tengo me distraería del combate en general, y esta distracción contribuiría poderosamente á la derrota general.

—Y ¿por qué no llevamos infantería montada?

—Porque sería horriblemente pesada y nunca podría moverse con la agilidad necesaria en un momento de conflicto.

Nosotros necesitamos tropas livianas y ágiles, ahí está nuestra ventaja; el día que tengamos infantería, no sólo perderemos la tropa sino los fusiles y la munición, que no hemos de poder reemplazar á dos tirones.

Ante razones semejantes, la mayoría se dejaba convencer fácilmente y concluía por pensar como Chacho; pero siempre había algunos que se empecinaban, agarrándose de este último argumento:

—Es que si tuviéramos fuerte y numerosa infantería, no nos habían de llevar por delante á dos tirones: tendríamos como contrarrestar las infanterías enemigas, y tal vez entonces nuestro triunfo sería fácil y seguro.

La caballería es poca cuando hay que pelear contra buena infantería: se necesita infantería también, y buena infantería.

—¡Error! exclamaba Chacho, iluminando en un relámpago de juventud su fisonomía expresiva y bondadosa.

Con caballería sola, puêde combatirse hasta contra artillería, y sino, ahí está el ejemplo del general Quiroga.

Y no puede decirse que todos no son Quiroga, concluía, sonriendo siempre, porque yo mismo he guiado aquellas cargas soberbias y con muchos de los que aún están hoy conmigo aquí, hemos enlazado cañones y los hemos sacado de entre los cuadros que los defendían.

—Sea como usted quiera, pero es sensible que no tengamos un par de cañones con que poder contrarrestar los suyos.

—Yo he pensado en esto, dijo un día Chacho, y no nos vendría mal.

—Pero para tenerlos no habrá más remedio que tomarlos al enemigo.

—Y se tomarán, ¡vive el diablo! y si no se pueden tomar, se fabricarán: yo he pensado en un modo de hacerlos fácil, de inmediato reemplazo, pero que no nos importa perderlos.

Mis cañones serán de suela, y no se rían, ya verán qué buen disparo hacen.

Y aquello que parecía una simple broma, se convirtió bien pronto en una realidad.

Más adelante lo hemos de ver á Peñaloza batiéndose con aquella artillería de cuero, que si no le sirvió para hacer destrozos entre el enemigo, le sirvió por lo menos para confundirlo discurriendo de dónde había sacado Chacho tan numerosa artillería.

UN SALÓN EN UN CORRAL.

Se cuenta de Peñaloza una ocurrencia geniosísima, y es esta, que prueba hasta dónde llegaba la astucia satírica de aquel hombre extraordinario.

Yendo en persecución del Chacho, las avanzadas de Arredondo tropezaron con un espectáculo que llamó la atención de todos, sin que ninguno acertara á explicárselo de una manera satisfactoria.

Es que aquello realmente no tenía explicación posible, por lo original y lo imprevisto.

La noche anterior, avanzando el ejército en persecución del

Chacho, había divisado los fuegos del campamento enemigo, que por su número indicaban que allí debía estar todo el ejército.

La vanguardia siguió avanzando rápida y sigilosamente, sintiéndose arrastrada por el viento de la noche, el ruido de infernal gritería, algo que parecía como el eco de aquellas fiestas de indios, cuyos alaridos se sienten á más de una legua de distancia.

No era de suponerse que los montoneros estuvieran de baile, en aquellos parajes tan lejanos á toda población; y, sin embargo, todo hacía creer en una fiesta, y fiesta en toda regla.

La vanguardia campó con el caballo de la rienda y se mandaron bomberos que, protegidos por la obscuridad de la noche, podían acercarse á aquel campamento fantástico y ver lo que en él se pasaba.

Entretanto regresaran éstos, se mandaron chasques al ejército que venía un par de leguas á retaguardia, para que apresurase su marcha y poder coordinar con su jefe lo que debía hacerse.

La madrugada empezaba ya á anunciarse con esas claridades vagas que la preceden y era necesario obrar con mucha actividad para lograr la sorpresa en medio de la fiesta, pues una vez que amaneciera era natural que la fiesta cesara y el enemigo se pusiera en marcha.

Y aunque no fuera así, podrían ser vistos y entonces se malograría toda tentativa de sorpresa.

El ejército y uno de los bomberos enviados llegaron casi al mismo tiempo.

El otro sin duda había sido sentido y tomado, pues de otro modo ya estaría de regreso.

La noticias que traía aquel bombero eran tan originales, que hasta se dudó que hubiera bebido y hubiera perdido la chaveta.

Según aquel bombero, el ejército de Chacho estaba campado alrededor de un corral que parecía un gran salón de baile.

—Allí hay muebles magníficos, decía el milico abriendo los ojos como patacón, sillas de seda, dos grandes sofás y una alfombra que aunque no es nueva, es de muy lindos colores y de muy rica clase.

En los palos del corral han colgado dos grandes espejos y muchos cuadros, con cordones azules y llenos de borlas.

En un sofá estaban muy estiradas unas mujeres, cualquier cosa no más, y el Chacho sentado en un sillón se reía, como un loco, mientras las parejas bailaban con música de canto no más, porque no había allí más instrumento que un bombo.

El compañero y yo estábamos asombrados, de todo aquel lujo en un corral y no atinábamos con lo que aquello pudiera ser.

—Me parece que este bribón quiere divertirse á nuestras costillas, dijo un oficial acercándose al soldado para mirarlo más de cerca.

—Lo que me parece á mí, observó Campos, es que este pillo ha agarrado una tranca espantosa y que nos está contando todas sus visiones de alcohol.

—No, señor, mi mayor, respondió el milico, dilatando cada vez más su mirada: yo sé muy bien, que así no se puede creer lo que digo, pero aseguro por mi vida que es la verdad.

Pido que si he mentido en un chiquito, se me peguen cuatro tiros.

Y siguió haciendo la descripción de la sala, con un convencimiento profundo.

—Si fuera un gaucho ignorante y bárbaro, decían al escucharlo, sería para creer que había soñado y nos contaba un sueño como una realidad.

Pero es un soldado del 6, de Buenos Aires, que no puede empaparse en ilusiones.

—Pues si no está borracho está loco.

¿Dónde va á sacar el Chacho muebles de tal naturaleza, y si los tuviera cómo se explica que haya amueblado con ellos un corral, hasta el extremo de colgar en sus palos cuadros y grandes espejos?

Este pillo se burla, ó sino, está loco ó borracho.

Vamos á ver, ¿dónde está el otro soldado que fué contigo?

—El otro se empampó tanto, que se quedó asombrado mirando los muebles y las mujeres, y fué tan bruto, que lanzó un grito que nos descubrió.

Yo tuve tiempo de saltar á caballo y disparar, por eso estoy aquí; pero tengo mis recelos de que á él lo hayan agarrado por bruto, y entonces ya sabrán que estamos aquí.

—Que aseguren á éste hasta averiguar la verdad de lo que dice, ordenó Arredondo, y vamos á marchar hasta el dichoso salón, aunque me párece que si han tomado al otro hombre y le han hecho declarar, ya se habrán puesto en fuga.

Como para corroborar lo que decía Arredondo, á los resplandores de la mañana, pudieron verse los polvos del enemigo, que se ponía no en marcha, sino en precipitada fuga y diseminándose por todas partes como tenía el hábito de hacer Chacho cuando quería sacar el cuerpo al enemigo evitando toda persecución.

Pero el otro soldado, aunque no hubiera declarado nada, bastaba su presencia allí para revelar la del ejército y por consiguiente el peligro de una sorpresa.

Al amanecer, Chacho mismo había visto los grupos del enemigo, asombrándose que, estando tan cerca, no se le hubieran venido ya encima, dándoles tiempo para la huída.

Chacho comprendía que desde el ejército lo estarían observando y que les sería entonces muy fácil toda operación de seguir al grupo que más le conviniera.

Así es que, como en trances más apurados después de una derrota, dió punto de reunión á su gente para día fijo y la dispersó en grupos de cuatro ó cinco hombres, mezclándose él entre ellos para no ser conocido.

Chacho se hallaba entonces en una situación excepcional, que lo hacía huir con más presteza que nunca, evitando todo género de combate.

Es que tenía consigo no sólo á Victoria, sino unas cuatro ó seis mujeres de sus jefes, que habían asistido al baile del corral; baile estupendo, de que no había comparación posible para aquella pobre gente.

Peñaloza se había equivocado en sus cálculos esta vez, suponiendo al ejército bastante lejos, cuando lo tenía tan cerca.

Sus compañeros quisieron sacudir el polvo al prisionero aquel, porque había tenido la audacia de venirlos á bombear y decían que en uno era preciso escarmentar á todos.

Pero Chacho lo defendió á sangre y fuego, no permitiendo que le pusieran la mano encima.

—Tengan presente, les decía, que á su estupidez debemos nuestra salvación, porque si él no hubiera sido tan torpe para dejarse tomar, á estas horas hubiéramos sido sorprendidos, y sabe Dios lo que sería de estas pobres mujeres.

Lejos de merecer que le caigan, merece que lo convide con un cigarro y con un trago el que lo tenga.

Además, es preciso no asustarlo para que suelte lo que haya que preguntarle, y que por espíritu de venganza no nos vaya á ocultar lo que más interesa saber.

Convencido de esto, echaron al prisionero al grupo donde venía Chacho, y ya nadie pensó en hacerle mal.

El pobre milico que se había pegado un susto de todos los diablos, creyendo que por lo menos lo iban á despedazar, sintió que le volvía el alma al cuerpo cuando vió la actitud que respecto á su persona asumía Chacho.

Y se mezcló al grupo aquel prometiéndose revelar á Chacho lo que le había dispensado; protección que le había valido no ser muerto á garrotazos, porque los montoneros estaban enconados y sostenían que era preciso escarmentar á todos los bomberos y espías para que no hubiera quien quisiera serlo en adelante.

Al ver desparramarse los montoneros y huir de aquella manera, antes que se alejaran mucho, se organizó la persecución, lanzándose á ella las fuerzas mejor montadas.

Pero era imposible hacerla sin fraccionarse también en pequeños grupos, lo que era muy peligroso dada la astucia del enemigo, á quien perseguían, y Arredondo, que conocía profundamente el modo de proceder del Chacho, nunca guiaba sus operaciones por lo que le veía hacer, sino precisamente por lo que no veía y calculaba podía hacer el Chacho.

Aquella dispersión podía muy bien ser el preparativo de otra operación más séria, y esto era precisamente lo que Arredondo quería evitar, no dejándose arrastrar por lo que podía ser muy bien un simulacro de dispersión.

Antes de huir así fraccionados, Chacho podía haber dado un punto de reunión inmediato, y á su retaguardia, para agarrarlo faccionado y embebido por la persecución, derrotándolo entonces irremediablemente.

Si Chacho no había hecho esto, era muy capaz de hacerlo, y como aquella operación podía costarle muy cara, se quedó en condiciones de poderla contrarrestar con ventaja, sonriendo ante el chasco que iba á dar á Arredondo cuando se viera burlado porque le habían descubierto hábilmente su intención.

Y Arredondo mandó su vanguardia á que hiciera la persecución á los grupos más numerosos, mientras él llegaba al corral donde había estado acampado Chacho, y donde acamparía á su vez para esperar el resultado de la operación y ver lo que había de cierto en la increíble narración hecha por el bombero.

Y mientras su vanguardia se lanzaba sobre la retaguardia de Peñaloza, él se encaminó tranquilamente con el resto de las fuerzas, al encantado corral descripto por el milico, que seguía jurando que no había un átomo de exageración en lo que había contado, sino que por el contrario, todavía se había quedado atrás en la descripción, porque no había contado todas las cosas que había visto y que se le habían olvidado, come un plano colocado en el centro del corral.

Y esto daba lugar á mil dicharachos de los milicos, que le decían que todo aquello no era más que ilusiones del peludo que tenía y que sin duda había tomado una mochila por un piano.

—Ya lo verán, decía el milico, que quería divertirse algo á costillas de sus compañeros, en desquite de todo lo que á él le habían embromado.

Yo no he querido decir todo lo que había en el corral, porque entonces no lo habrían querido creer y porque no me conviene.

Así, yo que sé donde escondieron ciertas cosas cuando nos hubieron sentido, sé donde las he de agarrar y en paz con todos.

Ya veremos qué cara ponen los que me han tratado de borracho y de cuanto les ha dado la gana.

—¡No embrome, hombre! vaya con el peludo espantoso que has capujado, ¡qué no te suelta á dos tirones! ¡ya tenía tiempo de habérsete pasado!

—¡Y cómo me voy á reir, volvía á exclamar el milico, cuando los vea abrir la boca como una batea de puro asombro! y cuando me pregunten esto y lo de más allá, les he de soltar la carcajada, contestándoles que todavía no se me ha pasado el peludo.

Yo no sé cuántas veces me han visto en pepe para que así

no más me decreten un peludo como quien decreta lo más natural de este mundo.

A todo esto se iban acercando al corral y la risa del milico se hacía cada vez más traviesa y más picaresca.

Desde antes de llegar al corral ya pudo verse que el soldado no había mentido en lo más mínimo.

A la distancia se veía reflejar el sol en los espejos y que algo de extraordinario había entre el corral, algo que nada tenía que ver con sus usos habituales.

En los alrededores estaban los fogones que no se habían apagado todavía y donde había restos de carne asada, de tabletas y charque de queso, que probaban que los montoneros andaban muy abundantes en las provisiones y que allí había tenido lugar una fiesta, lo que demostraba que aquel campamento era ocupado por ellos desde muchos días atrás.

Pero lo que verdaderamente asombraba era aquel corral amueblado como un salón, y como un salón de fabulosa riqueza para aquellos parajes, desiertos y miserables, donde no se tenía idea de lo que era un dorado ni de lo que era un espejo de aquel tamaño.

¿Qué podía significar todo aquello? ¿quién daría explicación de aquellos muebles puestos allí en un corral y á la intemperie como para provocar su destrucción total?

Aquello no podía imputarse al saqueo de una población; primero, porque Chacho no saqueaba, segundo, porque no había cerca ni lejos de allí una ciudad donde pudieran haber semejantes muebles, y tercero, que para tenerlos allí desde San Juan ó Mendoza ó Córdoba, se hubiera necesitado un trabajo inmenso y las carretas consiguientes, carretas que no se veían por allí.

No había más remedio que esperar á ver algunos de los prisioneros que traería la vanguardia y que podría dar una clara explicación del misterio.

El corral era un salón perfecto, aunque acomodado de una manera extravagante y original, sin el menor orden ni la menor idea de la colocación de los muebles.

Unos espejos estaban colocados á lo largo y otros á lo ancho, colgados de los palos más altos del corral.

Había allí sillas de todas clases y formas, mezcladas en graciosísima confusión y colocadas en un gran semi-círculo, cuyo centro venía á ser un piano; uno de aquellos pianos de mesa antiquísimos, que ya ni siquiera para estudio sirven, porque les falta la extensión de diapasón necesario.

Aquel piano ó simulacro de tal, á juzgar por el estado lamentable de su caja, había sufrido sobre sus ancianas espaldas por lo menos una media docena de aguaceros formidables.

El corral estaba alfombrado con alfombras de distintos gustos

y tamaños, llenas de peladuras sacadas por el uso, y que hasta por sus cortes diversos acusaban ser alfombrados de distintas piezas, unidos en uno solo.

Todo aquello debía estar colocado allí desde hacía muchos días, porque hasta el tejido del revés de las alfombras se había marcado en el suelo del corral.

Había algunos de los cuadros que habían sido colgados de los palos, pero otros muchos se hallaron desparramados por el suelo, en compañía y comandita de otros adornos de sala, viejos y recompuestos.

Era indudablemente el anciano menaje de una casa trasportado allí.

Pero ¿con qué objeto, para qué? esta era la cuestión por averiguar, pues no era posible que hubiera sido allí colocado para destruirlo simplemente, porque para eso no necesitaban haberlo trasportado á tan gran distancia; en cualquier parte, á la intemperie, se hubiera destruído lo mismo.

En vano se cambiaban ideas, en vano se estudiaban los alrededores: no era posible dar con la explicación del misterio.

Los jefes y oficiales se reunieron en el espacioso, improvisado é inesperado salón, esperando la llegada de las fuerzas de vanguardia, á ver si traían un prisionero capaz de explicar aquel misterio de una manera razonable y clara, porque indudablemente aquello debía tener una razón curiosa y original.

Habiendo allí restos de carne cruda y asada, cada cual confeccionó su comida y se entregó tranquilamente á sacar la tripa de mal año, y de peor mes, mientras regresaban los perseguidores.

Estos empezaron á llegar por escuadrones, á la caída de la noche.

Venían sumamente fatigados porque la persecución había sido larga y penosa.

Habían tenido que andar mucho por entre los montes, y como nuestros soldados no llevaban guardamonte como los chachistas, se habían espinado todos y lastimado contra los troncos y ramas.

Traían prisioneros, muchos prisioneros; pero en cambio, habían dejado también algunos.

Como los que perseguían eran pocos, algunos grupos que eran alcanzados hacían una resistencia desesperada, combatiendo cuerpo á cuerpo, lo que ocasionaba pérdidas por una y otra parte, tanto en muertos como en heridos.

Muchos soldados poco prácticos en el terreno, se habían perdido entre el monte, y á éstos, como era natural, había que contarlos en el número de los prisioneros, porque á punto fijo vendrían á caer en poder de las mil partidas de chachistas que andaban por aquellos parajes.

De modo que si era verdad que traían cien ó ciento cincuenta

prisioneros, habían dejado treinta ó cuarenta hombres, entre ellos un oficial de mucho mérito, perdido entre el monte, y arrebatado por un grupo de montoneros, después de pelear como un león, á vista de sus compañeros que no podían protegerlo por las espesuras, y que no se atrevían á tirar por temor de herirlo.

La pérdida de este oficial hizo que los soldados respetaran rigurosamente á los prisioneros que habían tomado, temiendo que los chachistas tomaran venganza del oficial aquel.

Entre los prisioneros que traía la vanguardia, había también de todo: soldados, clases, oficiales y jóvenes de las primeras familias riojanas y catamarqueñas que andaban con el Chacho desde el principio de la guerra.

La persecución pues no había sido estéril, aunque ella costaba cara por los prisioneros dejados, y los muertos en las resistencias desesperadas que hacían los grupos alcanzados.

En aquella remesa de prisioneros era imposible que no hubiera alguno capaz de dar las explicaciones esperadas, y este fué el primer interrogatorio á que se procedió, tal era la curiosidad que había.

Entre los prisioneros venía un mocito de inteligente fisonomía que parecía pertenecer á una familia de posición desahogada, por la ropa que vestía y las armas que llevaba consigo.

Era un capitán catamarqueño, que aún no tenía un pelo de barba, que parecía un niño por todo el aspecto de su persona; pero que, según los que lo habían tomado prisionero se había resistido de una manera heróica, postrando á un soldado bajo los golpes de su espada; de aquella espada que parecía más bien un adorno en su cintura fina y flexible.

—¿Por qué y cómo estaba usted entre las fuerzas de Peñaloza? le preguntó Arredondo atraido por la simpatía que se desprendía de toda su persona.

—Porque el general Peñaloza es el defensor de las libertades de La Rioja: soy capitán de un escuadrón que ha dado á ustedes buenos golpes, no hay cuidado.

Hoy me ha tocado caer como tantos han caído á mis manos: no me quejo ni tengo tampoco derecho á quejarme, que el que anda en la guerra está expuesto á todo.

Puede decirse que el desquite lo he tomado de antemano, y con usura, ¡qué diablo! estoy satisfecho di mí mismo.

Era tal el aplomo y la convicción valiente con que hablaba el joven, que todos sintieron hacia él un movimiento de simpatía.

Él no trataba de obtener gracia alguna, desfigurando los hechos; al contrario, los ponía en evidencia y afrontaba sus consecuencias ante el jefe enemigo, ante quien estaba prisionero de guerra.

—Usted está prisionero, le dijo éste sonriendo, y será tratado con toda la consideración que un prisionero se merece.

—No harán ustedes más que cumplir con un deber sagrado: no habrá un solo prisionero de ustedes que pueda quejarse de que no lo hemos tratado con el respeto debido.

Tratándome así habrán ustedes cumplido con su deber y nada más; y añadió con cierta ironía: si lo hacemos nosotros que somos montoneros bárbaros, es más natural que lo hagan ustedes, que son soldados de orden y de civilización.

El joven fué invitado á sentarse en una de aquellas sillas cuya presencia había picado tanto la general curiosidad, y se entabló entonces francamente una conversación sobre aquel inexplicable salón establecido en un corral.

—Es una de las tantas originalidades de Chacho, dijo el jóven; pero una originalidad que envuelve la más severa lección de honradez.

—Este salón lo hizo preparar Chacho para su mujer, como castigo, como pista de vergüenza para un explotador inícuo que quiso aprovecharse de su natural é inacabable bondad.

—Pero ésta será una historia curiosa que nosotros estamos deseando escuchar y que espero que usted nos cuente con todos los detalles.

—No hay para ello el menor inconveniente; al contrario, quiero referirla porque ella pinta bien el carácter del general Peñaloza á quien se ha querido siempre hacer pasar por un bandido de mala ley.

Nosotros, al reproducir la historia de aquel salón al aire libre, vamos á suprimir el nombre de su protagonista, porqûe él pertenece á una de las más distinguidas familias de Catamarca, relacionada y emparentada en Buenos Aires.

El tal protagonista ha sido varias veces diputado al Congreso por su provincia, estando su nombre muy mezclado á ciertos acontecimientos políticos.

Veamos pues la historia que contó el joven, la que reproducimos fielmente, con excepción del nombre que alteramos por las razones ya dadas.

Después de su primer tratado de paz, el gobierno nacional reconoció á Peñaloza algunos años de sueldo, que mandó liquidar, con el objeto de atraerse para el país la mejor buena voluntad del caudillo y de sus partidarios.

Aquella liquidación importaba muchos miles de duros, que venían á ser para Chacho una fortuna, con la que hubiera podido vivir feliz el resto de su vida.

Para cobrar estos diez y seis mil patacones, se necesitaba un apoderado y era mejor nombrarlo entre los provincianos que se hallaban ya en Buenos Aires, para aminorar los gastos de un viaje hecho expresamente con aquel objeto.

Entonces se hallaba en Buenos Aires su compadre Ramon.

Enviado el poder á éste, él podía cobrar los sueldos y retenerlos en su poder hasta su regreso: de este modo Chacho no gastaría un medio en viaje y estaría de comisionado, recibiendo íntegros sus diez y seis mil patacones.

Se mandó al compadre Ramon con el primer amigo de confianza que vino á Buenos Aires, el poder y una carta explicativa, quien respondió que estaba bien, que no se preocuparan más del asunto, que corría por su cuenta y que á su regreso á Catamarca llevaría el importe de la liquidación.

Desde entonces no se habló más de aquello; pero tal seguridad tenía Chacho en el dinero que iba á recibir, que estando en paz y queriendo aliviarse de ciertas necesidades, pidió algún dinero prestado á sus amigos y otras cosas las compró á plazos, hasta que su amigo y compadre Ramon le trajera el importe de sus sueldos.

Esta era una esperanza que lo hacía vivir feliz, porque aquella nueva importaba para el Chacho la mayor comodidad de su mujer, á quien quería con idolatría.

El tiempo sin embargo fué pasando, sin tener la menor noticia de su compadre Ramon, ni de sus tan esperados sueldos.

Pero la persona era segura: Chacho tenía tanta confianza en él como en sí mismo y todo se reducía á tener paciencia y esperar un poco más.

Tal vez todavía no había podido cobrar y todo sería cuestión de un poco de paciencia.

Los negocios empezaron á enredarse de nuevo, y la guerra volvió á encenderse esta última vez con más encono que nunca.

¡ Adiós liquidación, esperanzas de riqueza, si el compadre Ramon no había hecho el cobro todavía !

Como cosa dispuesta por la Providencia, antes de ponerse en campaña, el Chacho recibió una carta de su compadre Ramon, quien todavía estaba en Buenos Aires.

En aquella carta el compadre Ramon le decía que ya había cobrado los diez y seis mil pesos de la liquidación y que pronto se pondría en viaje, para estar en Catamarca dentro de unos días.

Consultada la fecha de la carta y la fecha en que fué recibida, se observó que había trascurrido más de un mes y que si el compadre Ramon no había llegado ya, no tardaría en llegar.

Entonces, habiendo ya cobrado y en viaje por lo menos, el estado de guerra en que se hallaba no podía perjudicarlo en nada: recibiría sus pesos, que ahora le hacían precisamente más falta que nunca: no podían llegarle en mejor oportunidad, porque así podría proveerse de todo lo necesario para emprender la nueva campaña y proveer también á los que más atrasados estaban.

Pero el tiempo pasaba siempre, sin tenerse la menor noticia del compadre Ramon y de los sueldos.

—¡ Cómo se conoce que él no sabe lo que son necesidades, decía, ni lo que para mí vale ahora esa plata!

En uno de tantos viajes que se hicieron á Catamarca, se recibió por fin otra carta del compadre Ramon, fechada esta vez en Córdoba.

En ella decía que se había demorado unos días en Córdoba, para comprar y cargar muchas cosas que á su juicio Chacho necesitaba urgentemente y que le sería muy difícil obtener allí.

—En cuanto compre y cargue, decía, me tienen allí sobre el pucho.

—¡ Tan servicial y tan previsor está mi compadre Ramon! exclamó Chacho al escuchar la lectura de la carta: no sólo me sirve de comisionado sino que hasta se pone á ocuparse de lo que yo necesito y se baja en Córdoba expresamente para complacerme y se pone en grandes trabajos para mi comodidad.

El regocijo que produjo aquella carta fué inmenso.

—Si se ha acordado de lo que á mí me hace falta, exclamaba, se debe haber acordado también de lo que le hace falta á Victoria: ¡ cómo lo ha de haber olvidado él, tan complaciente y buen compadre!

Tratándose de cargar carros mi compadre no se ha de parar en pequeñeces, estoy seguro, y mucho más tratándose de Victoria.

¡ Ya me lo veo venir, con una cama como gente para que la pobre descanse bien alguna vez en la vida!

Y empezaron á pensar y sacar en limpio lo que traería el compadre Ramon, cuando se ponía á cargar carros.

Chacho contaba lo que traería á Victoria, y ésta se entretenía en pensar lo que llevaría para Chacho.

Una travesía con carros desde Córdoba á La Rioja, estando en guerra, se hacía sumamente peligrosa, porque podía muy bien suceder que se encontraran con fuerzas enemigas y éstas dieran fin con carros y plata, sabiendo que eran cosas de Chacho.

—Hace mal tu compadre en venir así, decía la Victor, porque ya debe saber que estamos en guerra y que se expone á que le quiten todo.

—Mi compadre Ramon no se chupa el dedo, respondía Chacho; demasiado sabe él lo que hace, ¡ no hay cuidado!

Si por casualidad llegan á pillarlo, ya dirá él que todo lo que tiene es suyo, y nadie se animará á quitárselo porque él es amigo del gobierno y de todo el mundo.

Sin embargo de esto y para mayor precaución, Peñaloza mandó un chasque á su compadre, á que lo alcanzara en Córdoba mismo si aun no había salido de allí, y le dijera que él marchaba inmediatamente á su encuentro para escoltarlo hasta La Rioja y que nada fuera á perderse.

Y le mandaba decir el camino por donde él se dirigía á su

encuentro, para el caso en que su compadre hubiera salido ya de Córdoba y el chasque le encontrara en su camino.

El compadre Ramon había efectivamente salido de Córdoba, y el chasque que le había hecho Chacho vino á encontrarlo precisamente en este mismo corral donde había acampado para pasar la noche.

El compadre Ramon sabía que Chacho andaba montonereando, pero sabía que las fuerzas del gobierno debían andar muy lejos y no había tenido recelo de hacer el viaje, ó lo había hecho según se pensó después, intencionalmente, para caer en manos del enemigo, y tener entonces una disculpa para apoderarse de todo.

Así se convino en que esperarían á Chacho cómodamente en aquel mismo corral, puesto que él venía por aquel mismo camino, y podría entonces escoltar él sus cosas y defenderlas en un caso de avance.

Los carros, que eran cuatro, venían perfectamente cargados, y cubiertos, de modo que ninguno sabía lo que contenían.

—Antes que Chacho nadie ha de verlo ,decía el compadre Ramon; y nadie trataba tampoco de ver lo que en ellos venía, porque todos los que lo acompañaban eran troperos y gente feliz, indiferentes á aquellas cosas.

Siendo bebida, alguna fuercita habrían hecho por verla y probarla ; pero tratándose de cosas de uso, ¿qué les importaba todo aquello? ya llegaría el Chacho y lo pondría en evidencia, no hay cuidado.

Chacho, además de su escolta habitual, traía una escolta extraordinaria y original.

Ésta la componía su mujer y algunas amigas, mujeres de jefes y oficiales de su ejército, aguijoneadas por la curiosidad de ver antes que nadie, lo que el compadre Ramon le había llevado.

Córdoba, para aquellas provincias lejanas y privadas de todo adelanto, era como había sido París para nosotros ahora cincuenta años.

Bastaba decir que una cosa había sido adquirida en Córdoba ó que viniera de allí, para que solamente por aquel hecho provocase la admiración de todos.

Y aquellas mujeres coquetas y curiosas como lo son todas, venían echando sus cuentas sobre los objetos preciosos y fantásticos que traería Ramon para la Victor.

—Como al fin y al cabo no ha de dolerle porque no es suyo, él habrá gastado un platal, decían ; pero así será también de precioso lo que traiga: chico nos va á ser el día para mirarlo todo.

Haciendo todo género de comentarios cómicos y curiosos, llegaron á este mismo sitio donde se encontraron con el compadre Ramon y su esperada tropa de carros.

La alegría era general é intima: aquello parecía un día de

fiesta patria, porque todos lo festejaban hasta disparando tiros al aire y echando dianas con las cornetas de todos los cuerpos.

Después de los abrazos de ordenanza y de haber ordenado Chacho que se acampara allí, el compadre Ramon empezó á hacer su historia ante todo aquel estado mayor de jefes, oficiales y mujeres, que escuchaban en medio del más respetuoso silencio para no perder una palabra de lo que se decía.

El compadre Ramon mandó destapar uno de los carros para *amenizar* la narración, pues aquel carro no contenía otra cosa que bebidas, yerba, azúcar, galleta y provisiones por el estilo.

—¡Qué se destape! exclamó Chacho asintiendo en la cosa: que se destape y que cada cual tome lo que quiera: la alegría mía debe ser la alegría de todos, y todos deben estar tan contentos como yo.

Aquel fué un momento estupendo: todos empezaron á acercarse al carro y á tomar con una moderación asombrosa, quien un poco de yerba y azúcar, quien un poco de galleta, quien un jarrito de caña de una pipa que se abrió sobre tablas.

Y el generoso Chacho reía con una satisfacción profunda, al ver la alegría pintada en el semblante de sus leales.

Se bebió á la salud de los muertos y de los vivos, y hasta de los que estuvieran por morir, dando estruendosos gritos y palmoteos.

El compadre Ramon, sentado en medio del gran círculo, refería a Chacho minuciosamente todo lo que había hecho y el por qué de su tardanza.

—Mucho me costó cobrar la cosa, decía entre trago y trago, porque en Buenos Aires no es como aquí.

El gobierno manda pagar con mucha facilidad, pero el tesorero empaca los pesos de tal modo, que en sus «vuelva mañana» y «vuelva pasado», se pierde un trimestre como un día.

Esto me ha embromado mucho, porque yo tenía que hacer aquí y estaba gastando en estadía en Buenos Aires, inútilmente; pero ¡qué le habíamos de hacer! para eso es uno amigo de sus amigos.

—¡Pobre compadre, tan bueno y tan leal siempre! es preciso que se cobre todo lo que por mí haya gastado, que no es cuenta que, tras de lo que se ha embromado, venga todavía á perder plata.

—Déjese de eso, que no vale la pena, compadre: la cuestión es que usted estuviera contento.

La cuestión es que aquellos bergantes me habían pagado en plata, los diez y seis mil pesos en plata, y esto me causaba una molestia espantosa.

Figúrense ustedes cómo iba yo á hacer para andar de un lado á otro y á lomo de mula, con semejante peso bárbaro.

Hasta el Rosario todo iba bien, porque al fin y al cabo el

vapor cargaría con todo; pero del Rosario adelante, la cosa era diversa.

Además de la incomodidad espantosa de andar con un peso semejante, había el peligro de que fuese á correrse la voz de que yo andaba con tanto dinero y me sucediera un mal percance en el camino.

—¡Bueno de mi compadre: cuánto trabajo y cuánta amoladura tomada por mí!

—¡Qué le hemos de hacer? para eso somos los compadres y amigos: no nos hemos de morir por tan poca cosa.

Fué pensando en todo eso y calculando los inconvenientes de viajar con tanto dinero, que se me ocurrió gastar en Córdoba lo más que pudiese, en aquellas cosas que tanta falta les hacía.

Ahora que el general Peñaloza tiene dinero, pensé, es preciso que ponga su casa como se debe, y tenga donde recibir como se debe, á las categorías que vengan á visitarlo.

Y me solté por aquellas magníficas mueblerías, á comprar todo aquello que precisaban ustedes, cargando los carros que aquí ven.

Comprar muebles, era un desatino incalificable: sin embargo, el Chacho dominó un gesto de vinagre que le asomó á los ojos y agradeció de nuevo á su compadre todas las molestias que se había tomado.

No quería viajar con una petaca llena de plata que al fin y al cabo nadie sabía que la traía, y se largaba á una travesía tan larga y peligrosa con una tropa de carros que tendría por fuerza que llamar la atención y ser tomada por la primer tropa que hallara en el camino.

Pero Chacho, inocente de ciertas cosas y con una confianza ilimitada en su compadre, no podía abrigar la menor desconfianza ni sospecha de mal proceder; así es que ni siquiera paró la atención en este contrasentido, cuya explicación no podía tardar en tenerse.

—Compré pues todos aquellos muebles que podían serle necesarios para poner su casa como se debe, continuó el compadre Ramon, y me puse en camino después de haber escrito mi última carta que han recibido en Catamarca.

Y para que todo no fuera muebles y cosas de adorno, me traje también un carro de provisiones que le vendrán de perilla.

El resto se lo traigo aquí en plata y algún oro que compré en Córdoba, por hacer más chico y menos pesado el bulto.

—¿Qué le parece, compadre, todo lo que he hecho? ¿no está contento?

—¿Y cómo no he de estar grato por tanta atención? dígame, compadre, ¿y cómo cuánto le habrá costado ese mueblaje de tono?

—Muy poca cosa, compadre, porque todo lo he barateado como para usted: ya les daré mis cuentas que las tengo en regla.

—Bueno, compadre, ¿y cómo cuánto me trae en dinero? yo quisiera saberlo, porque debo unos pesos en Catamarca y quisiera dejarlos ahora á la pasada.

—Siempre habrá para dar y prestar, compadre, porque le traigo más de cuatro mil pesos.

Chacho abrió la boca de una manera tremenda, expresando así su más inocente asombro.

Chacho no sabía leer ni escribir, pero el hábito de tener que mandar en jefe y tener que contar hombres y armas, lo había hecho un contador de primera fuerza.

Así es que cuando el compadre contó lo que traía, calculó el Chacho lo que faltaba y se quedó de una pieza.

—¿Quiere decir, compadre, que me ha gastado en muebles de todo como doce mil pesos?

—No, compadre, es que hay que agregar el precio de las provisiones de aquel carro, los gastos de flete que son muchos y otras menudencias que traigo apuntadas.

En todo habré gastado eso: ya vé que he andado con medida, porque sabía que esta plata usted la había de necesitar para mil compromisos.

El Chacho no decía una palabra de reproche, pero su disgusto estaba perfectamente expresado en el semblante.

Había palidecido y apagado la sonrisa bondadosa que lo había animado toda la mañana.

Comprendía sin duda que allí había mal proceder de su compadre, porque se había metido á lo que no debía, y se había disgustado profundamente; disgusto que comprendieron desde el primer momento cuantos lo rodeaban, y que sin duda también debió comprender el compadre.

—Bueno, murmuró tratando de dominarse, vamos á ver los muebles con que me voy á dar tono de general de aquí en adelante: vamos á ver algunos para empezar á darnos tono desde ya.

—Y ¿cómo vamos á desacomodar muebles aquí? preguntó el compadre: ¿usted sabe el trabajo que dá todo esto para volverlo á acomodar?

Los veremos allí en su casa, compadre, cuando no haya nada que reacomodar y podamos hacerlo á entera comodidad.

—Eso no es nada, compadre: los muchachos los acomodan en un momento: vamos á ver, compadre, que es mucha la curiosidad que tenemos.

El compadre Ramon hizo algunas objeciones más para que no se desacomodaran los carros; pero todo fué inútil.

El Chacho quería ver los muebles y no había más que complacerlo.

Ya de todos modos los muchachos habían invadido los carros y principiado á destapar el mueblaje y bajar al suelo los primeros que agarraron.

Era el carro donde venían precisamente los sofás, los y los espejos que ustedes ven aquí.

Los muchachos empezaron á bajar cosa por cosa de mo pocos momento después todo estaba en el suelo.

Los muebles, como ustedes mismos pueden verlos, no eran malos; pero ya estaban muy usados, el dorado de los espejos se había salido, y muchas sillas, según lo manifestó el compadre, tenían las patas rotas á consecuencia del viaje.

Y si siguen sacándolas y andando con ellas de un lado á otro, se acabarán de romper; con los muebles ricos es preciso tener cuidado.

Una de las mujeres que había venido con nosotros, gorda y pesada, imitando la acción de la Victor, se dejó caer en una silla para probar los elásticos, sin duda; pero á la silla no le pareció bien el peso de la capitana y aflojó las patas, dando con ella en el suelo.

El compadre Ramon puso una cara de todos los infiernos é hizo un gesto de vinagre.

Es que al caer la capitana, arrancó una carcajada á todos, no se sabe si por el golpe de la mujer que empezó á soltar cada grita como un aullido, ó por la poca resistencia de la silla.

Chacho era el único que no reía esta vez: no podía dominar su mal humor y se veía claramente la poca gracia que le hacía todo aquello.

El compadre Ramon mandó volver los muebles al carro; pero Chacho detuvo á los muchachos con un ademán diciendo:

—Al contrario, que bajen todo lo demás de los otros carros; por más que mi compadre crea lo contrario, yo no puedo llevar al salón del general Peñaloza muebles que hagan medir el suelo con el cuerpo á las importantes personas que vayan á visitarlo.

El compadre se mordió los labios y no tuvo más remedio que aguantar.

—Miren, dijo, que así van á acabar de romper lo que se haya descoyuntado con el viaje: los muebles buenos no se pueden manejar así como á equipaje de tropa: ahí viene un piano que puede romperse y que vale muchos cientos de pesos.

—Mejor, así nos evitaremos el trabajo de llevar á La Rioja cosas que se han de romper pronto y que no han de tener compostura.

Abajo, pues, todo: quiero ver de una vez hasta donde llega el buen gusto de mi compadre y hasta donde llega su inocencia.

No había remedio; parecía que Chacho había calculado la explotación de su compadre y quería hacérselo entender á su modo, sin brusquedad ni grosería, con toda la irónica finura de que era capaz.

El compadre estaba como sobre alfileres: comprendía lo que Chacho quería hacer y se lo llevaba el diablo.

Los muchachos empezaron á sacar de los carros todo cuanto ustedes ven aquí.

Cuando bajaron el piano, todos empezaron á aplaudir estruendosamente: en La Rioja como en todas las provincias argentinas, hay el sentimiento de la música, delicado y espontáneo, así es que la vista de un piano produce siempre un efecto maravilloso.

Pero no había allí quien tocara y esto era ya un inconveniente.

—Ya que mi compadre ha traído piano, dijo Chacho, debió haber traído también quien tocara; pero no importa, ahora me acuerdo que él toca, y por el momento él nos hará el favor de una zamba agitada.

Pocas ganas de tocar debía tener el compadre, pero tenía al mismo tiempo miedo de irritar más al Chacho; así es que haciendo de tripas corazón, se acercó al piano y se puso á tocar.

Pero todo no pasó de una intentona.

Aquel instrumento era tan piano como yo, y la mayor parte de sus notas no sonaban y las que sonaban lo hacían de una manera tan desagradable, que más valía no oirlo.

El compadre Ramon estaba como en una parrilla; miraba á todas partes con una angustia suprema y como si deseara estar á mil leguas de allí.

Aquella era una explotación inícua: todo no valía ni quinientos bolivianos porque eran trastos viejos.

Sin duda eran los mismo muebles del compadre Ramon, que había querido encajarlos á Chacho como cosa nueva.

Y tan claro era esto, que el mismo Chacho no pudo contener la risa y el mismo compadre rió también sin duda al sentirse descubierto.

—El traqueteo del viaje ha sido mucho, compadre, dijo, y los muebles han sufrido mucho: no creí yo que me sucediera semejante cosa.

—¿No vé, compadre, cómo hubiera sido mejor traerme los pesos para que yo comprara lo que me diera la gana?

—Ahora veo que sí y que mi cariño me ha hecho cometer una barbaridad.

Pero nada se ha perdido, no importa; una vez que estamos en La Rioja, yo me comprometo á hacer arreglar todo, como cuando estaba nuevo, y el piano yo mismo le daré una afinada, que es lo único que necesita.

Vamos á acomodar todo de nuevo para que no se rompa más, y ponernos en camino para llegar cuanto antes.

—¡Qué esperanza! exclamó Chacho: ¿usted cree, compadre, que yo voy á perder tiempo en llevarme semejantes vejeces, no teniendo ni siquiera casa donde ponerlas?

Necesito el tiempo y los puestos para otras cosas mejores.

Ya que todo esto se ha comprado y que no hay más remedio que quedarse con ello, vamos á aprovecharlo de alguna manera.

Por lo pronto vamos á armar un salón aquí mismo en este corral, que será cosa muy curiosa, y daremos en seguida un gran baile á la salud suya, mi compadre.

Felizmente hay un carro de provisiones, y no ha de faltarnos nada.

Una vez que nos hayamos divertido y tengamos que irnos de aquí, tendrá el enemigo un salón donde descansar como gente, y donde celebrar sus consejos de guerra para juzgarnos á nosotros mismos.

Así tendremos siempre todo un salón donde descansar cuando pasemos por aquí, hasta que los milicos vayan poco á poco haciendo fuego con los muebles y sirviéndose de ellos para calentar agua. Así tendré el gusto de haber gastado diez mil patacones en establecer un salón para el uso de los ejércitos en campaña.

¿Qué mayor satisfacción puedo tener, que haber hecho lo que nadie hasta ahora? ¿qué le parece, compadre?

El compadre Ramon estaba profundamente avergonzado: aquella conducta del Chacho era un bofetón dado con la mayor finura, y una protesta del robo que el compadre había querido hacerle.

Este empezó á hacer todo género de esfuerzos para que Chacho no insistiera en aquella orden tan vergonzosa para él, pero todo fué inútil.

—Si no le gustan los muebles, todavía pueden venderse y sacar por ellos mucho dinero.

No haga esta herejía, compadre, que es tirar la plata al medio del campo.

—¿Y usted cree, compadre, que nadie va á ser tan inocente para dar dos reales por todo esto y todavía tener el trabajo de venir á buscarlo aqui?

¡No sea infeliz, compadre, si esto no vale nada!

—Los volveré á llevar yo, dijo el compadre batiéndose en su última trinchera: los llevaré yo hasta Córdoba y los volveré á vender.

—¿Qué cree usted, compadre, que vale la pena? no jorobe: siquiera así tengo el derecho de hacerme un gusto, extraño si usted quiere, pero un gusto al fin y al cabo, y de otro modo me vería no sólo privado de este gusto, sino que tendría que pagar todavía para hacerlos viajar hasta Córdoba.

Nada, vamos á alfombrar el corral, compadre, á amueblarlo y á dar en seguida una fiesta como no se ha visto otra.

El compadre Ramon comprendió que era inútil insistir más y bajó la cabeza resignado á sufrir el justo castigo que había merecido.

Había creído que su compadre era un imbécil á quien se podía estafar como á un chiquillo y se encontraba con que Chacho no tenía un pelo de zonzo y que tomaba un desquite tremendo, puesto

que lo avergonzaba de aquella manera ante todo su ejército y que el cuento de aquella vergüenza lo correría de su misma provincia, donde no podría ir sin afrontar la risa de todos.

Chacho hizo amueblar y alfombrar el salón de la manera que ustedes ven, y en seguida empezó un baile formidable, á bombo y canto, porque lo que es el piano no se podía hacer sonar de manera alguna.

El baile duró seis días con sus correspondientes noches: había abundancia de víveres y mientras éstos no se acabaran no se acabaría aquél.

—Cuando fué sorprendido el bombero de ustedes, la fiesta estaba en todo su apogeo, teniendo que huir precipitadamente para no ser sorprendidos.

Por eso están aquí todos los carros, menos el de los víveres, que aunque en él quedaban ya muy pocos, no había por qué abandonarlos.

El salón ha quedado acá para ustedes ahora, como para nosotros después, porque como ustedes no tendrán objeto en destruirlo, quedará como está ahora, y servirá siempre para descanso de aquel que ande por aquí, cualquiera que sea.

Aquella narración hizo una gracia infinita entre nuestros jefes.

Todos conocían al que hemos llamado el compadre Ramon y que tan finamente había querido hacer á Chacho un tiro de diez mil pesos bolivianos.

Y como no había por qué hacer otra cosa, la fiesta empezada por el Chacho siguió sostenida por la alegría de nuestras tropas.

A la noche, todas las partidas que habían salido en persecución de las fuerzas del Chacho, regresaban con los prisioneros que cada una había tomado, pero con algunas plazas de menos.

Por esta sorpresa dicen que se libró al compadre Ramon de un segundo bromazo que le había preparado para cuando llegara á La Rioja, pues sospechándose él sin duda que aquella estafa no había de quedar así no más, se apretó el gorro en dirección opuesta, seguido de sus peones, yendo á sujetar el pingo en la misma ciudad de Córdoba.

Y aquel célebre salón al aire libre, permaneció allí por mucho tiempo, sirviendo de salón de descanso á unos y otros, como Chacho lo había dicho.

Pero el sol y las lluvias por una parte, y los milicos por otra, que son una destrucción andante, se encargaron de dar fin con él.

Los muebles, desconsolados y rotos empezaron á emplearse en necesidades del servicio, y concluyeron por servir solo para hacer fuego.

Después se supo que la tirada del compadre había sido en regla.

Aquel mueblaje era el de su propia casa, con el que había sustituido el que realmente compró en Córdoba nuevo, pero pagando sólo la tercera parte de lo que había dicho á Peñaloza.

La verdad es que el tal compadre nunca soñó que el Chacho, á las primeras de cambio, le descubriese el juego y lo tratara de tan mala manera.

Esta aventura llegó á ser tan conocida, que una noche de máscaras, sirvió en el Club del Progreso de tema para que dos traviesas niñas dirigieran al compadre Ramon las más amargas bromas, siendo inútiles sus protestas, pues los oficiales del ejército habían referido la cosa con sus detalles más minuciosos.

Así la venganza de Chacho vino á ser mucho más positiva y eficaz de lo que él había pensado.

LOS URRUTIA

Entre los Urrutia y el coronel Iseas, existían antecedentes tremendos.

El deseo de vengarse de Iseas había costado ya la vida á dos Urrutia, y el último y más joven de ellos salvaba milagrosamente en momentos en que el mismo Iseas trataba de quitarle la vida.

Estos antecedentes son dignos de referirse hasta en su menor detalle, pues ellos envuelven la tragedia más conmovedora tal vez, de cuantas se desenvolvieron en el interior entonces.

Los Urrutia era una familia de cierta posición, é importancia, que vivía en uno de los pueblos de la provincia de San Luís.

El padre viejo y bravo guerrero, había muerto sobre el campo de batalla, al lado de Chacho, en uno de sus más sangrientos combates, dejando su familia que más tarde tuvo la desgracia de perder también la madre.

Y quedó reducida á tres hermanos y una hermana de estupenda belleza á quien aquellos querían con idolatría verdadera; idolatría de que la bella joven era digna bajo todo punto de vista.

Ramon, el mayor, tenía sus treinta y cinco años, treinta Pablo, y quince Javier, que era el más joven.

Ramon era el jefe de la familia, cariñosamente reconocido por todos.

Jefe de ella había sido en vida de la madre, que era la primera en reconocerlo como tal, y jefe había quedado, con mayor razón, después que ésta hubo muerto, recomendándoles lo miraran como á su padre.

Lo que Ramon decía se hacía siempre, sin discusión alguna, pues á más de la mayor suma de cariño había la mayor suma de respeto.

Recordando el fin trágico del padre y la necesidad en que estaba de velar por la hermana, Ramon le había sacado siempre el cuerpo al servicio de las armas.

Chachista de corazón, había sabido mantenerse sin tomar parte en aquellas largas campañas y del ejército nacional se había escondido siempre que éste había pasado por su pueblo.

Pablo, de otro temperamento más ardiente, le tiraba por el lado de la guerra.

Muchas veces había querido tomar las armas en defensa de la causa del Chacho, pero su hermano le había rogado que no lo hiciera, primero, y viendo que insistía, se lo había prohibido más tarde, invocando la memoria de su madre.

Pablo se resignó por completo y no volvió á hablar más del asunto, después de estas últimas palabras de su hermano.

—Yo no soy inmortal, y puedo faltar el día menos pensado: y si tú anduvieras en campaña entonces jugando la vida á cada momento, ¿qué sería de Carolina?

—Tienes razón, repuso Pablo, y no volvió á hablarse más de semejante cosa.

Una tarde calurosa del mes de Enero, los cuatro hermanos se hallaban en el gran patio de la casa paterna, conversando de los últimos sucesos de la guerra, cuando se detuvo en la puerta un grupo de soldados mandado por su oficial.

El regimiento de Iseas había campado á la orilla del pueblo, sin que nadie lo supiera, é Iseas había enviado varias comisiones, como tenía de costumbre, á que fuesen en busca de víveres y gente buena para incorporar á sus tropas.

Los soldados se habían detenido casualmente sin duda, pues miraron al patio y siguieron tranquilamente su marcha.

Ramon mandó en el acto á sus hermanos fueran á esconderse, quedando él tranquilamente con Carolina.

Era necesario no dar á sospechar nada, de modo que si aquellos soldados volvían á pasar más tarde, no notaran nada de extraordinario.

El paso de tropa, por antipática que fuera, despertaba siempre una curiosidad invencible, saliendo muchos á la puerta á mirarla de atrás cuando no había mayor peligro.

Carolina, impulsada por esta natural curiosidad, saltó á la puerta y miró el grupo de soldados, que al parecer no llevaban el menor propósito hostil, vista la tranquilidad con que marchaban.

Ramon se había quedado en el patio, en el mismo sitio que ocupara, mirando hacia la puerta y sonriendo de la inocente curiosidad de la joven.

Al lado de la casa de los Urrutia, vivía la familia del Mercado, compuesta de los dos viejos y un hijo de veinte y cinco años, único que le quedaba, pues los otros habían muerto ó andaban en campaña con Peñaloza.

El joven Mercado tenía amores con Carolina, desde la niñez, amores consentidos por la madre de ésta primero, y por Ramon después, que tenía por Mercado un cariño sin límites, leal é invariable.

Los dos jóvenes debían casarse muy pronto y solo esperaban la terminación de aquella campaña para que se hallasen presentes al casamiento los hermanos de Mercado.

Aquellos amores eran conocidos por todo el pueblo, puesto que no se hacía sobre ellos el menor misterio, siendo mirados ya casi como marido y mujer.

Mercado tenía por Carolina una de aquellas pasiones intensas que ligan dos corazones por una eternidad.

Cuando Carolina salió á la puerta, Mercado estaba en la suya, pues habían salido con igual objeto.

Pero una vez que los jóvenes se vieron, olvidaron la tropa que los había hecho salir, y sólo pensaron en mirarse.

Y como nada tenían que ocultar á nadie, empezaron á conversar en alta voz de una manera tan cariñosa que hizo sonreir á Ramon.

Los hermanos de éste se habían retirado al fondo de la casa, y se habían echado bajo un parral perezosamente á tocar la guitarra.

Tan embebidos estaban Mercado y Carolina, que no notaron que la tropa que habían salido á ver llegando al extremo de la calle, dió vuelta y regresaba por el mismo camino.

Si Carolina lo hubiese notado, se habría entrado, pero estaba demasiado entretenida con su novio para reparar en ello.

Cuando Carolina recordó, el oficial y los soldados estaban encima y tuvo miedo de entrarse entonces, porque el oficial podía tomarlo á desaire y hacer alguna grosería que trajera un compromiso para su novio.

Así es que dominando el miedo que experimentó al acercarse el grupo, se quedó en la puerta mirando á Mercado con una angustia suprema.

El grupo de los soldados se iba acercando rápidamente.

El oficial que se había fijado en Carolina sin duda desde la primera vez, puesto que regresaba por el mismo camino, venía tan embebido en la contemplación de la joven, que ni reparó en Mercado, ni respondió al cortés saludo que éste le dirigió.

La belleza de Carolina le había deslumbrado como un rayo de sol, atrayéndolo con una fuerza poderosa.

El oficial era un hombre joven, pero ordinario.

Como todos los oficiales que se habían educado al lado de Iseas, era brusco, voluntarioso y cruel.

Los oficiales que se educaban en aquella tremenda escuela, y bajo el eterno ejemplo de las iniquidades cometidas por aquel jefe, empezaban por perder todo sentimiento y concluían por hacerse tan feroces como él, cometiendo por su cuenta todo género de crueldades y hasta crímenes, porque contaban con la aprobación brutal de su jefe, que se complacía más, mientras mayores eran las herejías que se le narraban.

El oficial que iba á pasar ante Carolina era de los más bárbaros y crueles que tenía Iseas á sus órdenes, y esta ferocidad estaba tan íntimamente acusada en el semblante, que la pobre joven, al aproximarse éste, se sintió estremecer de temor, y no tuvo fuerzas ya para seguir su inspiración de entrarse.

El oficial que venía magnetizándola con sus ojos bravos, se detuvo delante de ella y con una grosería infinita, le tocó la cara con ambas manos en una insolente caricia y le dijo una cuchufleta digna del sargento más desbocado.

La joven quedó azorada, mientras el oficial alentado por su silencio, repitió sus cariños, cada vez con mayor insolencia.

La pobre joven se defendía de ellos, pero sin aliento, sin fuerzas ya, porque detrás de aquello veía una escena violenta con su novio y con su hermano.

Efectivamente, como movidos por el mismo resorte, Mercado por una parte y Ramon por otra, habían saltado en protección de Carolina.

Mercado afeaba la conducta del oficial, mientras Ramon ayudaba á su hermana á entrar, le decía fuese al fondo de la casa con sus hermanos, y cerraba la puerta.

Mercado, joven bravo y decidido á todo, había tomado al capitán de un brazo para ayudar la acción de Ramon, lo que irritó de una manera tremenda al oficial que soltó un terno formidable, dió un bofetón á Mercado y sin más trámite sacó á relucir su espada.

Ramon, que cerraba la puerta, al ver la acción del oficial y el peligro que corría el joven por defender á su hermana, la volvió abrir de nuevo y se lanzó en protección de su amigo sin mirar su propio peligro.

Ramon era también valiente hasta la temeridad y no hubiera retrocedido por nada.

El trató de calmar y convencer al oficial con buenas razones, pero un nuevo sopapo de éste le hizo perder los estribos y acometer entonces completamente decidido á la lucha.

Esta era repugnante: Mercado y Ramon no tenían arma alguna, mientras que el oficial no solo hacía uso de su espada, sino que los soldados habían acometido también sable en mano.

En estas condiciones la lucha tenía que ser rápida y fatal para los pobres jóvenes.

Nadie acudía en su auxilio, porque todos tenían terror de la tropa de línea, y el pobre Ramon, á más de todo, tenía la preocupación de que fueran á acudir sus hermanos y á hacerse matar junto con él.

Felizmente la rapidez de la lucha no les dió tiempo: Mercado, sobre quien habían cargado casi todos, fué el primero en caer postrado por veinte heridas de muerte.

Ramon cargó á puñetazos, sin la menor esperanza de salvación, pero con inmenso brío.

Y no tardó tampoco en caer aturdido por los golpes de sable y un par de hachazos recibidos desde el principio de la lucha.

El oficial una vez que se vió sin enemigos, tuvo sin duda miedo fuera á venir gente en apoyo de aquellos infelices; gente armada que podía hacerle pasar un mal rato, y emprendió su retirada al campamento, llevándose á Ramon, porque tenía vida y podía servir para entretener su crueldad.

Ellos no habían sufrido más de algunos puñetazos, pero puñetazos que habían dejado sus manchas violáceas, sobre todo en el semblante del oficial.

Y se alejaron tan rapidamente, llevando á la rastra á Ramon, que bien pronto se perdieron al volver la calle y entre la obscuridad de la noche.

Recién entonces, y confundidos entre un grupo de vecinos, aparecieron Pablo y Javier, para quienes aun era un misterio lo sucedido.

En el fondo de la casa y á causa del canto y guitarreo á que se habían entregado, no había llegado hasta ellos el rumor de la lucha.

Carolina, sin poder dar un paso, y embargada por el más hondo terror, había quedado inmóvil en medio del patio sin atinar con lo que debía de hacer.

Al mucho rato se dirigió al fondo y se acercó á sus hermanos, pero no pudo pronunciar ni una palabra, sino hacer señas desesperantes que aquellos no entendieron en el primer momento.

Cuando Pablo pudo darse una cuenta confusa de lo que sucedía, porque Carolina balbuceaba confusamente palabras ininteligibles, se lanzó a la pieza de Ramon donde tomó un sable que allí había y seguido de Javier que no acertó ni siquiera á tomar un palo, salían á la calle en momentos en que muchos vecinos hacían lo mismo.

El cuadro fué sombrío y doloroso, porque lo primero con que tropezaron los ojos de los jóvenes fué con el ensangrentado cadaver de su amigo, sobre el que lloraban sus padres de una manera desesperada.

¿Qué había pasado allí? ¿en dónde estaba Ramon que no lo veían? La noche cerraba y aumentaba la confusión de todos.

Era tal le desesperación y el dolor que acusaban los jóvenes, que nadie se atrevía á responder á sus múltiples preguntas.

Temían todos que ante la realidad de los hechos fueran á perder la razón.

—¿Y Ramon? ¿dónde está Ramon? preguntaban tendiendo su vista por todas partes sin apartarse del cadáver aun caliente de Mercado.

Tan peligrosa podía ser la verdad como la duda, y como al fin Ramon no había muerto, uno de ellos se acercó á Pablo, y en pocas palabras narró lo sucedido.

—A Mercado, ya lo ves, lo han muerto, concluyó aquél; pero á Ramon, felizmente no ha sucedido nada: lo han llevado preso al campamento probablemente y no tardará en volver.

—O lo habran asesinado en el camino, gimió Pablo: yo voy á buscarlo ó á correr su suerte.

Los amigos lo contuvieron y empezaron á hacerle un cúmulo de reflexiones.

—Es necesario esperar hasta mañana á ver si vuelven, pues es natural que lo pongan en libertad, una vez que sepan lo que ha pasado.

Si vas ahora, los vas á tomar enojados y tal vez te pongan preso también.

—¿Y qué vas á conseguir con hacerte embromar?

—¿Y qué me importa á mí lo que pueden hacerme? yo tengo que ir á socorrer á Ramon, y esto es todo: mientras que espero su vuelta tal vez lo maten, y esto no puede ser.

Y el pobre joven se tiraba los cabellos, hasta arrancárselos á puñados.

—Piensa que si te vás, Carolina queda desamparada y tal vez ella necesita tu protección más que tu hermano.

—Con ella queda Javier, dijo Pablo casi llorando, y con la más suprema angustia: es preciso que nos repartamos en situación tan tremenda y que él se quede con Carolina mientras yo corro en auxilio de Ramon.

—Quédate, hermano, añadió: quédate, yo te lo pido en nombre de nuestros padres: tal vez este tiempo que yo pierdo cueste la vida á Ramon: tú socorre á Carolina, que es ahora la más desventurada; y señaló el cadaver a cuyo alrededor todos se habían arrodillado.

Javier, que era un niño, se resolvió á quedarse llorando, y dijo á su hermano:

—Anda, Pablo, anda y que Dios te ayude: yo me quedaré con Carolina.

Pablo, sin abandonar el sable que tenía en la mano, echó á

correr, aunque sin dirección fija: él mismo no sabía adónde había de dirigirse.

El pobre iba medio loco y sin saber lo que había de hacer.

¿Dónde quedaba el campamento de aquella tropa que nadie había visto llegar? ¿dónde habían llevado á Ramon?

La noticia de lo sucedido cundió por todo el pueblo con tal celeridad, que todos, al ver cruzar á Pablo como un loco, sabían ya el objeto de aquella carrera vertiginosa.

Preguntando á unos y á otros, la dirección que habían seguido los soldados que llevaban á Ramon, Pablo dió por fin con el campamento, llegando á él casi al amanecer.

La guardia lo tomó, lo desarmó y lo condujo adonde estaba Iseas, saboreando todavía las escenas que habían tenido lugar la tarde anterior.

Iseas había recibido en medio de estruendosas carcajadas, la narración que á su modo y desfigurando los hechos le hacía el oficial que condujo á Ramon.

Este le había dicho que fué acometido por dos individuos, montoneros sin duda.

Que acometido así, no había tenido más remedio que matar.

La indignación que experimentaba el pobre joven, lo conservaba en todos sus bríos, á pesar de los golpes y heridas recibidas.

Así es que apenas concluyó de hablar aquel miserable, saltó como un tigre, gritando un mentís que hizo estremecer á todos los circunstantes.

Y narró precipitadamente y con una energía tremenda la verdad de lo que había sucedido.

—Y si tienes una hermana tan buena moza, ¿cómo querés que no te la codicien? dijo Iseas.

Es natural que le hayan hecho un cariño, y es una insolencia lo que han hecho ustedes.

¿Qué creen, que así no más se puede trompear á un oficial, pícaro montonero?

—Yo no soy montonero, gritó el joven loco ya de indignación; montoneros son los bandidos que hacen lo que ha hecho ese cobarde.

No había concluído de decirlo cuando fué saludado con un garrotazo de mano maestra.

El joven prorrumpió en nuevas injurias, é Iseas, riendo siempre y con repugnante tranquilidad, le mandó pegar un tiro atrás de la oreja.

Era la manera inventada por él para matar montoneros, porque era más rápida y le permitía matar muchos en poco tiempo.

—¿Y á mí me van á matar? y ¿por qué me van á matar? gritaba Ramon, haciendo esfuerzos violentos por librarse de los soldados que lo sujetaban.

Pero estaba bien agarrado y le era imposible hacer el menor movimiento.

De modo que tenía que contentarse en lanzar todo género de gritos é injurias á aquellos verdaderos bandidos, que los recibían en medio de estruendosas carcajadas.

—No solamente te voy á matar por montonero, le dijo Iseas, sino que voy hacer traer en seguida al campamento la muchachuela causa de este barullo, para que el capitán pueda desquitarse alegremente de los puñetazos recibidos.

Aquello era demasiado, y causó tal impresión en el espíritu del joven, que haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró soltarse avanzando sobre Iseas con los puños crispados.

Pero antes que diera dos pasos lo habían agarrado de nuevo y volteado al suelo.

Iseas prorrumpió entonces en injurias de todo género, y mandó que le pegaran el tiro atrás de la oreja.

Inútiles fueron los débiles esfuerzos que pudo hacer el joven: uno de los soldados se le acercó, descargó la boca de la carabina en el punto indicado por Iseas, é hizo fuego.

Renunciamos á pintar el cuadro horrible que siguió á aquel asesinato cobarde, porque muchos de nuestros lectores no lo creerían, á pesar de que en nuestro relato citamos el nombre de personas conocidas y vivas aún, á quienes se puede preguntar quién era el coronel Iseas.

Una vez muerto el joven, fué arrastrado por los piés lejos del campamento, para que no incomodara.

Aquella no era la única iniquidad cometida aquel día: ya Iseas había cometido otras hazañas por el estilo, de modo que no fué aquel el solo cadáver allí depositado.

Cuando Pablo llegó al campamento no se hablaba de otra cosa, pues efectivamente se preparaban á ir á buscar la hermana de la víctima, cuya belleza había ponderado el oficial de todos modos.

Llevado á presencia de Iseas, éste le preguntó qué buscaba allí, qué había ido á buscar sable en mano.

—Señor, señor, exclamó el desesperado joven, creyendo que en aquel jefe iba á encontrar un amparo: vengo á buscar á un hermano mío que han traído preso ayer y cuya libertad suplico á usted.

—¿Y á tu hermano lo venías á buscar sable en mano, sin duda para llevártelo por la fuerza?

—No, señor, ese era un sable que tenía casualmente en la mano, porque con él salí de casa para defenderlo.

—¡Ah, montoneros! ¿entonces sos de los montoneros que ayer acometieron á un oficial mío? yo te voy á dar sable, pedazo de pícaro, y á enseñarte á respetar los oficiales del ejército.

—Si yo no he acometido á nadie, señor; si son ellos los que

han atropellado á mi pobre hermana, han muerto á su novio y se han traído aquí á mi hermano.

—¿Conque vos sos hermano del salteador de anoche? ¡ah, hijo de mala madre! ¡salteador! ¡yo te voy á dar justicia!

Pablo, desesperado, quiso explicar á Iseas lo que había sucedido, y como su oficial había sido el único culpable; pero Iseas no le quiso escuchar una sola palabra.

—Llévenlo primero á que su hermano le cuente lo que le ha sucedido, dijo Iseas: llévenlo á ver si después quiere todavía que le haga justicia ó se manda mudar prévia una paliza.

El joven pensó que realmente lo llevaban á hablar con su hermano, y lleno de alegría siguió á los soldados que se encaminaron, riendo unos y conmovidos otros, al paraje donde estaba el cadáver de aquél.

Imposible es pintar la desesperación de Pablo al conocer el helado cadáver de su hermano.

—¡Ramon, Ramon querido! exclamó con voz sollozante: ¡te han asesinado! y se echó sobre el cadáver cubriéndolo con sus más expresivas caricias.

¿Y quién lo ha asesinado? gimió, ¿y por qué lo han asesinado á él que era la bondad personificada?

—No sabemos nada absolutamente: el coronel le mandó pegar un tiro atrás de la oreja y traerlo aquí junto con esos otros que han corrido igual suerte, dijeron los soldados.

Pablo estaba aturdido; abrazado del cadáver de Ramon, lloraba como una mujer, sin atender á otra cosa.

Los soldados que lo vieron así, dominados por el dolor, se retiraron, después de aconsejarle uno de ellos que se fuera del campamento sin volver á hablar con el coronel.

—Es un hombre terrible, le dijo uno de ellos, y sería capaz llado ante el cadáver, parecía absorto en su dolor.

Pablo, puede decirse que no escuchó estas palabras: arrodillado ante el cadáver, parecía absorto en su dolor.

Y las lágrimas caían sobre la ensangrentada cabeza que cubría de besos apasionados.

Al cabo de muchas horas, Pablo levantó la vista, miró á su rededor, y un relámpago de ira brilló en sus ojos.

Y separándose del cadáver empezó á caminar en dirección al campamento.

El pobre joven parecía incosciente de lo que hacía: su mirada inmóvil era la de un idiota, pero su paso parecía perfectamente seguro.

Al llegar al campamento de Iseas, un oficial lo detuvo, preguntándole adónde iba.

Pero Pablo pareció no escuchar nada y siguió marchando.

Fué necesario que el oficial le diera un golpe en el hombro y repitiera su pregunta:

—¿Adónde va, amigo, por ese lado?

—Voy á hablar con el coronel, contestó el joven dulcemente: quiero hablar con él antes de comer.

Nada había en aquella cara bondadosa que importase una amenaza, ni siquiera una actitud descomedida.

Pablo era fuertemente simpático y el drama que había terminado con la muerte de su hermano, drama de todos conocido, le hacía más simpático todavía.

Previendo que Pablo fuera á provocar la ferocidad del coronel con alguna queja, el oficial aquel, deteniéndolo siempre, le dijo:

—¿Y á qué diablos quiere ver al coronel, amigo?

Déjese de eso, mire que el hombre es malo y puede sucederle una nueva desgracia; siga mi consejo y váyase á su casa no más.

—Pero si yo no voy á decirle nada malo, exclamó Pablo, siempre con acento dulcísimo: voy á pedirle que me deje llevar el cadáver de mi hermano para darle la debida sepultura: creo que por esto no se ha de enojar.

—Si no es nada más que esto, vaya no más; pero mire, no le dirija el menor reproche por lo sucedido ya, porque esto lo va á irritar, y ese hombre es tremendo.

—¿Y qué reproche quiere que le dirija? me daré por muy feliz con que me entreguen el cadáver y se acabó: es lo único que yo deseo.

Con paso franco, el pobre joven siguió avanzando hasta donde estaba Iseas.

Completamente dueño de sí, el joven había tomado una resolución tremenda; resolución que iba á cumplir á toda costa.

Quería vengar la muerte de su hermano, cualquiera que fuesen las consecuencias que esa venganza pudiera traerle y disimulaba con una fuerza de voluntad terrible, para el mejor logro de su objeto.

Él no llevaba consigo arma alguna, pero ¿qué le importaba esto? armas no le habían de faltar en el momento oportuno; la cuestión del momento era acercarse á Iseas.

Detenido nuevamente antes de poder acercarse, Pablo tuvo que manifestar que tenía que hacer un pedido al coronel, hablando con tal mansedumbre, que nadie creyó deber cerrarle el paso.

Iseas estaba rodeado de algunos oficiales, ayudantes suyos y soldados, asistentes que estaban arreglándolo todo para la marcha.

El coronel había decidido seguir marcha aquella misma tarde, y el campamento se movía ya todo en sus últimos preparativos.

Acababan de churrasquear, y por todas partes se veían restos de comida.

Los ojos de Pablo se fijaron desde el primer momento en un puñalito que estaba en el suelo, cerca de Iseas y perteneciente á él sin duda, y sus ojos brillaron con un fulgor extraño.

—¿Y qué quiere ese? preguntó el coronel viendo aproximarse al joven, á quien no reconoció de pronto.

—Es el hermano del otro que se hizo matar, contestó el oficial, que quiere pedir algo antes de irse.

—A ver, que se acerque, dijo Iseas mirándolo de una manera amenazadora y sombría: que se acerque y diga pronto, que no tengo tiempo que perder.

Pablo, sin apartar la mirada de aquel puñalito, se aproximó á Iseas y con su voz más suave le manifestó que iba á hacerle un pedido.

—Quiero suplicarle, dijo, que me deje llevar el cadáver de mi hermano para darle sepultura, si esto no contraría alguna resolución del señor coronel.

Y á medida que hablaba se iba aproximando cada vez más, con increíble indiferencia.

—¿Y qué me importa que te lleves esa podredumbre? repuso; que te la lleves ó que se la coman los perros, me es absolutamente lo mismo y para eso no valía la pena de incomodarse.

Conque ¡largo de aquí y cuidadito con que te me pongas más por delante!

Pablo, con una perfecta tranquilidad, avanzó todavía diciendo:

—Estoy muy agradecido á las bondades del señor coronel y en mí tiene un servidor que puede ocupar en todo cuanto guste.

A pesar de lo extraño de aquellas palabras en un hombre ofendido de la manera que lo había sido aquel, no llamaron la atención de Iseas.

Creyó sin duda que era el miedo el que las dictaba y se limitó á hacerle un ademán de despedida.

Entonces Pablo, que se había aproximado á Iseas como tendiéndole la mano, saltó con una rapidez de tigre sobre aquel puñalito que había estado mirando desde el principio, y en seguida sobre Iseas que quedó un segundo inmóvil por el asombro; segundo que bastó, sin embargo, para que Pablo le diera una puñalada que, desgraciadamente sólo alcanzó al brazo izquierdo!

En el acto de sentirse herido, Iseas se incorporó y evitó el nuevo golpe que su agresor le descargara.

Ya hemos dicho que Iseas era un hombre bravo y sumamente vigoroso.

Se había tomado á brazo partido con Pablo, que relativamente era débil, aunque ágil, y prendido uno de otro habían rodado por el suelo.

Pablo desde aquel mometo no pudo herir más.

De todos modos, el puñalito era tan pequeño, que sólo hiriendo en partes precisas habría producido la muerte.

Vueltos de su asombro, todos los que rodeaban á Iseas, caye-

ron sobre Pablo para contenerlo y desarmarlo, lo que entre todos se logró fácilmente.

El pobre joven se encontró desarmado y á disposición de sus verdugos, sin haber podido lograr la venganza que allí lo llevó.

—¡ Un tiro atrás de la oreja ! ¡ un tiro atrás de la oreja ! gritó Iseas con la voz agitada y jadeante, pues Pablo, para defenderse, lo había obligado á hacer extraordinarios esfuerzos.

—¡ No me importa la vida, gritó á su vez Pablo, puesto que á jugarla vine: lo que me duele, lo que me desespera es no haber podido partirte el corazón !

Y resignado y bravo como Ramon, plegó la cabeza que saltó partida por el tiro atrás de la oreja, que simultáneamente le dispararon tres ó cuatro de los soldados.

Iseas estaba enconado de una manera estupenda, y no cesaba de pronunciar cuantas palabras ya tiene el vocabulario militar contra sus oficiales y soldados.

—Al primero, gritaba, al primero que en adelante deje acercar á mí un montonero, le dejo yo seco de un tiro.

Todos ustedes son una manga de pícaros, hijos de mala madre, que lo que quieren es verme muerto para poder hacer sus picardías.

Y se revolvía á todos lados dando de puntapiés y puñetazos á todo el que quedaba al alcance de sus manos ó de sus piés.

Y los oficiales y soldados habían enmudecido, no atreviéndose á chistar palabra, por temor de que fuera á hacer efectivas sus amenazas.

La herida que había recibido en el brazo era de poca gravedad.

Él mismo se la hizo vendar con sus asistentes, dándola por curada en el acto.

Y activó los preparativos de marcha, porque dijo que si quedaba allí un momento más, iba á mandar pasar á degüello á aquella población maldecida.

Y mientras le vendaban el brazo y los asistentes se ocupaban en acomodar todo para la marcha, se entretuvo en dar de patadas al cadáver de Pablo.

Una hora después, la división de Iseas se ponía en marcha, dejando tras sí el recuerdo tremendo de sus ferocidades.

La población, entretanto, quedaba dominada por el más justo terror.

Los hombres se habían escondido unos y ganado el campo otros, temiendo la repetición de enormidades como la sucedida á los Urrutia, mientras las mujeres, encerradas en sus casas, eran presa de justo sobresalto y terror.

Cada rumor que se sentía, pensaban que ya venían fuerzas de Iseas á matarlos, pues al saber que era Iseas el que estaba allí con fuerzas, empezaron á temer desgracias de todo género.

Los amigos de los Urrutia estaban consternados, porque suponían que ni Ramon ni Pablo volverían, pues por lo menos Iseas los incorporaría á su regimiento.

La casa de Mercado se había llenado de amigos que recogieron su cadáver y lo llevaron á su casa para velarlo y darle sepultura.

La desventurada Carolina parecía haber perdido la razón completamente.

Con la mirada dilatada de un modo terrible, pasaba de la casa de Mercado á la suya, á ver si habían vuelto sus hermanos.

Sin derramar una sola lágrima, preguntaba si Ramon y Pablo no habían vuelto; y estas preguntas las hacía con una tranquilidad aterradora, porque esto los convencía aún más, de que Carolina no estaba en su juicio.

De cuando en cuando se acercaba al cadáver de su novio y lo llenaba de caricias, pronunciando las palabras más tocantes y conmovedoras.

El pobre Javier se encontraba en una situación tremenda.

No se atrevía á abandonar á su hermana en una situación semejante y quería trasladarse al campamento en busca de sus hermanos, lo que era una verdadera locura según los amigos que lo rodeaban.

—Es preciso esperar, le decían: el campamento está muy lejos y tus hermanos tienen que tardar mucho para ir y volver.

—¿Y si les sucede una desgracia? ¿y si los han muerto? voy á morirme de desesperación, pensando que han muerto porque yo no los he socorrido.

—Pero si tú no puedes socorrerlos de ningún modo: ¿cómo vas á evitar tú la desgracia que ya les haya sucedido?

Y si no le has sucedido nada, ¿cómo vas á evitar que el jefe de esa tropa haga sus habituales iniquidades?

—Pues entonces correré la suerte que ellos corran y mi conciencia estará tranquila, porque habré cumplido con mi deber.

—¡Con tu deber! eso es una locura y nada más: tú deber es quedarte aquí á cuidar á tu hermana, que está por volverse loca si es que no lo está ya.

Si tú corres la suerte de tus hermanos, ¿quién va á mirar por esta infeliz criatura?

Tú eres su único amparo por el momento y tu deber es entonces estar á su lado, para evitar cualquier desgracia que pudiera sucederle: este es tu verdadero deber.

Si tu te vas también, lo primero que va á suceder es que Carolina pierda el último átomo de juicio que pueda quedarle ahora, y como tú, quiera irse al campamento á buscarlo.

Y si Carolina va al campamento, ya puedes suponer la suerte que correría entre aquellos miserables.

No la dejarían volver más, y entonces sí que no les quadaría á ustedes más remedio que hacerse volar la cabeza.

Esta consideración fué la que más pudo en el ánimo de Javier.

Pensó que si él iba al campamento, Carolina lo seguiría: se imaginó lo que sería de ella entre aquella soldadesca bárbara y se decidió por fin á quedarse.

—Yo me quedo, dijo, pero es preciso que ustedes muestren á Ramon y Pablo las razones que me han hecho quedar, que ellos las palpen y se convenzan de que no me he quedado ni por cobardía ni por falta de cariño.

—Tú te quedas porque así te lo impone el cumplimiento de tu deber y nada más, y Ramon que es un hombre recto y de razón claro, aprobará todo cuanto hayas hecho, nosotros te lo garantimos.

Ahora, lo que es preciso es ver si hacemos llorar á Carolina, para que se desahogue un poco del inmenso dolor que la oprime.

Si ella no llora por desahogar su pena, el estallido del dolor puede concluir de turbar su razón ya vacilante, y tener entonces la peor desgracia que nos pudiera suceder.

Vamos á lamentar la muerte de Mercado, á pintarle lo feliz que hubiera sido casada con él que la amaba tanto, á tocar su corazón, en fin, en las fibras más delicadas, para ver si de este modo podemos producir el llanto que debe salvarla de la locura.

Carolina estaba sentada al lado del cadáver de su novio, cuando entró á buscarla Javier acompañado de sus amigos.

La pobre niña, pálida y azorada, prodigaba siempre sus más tiernas caricias al cadáver de su novio, pero sin derramar una lágrima.

—¡Pobre joven! dijo en altra voz el mismo que había estado dando á Javier aquellos consejos: ¡y tan feliz que hubiera sido el pobre realizando este casamiento que fué el proyecto de toda su vida!

Él amaba inmensamente á su novia y la única felicidad real que para él había sobre la tierra, era el hecho de su casamiento.

Carolina miró á su hermano y miró al que acababa de hablar, pero como si no lo hubiera entendido, indiferente á sus palabras.

—Comprendo lo que usted debe sufrir, dijo entonces aquél, dirigiéndose á la joven.

Ese pobre joven, con su muerte, ha venido á darle la más grande prueba de su cariño por usted.

Él no vió más que la ofensa por usted recibida, la insolencia de aquellos bárbaros; y sin armas y sin esperanzas de vencer, se lanzó al combate.

¿Qué podía importarle la vida, si al fin y al cabo iba á jugarla por usted?

Yo mismo le oí pronunciar su nombre antes de morir, di-



LA MUERTE DE UN HÉROE

La pobre niña, pálida y azorada, prodigaba siempre sus más tiernas caricias al cadáver de su novio, pero sin derramar una lágrima.



ciendo que moría feliz, puesto que moría en defensa de usted, y empujado por su amor.

Carolina escuchaba con la mayor atención, como si empezara á comprender lo que le decían, y arrugaba la frente dejando oir de cuando en cuando un inmenso sollozo.

—Ahora es el momento de apretar la mano, añadió el que había hablado hasta entonces, tocando con el pié á Javier: lamenta tú también su muerte.

Javier se acercó al cadáver y después de besarlo en la frente, dijo á Carolina:

—¡ Pobre hermana mía ! cuánto te amaba el pobre ! á mí, para quien no tenía jamás secretos, me contaba todas sus esperanzas de felicidad y hablaba de tí como se puede hablar de la Vírgen María.

Corazón noble y apasionado, había exprimido para ti todo su amor, toda su vida: ¡ quién le hubiera dicho que había de morir sin realizar su casamiento !

¡ Pobre amigo mío ! mi hermana puede decir, duerme en paz este maldito sueño, cuyo despertar no se conoce ! ya no nos queda más consuelo que llorarte como tú lo mereces, ¡ pobre amigo !

Y en un movimiento de verdadero cariño, volvió á besar la frente del cadáver.

Carolina sollozó más fuertemente y se abrazó del cadáver y de su hermano.

—¡ Pobre mi Carolina ! añadió entonces Javier interpretando las señas que le hacía su amigo: ya no te queda más que el recuerdo de un cariño bueno y noble ! ¡ ya no tendrás más consuelo que llorarlo ! llora esta pérdida irreparable ya ! ¿ cómo has de poder consolarte nunca de su muerte ? ¡ esto es horrible !

Y cuando pienso de la manera bárbara que lo han muerto, el dolor inmenso que habrá experimentado al sentirse morir tan cerca de tí, siento que el corazón se me oprime y que las lágrimas se agolpan también á mis ojos.

Carolina, al oir á su hermano, escondiendo la juvenil cabeza sobre su pecho, empezó á llorar silenciosamente primero, pero un momento después lloraba con desesperación profunda.

Javier empezaba entonces á aumentar su pena y su llanto, con palabras por el estilo de las ya pronunciadas, hasta que no pudiendo soportar más su angustia, se desprendió de los brazos de Javier, y abrazándose al cadáver de su novio, rompió á llorar de una manera desconsoladora.

Y lloró toda la mañana, sin que hubiera entonces reflexión bastante á consolarla.

Ahora, las palabras de consuelo que se pronunciaban á su oído, no hacían sino aumentar su dolor y renovar su llanto expresísimo.

Javier estaba afligidísimo con aquel llanto contínuo, pero sus amigos le decían que aquel era el remedio que necesitaba su hermana para escapar á la locura.

—Déjala llorar, déjala, le decían, que por el llanto nadie se enloquece: es el mismo llanto por el contrario, lo que ha de consolarla, como no la hemos de consolar nosotros con todos nuestros discursos.

En cuanto el llanto hubo calmado un poco, Carolina levantó su hermosa cabeza, y preguntó á Javier por sus hermanos, manifestando extrañeza de no verlos allí.

—Han ido á quejarse al jefe de las fuerzas de la iniquidad que han hecho aquellos asesinos: ya no han de tardar en volver.

—Pero allí los van á matar por el hecho de ir á quejarse: esa gente ¡es tan infame!

¿Por qué no vas á buscarlos, Javier? yo quiero que vengan, porque puede aumentarse nuestra desesperación por alguna nueva desgracia.

—No te aflijas, hermana mía: yo no los voy á buscar, porque como ellos se fueron anoche, no han de tardar ya en volver.

Si acaso tardan más de lo debido, entonces sí iré á buscarlos para evitar una nueva desgracia.

La preocupación de Carolina desde aquel momento, fué la vuelta de sus hermanos.

Acariciaba aquel cadáver á cada momento, acomodaba sus cabellos y preguntaba en seguida si no habían venido Ramón y Pablo.

Como el tiempo había pasado, fué necesario pensar ya en dar sepultura á Mercado, lo que vino á distraer á la joven de su nueva preocupación.

Se acomodó el cadáver lo mejor que se pudo, y se le condujo al cementerio del pueblo poco distante de allí, para darle sepultura.

Carolina no quiso separarse del cadáver un momento y lo acompañó hasta la misma fosa abierta para él.

Este fué el momento tremendo para la pobre joven: cuando vió que empezaban á cubrir con tierra el cuerpo querido, quiso oponerse y arrojarse también dentro, siendo necesario contenerla á costa de terribles esfuerzos, y sacarla del cementerio, porque estando ella allí, ¡no había medio de enterrar al joven!

Llorando como una desesperada y haciendo esfuerzos de todo género para que no la sacaran de allí, la joven fué conducida á su casa, en medio del más amargo llanto y de los gritos más desconsoladores.

Entonces fué que la idea de la vuelta de sus hermanos empezó á agitarla de nuevo.

Ya empezaba á caer la tarde y no habían vuelto todavía, lo que era sumamente extraño.

Por lejos que estuviera el campamento, ya tenían tiempo de sobra de haber vuelto, y si no lo habían hecho era porque alguna desgracia debía de haberle sucedido.

Cuando volvieron los que habían ido á enterrar á Mercado, se encontraron con la novedad de que las fuerzas de Iseas habían levantado campamento, y se habían puesto en marcha después de cometer mil iniquidades de todo género.

Se habían llevado una porción de gente, según decían los paisanos, fuera de los que habían matado en el campamento porque así les dió la gana.

Una nueva duda, tremenda y sombría, empezó á agitar de nuevo el corazón del hermano y amigos de Ramon y Pablo.

¿Habrían sido llevados éstos por las fuerzas de Iseas, ó habrían sido muertos por alguna temeridad que su desesperación les había hecho cometer?

La duda era tremenda, y lo peor era que no podría salirse de ella hasta el siguiente día.

Antes de llegar al campamento dejado por Iseas, cerraría la noche y toda pesquisa se haría imposible.

Que algo había sucedido á los jóvenes no tenía duda, porque sino ya habrían vuelto.

De todos modos no había más remedio que esperar el día siguiente, y fué preciso resignarse á ello.

Carolina lloraba, lloraba, de una manera desesperada, porque decía que, sino los hubieran muerto, ya sus hermanos habrían hallado el medio de escaparse y volver.

La noche fué pasada en medio de la más terrible angustia y desesperación, tratando cada cual de consolar á Carolina de la mejor manera que se les ocurría.

—Es posible que se hayan escapado, decía uno, pero que no hayan querido volver á casa, por temor de ser presos nuevamente.

Entonces es fácil que anden escondidos en el campo y que no vengan hasta tener la certeza de que ellos han marchado.

Esta consoladora suposición era muy aceptable y con ella se consolaron todos hasta la mañana siguiente en que ya sabrían de una manera segura lo que había sido de Ramón y Pablo.

Apenas amaneció el día, se organizó una pequeña caravana compuesta de Javier y cuatro amigos, para ir á buscar entre los muertos que habían quedado en el campamento, según se decía, los cadáveres de Pablo y Ramon; siendo seguro que si no estaban entre ellos, es porque se hallaban vivos, ya destinados dentro las fuerzas de Iseas, ó ya fugitivos en el campo.

Sus amigos se dirigieron al campamento, pero dominados por un presentimiento triste.

En la situación de espíritu en que iba Ramon, herido y estropeado, era natural que hubiera pronunciado palabras que él mismo no habría podido medir y que lo hubieran muerto.

Y Pablo, el noble Pablo, al ver muerto á su hermano era lógico que su desesperación le hubiera hecho también cometer alguna violencia que le hubiera costado la vida.

Y tan naturales hallaban estas suposiciones, que muchos preferían sostenerse en la duda, porque tenían la certeza de que no iban á hallar sino sus cadáveres, lo que era mejor, porque así el golpe no sería tan violento.

Algunos que se les habían reunido en el camino y que conocían el paraje, los guiaron hasta el campamento que ocupó Iseas, y que ya conocían porque la misma noche anterior habían estado en él á buscar lo que podían haber dejado olvidado ó podían haber perdido los soldados.

Muchos de estos haban visto también los cadáveres, pero no habiendo hecho en ellos un exámen prolijo, no podían responder á la pregunta de si estaría ó no el de Ramon y Pablo.

Todos los cadáveres tenían la cabeza destrozada, porque habían recibido el dichoso tiro atrás de la oreja y era imposible reconocerlos por el semblante.

En cuanto á la ropa exterior, era aún mayor la confusión, porque los soldados los desnudaron, dejándoles apenas la ropa blanca.

Si esto era un dato para un hermano, no podía serlo para un extraño; así es que nada pudieron responder en este sentido.

Todos llegaron al campamento maldecido, experimentando un sentimento de horror al contemplar todos aquellos cadáveres, igualmente mutilados en la cabeza.

Para reconocerlos había que darlos vuelta y examinarlos prolijamente.

Dominando por el momento todo sentimiento de horror, Javier y sus amigos se aproximaron á los cadáveres y empezaron á removerlos, buscando en aquellos rostros ensangrentados, alguno de aquellos que buscaban.

De pronto el joven lanzó un grito espantoso, se tambaleó como un borracho, y se tomó de uno de los compañeros para no caer.

—¿Qué es eso? ¿qué tienes? ¿qué te pasa? le preguntaron, alarmados por la palidez que cubrió su rostro inmediatamente.

—¡Ramon! exclamó sollozando y dejándose caer de rodillas: ¡Ramon, el pobre Ramon! y los sollozos hicieron su palabra ininteligible.

—¿Pero estás seguro que es Ramon? mira que esta cara ya no tiene forma humana: no te equivoques, amigo.

—¿Y puedo yo equivocarme tratándose de Ramon? repuso Javier sin poder ya contener el llanto: me bastaría verle sólo un pié para reconoscerlo.

¡Es su cadáver! ¡bárbaros, le han muerto como un perro!

Y se prendió al cuerpo, que había empezado á descomponerse, prodigándole las más tiernas caricias.

Y para que no hubiera duda, se desprendió la ropa de paño para mostrar su camisa igual á la que aquel cadáver vestía.

—¿Qué me importa que le hayan hecho volar la cabeza, decía, si le han dejado intacto el cuerpo?

Ahí está la cicatriz de su mano derecha, leal mano que no volveremos á estrechar más: ahí está el lunar del cuello, y todo su aire noble y bondadoso.

¡Pobre Ramon, hermano mío! ¡le han asesinado esos cobardes de la manera más salvaje!

Y acariciaba el cadáver buscando nuevas señas para satisfacción de los otros y llorando con amargura infinita.

—Ahora falta buscar á Pablo, exclamó de pronto dominando su dolor, y mostrando en su semblante cierta extraña alegría.

No lo veo entre éstos, lo que hace creer que se haya salvado, quiéralo Dios así, porque sino, ¡sería cosa de maldecir del cielo y de la tierra!

El cadáver de Pablo fué buscado inútilmente, pero no estaba allí, lo que era ya un consuelo para el pobre joven, que creyó hallar juntos los dos cuerpos que buscaba.

—El pobre Pablo se habrá salvado, exclamó alegremente: ¡al fin se apiada Dios de nosotros!

Ahora vamos á buscar en qué llevar á Ramón para enterrarlo al lado de nuestros padres: no hemos de dejarlo tirado aquí.

—Ni á él ni á ninguno de los otros, digeron los demás: vamos á ayudarte á llevar á tu hermano, y después vendremos á sepultar á estos desgraciados, aunque sea en un foso común á todos.

Y salieron de allí en busca de un cuero, si no hallaban otra cosa, para llevarse el cadáver de Ramon, tomando el mismo camino que había tomado el noble Pablo para ir en busca de Iseas.

Había una sendita naturalmente marcada por los pasos de los que habían traído los cadáveres, los que habían ido á desnudarlos, y los que sólo habían venido por simple curiosidad.

Así es que ellos tomaron inconscientemente aquella sendita, buscando con la mirada á todos lados, por si hallaban algo que poder utilizar en el transporte de Ramon.

De pronto apercibieron un cuerpo tendido, y todos sintieron una expresión de profunda pena.

Aquello no podía ser sino un cadáver, y tal vez el cadáver de Pablo.

—Ahora no tenemos más remedio que recorrer todo el campamento, dijo Javier, puesto que la matanza parece que no ha sido en un solo punto, como creíamos.

Vamos primero á ver este cadáver, que me inspira un miedo tremendo: el corazón se me sacude de un modo extraño, lo que me hace temer que sea Pablo.

—Y ¿por qué ha de ser Pablo? si él hubiera muerto estaría al lado de Ramon.

—Pues precisamente porque no está á su lado es que yo creo que es él: habrá venido aquí á pelearlos y aquí lo habrán muerto y dejado.

Y como si quisieran llegar al cadáver lo más tarde posible, fueron aproximándose lentamente, hasta que estuvieron á su lado.

Más ó menos toda aquella gente tiene algo de rastreador, así que aquellos jóvenes, en cuanto estuvieron al lado del cadáver vieron que allí había habido una lucha, y una lucha desesperada.

—Este por lo menos se ha defendido, digeron y se ha defendido en toda regla.

—Pero con mala fortuna, puesto que está solo y no se ha dejado compañero.

—Quién sabe, tal vez le hayan llevado, porque aquí hay sangre, y sangre que no es suya, porque está muy lejos, y él no tiene más que la herida de la cabeza, que no le ha dejado mover de ahí, produciéndole una muerte de rayo.

Todo esto lo decían los otros estudiando el terreno, mientras Javier, sollozando y trémulo, se había arrodillado al lado del cadáver, que examinaba con atención creciente.

—¡Es Pablo! gimió: ¡ya me lo suponía yo que no podía ser otro! ¡es el pobre Pablo que ha muerto después de haber luchado desesperadamente!

Era muy bravo para ser muerto así no más, sin oponer una resistencia heróica.

¡Pobre Pablo! ¡ahora quedo ya solo en el mundo! gimió, para cuidar á Carolina y vengarlos á todos.

Aquí, sobre tu cadáver, hermano querido, yo juro que he de vengarlos de una manera tremenda.

Duerman ustedes en paz el sueño de la muerte; el coronel Iseas será asesinado por mí por la espalda; pero sabiendo quien lo mata, porque yo se lo diré ¡antes de arrancarle el corazón!

Javier quedó allí un largo rato llorando la muerte de Pablo como había llorado la de Ramon, hasta que sus amigos lo arrancaron de allí, para evitarle mayor pena y haciéndole notar que ya era tarde y que si permanecían más tiempo no podrían llevar á sepultar los cuerpos.

Javier se arrancó del lado de su hermano y alzó el puño al cielo, corroborando la promesa que había hecho sobre el cadáver de Pablo, de asesinar á Iseas.

Todos ponían el mayor empeño en ayudar al joven, y lo acompañaron á buscar cueros para llevar los cuerpos.

Aquel entierro, que no podía ser más sencillo ni más humilde, no pudo tampoco ser más tocante y conmovedor.

Los Urrutia eran conocidos y queridos de todo el pueblo, y todos, hasta los viejos, asistieron á la triste ceremonia, echando en la fosa cada uno y como señal de última y cariñosa despedida, un puñado de tierra que los había de cubrir para siempre.

Carolina, postrada en cama por el dolor y la fiebre, esperaba llena de angustia la vuelta de Javier, que había de traerle noticias de sus hermanos.

¿Cómo decirle á la pobre niña lo que había sucedido?

La noticia aquella, añadida á los golpes ya sufridos, podía muy bien producirle la pérdida de la razón.

Era necesario engañarla entonces, engañarla por completo; para que habituada ya á la soledad en que había de vivir, la noticia no pudiera hacerle una impresión tan fuerte y dolorosa.

Así es que se convino en decirle que Pablo, como Ramon, habían sido llevados por Iseas, formando parte de un contingente que habían llevado de allí.

—¿Y esos muertos que he oído decir que han hecho en el campamento?

—¡Quién sabe, hermana mía! serán infelices que se han resistido á marchar y que los habrán muerto por esto.

Uno que estaba herido y que había logrado escapar haciéndose pasar por muerto, me ha dicho que Pablo y Ramon fueron echados de veteranos y marcharon con ellos.

Esto no debe afligirnos sino alegrarnos; porque ellos lograrán escaparse un día ú otro, apareciéndosenos cuando menos lo pensemos.

Siempre es un consuelo, hermana mía, el saber que están vivos, y algún día los volveremos á ver.

Carolina con esta noticia experimentó algún consuelo, pero su enfermedad empezó á agravarse sensiblemente.

La imprudencia del viejo Mercado, padre de su novio, hizo entrar en sospechas á Carolina, la que supo al fin que sus hermanos no estaban vivos como lo había dicho Javier, sino que habían sido hallados muertos en el campamento, y enterrados al lado de sus padres.

Aquella noticia inesperada y brusca hizo un efecto tremendo en el ánimo de la joven y en su enfermedad, que se agravó de tal modo que todos vieron que no sería posible salvarla.

Cuando vino Javier y supo lo que pasaba, quiso negar todavía; pero ya no era posible.

El pobre viejo Mercado se deshizo en disculpas, ayudando al joven á consolar á Carolina.

Pero eran demasiado rudos y repetidos los golpes para que la pobre joven pudiera hallar consuelo.

—El único consuelo que tengo, decía llorando, es que muy pronto voy á hacerles compañía: conozco que la pena me mata lenta pero seguramente, y esto ya es un consuelo, porque después de lo que ha sucedido no habría para mí mayor fortuna que la vida.

Javier, que había reconcentrado en su hermana todas sus

afecciones, notó profundamente el mal estado de su salud que podía arrebatársela de un momento á otro.

Sacrificando cuanto tenía y multiplicándose de una manera prodigiosa, había hecho venir á cuanto curandero conocido había por aquellos parajes.

Y como ninguno de ellos le daba un remedio que hiciera ceder la enfermedad que la postraba, Javier dejando á su hermana al cuidado de los viejos Mercado, se trasladó á Catamarca en busca del único médico que allí había, trayéndolo para que viera á su hermana.

Javier, por curarla, por aliviarla tan sólo había sacrificado cuanto tenía sin sacrificar nada.

El médico vino y la estuvo asistiendo quince días; quince días de agonía para el joven, que lejos de verla mejorar, la veía agravarse día á día y momento á momento.

—Es inútil que yo me quede aquí más tiempo, dijo por fin el médico á Javier, porque nada puedo hacer para curar esta enfermedad.

Ella se curará por sí sola, añadió para darle algún consuelo: con el método que yo voy á dejarle es cuestión de tiempo y no de remedios.

Tenga paciencia, amigo, y cuídela: es lo más que puedo decirle.

Carolina se iba consumiendo lentamente: en mes y medio que llevaba de enfermedad se había consumido de tal manera, que á través de la piel podían verse y contarse las articulaciones.

Y cuando su hermano y los amigos que la asistían le decían que pronto se pondría buena, ella hacía un signo negativo con la cabeza y murmuraba:

—Estoy conforme, porque sé que me voy á morir y que pronto estaré al lado de ellos.

Yo miraría la vida como un castigo del cielo, porque la vida no me serviría sino para sufrir y para llorar y demasiado he llorado ya.

Quisiera concluir de una vez para dejar de darles trabajo: me aflije verlos aquí al lado de mi cama día y noche, empeñados en curar lo que no tiene remedio.

Si así lo ha dispuesto Dios, dejen no más que se cumpla su voluntad, que de todos modos ella ha de cumplirse á pesar de todo.

Así, resignada y mansa, Carolina fué muriendo dulcemente y mirando la muerte como un beneficio inmenso.

En vez de ser ella la consolada, era por el contrario ella quien consolaba á Javier, pidiéndole que tuviera resignación y paciencia para sobrellevar aquella última desgracia.

—Sí, respondía éste; yo lo sobrellevaré todo porque quiero vivir, porque la vida es mi venganza.

Si no fuese por esto ya me habría hecho volar los sesos al lado de ellos.

Pero si yo muero, ¿quién los vengará?

Es preciso vengarse y vengarlos; y como para vengarse es preciso vivir, yo viviré á pesar de todas las desventuras de la vida.

Yo lo sufriré todo, sufriré mucho más si es posible, y cuidaré mi vida con verdadero anhelo, puesto que esa es mi venganza.

Y cuando me haya vengado, entonces vendré al lado de ustedes á morir en paz, porque habré cumplido con mi deber y mi ambición.

Carolina se fué consumiendo, se fué secando, hasta que espiró con la misma resignación, con la misma mansedumbre con que había vivido, y sin dejar de exhortar á Javier á la resignación.

El episodio de aquella muerte fué terrible para el joven: él la esperaba: hacía dos meses que la veía venir lentamente, y, sin embargo, aquel último momento fué espantoso.

Javier sintió el golpe en medio del corazón y quedó como idiotizado: no tenía ánimo para nada.

Su día lo empleaba en vagar de su casa al cementerio y de éste á su casa.

Se veía claramente que lo único que alimentaba su vida era el deseo de la venganza.

Era de lo único que hablaba, con una convicción profunda y la firme seguridad que mataría al coronel Iseas.

El deseo de vengarse era tal, que la salud de Javier no se alteró por nada.

Su idiotismo fué desapareciendo poco á poco, hasta que se encontró bien fuerte para emprender su campaña.

Y despidiéndose de sus amigos, montó á caballo una madrugada, diciendo que iba á incorporarse á las fuerzas del Chacho para empezar su venganza.

Nada más que hacer le quedaba en la vida, puesto que toda aquella familia que constituía su felicidad en la tierra, había desaparecido.

Lo que pudo vender para hacerse de algunos recursos, lo vendió por precios ínfimos y lo que no pudo vender lo dejó abandonado.

De todos modos, vengándose ó no, no pensaba volver á su pueblo, que no encerraba para él más que recuerdos fatales y lágrimas.

Su cuchillo y su caballo, pertenecientes al pobre Ramon, era lo único que llevaba de su casa, y un anillo de oro, recuerdo de la buena madre, que había sacado del dedo de Carolina.

¿Dónde andaba el Chacho? ¿dónde podría hallarlo? nadie lo sabía: pero vagando de una parte á otra estaba seguro de dar con él ó con sus fuerzas.

Iseas buscaba á Chacho para batirlo, y era fácil entonces que algún día se hallaría al frente de su enemigo.

Corría el riesgo de encontrarse con él mientras campeaba al Chacho, pero su buen caballo sería su salvación.

Javier no era práctico, ni siquiera en el camino que debía llevar, porque mimado por sus padres primero, y por sus hermanos después, no se había movido de su pueblo para nada.

Sin embargo, tenía buen instinto y en él iba fiado.

Con tomar otro rumbo del que llevaba Iseas, estaba seguro de dar con el Chacho, ayudado de la gente que podría hallar al paso, y á la que haría sus preguntas.

Una vez que se hubo internado en el monte, después de una buena jornada, Javier se detuvo fatigado: nunca había andado tanto y estaba postrado completamente.

Desde la muerte de sus hermanos y cuidando siempre de la buena Carolina, con un cariño ejemplar, no había descansado bien un solo día, agitado por el recuerdo de las penalidades pasadas y la amenaza de la muerte de aquella querida niña.

Javier ató su caballo á un árbol, y puso una soguita atada á la rienda y á su brazo, para que si se dormía profundamente, el menor movimiento del caballo lo despertase.

Se acomodó en seguida entre sus ponchos; se hizo una rosca como gato entre la ceniza, y se durmió profundamente con aquel sueño de los quince años que nada es capaz de recordar.

Javier mismo no sabe cuánto tiempo duraría aquel sueño pesado y profundo.

Cuando despertó, era el medio día: el calor era excesivo y su caballo se sacudía de un lado á otro, sin motivo ni causa aparente.

Javier no pudo darse cuenta en el primer momento, de su extraña situación, ni de como se hallaba solo en aquel paraje.

Poco á poco sus ideas se fueron aclarando, su recuerdo fué despertado, hasta que pudo explicárselo todo.

¿Cuánto tiempo había dormido?

Difícil era saberlo, porque no sabía en qué día estaba, pero debía ser mucho que dormía, porque lo que lo había despertado era la inquietud de su caballo, que pugnaba por soltarse.

El pobre animal tenía un hambre y una sed terribles, lo que probaba evidentemente que aquel sueño debía de haber durado un día por lo menos.

Javier trabó al noble animal para que pudiera comer con comodidad, y comió él mismo un poco de charque y queso que había llevado para entretenerse en el camino.

También él tenía hambre, lo que probaba que hacía mucho tiempo que estaba dormido.

Pensando en el desamparo de su vida, en la desventura que le había sumido la maldad de un hombre, lo tomó la noche.

Pero era una noche clara y espléndida, en que podía seguir marchando perfectamente sin temor de extraviarse.

El primer cuidado de Javier fué estudiar el rumbo que debía seguir; cosa dificilísima para él, que no tenía la menor práctica del campo.

Su sagacidad natural le dió la brújula que necesitaba.

Suelto el caballo, era natural que se dirigiera á la querencia y entonces, con tomar la dirección opuesta á la que quisiese seguir el caballo, se evitaba por lo menos volver al punto de partida y perder todo el camino ya andado.

Javier puso en práctica su improvisada teoría, montó a caballo, y lo aguijoneó con la espuela dejándolo en plena libertad.

El animal dió unas pequeñas vueltas, como buscando él mismo la dirección que debía seguir, hasta que empezó á andar decididamente con la cabeza alegre y levantada, como satisfecho del punto á que se dirigía.

—Esta es la dirección de mi casa, exclamó Javier, satisfecho también de su táctica, y revolvió la brida del caballo en sentido opuesto, no sin que el animal hiciera alguna resistencia, prueba evidente de que se le contrariaba.

Javier marchó toda aquella noche y gran parte de la mañana siguiente, sin haber encontrado á nadie; pero divisándose una población cercana, á ella se dirigió resueltamente.

Y se encontró lleno de placer, pues se hallaba en una población riojana.

Estando en La Rioja estaba cerca de Chacho, que era lo que le interesaba por el momento.

Así es que su primer pregunta al primer rancho que llegó, después de un comedido saludo, fué de si sabían por donde se hallaba el célebre caudillo.

Como era esta una pregunta á quien nadie respondía con verdad, Javier no fué más feliz que los demás que antes que él lo habían hecho.

—No desconfíen de mí, dijo, que no soy ningún espía: busco al Chacho para incorporarme á su ejército y batirme á su lado contra los bandidos que nos hacen la guerra.

Aquello podía ser verdad: el joven no tenía aspecto de espía ni de soldado; pero los chachistas, desconfiados por naturaleza, no se dieron por satisfechos.

—Si eso es cierto, le dijeron, con quedarse aquí, pronto sabrá donde anda el Chacho, pues convencidos de la verdad de su buena fé, le indicaremos el modo que ha de seguir para dar con lo que busca.

—Me quedo entonces, respondió Javier: descansaré y les contaré la triste historia de mi vida como la mejor prueba de que lo que digo es cierto.

La llegada de un forastero siempre atrae curiosos á la casa donde para, así es que el ranchito aquel fué pronto el punto de reunión de los vecinos más próximos.

Entre aquella gente franca y sencilla, pronto se hace no sólo relación sino amistad.

Así Javier, después de un par de horas de estar allí, era tan amigo de todos como si los hubiera tratado íntimamente toda la vida.

Cada cual lo obsequió con lo que tenía y él empezó, con lenguaje sencillo y conmovedor, á narrar las desventuras que lo habían impulsado á salir en busca de Chacho, como único medio de realizar su justa venganza.

El solo nombre de Iseas hizo estremecer de espanto á aquella gente.

¿Quién no conocía aunque fuera más que de oídas á aquel bárbaro que dejaba historia de sangre en todo punto donde se detenía?

Conmovidos hasta las lágrimas, muchos de ellos escucharon la patética narración del joven, hallando santo el propósito de éste.

Su juventud y la tristeza que el dolor había impreso en su semblante lo hacía más simpático, por lo que todos se ofrecieron en el acto á ayudarlo en lo que pudieran.

—Por ahora yo no necesito más sino que me digan donde puedo hallar las fuerzas del Chacho, que lo demás vendrá por sí solo.

—Ahora ya no hay inconveniente en decirlo, puesto que sabemos para qué lo busca el amigo.

Esa es una pregunta á la que jamás contestamos, porque puede ser hecha por un espía disfrazado; pero conociendo el objeto ya todo varía, así es que nosotros mismos lo vamos á llevar adonde desea.

Descance aquí hasta mañana, que puede ser que esta misma noche llegue alguna pequeña de sus partidas y entonces podrá incorporarse á ella y andar más seguro, porque en la ignorancia que usted tiene en los rumbos, es muy peligroso que caiga entre el enemigo, que no está quieto un momento en la esperanza de dar con Chacho y destruirlo.

Invitado de aquella manera, el joven no puso el menor inconveniente en quedarse, desensillando su caballo para que pudiera descansar á la par suya.

—El pobre animal no descansa desde que salimos, dijo, y necesita descansar tanto como yo mismo.

Todo el resto del día y parte de la noche, se lo pasaron conversando de los horrores de aquella guerra bárbara, y refiriendo á Javier mil historias tan dramáticas como la suya misma, y algunas otras más dramáticas todavía, tanto que Javier no se consideró ya tan desgraciado como hasta entonces.

Había otros muchos más desventurados que él, pues ni siquiera habían tenido el consuelo de enterrar á sus deudos asesinados, para saber siquiera donde dormían el sueño eterno.

A eso del amanecer y como si hubiera sido cosa combinada de antemano, llegó á la población una partida de montoneros que andaba bombeando á Iseas precisamente, que se había recostado del lado de San Luís.

El encuentro no podía ser más feliz, y Javier, desde aquel momento, se consideró como perteneciente á aquella partida.

—Podemos descansar aquí algo, tranquilamente, porque el enemigo anda lejos: después de la siesta nos pondremos en marcha, porque tenemos que llevar á Chacho las noticias que hemos capujado.

Los montoneros, sin desensillar, porque no lo hacían nunca, se entregaron al descanso y á comer las pocas provisiones con que los obsequiaron.

Javier repitió la narración de sus desgracias, y quedó aceptado como compañero de malandanzas.

Todos le demostraron el mayor cariño, renovándole la seguridad de que aquella misma noche estarían en medio del ejército del Chacho.

A la caída de la tarde, los montoneros se pusieron alegremente en marcha, llevando entre ellos á Javier, que deseaba cuanto antes llegar al punto de su destino definitivo.

—Ya no tengo ni siquiera que pensar en mi venganza, dijo: ella vendrá por sí sola: Dios me pondrá delante á ese hombre, si es que hombre puede llamarse á semejante fiera, y entonces podré recordarle entre dos puñaladas, la historia de los Urrutia.

Desde aquel momento empezó para Javier una existencia nueva, que debía distraerlo de sus desventuras, porque no le dejaría el tiempo material de pensar en ellas.

Entregado á aquella vida agitadísima, al peligro que habían de correr diariamente, su imaginación podría escapar fácilmente á sus amargos pensamientos

A la mañana siguiente se hallaron entre el grueso del ejército de Peñaloza, campado á pocas leguas de allí.

El oficial que tenía que dar personalmente cuenta del desempeño de su comisión, se dirigió donde estaba Chacho, llevando á Urrutia para hacer su presentación.

Chacho recibió á sus partidarios con aquel cariño excepcional con que trataba á todos.

La juventud de Javier lo hizo sonreir tristemente, y preguntóle qué motivo lo impulsaba á partir sus penurias y sus peligros, á lo que el joven respondió con la triste historia que ya conocemos.

Y quedó aceptado, no sólo en el ejército de Peñaloza, sino en aquel regimiento entusiasta y bravo que le servía de escolta y

que debía mandar en persona y en medio del combate su valiente y heróica mujer.

Así empezó para Javier aquella nueva existencia tan agitada y que tan raro encanto tenía para él; el doble encanto que tiene para todo joven la carrera de las armas, y el encanto de su venganza cada vez más próxima.

Agil y bravo, Javier formó desde entonces en todas las expediciones ligeras y de algún peligro, que hizo Chacho personalmente ó que mandó hacer con sus jefes de más confianza.

Los enemigos que tenía al frente por el momento, eran Arredondo con su ejército y el asesino Iseas, como le llamaban, con su división de verdugos.

Un año anduvo Javier con Chacho, durante el cual hizo un buen aprendizaje, porque fué el año más duro en encuentros parciales en que los montoneros llevaban su buena como su mala parte.

Si las fuerzas en que combatían eran de Arredondo, Javier se batía de una manera más apagada y con menos entusiasmo.

Si pertenecía á Iseas, el joven se multiplicaba y hacía prodigios, como si quisiera arrancar en la punta de su lanza el triunfo general.

Pero no se presentaba el momento de realizar su venganza, porque estaba de Dios que aquellos encuentros no habían de tener nunca una consecuencia séria.

—Es preciso esperar un combate general, decía, en que las cargas traigan la confusión y el entrevero, y entonces, entonces sí yo te buscaré el corazón con la punta de mi lanza, no tengas cuidado.

El día tan ansiado por Javier llegó por fin y aquel día fué el de la batalla del Portezuelo, una de las más sangrientas que dieron los montoneros.

Iseas ocupaba la derecha de la línea y era allí donde con más encarnizamiento cargaban los montoneros.

El regimiento de Javier cargó allí tres ó cuatro veces y el entrevero se produjo otras tantas.

Pero protegido Iseas con talento y decisión, los montoneros fueron rechazados con grandes pérdidas.

En aquellas tres cargas se le había visto, con asombro de todos sus soldados, que acometía con un brío extraordinario y con marcado empeño de llegar adonde estaba Iseas con sus ayudantes.

Este soldado venía entre un pelotón que no lo desamparaba un momento, como si trajese el encargo especial de protegerlo; protección eficaz, sin la cual lo hubieran muerto muchas veces.

Este soldado no era otro que Javier; Javier que buscaba en el combate á Iseas para matarlo.

Conociendo esta intención del joven, su jefe que le había cobrado un cariño extraordinario, lo había recomendado á aquel grupo que lo protegía, haciéndolos responsables de cualquier desgracia.

Ya casi al fin de la batalla y cuando el ejército estaba triunfante en toda la línea, el regimiento de Javier volvió á cargar por última vez, y éste logró aproximarse á Iseas más que las veces anteriores.

Pero esta carga última debía serle falta.

Protegido de nuevo el regimiento de Iseas, los enemigos fueron rechazados con más pérdidas que nunca y el grupo donde venía Javier, rodeado por todos lados, y sin poder retirarse.

Era preferible morir á caer vivo en manos de Iseas, y los soldados, aunque en reducido número, se empezaron á defender de una manera heróica, tratando de vender la vida lo más cara que les fuera posible.

Luchar así, era luchar sin resultado alguno, y extenuados, heridos y sofocados por el número de combatientes que los cargaban, fueron poco á poco cayendo prisioneros, los que no habían muerto en la pelea, y entre ellos Javier Urrutia.

El pobre joven había recibido dos heridas de sable y una de lanza que habían concluído con todos sus bríos.

Fueron llevados entre los demás prisioneros de la batalla y los que se siguieron haciendo, porque la derrota para los montoneros había sido completa aquel día.

Ya todo había concluído y el ejército reposaba de las fatigas del combate, cuando empezaron á oirse tiros hacia la derecha, donde estaban las fuerzas de Iseas.

Aquellos tiros no podían tener orígen en combate alguno, puesto que no quedaba allí un solo enemigo que no estuviese prisionero.

Eran tiros que se repetían á grandes intervalos y como si tiraran al blanco.

Averiguada la causa, resultó que aquellos tiros eran disparados por los soldados de Iseas que se entretenían en matar prisioneros por su sistema favorito: haciéndoles dar un tiro atrás de la oreja.

Al saber esto, todos los jefes se indignaron hondamente, y viendo que el general Paunero no tomaba medida alguna, el noble coronel Lagos, mayor entonces, se le acercó y le hizo presente que en el campo de Iseas se estaba asesinando á los prisioneros de la batalla.

—¡ Señor, decía Lagos, con esa vehemencia que le es característica: el coronel Iseas está manchando nuestra victoria, con el asesinato de prisioneros inermes !

¡ Es preciso ordenar que cese aquella vergüenza que nos envuelve á todos !

Paunero, por débil é indiferente que fuera, estaba obligado á tomar una medida, y autorizó á Lagos para que fuese á ordenar á Iseas en su nombre, que no matara un solo prisionero más, remitiendo los que tuviera al cuartel general.

Lagos partió adonde estaba Iseas, seguido de otros jefes que no podían creer lo que se decía de Iseas.

Y se encontraron con un espectáculo tremendo.

Iseas había reunido todos los prisioneros en un gran grupo, de donde los hacía sacar uno por uno, para darles un tiro atrás de la oreja.

Y cada hombre muerto de aquella manera, era saludado con risas y palmoteos, comentándose los visajes que había hecho y cómo se había estirado en su última convulsión.

—¡ Coronel Iseas ! ¡ coronel Iseas ! gritó Largos en el colmo de la indignación : ordena el geenral que no se mate un solo prisionero más y que se remitan los que tiene al cuartel general.

—Son montoneros y es preciso matarlos á todos, respondió Iseas : dígalo al general que no tengo más prisioneros.

Y dirigiéndose á los soldados que rodeaban á los prisioneros, les gritó :—Sigan no más, muchachos ; ¡ ahora sáquenlos de á yuntas!

—Eso es una cobardia infame y repugnante, gritó Lagos en el colmo de la indignación : y yo cumpliendo las órdenes que tengo, no permito que se mate un solo prisionero más.

—Yo no soy un cobarde y los he de matar á todos, porque son montoneros y no debe dejarse uno vivo.

—Usted es algo peor que un cobarde, añadió Lagos, que se contenía á duras penas, porque usted es un asesino.

Esos hombres eran prisioneros de guerra que están bajo la salvaguardia del honor del ejército que ested está manchando.

Esos dos jefes cambiaron algunas palabras más duras todavía y Lagos que estaba dispuesto á hacer cumplir la orden de que había sido portador, acometió á Iseas blandiendo su lanza y ordenándole en nombre del general se presentase inmediatamente al Estado Mayor.

Iseas enristró también su lanza y acometió también á Lagos.

Sabe Dios lo que hubiera resultado de aquel conflicto sin la interposición de los jefes presentes, que se pusieron en el medio, convenciendo á Iseas que debía obedecer las órdenes del general, porque sino se verían obligados á hacerlo obedecer á la fuerza.

—Está bueno, dijo Iseas : puesto que quieren hacer la estupidez de impedir que se maten á estos canallas, llevénselos no más, pero tengan entendido que yo no hago más prisioneros : montonero que yo tome, lo dejo seco en el acto.

Lagos hizo salir á aquellos infelices, pidiendo cuatro soldados para escoltarlos hasta el cuartel general.

Al hacerlo, notó que Iseas le ocultaba algo tras de su propia persona, y que ese algo no podía ser otra cosa que un prisionero á quien quería matar á toda costa.

Aquel infeliz no era otro que Javier Urrutia, que debilitado por la sangre que había perdido de sus heridas, no podía hacer el menor movimiento.

Viendo el fin que le esperaba y que tendría que renunciar á su venganza, Javier se había consolado con insultar á Iseas de una manera tremenda.

Y éste, no hallando suficiente castigo con la muerte para castigar su insolencia, lo había puesto aparte para que viera matar á todos los otros prisioneros y ser él, el postre de aquel cuadro de horror.

—Ese también, dijo Lagos: ese también es un prisionero y debe ser incorporado á los otros.

—Ese montonero me pertenece, gritó Iseas: porque me ha insultado y yo lo tengo que matar.

Y para que no se lo pudieran quitar, sacó él mismo una pistola para matarlo en el acto; pero Lagos se le interpuso reclamando aquel prisionero como había reclamado á los demás.

Iseas no tuvo más remedio que entregarlo, bramando de ira, pues tuvo que soportarle estas palabras:

—Está de Dios, coronel, que usted ha de morir á mis manos, no se aflija: y estrechó la mano de Lagos, significándole todo su reconocimiento.

De esta manera fueron salvados más de doscientos prisioneros, candidatos de Iseas á un tiro detrás de la oreja.

Las heridas de Javier no tenían una gravedad séria: eran heridas francas, anchas y poco profundas, que habían ocasionado mucha pérdida de sangre, pero que no tendrían ninguna mala consecuencia.

Quince días después ellas estaban bien cicatrizadas, y Javier, como otros muchos prisioneros, fué destinado á los cuerpos de línea.

El pobre joven vió desde este momento más realizable su vanganza y empezó desde este instante á espiar una oportunidad de hacerla efectiva.

Formando parte del ejército, quedaba más cerca de Iseas: estaba garantido por su propio uniforme.

Así, en cualquier momento que estuviera á su lado podría darle de puñaladas.

Lo peor que podía sucederle era que lo tomasen ó lo fusilaran.

Pero ¿qué le importaba esto si había realizado su venganza? absolutamente nada desde que la vida se había convertido para él en una carga demasiado pesada, y la sobrellevaba solamente por la esperanza de vengarse.

Javier había referido su triste historia á la mayor parte de los oficiales, de modo que en el campamento todos lo conocían.

Por esto todos trataban al joven con la mayor consideración y lástima, comprendiendo cuánta razón tenía en querer vengarse.

Un mes después de la batalla de Portezuelo, y habiéndose dispuesto que el ejército siguiera sus operaciones, Javier resolvió ejecutar su venganza fuera ó no el momento oportuno.

Tenía miedo que la división de Iseas marchase para otra parte, y que entonces su venganza se aplazara por un tiempo indefinito.

La noche antes de marchar, los jefes se habían reunido en el estado mayor, para recibir sus instrucciones.

Javier se embosçó cerca de la carpa, y espió la salida.

Estaba resuelto á dar muerte á Iseas aquella noche, pues no sabía si su verdugo se separaría del ejército el día siguiente.

Cuando los jefes salieron de la carpa, era más de media noche.

Iseas venía delante de todos conversando con un ayudante.

Javier creyó que su facón se le escapaba: un vértigo de sangre obscureció su vista, el deseo de venganza lo precipitó demasiado y saltó como un tigre sobre el enemigo.

—¡Ahora es la mía, asesino! gritó: ¡qué te salve el infierno!

Aquel grito, dado á la distancia y antes de herir, hizo que Iseas diese un gran salto de costado, y que el oficial que lo acompañaba sacase su espada.

El golpe se había malogrado con la precipitación del joven; pero éste, que parecía turbado por el deseo de matar, no midió el peligro, creyó que podía herir y avanzó sobre Iseas que estaba ya á la defensiva y pudo evitar el golpe.

No había ya lucha posible, ni esperanza de salvación para el joven.

A las voces, al rumor de la lucha, acudieron otros oficiales, y Javier fué preso y desarmado, sin haber podido inferir á Iseas más herida que un tajo en el brazo derecho.

Javier fué conducido al cuerpo de guardia de su regimiento, donde debía ser fusilado, fuera de toda duda, por haber querido asesinar á un jefe del ejército.

La desesperación del pobre joven era grande, no por la muerte que le esperaba, sino porque muerto él, no habría ya quien vengase á sus hermanos asesinados.

Era tan justa la venganza de Javier, que en cuanto supieron los oficiales que era él el preso, decidieron salvarlo á toda costa.

Iseas era antipático y despreciado por sus brutalidades, y entonces un atentado contra su vida no podía ser castigado: más, conociendo los móviles que habían impulsado al preso.

Así es que aquella noche misma, y cuando menos esperaba, su mismo capitán le proporcionaba los medios de evadirse, dán-

dole su propio caballo y poniéndolo entre los soldados que lo acompañaban á hacer el rondín aquella noche.

El pobre joven desertó aquella noche, ganando la espesura del monte y madurando desde aquel momento un nuevo plan de venganza.

Cuando se le buscó para formarle un consejo de guerra, ya no se le halló, y como todos tenían interés en salvarlo, nadie se preocupó en cumplir la orden de salir á perseguirlo inmediatamente y traerlo al campamento ó matarlo si se resistía.

Iseas mandó buscar á Javier para castigarlo él, pero tuvo que consolarse con la noticia de su evación y quedarse esta vez sin venganza alguna.

VENGANZA CUMPLIDA.

En el reparto de prisioneros que se hizo á los cuerpos de línea, fué al regimiento 4, que mandaba Iseas, un joven que había pedido ser pasado allí.

Este era un joven de la provincia de Córdoba, que como Javier Urrutia tenía pendiente con Iseas una deuda de sangre y una venganza firmada.

Para mejor vengarse de aquel bárbaro, había resuelto ser su asistente y ganarse su confianza por completo: asi aseguraría su golpe con reposo y buena premeditación.

Por esto tuvo el coraje de pedir que lo mandaran al 4, y que hicieran conocer de Iseas su pedido.

Éste no lo conocía, estaba seguro de ello, y no podía abrigar á su respecto la menor desconfianza.

Era éste un joven que apenas contaba veinte años y que por su aspecto parecía pertenecer á una familia acomodada.

En cuanto llegó á la división de Iseas, el joven se hizo llevar á su presencia y le dijo que había pedido pasar para el 4, porque quería estar á su lado y ser su hombre de confianza.

—Usted es el único jefe de carácter que hay en el ejército, le decía, y el único que no dá cuartel á los montoneros.

Yo deseo vengarme, deseo matar por mi propia mano á cuanto montonero agarre, y esto no puede hacerse sino al lado de un hombre como usted.

Ellos han saqueado mi casa, me han muerto dos hermanos y me han llevado una hermana, y yo he jurado no dejar uno vivo.

A mí mismo me llevaron, obligándome á servir, pero yo me les he escapado, pensando siempre en el bravo coronel Iseas, terror de aquellos bandidos, y el único que puede ayudarme en mi venganza.

Poco acostumbrado á los cumplimientos, porque nadie tenía para él más que maldiciones, Iseas quedó encantado con aquel joven partidario que le llovía del cielo, incorporándolo en el acto entre sus asistentes.

El joven lo servía con un cariño infinito, adivinándole el pensamiento para complacerlo.

Pero el bárbaro aquel, que no podía prescindir de su ferocidad natural, lo mortificaba aunque solo fuera en las pequeñeces del servicio.

Como su aspecto era el de una persona fina y muy superior á él, le daba aquellas ocupaciones más humillantes.

Él era quien le limpiaba las armas, quien le ensillaba el caballo y quien le cebaba el mate.

El joven lo servía con una paciencia infinita, porque veía que poco á poco le iba ganando su confianza y su cariño, si es que Iseas era susceptible de tener cariño por alguien.

Como su nombre era algo raro, Iseas lo había bautizado á su modo.

—Yo quiero que te llames Perico, le había dicho, y Perico no más se llamaba, puesto que era preciso complacer á Iseas.

Muchas veces la ferocidad de Iseas había puesto á prueba su paciencia con una brutalidad; pero otras tantas había logrado contenerse, convencido de que era el único medio de asegurar su venganza.

¡Y era preciso tener una voluntad de hierro, para sufrir á Iseas cuando estaba de mal humor!

Su teoría de hacerse querer era digna de sus sentimientos felinos.

—Estos bandidos son hijos del rigor, decía, y es preciso tratarlos á palos para que no le pierdan á uno el cariño.

Y es también la única manera de mostrarles el cariño que uno les tiene: ¡porque te quiero, te apórrio, y no hay que hacerle!

Una noche en que Perico cebaba mate á su coronel, asegurándole que estaba muy contento con el buen trato que le daba, éste le dijo que el mate estaba amargo y que era preciso que le echara más azúcar.

Asustado Perico, graduó el azúcar en el mate, de manera que no quedara ni muy dulce ni muy amargo.

Él sabía cómo le gustaba el mate y se esmeró en dárselo á su gusto para evitar alguna brutalidad, pues aquella noche estaba de un humor tremendo.

Iseas encontró el mate muy dulce y para que Perico le entendiera mejor el gusto, le estrelló el mate en la cabeza.

Perico sintió una oleada de sangre que le subía al corazón: su vista se obscureció y tuvo que hacer un esfuerzo terrible para disparar afuera, temiendo que en un arranque de ira fuera á descubrirse y perder todo lo que había sufrido.

Y al poco rato volvió con un nuevo mate, pidiendo á Iseas mil disculpas y diciendo que había tenido razón en sacudirle, porque era un bruto.

—¡Si estos son hijos del rigor! murmuró Iseas sonriendo: ¡no hay como untarles la mano para que anden derechos!

Perico devoró su vergüenza y su dolor, y empezó á embeberse en su venganza, de tal modo, que hasta se olvidó del mate, lo que hizo salir á Iseas espada en mano y aplicarle una regular paliza.

Tal vez en aquel momento Perico hubiera dado al diablo con sus propósitos de paciente venganza, defendiéndose á mano armada, pero estaban allí presentes un sargento y tres asistentes más, que le hubieran quitado toda acción al primer movimiento, y el coronel le hubiera hecho aplicar sobre tablas el famoso tiro atrás de la oreja.

Sufrió aquellos garrotazos como había sufrido tanto tormento, pero juró terminar cuanto antes con la venganza que le había llevado allí y en honor de la cual había sufrido tanto martirio y tanta vergüenza.

Tal había sido la paliza que le encajó Iseas, que estuvo dos días sin hacer el menor movimiento: se hallaba completamento postrado.

En cuanto pudo ponerse en pié y se sintió con fuerzas para emprenderla, Perico ya no pensó más que en su venganza.

La cuestión no era errar el golpe y no hacerse matar sin haberlo antes cosido á puñaladas.

Iseas como la mayor parte de los jefes de caballería, tenía buenos parejeros y buenos caballos de marcha.

Perico le había echado el ojo á un famoso tordillo muy ponderado de todos, no sólo como rapidez sino como resistencia para la marcha, por cuya razón estaba siempre atado al alcance de la mano.

Teniendo siempre á mano y preparado el famoso tordillo, era seguro que podría escaparse sin dificultad una vez lograda su venganza.

Y como era él quien le arreglaba y cuidaba los caballos, podía tener preparado el caballo, sin inspirar por esto la menor desconfianza.

Perico era además quien le afilaba siempre la espada, quo Iseas tenía la costumbre de usar como una navaja do barba.

Era una espada corta y ancha, que usaba entre la montura, para mayor comodidad.

Una mañana que Perico volvía de galopar el tordillo, le llamó Iseas y le mandó afilar la espada, cuyo filo había estropeado hachando un cordero con ella.

Perico ató el caballo allí cerca, como para volver á montarlo después que concluyera de afilar la espada.

Pero cuando hubo puesto el arma en el estado que la quería Iseas, era ya tarde y tuvo que prepararse á poner el almuerzo, dejando para más tarle la galopada del caballo.

Aunque Iseas tenía tanto asistente, se hacía servir en todo con Perico, porque éste tenía más delicadeza que los otros y le hacía las cosas más á su gusto.

Perico era su sirviente, su cocinero, su compositor de caballos y hasta su sastre, porque cuando se le cortaba un botón, era Perico quien se lo había de poner.

Y el pobre joven soportaba con placer esta multiplicidad de trabajo, porque era todo el éxito de su venganza, aunque tenía que tener un cuidado extremo en el desempeño de sus funciones, porque Iseas no hacía sus observaciones sino á lomo de espada.

—Obedecen mejor de esta manera, decía, y sobre todo se acuerdan mejor de como le gustan á uno las cosas.

La medida estaba pues colmada y Perico dispuesto á consumar su venganza aquel mismo día y en el primer momento que la pudiera asegurar.

Cuando Iseas concluyó de almorzar, pidió mate, que empezó á alternar con ginebra, según su costumbre, para hacer sueño y echar una morruda siesta; siesta que según los cálculos del joven, sería la última que echara en su vida.

Cansado de tomar mate con ginebra, Iseas se fué á dormir, después de dar á Perico algunas órdenes.

—Cuando acabes de arreglar la espada como á mí me gusta, me ensillas el tordillo, le dijo, porque quiero dar una vuelta cuando me levante.

Aquella orden venía admirablemente á los proyectos del joven, pues así podía tener ensillado el caballo sin inspirar á nadie la menor desconfianza.

Perico, sin preocuparse para nada de su almuerzo, concluyó de repasar la espada de Iseas, y se puso á ensillar el caballo con esa prolijidad del paisano que sabe que de ello depende exclusivamente su salvación.

Listo el caballo y atado al alcance de la mano, sacó de su cintura un largo cuchillo que le había regalado el mismo Iseas, y se puso á afilarlo.

Todos los demás asistentes, no teniendo nada que hacer, dormían también la siesta, de modo que Perico no tenía que temer la observación de nadie.

Y se apuraba en su tarea, deseando concluir cuanto antes

para ganar tiempo y tomar á Iseas en medio de su sueño, que debía ser pesado según la cantidad de ginebra que había bebido.

Y á medida que el filo aparecía en el cuchillo, cualquiera hubiera podido observar la siniestra expresión de alegría que se dibujaba en el semblante de Perico.

Concluía ya su grata tarea, cuando contra todos sus cálculos se le apareció el coronel, que se despertaba siempre de un humor tremendo.

Perico se quedó helado al verlo, porque la presencia de Iseas venía á contrariar todo su plan tan bien madurado y á dar al diablo con todos sus bien previstos cálculos.

—¿Y por qué no estás afilando mi espada? preguntó Iseas revelando en el tono de la voz todo el mal humor que lo dominaba.

—Porque ya está, mi coronel, respondió Perico sonriendo y enseñándosela; estaba afilando mi cuchillo para cortar unos tientos de potro para arreglar sus riendas.

He visto que les falta un botón, lo que es imperdonable, teniendo gente como yo, que lo puede echar mejor que nadie.

Si Iseas hubiera sido un poco menos bárbaro, habría desconfiado de la fina sonrisa de Perico y el temblor extraño que había agitado su voz al contestarle.

Pero nada de esto le llamó la atención, porque de quien menos desconfianza podría abrigar, era del leal Perico.

—Acabando de afilar mi cuchillo, agregó Perico, ya con voz más segura porque vió que Iseas no había desconfiado nada, voy á darle otro golpe al tordillo, que está un poco pesado y vengo á cortar los tientos para componer las riendas; esto se entiende, si usted no tiene otra cosa que mandar.

Sin responder una palabra, Iseas tomó su espada y se retiró á su alojamiento, pensando estúpidamente que todos aquellos cuidados que para con él tenía Perico, no eran sino hijos del rigor con que le había tratado siempre, y prometiéndose apretarle más la mano en lo sucesivo, para que aquellos cuidados crecieran en vez de disminuir.

Perico había acariciado muchas veces la idea de afeitar á su jefe, como los demás asistentes afeitaban el suyo, á cuyo efecto había hecho correr la voz de que era un gran barbero.

Esta hubiera sido fuera de duda, la más segura y rápida manera de vengarse.

Pero Iseas, no solamente no se afeitaba, sino que ni por broma se lavaba la cara; así es que Perico había tenido que renunciar á este magnífico medio tan fácil y tan seguro.

Convencido que no había otro remedio que el que ya había pensado, concluyó de afilar su cuchillo y lo guardó cuidadosamente en su cintura.

En seguida fué á peinar más el caballo tordillo, cuya montura revisó con toda prolijidad.

Aunque Iseas lo viera tan próximo, ya sabía que su asistente iba á montarlo y no tenía que extrañar.

Una vez que colocó el caballo en condiciones de ser saltado sin inconveniente alguno, y después de pasear una mirada investigadora por los alrededores, para convencerse de que nadie andaba por allí, entró resueltamente al alojamiento del coronel Iseas.

Los demás asistentes dormían lejos, como para huir del despertar de su jefe, y los que no dormían churrasqueaban más lejos aun, para estar en mayor libertad de palabra.

Así podían reir y charlar á su gusto sin que el coronel los sintiera, y por consiguiente sin que los castigara por haber turbado su sueño.

Perico estaba seguro de que nadie vendría á turbar su acción y desbaratar su venganza.

Iseas, echado de espalda sobre el catre dormitaba la yapa de la siesta.

Perico podía coserlo á puñaladas sin dejarlo despertar; pero entonces Iseas no se daría cuenta de su muerte: no sufriría nada y su venganza no era completa.

Perico lo miró con una expresión infernal y tosió fuertemente para despertarlo.

—¿Qué quieres? preguntó entonces el coronel, con un movimiento de mal humor, y medio incorporándose en el catre: ¿por qué venís á despertarme?

—Vengo á avisarle que me voy á dar un galope al tordillo, contestó Perico, con toda la cachaza posible, y que tal vez no vuelva más por aquí.

—¿Cómo es eso? ¡vos estás borracho! gritó Iseas, boleando las piernas fuera del catre y lanzando con su mirada feroz un relámpago de ira.

—Sí, mi coronel, contestó Perico con aterradora calma, ahora voy á darle un galope al tordillo y no nos volveremos á ver más.

—¿Es decir que venís á confesarme que te vas á desertar? vos estás borracho, pero ¡vas á ver en qué momento te hago pasar yo la tranca!

—No es eso, mi coronel, mi querido coronel, contestó Perico con más calma todavía, con tal calma, que Iseas llegó á creer que estaría loco.

No es eso, siguió: lo que yo vengo á decirle es que antes de irme, lo voy á coser á puñaladas.

Y en un movimiento tan tranquilo como su palabra, sacó de su cintura el cuchillo que blandió con mano fuerte.

Por bravo que fuera Iseas, quedó espantado ante semejante amenaza, pronunciada con tal seguridad de voz y cuchillo en mano.

En un movimiento rápido saltó á tomar la espada, aquella misma espada que Perico le había afilado horas antes; pero éste se le interpuso diciéndole:

—No, mi coronel, es necesario que usted esté desarmado, no porque yo no sea capaz de pelearlo, ni porque yo le tenga miedo espada en mano.

Es que yo debo asesinarlo porque usted no debe morir de otra manera, porque así ha muerto usted á todas sus víctimas; á asesinarlo he venido, y es inútil toda resistencia porque nada ni nadie ha de sacarlo de mis manos.

Yo he tomado todas mis medidas, Iseas, y el soldado que está más cerca de aquí no sentirá tu grito más fuerte, y si lo siente no vendrá, y si viene no te defenderá porque tu muerte es un beneficio para todos: ¡oh, no es el mío el único puñal que acecha tu vida!

Y una vez que te mate, á mí no me sucederá nada, porque saltaré sobre tu propio tordillo que es el mejor caballo del campamento, y ¿quién me alcanza entonces?

Todo cansa en esta vida, Iseas, y la paciencia humana como el sufrimiento tienen su límite.

Pónete bien con Dios, si es que Dios puede ponerse bien con semejante bandido, y prepárate á morir.

Creyendo Iseas que Perico estuviera loco, quiso intimidarle con un par de gritos.

—Mandáte mudar de aquí, gritó, tratando al mismo tiempo de llegar hasta su espada: mandáte mudar á dormir la tranca antes de que te haga fusilar.

—Ni á mí ni á nadie, replicó Perico: ya Iseas no comete más iniquidades: á ponerse bien con Dios, porque yo no tengo tiempo que perder: estoy apurado y basta ya con lo dicho.

Viendo que la cosa iba de veras, Iseas hizo un esfuerzo supremo para llegar hasta su espada; pero Perico le cerró el paso esta vez tirándole una puñalada terrible.

Iseas era un hombre fuerte y sumamente bravo, por lo que Perico tenía que evitar á toda costa fuera á agarrarlo ó darle algún manotón.

En el deseo de terminar pronto para evitar quel el coronel pudiera abrazarlo y que sus gritos fueran á escucharse, Perico se le fué encima con una lluvia de puñaladas que aquél evitaba con una angustiosa desesperación.

Sólo se escuchaba la respiración jadeante de ambos, interrumpida por algún grito que lanzaba Iseas.

Habían pasado dos minutos, sin que Perico hubiera podido inferir ninguna herida mortal.

Iseas, que evitaba las puñaladas con los brazos, los tenia terriblemente heridos.

El cuchillo de Perico cortaba como una navaja de barba, así es que cada puñalada que paraba Iseas con los brazos, le costaba un tajo hasta el tronco, dividiendo músculos y tendones.

Manco, y sin poder ya hacer movimientos con los brazos, debilitado por la gran pérdida de sangre, Iseas retrocedió hasta afuera pidiendo socorro á grandes voces.

Veía venir sobre sí la muerte de una manera inevitable, y cobarde para arrostrarla, como todo espíritu perverso, llamaba desesperadamente que vinieran á salvarlo de aquel bandido.

Los gritos de Iseas fueron sentidos por oficiales y soldados que acudieron con precipitación en momentos que éste caía al suelo, ya extenuado por el cansancio y la pérdida de sangre.

Perico sintió el tropel y temiendo ser preso y que el coronel antes de morir, se diera el placer de descuartizarlo en vida, saltó afuera, no sin haberle dado antes de salir y sin que pudiera evitarlo, una última puñalada que fué la que revistió un carácter más grave.

Cuando Perico se dirigió al caballo ya venían á unos cinco pasos de distancia, espada en mano, el segundo de Iseas, tan feroz como él mismo y dos oficiales más.

Perico, en un movimiento de relámpago, saltó sobre el tordillo, clavándole las espuelas aún antes de tomar la rienda.

—¡ Ahí queda ese asesino ! gritó, á quien acabo de dar puñaladas, para que pague una parte de todo el mal que ha hecho.

Y pronto se perdió de vista, á impulsos de la frenética carrera del tordillo, sin que hubieran podido herirlo con los diez ó quince disparos que le hicieron.

—¡ Agárrenlo ! ¡ agárrenlo ! gritó Iseas con la voz sofocada por el cansancio y la debilidad extrema producida por la pérdida de sangre.

¡ Miren que si lo dejan escapar fusilo á todo el regimiento !

Pero aquel era un milagro que nadie podía hacer por grande que fuera el interés que había en obedecer á Iseas.

Convencidos de que no había como agarrarlo porque ya hasta se había perdido de vista, todos corrieron hácia Iseas, conduciéndolo á un catre, mientras un oficial salía á gran prisa en busca del cirujano de la división, y todo lo necesario para atender al herido en los primeros momentos, de una manera eficaz.

Su estado era lastimoso.

Tenía los brazos acribillados á puñaladas y tajos, todos ellos profundos hasta el hueso.

En el costado izquierdo y en el pecho, á la derecha, había dos puñaladas, que aunque no eran necesariamente mortales porque el cuchillo había desviado su dirección, no por eso dejaban de ser muy graves y de terribles consecuencias.

Oficiales y soldados, todos se alegraron vivamente del suceso y no hubo uno que no deseara su muerte.

Porque cada uno tenía contra él algún motivo de resentimiento personal originado por alguna infamia de aquel bárbaro.

¿Con quién no había cometido Iseas alguna injusticia? ¿á quién no había avergonzado con su lenguaje soez?

Entre los soldados, no había uno solo que, siguiendo sus inspiraciones de venganza, no hubiera hecho lo mismo que Perico.

Todos se le acercaron manifestando el sentimiento que tal suceso les había causado; pero el sentimiento que tenían era el de no verlo muerto.

La noticia circuló en el acto por todo el campamento, y no hubo uno solo que no la recibiese con placer, haciendo un gesto avinagrado al saber que no había muerto.

Los mismos jefes, que se sentían avergonzados como jefes y como hombres ante las iniquidades de Iseas, sintieron un pesar íntimo al saber que aquel bandido no había muerto, y que daba algunas esperanzas de vida.

—Y ¿para qué lo protegieron? ¿para qué corrieron al asesino antes que terminara su obra? preguntaban al segundo de Iseas.

—Desgraciadamente, fué preciso hacerlo así por la moral, dijo el segundo: muchos soldados estaban viendo lo que sucedía y no podía autorizarse delante de ellos un asesinato, por más que yo lo deseara como ninguno.

Pero francamente, si yo me apuré fué porque yo lo ví caído y creí que estaba muerto.

Y sino, ya hubiera hecho de modo de demorarme un poco más.

Los soldados que rodeaban á Iseas, se miraban complacidos, y aunque de cuando en cuando murmuraban *¡mi pobre coronel!* de manera que éste pudiera oirlo, en cada mirada podía leerse el vehemente deseo de que se lo llevara el diablo cuanto antes.

Todos lo odiaban de una manera profunda y reconcentrada, y aunque sus palabras manifestaban profunda pena, otra cosa bien diversa manifestaban sus fisonomias alegres y risueñas.

Cualquiera de ellos hubiera concluído de mil amores la obra de Perico; obra santa, que los libraba de una verdadera calamidad, de una máquina de azote y de muerte, cuya boca no se abría sino para gritar « peguen » ó « maten ».

La pérdida de sangre y el cansancio de la lucha lo habían postrado por completo; no tenía aliento para pronunciar una sola palabra y apenas tenía fuerza para abrir inmensmente los ojos, y hacerlos girar en las órbitas con expresión descomunal.

Él veía ó adivinaba sin duda la expresión de alegría que levantaba su estado en el espíritu de todos, porque miraba á los soldados que lo rodeaban y sus ojos causaban entonces la impresión de una lanzada.

¡Cuánto debía sufrir aquel hombre al verse impotente para dar desahogo á su ferocidad!

Y sólo sus ojos se movían; en el resto del cuerpo parecía que

la muerte se hubiera abatido secando los músculos y paralizando los nervios.

Iseas, el tremendo Iseas, que hacía temblar á los más bravos, estaba allí, moribundo é impotente, á merced de cualquiera que hubiera querido hacer rodar su cuerpo de un puntapié, ó apresurar su muerte oprimiéndole un poco el cuello.

Y con esta desesperación sin duda rodaba su ojo feroz, con una amenaza de muerte, paseándolo por todos los que lo rodeaban.

—Es preciso dejarlo morir como un perro, decían los soldados en voz baja, porque en cuanto esto se pase se va á vengar con nosotros, no pudiendo comerse á Perico en diferentes churrascos.

Es que ninguno abrigaba la menor duda á este respecto: si Iseas hubiese logrado agarrar á Perico, seguramente lo habría despedazado, mandando poner al asador sus pedazos.

Pero, ¿quién le daba palmada á éste, una vez satisfecha su venganza, y montando nada menos que en el tordillo y sin ser perseguido ni siquiera para salvar las apariencias?

El que lo hubiera hallado á su paso, seguramente le hubiera dado un apretón de manos y su propio caballo para que siguiera huyendo.

Es que Iseas era considerado como un enemigo peor que el mismo Juan Sáa y que Felipe Valera, porque era peor que todos ellos juntos, porque éste mataba sin necesidad y por el simple placer de dar muerte.

Todos deseaban que Iseas muriese cuanto antes, para verse libres de él.

Desgraciadamente la moral y la disciplina misma de la tropa, exigían que se tomaran ciertas medidas, para salvar siquiera las apariencias.

¿Qué hubiera pensado, qué hubiera sido de aquella tropa, al ver que sus mismos superiores se hacían cómplices en el asesinato, no tomando las medidas curativas que el caso exigía?

El ejemplo habría sido funesto y de lamentables consecuencias para todos.

Por esto se mandó buscar al cirujano y la ambulancia de los medicamentos.

Lo que hay es que los oficiales encargados de esta comisión se demoraron cuanto les fué posible, de modo que cuando vinieron, ya había cerrado la noche y creían que Iseas habría muerto; pues los primeros socorros que se le prestaron, eran calculados para que no produjeran el menor efecto saludable; vendas insignificantes que ni siquiera habían estancado la sangre, si ésta no se hubiera estancado por sí misma.

El cirujano vino y reconoció prolijamente las heridas, bajo la ansiosa mirada de todos aquellos hombres que esperaban su opinión para entregarse á sus manifestaciones de pena ó alegría, según fuera ésta.

El mismo Iseas tenía fija su mirada angustiosa en el cirujano, como si quisiera arrancarle de los ojos su opinión más favorable.

A Iseas no le importaba nada la muerte por la muerte misma: era un hombre bravo, habituado á jugar la vida en cada combate.

Pero entonces la muerte era variada, era esperada por él con desesperación suprema, porque su muerte, bien lo sentía él, era la impunidad de su asesino.

El hubiera querido vivir, aunque sólo hubiera sido lo bastante para vengarse, para haber hecho amarrar á Perico á su lado y haberlo muerto á mordiscones si era posible.

Por consolarlo, le habían hecho creer que Perico había sido preso y remitido al cuartel general, para que fuera castigado con arreglo al enorme delito que había cometido.

Y al oir esta noticia Iseas había encontrado fuerzas bastantes para sonreir, mostrando la íntima alegría que había experimentado.

El cirujano había reconocido primero con su mayor atención las heridas de la caja, que eran las más temibles, sondándolas prolijamente y haciendo con ellas una curación prolija y cuidadosa.

—Para cualquier otro, dijo después de atar la última venda, estas heridas serían de muerte; pero el coronel tiene un físico de bronce y no habiendo muerto ya, me parece que de esta no muere.

Su estado de postración extrema no es debido sólo á la gran cantidad de sangre que ha perdido; pero en modo alguno á la gravedad de sus heridas.

Veamos las de los brazos que si por el sitio no pueden tener un carácter mortal, es preciso evitar toda complicación funesta y consecuencia fatal.

Iseas sonrió expresivamente cuando oyó la opinión del cirujano, opinión que no sólo venía á asegurarle la vida, sino su venganza, que estimaba tanto como la vida.

El cirujano, si no odiaba á Iseas porque no había tenido ocasión de recibir de él un mal directo, lo despreciaba profundamente como todo el que lo conocía.

Comprendía que la muerte de aquel hombre era un beneficio para todo el ejército y tal vez la deseaba como los demás.

Pero en el cumplimiento de su deber sagrado, tenía que poner al servicio de aquel herido todos sus conocimientos y toda su habilidad.

No podía hacerse cómplice de asesinos, por más infame que fuera aquella vida confiada á la rectitud de su conciencia.

Nadie podría haberle acusado de la muerte de Iseas; nadie le hubiera acusado, aún en la conciencia de que él había contribuído á producirla.

Sin embargo, él allí estaba para curar: era un cirujano y nada más, para quien un herido era sagrado, fuera quien fuera.

Al reconocer las heridas de los brazos, el cirujano, como los que presenciaban la cosa, quedaron asombrados, por el número y el aspecto de todas ellas.

En los dos brazos podían contarse más de treinta puñaladas, testimonio sangriento del gran valor de Iseas, que cuando no había podido pararlas, había puesto los brazos para recibir allí las puñaladas, salvando ante todo la caja del cuerpo.

De los brazos colgaban dos pedazos de carne como girones, pues el cuchillo era filoso y vigorosa la mano que lo había guiado.

Tan vigorosa era la curación de los brazos y con tal prolijidad fué hecha, que aquella empleó toda la noche y gran parte de la mañana, teniendo que emplear como practicante á algunos soldados, para que le tuvieran las vendas que era necesario suturar y le ayudaran á ligar las arterias.

Más fácil hubiera sido la amputación de los dos brazos: amputación que el cirujano no hizo por no tener quien lo ayudara, temiendo que por mal hecha fuera á traer alguna consecuencia funesta.

El trabajo de la curación era ímprobo, pero era necesario hacerlo en conciencia.

Todos se asombraban más de aquel delicado trabajo que de las heridas mismas.

—Es necesario que manden buscar otro compañero, decía el cirujano mientras curaba; pues á mí me va á ser poco el tiempo para renovar el vendaje y lavar diariamente todas las heridas, como es necesario hacerlo hasta que ellas cicatricen.

Con otro compañero el trabajo será más fácil, menos engorroso y mejor hecho, no tengan duda.

Esta vez, por la moral misma ante el cirujano allí presente, se mandó buscar el otro cirujano por él pedido, contentándose con recomendar al oficial que fué en su busca que no apurase mucho los caballos, porque ya la necesidad no era tan urgente, pues la primera cura estaba hecha y con ella bien podía pasarse un par de días.

Iseas, comprendiendo que estaba entre enemigos y que el cirujano era el único allí que podía garantirle la vida, le hizo señas que se le acercara al oído, y le dijo débilmente que era necesario que se quedara á su lado aquella noche, mientras él dormía y venía el otro cirujano que se había mandado buscar.

—El soldado que dejen á mi cuidado, murmuró, es capaz de concluir de matarme, y entonces todo el trabajo que usted se ta tomado será inútil.

El cirujano, comprendiendo al momento cuánta razón tenía Iseas en abrigar aquel temor, respondió á éste que podía dormir tranquilo, que el sueño le era sumamente necesario, y que él no se movería de su lado.

Como si sólo hubiera esperado aquella promesa, Iseas se quedó profundamente dormido.

Fué entonces que todos preguntaron al cirujano su franca opinión sobre el estado de Iseas.

—No es un estado de muerte inmediata, respondió éste, aunque yo no puedo garantir la curación por las mil complicaciones que pueden venir.

Lo que yo sí garanto es que el hombre salva de esta: quedará con los brazos secos, al extremo de no poder hacer el menor movimiento ni con los dedos mismos; es una mutilación completa y terrible, no pudiendo explicarme yo, cómo no lo ha muerto la sola hemorragia.

El otro cirujano vino recién á los dos días, en que recién se le pudo hacer la segunda curación.

Iseas estaba en un estado tremendo: más parecía un cadáver que otra cosa.

Ninguna de las complicaciones temidas había sobrevenido, pero tampoco la gravedad había desaparecido.

Ocho días estuvo así Iseas entre la vida y la muerte, sin permitir á los cirujanos que lo dejaran solo, porque siempre temía ser muerto por sus propios soldados.

Al fin de aquellos ocho días, se inició en el enfermo una leve mejoría: mejoría que en tres ó cuatro días más se acentuó perfectamente.

—Me parece que ya podemos asegurar que no muere, digeron los médicos; pero el diagnóstico de los brazos fatalmente es el mismo: no podrá moverlos más.

Cuidado con un esmero digno de mejor persona, y con un tratamiento prolijo y esmerado, la mejoría empezó á adelantar rápidamente.

Iseas hablaba ya, ó mejor dicho, maldecía ya, puesto que sus primeras palabras fueron una série de amenazas y maldiciones.

Cuando supo que Perico no había sido preso y que se lo habían hecho creer sólo para calmar su irritación, prorrumpió en horribles juramentos.

—No importa, decía haciendo rodar sus ojos en las órbitas con expresión feroz.

¡Yo lo he de agarrar tarde ó temprano, y me ha de pagar todas las heridas, y los que lo han dejado escapar me lo han de pagar también, porque lo han dejado escapar de gusto y para que se salve!

Si hubieran querido, con tanto tiro como le han disparado, lo hubieran muerto diez veces.

Los he de matar en las estacas por más oficiales que sean y sin que tengan el gusto de verme muerto.

Los oficiales y soldados que oían esto, y que sabían lo hacía

como lo decía, rogaban á Dios no le permitiera jamás levantarse de la cama.

—Nada podrá hacer, decía el cirujano que quedó á su cuidado: este hombre será en adelante un sér completamente inofensivo, porque tendrá muertos los brazos, muertos hasta para hacer el más leve movimiento.

Es un hombre que quedará inútil para el servicio y que no podrá más mandar su regimiento, porque no pudiendo manejar las riendas con sus manos secas, no podrá entonces montar á caballo.

Este hombre hubiese sido más feliz muriendo, porque va á pasar una vida miserable: el que ha herido á Iseas, no sabe de qué manera tremenda se ha vengado, como no lo sabe Iseas mismo que tanto ha clamado por la vida.

Para demostrar cuán tremenda ha de ser su situación, basta con esto: es un hombre que no podrá ni siquiera usar del recurso de pegarse un tiro; porque no sólo son sus brazos los que quedan en la inacción, sino sus manos mismas, sus dedos encogidos y secos.

Iseas venía mejorando rápidamente, pero como había dicho el cirujano, sus brazos no sólo no adquirían movimiento, sino que se iban secando rápidamente.

—¿Por qué no muevo los brazos? preguntaba él un tanto afligido.

—Esto no puede venir sino lentamente, le contestaba el cirujano: las heridas han sido muchas y terribles: los músculos están adormecidos, no tienen ya elasticidad; pero las irán recuperando, aunque muy lentamente: no se aflija usted por esto.

Iseas fué mejorando, hasta que completamente curado, dejó la cama de una manera definitiva, y fué dado de baja por el cirujano, que le aseguró que el movimiento de los brazos vendrían por sí solo.

Lo primero que intentó Iseas, fué vengarse de los que él decía habían dejado escapar á Perico, mandándolos estaquear; orden que fué cumplida por su segundo que tenía miedo que Iseas se pusiera bueno al fin, y que siendo su jefe no tenía más remedio que obedecerlo.

Necesitándose urgentemente la incorporación de las fuerzas que Iseas tenía consigo, el general Paunero las mandó incorporar al ejército, dejando al coronel su escolta de doce hombres y un oficial, para que lo cuidaran.

Así que estuviera bueno y pudiera montar á caballo debía incorporarse él también para seguir la campaña.

El coronel Iseas quedó en San Luís, en la más miserable situación.

Sus manos, con los dedos encogidos y doblados, parecían

garras, y sus brazos que se iban secando de día en día, apenas tenían ya un pellejo acuereado para cubrir el hueso.

En el brazo derecho había algún movimiento, pero este movimiento en vez de avanzar iba retrocediendo y perdiéndose.

El oficial que había quedado con Iseas, tenía que hacerlo manejar como una criatura, con el soldado que diariamente se nombraba de servicio.

Era necesario vestirlo, como desnudarlo, darle de comer en la boca, servirle de brazos en una palabra, puesto que él no los tenía.

Al principio todo aquello se hacía con fingido cariño, porque ninguno de ellos sabía si Iseas mejoraría ó no.

Éste, irascible por la inacción á que se hallaba condenado, se irritaba por la menor cosa, dando de puntapiés á los soldados que lo servían, única cosa que podía hacer.

Y los pobres sufrían pacientemente, por la disciplina á que los sometía el oficial bajo cuyas órdenes estaban.

Convencidos al fin de que Iseas no tenía cura, y que no volvería á mover más los brazos en su vida, la conducta de aquellos hombres cambió por completo.

Lejos de atenderlo, se divertían irritándolo y burlándose de sus ademanes y muecas.

El oficial, entretenido con sus visitas y calaveradas juveniles, no venía durante semanas enteras, durante las cuales Iseas quedaba entregado á la crueldad de los soldados, que se vengaban á su placer de todas las iniquidades que había hecho con ellos.

La primera vez que el oficial se presentó á Iseas, después de una ausencia de varios días, éste lo recibió con sus injurias más groseras y sus palabras más soeces.

Irritado y ofendido el joven lo echó al diablo, previniéndole que si volvía á tratarlo así, lo abandonaría del todo y no le volvería á ver más la cara.

Iseas, en el colmo de la irritación, amenazó de muerte al oficial y llamó á los soldados mandándoles que lo estaquearan allí en su presencia.

Pero los soldados se rieron de semejante orden, manifestando á Iseas que ellos no recibían más órdenes que las que le diera su oficial.

Fué tal la rabia que tuvo Iseas ante esta primer escena de insubordinación, que estuvo dos días con una fiebre espantosa.

Al primer soldado que se le acercó aquel día, para darle de comer, Iseas le dió de patadas.

Pero acudió el oficial, haciéndole una prevención tremenda.

—Al primer soldado que usted maltrate, se los retiro todos y lo dejo morir de hambre y desesperación.

Impotente para vengarse, á la merced de sus soldados, Iseas pidió un revólver para hacerse saltar los sesos,

Y el oficial sacó el suyo y se lo puso por delante, sobre la mesa.

Cuando Iseas se vió impotente hasta para pegarse un tiro, fué tal su desesperación y su furia, que parecía haberse vuelto loco.

De su boca, que era un torbellino de maldiciones, salía una espuma blanca y espesa, como si fuese un perro rabioso.

Y no pudiendo hacer otra cosa, se mordía aquellos brazos secos é inservibles.

Y los soldados reían alegremente recordándole todos los crímenes, de que ellos habían sido testigos, y diciéndole que aquello no era más que un castigo de Dios.

É Iseas corría á los soldados, tratando de morderlos; pero ellos disparaban, haciendo gesticulaciones y golpeándose la boca, con aire de la más desenfrenada chacota.

Y como el oficial andaba en sus farras y diversiones, eran ellos los que lo manejaban á su antojo, tratándolo como á un chiquilín.

Si los insultaba, lo castigaban no dándole de comer ó no vistiéndolo, y lo trataban de igual á igual, riéndose de sus pedidos y echándolo á rodar con alguna palabra si insistía en la misma cosa.

La situación de Iseas era terrible y desesperante.

Los soldados muchas veces se iban á sus diversiones, tardando dos ó tres días en volver, durante los cuales Iseas tenía que salir á la calle en camisa y calzoncillos, á suplicar al primer hombre que encontraba que viniera á vestirlo y á darle de comer.

Y cuando á la vuelta de los soldados se quejaba de lo que él llamaba una conducta infame, ellos se reían alegremente, limitándose á decirle: « ¡ reventá, si no te gusta ! ».

—Podés agradecer que todavía venimos de cuando en cuando, que lo que debíamos hacer era dejarte que te comieran los perros.

Reventá, maldito, que bastantes compañeros has hecho reventar en tu vida.

Era tal la desesperación de su impotencia, que Iseas últimamente se echaba á llorar como una criatura y en medio de la burla de sus soldados que se reían de sus muecas y actitudes cómicas.

El oficial concluyó por no ir nunca á la casa del coronel, y los soldados sólo venían á dormir y á comer, por la cuenta que les tenía.

A Iseas no le daban más que sus sobras, y eso atorándolo para que concluyera pronto y los dejara en paz de una vez.

¡ Oh, la venganza de Perico había sido tremenda ! había dejado á Iseas en las condiciones de un niño, pero de un niño odiado por todos, á quien todos tendrían algún daño que hacer, empezando por los mismos que le servían.

Ni siquiera le había quedado el recurso del suicidio cómodo.

Si quería matarse, no podía hacerlo de otro modo que arrojándose de una azotea abajo.

No había una sola persona que en el primer momento no se sintiera conmovida ante el estado de Iseas.

Pero como todos lo conocían, pronto venía la reacción, y recordando todas las iniquidades por él cometidas, parecía que aún no estaba bastante castigado.

Habían personas que se costeaban de largas distancias, expresamente para mirarlo y gozarse en su estado.

Aquellos á quienes él había dejado huérfanos y miserables, lo miraban con íntima alegría, pasándose horas enteras en su contemplación.

Y esto era lo que más desesperaba á Iseas, que llamaba á los soldados en su auxilio, para que echaran de allí á aquellos canallas, como él les llamaba.

Pero los soldados se reían con los curiosos y hacían con ellos alianza para desesperarlo más todavía.

—El día que pase por aquí el ejército y pueda yo hablar con el general, decía, veremos quién les va á sacar del cuerpo los cuatro tiros que yo les he de hacer meter.

—Y ¿quién te va á hacer caso, pedazo de bruto? le respondían ellos alegremente.

Si creyésemos que el general pudiera atender lo que tú le digeras, antes que pudieses hablar una sola palabra, ya te habríamos muerto á palos.

Y si nos embromas mucho, antes que venga el general ni nadie, te vamos á dejar seco de una paliza.

Aquella vida era inaguantable, porque los soldados se complacían en mortificarlo hasta en el alimento mismo.

Bastaba que Iseas manifestara deseo de comer alguna cosa para que no sólo no se la dieran, sino que le daban precisamente aquello que menos le gustaba.

A veces, y para verse libres de sus reniegos, le alcanzaban un frasco de aguardiente, y esta era para Iseas la supuesta felicidad. porque bebía hasta caer como un tronco, sin conciencia de lo que pasaba á su lado.

Otras veces salía á pasear por el pueblo y se entraba á las casas de negocio á pedir bebida; pero de la mayor parte de ellas, lo echaban á la calle con amenazas tremendas.

Iseas concluyó por mirar la muerte como un bien supremo; pero la misma muerte parecía huir de él horrorizada.

Nosotros mismos lo hemos visto en Buenos Aires vagar en mangas de camisa por las pulperías de los alrededores del Retiro, con los brazos inmóviles y las manos secas y engarrotadas.

Cualquiera al verlo, lo habría creído como nosotros un viejo

veterano, inválido de la patria, y despedazado en alguna heróica acción de guerra.

Hablen con cualquiera de los viejos soldados del 4 de caballería, que ellos narrarán con más viveza y colorido, los horrores cometidos por el bárbaro coronel Iseas.

JUSTICIA PROVINCIANA.

Como en tiempo de montoneras, las provincias habían sido invadidas por ladrones de toda especie.

No había hacienda segura en los corrales, ni cueros ni nada.

Todo iba á poder de los ladrones, que andaban organizados en cuadrillas y grupos diferentes.

Es que la guerra había traído una inmensa miseria.

Todos los hombres andaban en campaña, porque el que no se había ido voluntariamente con el Chacho, había sido arrancado del hogar por las tropas del gobierno.

Las familias quedaban entregadas á la mayor miseria y abandono: no podían trabajar para ganarse la vida, porque no había trabajo y tenían que pedir limosna ó entregarse á la más desesperante situación.

La mujer tenía entonces muy poco campo de acción para el trabajo, que se reducía á hacer masitas dulces, ó tejidos de diversas clases.

Pero el consumo de todas estas cosas era escaso y no podía extenderse á todas las que lo necesitaban.

En las provincias de San Juan y Mendoza, que eran las más azotadas por la montonera, la miseria se había hecho sentir bajo una forma inaguantable ya, produciendo consecuencias terribles.

La venta de lo superfluo, á precios miserables, había concluído en la venta de los objetos más necesarios, al extremo de que muchas familias que no tenían para la vida más que el trabajo de sus padres y hermanos, se habían quedado sin más muebles que sus camas.

Y muchas de ellas habían concluído por vender hasta sus camas mismas, quedándose á dormir á suelo límpio.

Para aquellas mujeres que tenían criaturas pequeñas, la situación era más desesperante, pues tenían que partirse entre el trabajo la atención de sus hijos pequeños.

Los desertores del ejército y los que montonereaban por cuenta propia, tenían asoladas las haciendas con sus constantes robos, merodeando en las poblaciones más pequeñas, donde no podía haber contra ellos defensa posible, por la misma falta absoluta de hombres.

Y vagaban por San Juan y Mendoza, por San Luís y La Rioja misma, robando hacienda que llevaban á vender de una á otra provincia, y todo aquello en fin, que podía representar algún valor.

La miseria, que es la consejera más tremenda, empezó á empujar las mujeres al vicio, como único recurso de vida, y empezaron á sentirse las raterías cometidas por aquellas mismas mujeres que habían sido víctimas de los ladrones.

La policía era impotente contra ellas, por el escaso número de sus agentes, por lo estrecho de sus prisiones y porque las ladronas, convertidas en montoneras ellas mismas, ganaban el campo, los montes y aliándose á los mismos que antes las hicieran sus víctimas.

Las que robaban en Mendoza pasaban á San Juan como las que robaban en San Juan pasaban á San Luís y La Rioja.

Se había hecho entre ellas una especie de cofradía de mútuo socorro, que facilitaba grandemente el género de vida peligrosa á que se habían dedicado.

Las casas de comercio, las casas de familia, todo era elegido hábilmente para teatro de sus rapiñas.

Y así iban escapando á los horrores del hambre, aunque llevando una vida de eterna agitación y de eterno peligro.

Pero sus hijos escapaban por este medio á la miseria y al hambre, y esto era lo principal.

Se conchavaban en las casas como mucamas y cocineras, no estando sino el tiempo necesario para dar un buen golpe, y esto era todo.

Y como estaban constituidas en sociedad y la ganancia era común, la familia de la que lograba encontrar un conchavo, era atendida por aquellas que no lo tenían.

Si la casa era rica y daba campo para un buen golpe, la conchavada abría sus puertas, la noche convenida, á la cuadrilla de ambos sexos á que pertenecía, y en pocos minutos limpiaban la casa de todo aquello que podía representar algún valor.

Los hombres eran acogotados por los hombres, mientras las mujeres hacían el oficio de escobas entre todos los muebles de la casa.

Esto llegó hasta el extremo de que ninguna casa se atrevía á tomar una sirvienta, en la conciencia que la que se presentaba era agente de ladrones y nada más.

Los gobiernos de San Juan y Mendoza se aliaron para abrir

una campaña contra los ladrones y ladronas; pero esta alianza no produjo sino la prisión de algunas mujeres que eran relativamente inofensivas y que no tenían los recursos de fuga de las más famosas.

Fué entonces que las cámaras de las provincias tiraron una acordada tremenda, como único remedio, según pensaron, para salir de aquella espantosa situación.

Por esta acordada se establecía que todo hombre ó mujer que fuera preso por un robo que excediese de cuatro bolivianos, una vez constatado el robo, fuera pasado por las armas inmediatamente.

Y todo aquel que fuera preso por un robo menor de aquella miserable cantidadd, sufriese, hombre ó mujer, un castigo de quinientos azotes, pena brutal que sería aplicada una vez constatado el robo.

De este modo se creían que nadie se atreviera á robar, porque el castigo no era para arrostrarse á dos tirones.

La publicación de aquella acordada debía regir en las dos provincias y ser aplicada á los ladrones de una y otra provincia.

De este modo creían que evitarían los robos ó que los rateros de ambos sexos pasarían á San Luís y La Rioja, donde no tendrían semejante pena.

Aquella acordada formidable tenía que producir su efecto en los primeros momentos, pues así no más nadie había de querer exponerse á ser la primera víctima.

Pero la miseria era extrema, los recursos de vida ningunos, y morir por morir, todo venía á ser lo mismo.

Si no robaban morían de hambre y si robaban eran fusilados; pero como no era difícil escaparse, bien valía la pena de correr al albur.

Los robos, pues, siguieron como antes y entonces la autoridad, burlada, no tuvo más recursos de escarmiento que el cumplimiento de aquella acordada furibunda.

Entre las mujeres que encabezaban pandillas de ladrones, había dos hermanas muy conocidas por su bellezza estupenda.

Ellas pertenecían á una familia santiagueña establecida en San Juan desde hacía muchos años.

Las dos hermanas habían siempre llamado la atención como modelo de belleza, sobre todo Juanita, que no sólo era la más linda de las dos, sino que poseía una gracia natural, y una inteligencia notable.

Al poco tiempo de estar en San Juan, acosadas por mil pretendientes diversos, las dos hermanas se habían casado, como sucede siempre que la mujer obra libremente, obedeciendo más a su corazón que á sus conveniencias.

Los dos flamantes maridos no tenían más bienes de fortuna

que el trabajo á que se dedicaban; trabajo que producía lo bastante para vivir con cierta comodidad y abundancia.

Los demás pretendientes no tuvieron más remedio que retirarse, aunque no faltaron recalcitrantes que emprendieron la conquista de las casadas, con el mayor empeño del que habían mostrado para las solteras.

Honestas y buenas, en toda la acepción de la palabra, los más empeñados en la difícil conquista concluyeron por retirarse convencidos de la inútil pretensión.

Y las dos hermanas quedaron tranquilas, viviendo en medio de la más completa felicidad.

La familia fué aumentando de año en año y aquel hogar prosperando como pocos, porque los maridos, encantados con aquella vida venturosa, se multiplicaban en el trabajo para ganar más.

Con la familia y los años, la belleza de aquellas dos mujeres había amenguado de una manera prodigiosa.

No tenían ya el encanto y la frescura de la juventud: no eran ya dos niñas de bellísimas formas, finas y delicadas.

Pero eran dos mujeres magníficas, de una hermosura imponderable y atrayente.

Muchos habían vuelto á la carga más enamorados que nunca, pero con tanta inutilidad como al principio.

Aquellas mujeres eran incorruptibles.

Juanita tenía tres hijas, de diez años la mayor, y Dolores una sola, que contaba sólo nueve, pero que ya llamaba la atención por su belleza purísima y soberbia.

Era la reproducción de la fisonomía de la madre, pero con formas más delicadas y con líneas más suaves y puras.

Aquellos dos hombres eran felices como se puede serlo al lado de una mujer amante y cariñosa.

Nada había turbado en diez años la paz envidiable de aquellos hogares; pero los enamorados en vez de disminuir habían aumentado por todos aquellos que iban conociendo las dos santiagueñas.

El empeño para algunos era superior á toda consideración: hubieran sido capaces de cualquier sacrificio, de cualquier iniquidad por el amor de las santiagueñas.

Si como niña, Juanita había sida mucho más bella, como mujer, Dolores era de una hermosura más exuberante y soberbia.

Y era ella por consiguiente la más codiciada por los galápagos.

Gomez, el marido de Juanita, era un hombre de espíritu y de empresa, de noble fondo y de hidalgos sentimientos.

Torres, el marido de Dolores, era un infeliz en todo el sentido de la palabra, bueno hasta el colmo y amante de su hermosa mujer á los diez años como el primer día.

Cuando vinieron las fuerzas y los montoneros, salió una oportunidad para alejar de sus hogares á aquellos maridos incómodos.

Se les requirió como guardias nacionales en la primera movilización; pero ellos, haciendo un sacrificio enorme, eludieron el servicio poniendo un personero.

Este sacrificio vino á atrazarlos notablemente, pero esto poco podía importarles: habían comprado su libertad, que era lo principal y el derecho de permanecer en sus casas sin ser molestados.

Pero nuevos contingentes fueron pedidos al poco tiempo, y Gomez y Torres fueron los primeros indicados para esta segunda movilización.

—Hemos puesto nuestro personero, digeron, y nada tienen que hacer con nosotros.

Pero cuando la autoridad se confabula contra nosotros para embromar á alguno, al fin y al cabo se sale con la suya, por más infame y sublevante que sea su proceder.

La bolada para aquel que movilizaba el regimiento en que debían marchar Torres y Gomes, era hacer marchar á éstos para que dejaran el hogar accesible á sus pretensiones y era preciso lograrla á todo trance.

Gomez protestó con toda la energía de que era capaz, y se presentó á la autoridad superior; pero todo era inútil.

El gobierno nacional pedía un nuevo contingente de soldados y había que mandárselo.

Conociendo Gomez de que había un empeño especial en mandarlo en el contingente, sintió una angustia verdadera, comprendiendo tal vez la causa, é hizo un nuevo sacrificio vendiendo cuanto tenía para reunir la cantidad suficiente á pagar otro personero.

Torres hizo lo mismo, pero cuando llegó el día fijado para la marcha del contingente, ni uno ni otro habían hallado el personero necesario.

La marcha era inevitable y para no hacerla en las peores condiciones, se resignaron á seguir su suerte.

Pero Gomez, que era un hombre de espíritu fuerte y que tenía una confianza ciega en su esposa, llamó á ésta y le explicó el peligro á que estaba expuesta.

—Nos mandan al servicio en este contingente, Juanita, para que nuestro hogar quede sin amparo de ninguna clase, tal vez para tender á ustedes una trampa de vergüenza.

Tengo una confianza ciega en tu fortaleza de espíritu, Juanita, y sé que con mi presencia y sin ella, siempre serás la misma.

Me voy tranquilo, alma mía, porque sé quién eres y porque ya te he prevenido el peligro.

—Puedes ir tranquilo, contestó Juanita llorando, con una desesperación profunda por primera vez en su vida.

Trata de volver pronto, que no habrá nada capaz de interponerse entre la felicidad de nuestra vida.

Nuestro hogar será conservado como si tú estuvieras siempre en él presente.

Gomez marchó con una entereza digna de un espíritu fuerte; pero Torres, á quien aquella separación impresionaba hondamente, se entregó á la desesperación más amarga, teniendo Gomez que venir en su socorro para consolarlo.

Con el dinero que habían reunido para pagar el segundo personero, las mujeres podrían hacer por mucho tiempo frente al abandono en que quedaban.

Y antes que aquellos recursos concluyeran, Gomez tendría tiempo de volver, porque al fin y al cabo aquella campaña no había de ser eterna.

—Solo de la tumba no se vuelve, dijo Gomez, al que consideraba como autor de aquella infamia, y algo me dice que yo estoy muy lejos de la muerte: pronto he de volver y entonces saldaremos cuentas, amigo mío.

Aquella sola amenaza costó á Gomez más cara de lo que á primera vista le pareció, pues una vez incorporado al ejército, fué pasado á un cuerpo de línea, porque en la nota de remisión figuraba como destinado por dos años á las tropas de línea.

Gomez se calló la boca, comprendiendo que cualquier cosa que digera en aquellos momentos no serviría sino para agravar su causa.

Guardó silencio y esperó tranquilamente á que su espíritu se serenara y á conocer más íntimamente al jefe que le había tocado en suerte.

Se separó de Torres con un abrazo y estas palabras:

—Tú volverás primero, amigo querido, no me cabe duda: te recomiendo entonces los míos con toda la efusión de mi alma.

—No tengas cuidado, contestó Torres: cualquiera que vuelva primero será lo mismo que si hubiéramos vuelto los dos.

Y ambos amigos se separaron presa de la amarga angustia, pues Gomez había mostrado claramente á Torres toda la tenebrosa intriga de que eran víctimas.

Las dos familias venían así á quedar colocadas en la situación más aflijente, aunque Juanita era un espíritu fuerte y varonil que Gomez había educado al diapasón del suyo propio.

Ella cuidaría de las dos familias, manteniendo para ellas el respeto de que se había rodeado siempre.

Esta certeza absoluta era el único consuelo que por el momento quedaba á Gomez, lo único que podía arrancarlo á una desesperación tremenda.

Y aceptó esa espantosa situación, esperando que en cuanto él pudiera hablar con su jefe, ella se modificaría notablemente.

¡ Pobre Gomez ! ¡ si toda su esperanza se basaba en la justicia que le hiciera su jefe inmediato, estaba lucido !

En cuanto a Torres, su situación no era tan crítica : él estaba en la guardia nacional y una vez terminada la campaña volvería á su hogar.

Entretanto los dos pobres hogares habían quedado abandonados y en mala situación.

Para juntar la plata necesaria al segundo personero, habían vendido muchas cosas que aunque no eran de extrema necesidad para las familia, eran necesarias á su bienestar.

De modo que la casa había quedado en malas condiciones.

Pero esto importaba muy poco á las mujeres, sobre todo á Juanita, que era mujer que se hubiera resuelto á todo por guardar la fé á su marido.

Mientras su hermana se echó en brazos de la más acerba desesperación, ella empezó á arreglar todas las cosas de manera que nada le faltara durante la ausencia de sus maridos.

Sólo la afligía el peligro que éstos pudieran correr en algún combate, y nada más.

En cuanto al peligro de que le había hablado Gomez antes de marchar, midiéndolo en toda la enormidad, estaba dispuesta á arrostrarlo valientemente y con la más plena seguridad de triunfo.

La existencia de los hijos, que era lo único que podía inquietarle, estaba perfectamente asegurada y á cubierto con el dinero que ellos habían dejado.

Viviendo con economía, aquel dinero debía alcanzarles hasta la vuelta de Gomez y Torres, y entonces estaba salvado el primero y mayor peligro, que era un sitio por hambre.

Allí era donde se estrellarían los miserables cálculos de aquellos que, para lograr su ambición pérfida, las habían reducido á semejante situación.

Juanita explicó á Dolores todo lo tremendo de aquellos planes, fortaleció su espíritu y ambas hermanas se prepararon á la lucha valerosamente.

Entretanto, los actores de aquella infamia se preparaban al asalto, contando con el poderoso contingente que debía llevarlos á la miseria.

El jefe de la guardia nacional de San Juan, perdidamente enamorado de Juanita y principal autor de la iniquidad, bajo el pretexto de ir á ofrecerles sus servicios para dulcificar el desamparo en que quedaban, se presentó de visita en la casa, siendo el primero en lamentar lo sucedido y el no haber podido hacer nada en su servicio.

Juanita lo recibió en el patio, sin invitarlo á entrar, con estas razones :

—Querido señor, mi marido ha previsto el desamparo en que quedamos, y me ha dejado los medios de poderlo evitar en lo posible afrontándolo dignamente.

Sin embargo, agradezco mucho su generoso ofrecimiento que tendré presente para el caso en que lo necesite.

Perdone usted que no lo haga pasar adelante, porque en ausencia de mi marido yo no puedo decorosamente recibir la visita de hombre alguno.

Puede usted estar seguro que cuando él vuelva pondré en su conocimiento su noble conducta para que él la agradezca como es debido.

El hombre aquel se despidió mordiéndose los lábios, lleno de despecho, pero disimulándolo lo más posible.

—Tienen dinero, pensó, y no necesitan nada, pero el dinero se acaba y entonces veremos como afrontan la miseria.

Desde entonces el jefe aquel, que no queremos nombrar, á pesar del desaire recibido, empezó á ir diariamente con el pretexto de ver si algo necesitaban.

Pero siempre eran recibidos en el patio por la misma Juanita cuyo desdén lo enamoraba cada vez más.

—Ella caerá, pensaba, más empeñado que nunca: el amor de los hijos, la miseria por ellos, trabajará su corazón amante y veremos entonces si se resiste todavía con el mismo brío.

Los otros enamorados que estaban en la intriga y que habían cooperado á su éxito se lanzaron con igual empeño á la conquista de las hermanas, pero el resultado para todos empezó á ser el mismo.

Dolores, más tímida, menos resuelta que su hermana, dejaba á ésta el cuidado de recibir las visitas, la que recibía á todas siempre en el patio, y siempre acompañada de su hijita mayor.

Ya el desdén de la madre y el empeño de Dolores en no dejarse ver, empezaba á irritarlos y pensar en una nueva infamia para terminar con aquella resistencia heróica.

¡Quién sabe cuánto dinero tendrían y el tiempo que éste podría durarles!

Ellos no conocían ni la fuerza del carácter de Juanita, ni sabían que ésta estuviese impuesta por su marido de todos sus planes.

El infierno, cuando ellos menos lo esperaban, vino en auxilio de sus planes funestos, poniendo á las dos hermanas en apuros tremendos.

Juanita, tratando de economizar siempre y hacer durar el dinero, el mayor tiempo posible, había empezado por despedir sus sirvientes y reformar sus hábitos de vida.

Entre las dos hermanas hacían todo el servicio de la casa, comiendo con escasez y miseria para poder sostenerse más tiempo.

Las personas del vecindario impuestas por fuerza de lo que pasaba y los maldicientes que observaban de lejos la conducta de las dos hermanas, estaban maravillados de su modo heróico de proceder.

Era realmente noble la conducta de aquellas dos desgraciadas, como infame el proceder de aquellos miserables.

Esta era la situación de las mujeres, cuando empezaron aquellos robos tremendos que motivaron la bárbara de la acordada de las cámaras de San Juan y Mendoza.

Todos sabían en San Juan que las dos mujeres debían tener dinero en casa, porque sin dinero no se vive y ellas no tenían de donde sacarlo.

Y debían tener una buena cantidad, porque nadie las veía trabajar, aunque el trabajo era escaso y hubiera sido muy difícil sino imposible obtenerlo.

La casa de Gomez, sin que nadie lo supiera, ni aún los mismos á quienes aquel golpe debía favorecer, fué desde aquellos momentos el punto de mira de aquellas cuadrillas de ladrones y ladronas tan admirablemente organizadas.

Una mañana las dos hermanas despertaron bajo un golpe tremendo.

Cuando Juanita fué á su cómoda á buscar dinero para las compras de la mañana, vió con espanto que el dinero había desaparecido.

Y no solo el dinero, sino las pocas joyas que conservaban y las ropas que algún valor habrían representado en caso de apuro.

La puerta de calle forzada, como la del comedor, que dabà entrada á los dormitorios, eran pruebas irrecusables de que habían entrado ladrones, ladrones que nadie había sentido.

Juanita despertó á Dolores bajo el peso de aquella tremenda desventura y ambas mujeres, abrazadas de sus hijos y aterradas ante la nueva situación de miseria y hambre se echaron á llorar de una manera desesperada.

No había en la casa más dinero que los dos ó tres pesos que se habían salvado en poder de Dolores.

Pasado el primer momento de dolor, Juanita se repuso y pensó en lo que debían de hacer.

—Es preciso no dejarse ganar por el dolor, y prepararse á lo que pueda venir.

Y á pesar de que estaba convencida que el autor de aquel robo era el jefe de la Guardia Nacional, se trasladó á la policía y no sólo dió cuenta del robo, pidiendo se hiciera lo posible por tomar á los ladrones, sino que hizo una larga deposición de todas las sospechas que la desesperación le había sugerido.

Vuelta á su casa, Juanita empezó valientemente á buscar trabajo.

Pero como todas las familias estaban en situación casi igual, no había trabajo que obtener.

Y las dos mujeres empezaron á ir vendiendo cuanto tenían, resueltas á hacerlo hasta con las propias camas.

El cuadro de sus hijos enfermos de hambre y de miseria era lo que querían evitar á toda costa.

Fué entonces que los enamorados, fortalecidos por aquella situación desesperada, se presentaron con sus ofertas de oro en abundancia, pero á cambio de amor.

Si la primera vez habían sido recibidos con severidad y circunspección, ahora las hermanas les demostraron todo el desprecio y el odio que por ellos sentían.

—Primero la muerte por el hambre, dijo Juanita; y les prohibió terminantemente volvieran á presentarse en su casa.

El cuadro empezó á hacerse cada vez más sombrío, porque el hambre empezó á enflaquecer y á enfermar á los niños y la perspectiva de ser arrojados de la casa, se ofreció al pensamiento de las mujeres con el horror de quedar en medio de la calle ellas y sus hijos.

Y los amantes siempre á la carga, eran rechazados cada vez con más desprecio y violencia.

Siempre fuerte y valiente, Juanita tomó una resolución.

—Hay que encontrar á toda costa el medio de arrancar nuestros hijos á la muerte por el hambre, dijo á Dolores.

Mientras tú los cuidas, yo voy á buscar conchavo.

Y salió á la calle en busca de familias que necesitaran servicio.

A consecuencias de las ladronas, nadie se atrevía á tomar sirvienta, así es que á Juana le fué muy fácil hallarlo por las recomendaciones de que logró munirse.

Un sueldo de cocinera en San Juan era miserable y no podía dar abasto al sostén de dos familias.

Pero con él sus hijos no morirían de hambre ya, guardándoles las sobras de la comida de la familia donde cocinaba.

¡Con qué placer infinito llevó Juanita á Dolores la noticia de haber hallado un conchavo!

—Ya nuestros hijos están asegurados contra el hambre, dijo, y podemos aguantarnos un poco hasta hallar algo mejor, ó hasta que podamos hallar para tí algún trabajo que puedas hacer en casa mientras cuidas los niños.

La gravedad de la situación no disminuía por esto.

Se había alejado el hambre y nada más; pero no había con qué pagar la casa ni con qué cubrir la desnudez de los pobres niños.

Y si caían enfermas por la miseria misma, ¿qué sería de ellos?

Y el jefe de la Guardia Nacional la espiaba á la salida del conchavo y la seguía, hablándole de su miseria y ofreciéndole dinero á manos llenas, tratando de herir siempre sus sentimientos de madre.

—No sea tonta, le decía: Gomez, que no te ha escrito, será porque ha muerto, ó porque te ha olvidado por otra.

Vas á dejar morir de hambre á tus hijos por guardarle consecuencia á un cadáver.

Demasiado has sufrido ya, ¡no seas tonta! y sobre todo, tú haces el doble sacrificio que yo te pido, por tus hijos y no por ti.

Díme que me amas; dame una prueba de tu amor, una esperanza tan solo, y te vuelvo á la abundancia.

Juana se tapaba los oídos y corría y entraba á su casa pálida como un cadáver.

Y allí el cuadro de sus hijos desnudos y enfermos de necesidad, le partía el alma.

Pero firme, estaba resuelta hasta llegar al crimen por guardar á Gomez, muerto ó vivo, todo el respeto que le debía.

Dolores era acosada por su parte y en su propia casa, por los tres ó cuatro que se disputaban su amor.

Y la pobre mujer, más débil que su hermana, se refugiaba en el llanto como único consuelo á su desesperación.

—Ya esta no es vida, decía: ni siquiera el derecho de matarse tiene uno, porque no puede dejar tiradas las pobres criaturas.

—No te aflijas, hermana mía, respondió al fin Juanita, un día que la desesperación había llegado al colmo por la enfermedad de una de las niñas: no te aflijas, que Dios se ha de apiadar de nosotros: yo creo haber encontrado el medio de salir de la miseria.

—No hay más remedio que la infamia, convéncete, hermana mía, y para ella no hemos nacido.

—Sí, pero infamia que no podrá avergonzarnos nunca, visto el estado á que hemos llegado.

—¿Y cuál es ella? preguntó aterrada Dolores.

—La conocerás dentro de un par de días; pero no te aflijas, yo te respondo que salimos de esta situación.

Aquel mismo día, como todos, y á pesar del desprecio con que era recibido, se presentó el jefe de la Guardia Nacional, como se presentaron los enamorados de Dolores.

—¿Qué es lo que usted quiere aquí? preguntaba Juanita en el colmo de la irritación: ¿viene todavía á gozarse en su obra?

—No, Juanita, respondía aquel hombre: vengo á ofrecerle todas las felicidades de la tierra, para ti y tus hijas, á cambio de un poco de cariño.

—¡Fuera de mi casa, cobarde! no hay felicidad ni desventura que me hagan aceptar la infamia.

—Mira que tus hijos se van á enfermar, mira que pueden morir de hambre.

—¡ Fuera de aquí, cobarde ! y no vuelva á acordarse más de mí.

—Mira que serás tú misma la que vendrás á rogarme dentro de poco, ¡ cuando ya tal vez sea tarde para volver la vida á estas criaturas !

Juanita se estremeció: las lágrimas rodaron por sus mejillas hermosas; pero volvió á intimar á aquel hombre saliera de su casa.

—Todo tiene su límite en la vida, dijo él al salir, y tu resistencia tendrá el suyo; no abrigues la más remota duda: trata sólo de que no sea demasiado tarde.

Juanita había echado sus cálculos sobre la vida de sus hijas, á quienes la miseria iba á matar, fuera de duda, adoptando una resolución heróica para salvarlas de la miseria que era la muerte.

Su estado de cocinera le había puesto en contacto con la demás gente de servicio, con aquellas ladronas de que hemos hablado antes; y de aquí había surgido su resolución extrema.

En contacto con ellas, Juanita se había impuesto de la manera como robaban, y ganándoselas poco á poco, había logrado ganarse la buena voluntad y la confianza de todas, al extremo de que la ponían en el secreto de muchos robos infames para decidirla á asociarse con ellas.

Juanita era muy inteligente, tenía una gran viveza natural, y por su posición de persona en la que podía tenerse entera confianza, ella podía ayudarlas divinamente en provechosos golpes.

Y fué tal la influencia y el prestigio que en poco tiempo adquirió sobre aquella gente, que se le impuso como un jefe, al extremo que sin formar parte entre ellas, la consultaban sus planes más delicados y difíciles.

Aquél podía ser un medio fácil de salir de la miseria, sin caer en la infamia que la encerraba como en un aro de hierro.

Juanita pensó, vió á sus hijas muertas de necesidad, sin más salvación que la infamia de todos, y aceptó aquel otro medio, menos infame á sus ojos, y más perdonable en la situación terrible en que se encontraba.

—Yo robaré, se dijo: me convertiré en una ladrona, pero Gomez podrá pasear tranquilamente las calles de San Juan, con la frente alta y sin que nadie pueda señalarlo con una sonrisa de desprecio.

Tal vez esto me cueste ir á la cárcel; pero Gomez estimará mi sacrificio y no tendrá que bajar el semblante enrojecido de vergüenza ante los mismos que prepararon su infamia.

Decidida á todo, antes que afrentar á su marido, Juanita se reunió con un grupo de unas diez mujeres de aquella vida, y combinó un golpe de mano contra la misma familia que servía.

Aquellas mujerzuelas tenían sus amantes, que eran el cuerpo ejecutivo de la asociación; amantes que se pusieron en contacto con Juanita y comprendiendo su superioridad, no tuvieron inconveniente en ponerse á sus órdenes.

La familia á que servía Juanita era una familia rica, que tenía no solo dinero, sino joyas de gran valor.

Juanita indicó que una vez dado el golpe y para no ser descubiertas, era preciso que uno de aquellos hombres se fuera á Chile, donde podría realizar fácilmente y sin peligro, todas las joyas de que lograran apoderarse.

Y fué aquel rasgo de previsión lo que más la acreditó entre aquella gente.

El golpe, admirablemente preparado, vino á dar resultados magníficos.

Con los datos que había dado Juanita, los ladrones entraron á la casa en ausencia de la familia y robaron todo el dinero y alhajas que hallaron en los muebles.

Reunidos en casa de Juanita, esa misma madrugada, se hizo un reparto del dinero y un cálculo aproximativo de lo que valían las joyas que habían de venderse en Chile.

Pero aquí se ofreció esta dificultad: ¿quién iría á Chile á realizar la venta?

Ninguno tenía confianza en el otro y todos pedían que Juanita designase el que había de ir.

—Yo no me meto en esto, dijo: que vaya el que merezca mayor confianza.

La necesidad me obliga á hacer una proposición que si no se acepta, me obligará á separarme de la sociedad, porque no puedo hacer otra cosa.

Si las alhajas vendidas valen una cantidad que diera un reparto de cuatrocientos pesos á cada uno, yo pido que no se me dén más que cien, pero que estos cien se me entreguen ahora mismo.

En vista de la condición impuesta y de la ganancia que dejaba á los demás un negocio hecho en esta forma, se aceptó sobre tablas, entregándose á Juanita ciento veinte bolivianos, como total de lo que le correspondía en el robo de alhajas.

Esta suma, unida á la que le había tocado como dinero, dió á la desventurada mujer un total de más de trescientos pesos; suma fabulosa para su estado de miseria.

La impresión de aquel primer robo fué tal, que Juanita tuvo un ataque violentísimo que la postró en cama por más de ocho días. Pero sus hijas, por mucho tiempo, quedarían á cubierto de la miseria y del hambre.

Cuando Dolores supo lo que había hecho Juanita, se echó á llorar amargamente, aterrada ante el peligro que corrían.

Pero, ¿quién podía sospechar de ella? ¿quién se atrevería á culparla?

La primera impresión pasó, y el bienestar que para sus hijas representaba aquel dinero, concluyó de borrar todo remordimiento.

La familia robada no quedaba por esto en la miseria, porque era gente muy rica, y entonces el daño venía á ser relativo.

La felicidad empezó á sonreir para las pobres mujeres; felicidad miserablemente relativa, pero al fin una felicidad.

Los hijos tendrían ropas con que cubrir su desnudez y buen alimento para nutrirse.

En la casa robada nadie desconfió de Juanita, y con la idea de haber mandado realizar las alhajas en Chile, el robo vino á quedar en el mayor misterio, sin que la policía pudiese descubrir el menor indicio sobre sus autores.

É indudablemente la persona que más lejos de toda sospecha estaba, era Juanita.

El dinero fué empleado por las dos hermanas con tal moderación y tal tino, que ninguno sospechó tan sólo el cambio que se había operado en la familia.

Y Juanita, en tiros más ó menos grandes, pero bien combinados todos, empezó á reunir una suma que las ponía al abrigo de todo contratiempo.

—Gomez me lo perdonará, decía á Dolores, porque esto nos ha hecho escapar de un peligro tremendo: si yo hubiera visto á una de mis hijas moribunda, solo Dios sabe de lo que hubiera sido capaz.

El hábito de tener dinero las hizo empezar á gastar con menos reserva, hasta que todos se apercibieron que en la casa había dinero.

Pero ¿quién podía sospechar el origen de aquel dinero?

Juanita había tomado todas sus medidas con admirable talento y se había hecho jefe de aquellos ladrones, dejándoles la parte activa y reservándose ella sola el derecho de organizar los robos que habían de cometerse, y organizarlos con una habilidad extrema.

Los que las vieron con dinero, empezando por el jefe de la guardia nacional y demás enamorados sin esperanza, atribuyeron aquel cambio á amantes misteriosos, y su sospecha fué entonces extrema.

¿Quiénes eran aquellos amantes que habían aprovechado todo el trabajo criminal y paciente que ellos habían tenido para preparar aquella situación desesperante?

Ellos habían venido así á trabajar para otros que los burlarían alegremente entre los brazos mórbidos de aquellas espléndidas mujeres.

Y crecía el despecho más perverso y la necesidad de vengarse.

Ellas habían sucumbido al fin; pero no habían sucumbido con ellos, con ellos que tanto sacrificio habían hecho y que tantas humillaciones habían sufrido.

¿Pero quiénes eran estos amantes y dónde se veían con ellas, que nadie los había visto entrar en la casa?

Era esto lo primero que había que averiguar á todo trance, porque tal vez la amenaza de hacer pública la vergüenza, fuese más eficaz que todos los medios empleados hasta entonces.

Por este interés los unos y por simple curiosidad los otros, empezaron á acechar á las dos mujeres.

Pero nada pudieron sacar en limpio, á pesar de toda la astucia y empeño con que hacían sus observaciones.

A casa de Juanita no entraba hombre alguno que pudiera ser sospechado de amante.

A la noche iban algunas mujeres; pero éstas visitas tenían lugar muy de tarde en tarde, y aunque eran mujeres de servicio, solo podía sospecharse que ellas fueran interventoras de aquellos amores.

Juanita había abandonado su conchavo y no salía á la calle, como su hermana, sino para sus compras de alimentos ó artículos de primera necesidad.

¿Dónde estaban pues los amantes que daban tanto dinero y cuya existencia era indudable?

Era preciso buscarlos á toda costa, y la inutilidad de los esfuerzos hechos para lograrlo no hacía otra cosa que acrecer el despecho en los amantes desdeñados.

La tranquilidad de espíritu respecto al bienestar de las hijas, la felicidad de haber escapado á aquella trama infernal y la buena vida material que pasaban, habían puesto cada día más hermosas á las mujeres, aumentando el empeño de sus amantes despreciados. La belleza de Juanita, sobre todo, había aumentado de una manera fabulosa.

Y los enamorados se quemaban los sesos en falsos cálculos pasándose las noches en claro en plena calle, para sorprender la entrada de los misteriosos amantes.

Pero nada podían sorprender, puesto que nada había de lo que ellos sospechaban.

Habían pretendido volver á la carga, esta vez con amenazas de descubrirlo todo y hacer volver á los maridos para que les tomaran cuenta de la afrenta que les habían echado encima.

Pero si antes habían sido despedidos con desprecio, ahora lo fueron con altanería infinita, y hasta con insolencia.

Por el servicio era imposible averiguar nada, porque las mujeres, sin duda para que no sorprendieran el secreto que tanto querían guardar, estaban sin servicio alguno, como en sus tiempos de mayor miseria.

Y el dinero aumentaba, puesto que aumentaban las comodidades de la vida, sin que ninguno pudiera dar con su procedencia.

Es que Juanita obraba con admirable tino, lo mismo que Dolores, que formaba también parte de la sociedad.

Hablaban con las ladronas menos sospechadas cuando salían á sus compras, y no las dejaban venir á su casa sino en caso de necesidad extrema y trayendo compra que sirviera de disculpa á su visita, aún para los mismos indiferentes que las vieran entrar.

La vigilancia de que eran objeto por parte de los enamorados empeñados en descubrirles los amantes, era sumamente peligrosa, porque podría traer el descubrimiento de todo aquello.

Una tarde la policía tomó en inflagrante delito de robo, á una mujer de la cuadrilla de Juanita.

La suma que le tomó en su poder estaba comprendida en la segunda parte de la acordada, y la pobre mujer, sin más trámite sufrió la pena de azote establecida por ella.

Si no se cumplía enérgicamente aquella acordada, no había medio posible de concluir con aquellos robos.

La autoridad estaba segura que, en cuanto se hicieran efectivas las disposiciones de la acordada, en cuatro ó seis ladronas, las demás escarmentarían.

Por desgracia, la ladrona castigada fué reconocida como una de las que frecuentaban la casa de Juanita, y esto hizo recaer una sospecha terrible en la policía.

¿Sería Juanita acaso cómplice de aquellas ladronas, y por consiguiente este el origen de aquel dinero atribuido á los amantes misteriosos que nadie había visto?

Los azotes son muy eficaces, y una vez que estuvo buena de los recibidos, la ladrona, se le amenazó con otra ración igual si no contaba quiénes eran sus cómplices.

Pero el caso es que mientras se curaba, Juanita había tomado medidas para burlar la acción de la policía.

Previendo que la azotada podía declarar y descubrirlo todo, previno á los demás que era preciso irse á Mendoza, hasta que pasara el peligro.

Y así lo hicieron, no quedando en San Juan más que Juanita y Dolores, porque estaban seguras que contra ellas nada había de declarar la presa.

Así sucedió en efecto; ante la amenaza de otra azotaina, la pobre mujer acusó á algunos cómplices, salvando á las dos hermanas y á otras de igual importancia.

Y como vió que la amenaza no trataba de hacerla efectiva, se guardó para el último momento de peligro; peligro que por suerte para ellas no llegó nunca.

La policía buscó los cómplices delatados, pero no pudo tomarlos porque habían huido con tiempo.

La mujer fué puesta en libertad una vez que había sufrido el castigo de la acordada, y que nada tenían ya que hacer con ella.

Pero las sospechas que habían tenido los enamorados y el jefe de la guardia nacional, por la frecuencia con que había visto ir á la ladrona á casa de Juanita, debía traer resultados funestos que ésta no podía prever, no conociendo las sospechas ni la vigilancia de que era objeto.

Abandonada por completo la idea de amantes misteriosos, ya dejaron de observar la casa de Juanita, para observar á las personas que la frecuentaban.

Era casi seguro que las hermanas pertenecían á una asociación de ladrones, y esto era lo que tenían que descubrir, para valerse del descubrimiento como arma terrible y la más eficáz, la única eficaz para vencer la resistencia de las hermanas.

El castigo recibido acobardó un poco á las ladronas; pero un mes después de esto, las que no habían sido delatadas, y que por consiguiente no podían ser sospechadas, volvieron al negocio con más fé que nunca.

La policía abandonó completamente la vigilancia de Juanita, concretando toda su atención á las mujeres que la frecuentaban.

En esta operación llegaron al descubrimiento de un gran robo que habían proyectado en una casa de negocio.

Era indudable que en aquel gran robo tenían una gran parte activa Juanita y Dolores.

Pero era preciso dejarlas obrar para tomarlas con el robo en la mano.

El robo se llevó á cabo con una astucia infinita, y la policía, que había tomado todos los hilos, acudió á casa de Juanita, cuyas salidas fueron tomadas de antemano y apresó á Juanita y Dolores, junto con otras cómplices, en momentos que hacían el reparto.

El robo había sido de importancia y casi puede decirse que había sido visto efectuar.

Tremenda, bárbara fué la impresión de las dos mujeres, al ver entrar á sus piezas, violentando las puertas, á los agentes de policía.

Pero Juanita los dominó con audacia infinita, preguntando á los que entraban por qué lo hacían de aquella manera violenta y si ya no existía en San Juan el sagrario del hogar.

—En San Juan existe el sagrario del hogar, pero no para los ladrones, á cuyo lado la oplicía tiene entrada siempre, sin tener que pedir permiso á nadie.

Dolores lloraba desesperadamente; pero Juanita, cada vez más entera, se defendía con talento y con asombrosa energía.

El jefe de la guardia nacional, autor de todo aquello, estaba mezclado á los agentes de policía, dirigiendo la prisión.

Así es que fué á él á quien se dirigió Juanita, mostrándole toda la infamia de su proceder.

—Éste no es lugar de ladrones, señor coronel, le dijo: el único ladrón que habría aquí sería usted mismo; usted que para vengarse de nosotras porque no hemos aceptado sus infamantes proposiciones de amor, viene á robarnos la honra acusándonos de ladronas.

Esto es cobarde é infame, é ineficaz también, señor jefe de la guardia nacional.

El terror no nos ha de degradar como no nos han degradado todas las amenazas que usted nos ha hecho con el mismo objeto.

Sepan todos ustedes que este hombre hace todo esto, porque yo no he aceptado sus estúpidas declaraciones de amor, y porque cree que de esta manera se me va á imponer.

El jefe se había irritado de una manera espantosa con las palabras de Juanita, que lo cubrían de vergüenza y de ridículo, descubriéndole el juego ante tantas personas.

—Es inútil todo lo que digan para disfrazar la verdad, exclamó pálido de ira: ustedes son las autoras del robo en casa de Cabrera, robo que se estaban repartiendo cuando yo vine.

—Miente el infame: lo que estamos haciendo era contar un dinero que yo iba á entregar á estas señoras para que me hicieran mañana unas compras.

—Y ¿de dónde han sacado tanto dinero, ustedes que no tenían que comer?

—¿De dónde? respondió Juanita, con un valor asombroso; este dinero me lo dá un amante más afortunado que usted, porque no es ni un alcalde ni un miserable.

Aquella escena era verdaderamente repugnante.

La pobre mujer, comprendiendo que corría un peligro de muerte, se defendía de todos modos, como apartándose detrás de una vergüenza que no existía.

Y esta confesión fué la que más ira causó en el ánimo de aquel hombre.

—¡Conque usted tiene un amante, señora de Gomez! dijo: bueno, que venga él á probar que este dinero y estas alhajas robadas en casa de Cabrera, él se las ha dado, y usted quedará en libertad.

Entréguenos usted todo eso, por el momento, que una vez que usted justifique como lo ha adquirido se le devolverá en el acto.

Juanita protestó: no quiso entregar nada; pero tuvo que ceder á la fuerza y á la violencia.

Tomadas las mujeres, no había ya para qué guardar las salidas de la casa, retirándose los que estaban ocupados en esto.

Y era tal la ansiedad de prender á Juanita y á Dolores, que ni siquiera miraron á las otras mujeres que allí había, las que se escaparon sin que nadie pensara en atajarles el paso.

De manos de Juanita y de sus bolsillos se había tomado la suma de seiscientos bolivianos y una buena cantidad de alhajas.

Entonces se trató de registrar toda la casa, á cuyo efecto se pidió á las mujeres la entrega de las llaves de los muebles.

Juanita, reuniendo toda la fuerza de su carácter, no sólo no quiso entregarlas, sino que pretendió defender los muebles con su cuerpo mismo.

Pero fué vencida, como era natural, y sujetados sus brazos á la espalda.

Y no pudiendo hacer otra cosa, la pobre mujer se desató en insultos de toda clase contra aquellos hombres: la pobre jugaba el todo por el todo, porque sabía que un registro en su casa era su inevitable perdición.

Registrada la casa y los muebles, se halló una buena cantidad de alhajas diversas y una suma de más de mil bolivianos.

—Generoso amante, murmuraba el jefe empaquetando el dinero: veremos como se justifica todo esto.

Por lo pronto ustedes todas están presas.

Al tumulto y gritos, las pobres niñas se habían levantado y venido á refugiar su terror en el seno de la madre, lo que daba á aquella escena un tinte conmovedor de primera fuerza.

—Todas presas, dijo el jefe de la guàrdia nacional: esta es cuestión que han de resolver los jueces.

Las niñas lloraban de una manera conmovedora, gritando que no mataran á la madre: pero nada de esto era capaz de ablandar á aquellos bárbaros.

Todo el vecindario, alborotado, estaba allí presente, ávido de curiosidad y poderosamente conmovido ante espectáculo tan tremendo.

—Está bien, dijo Juanita por fin, mascando sus sollozos: iremos presas, pero ninguna acción queda impune en la vida: ya tendrá ésta su justo castigo.

Y encarándose al autor de todo aquello, que sonreía ante su obra, lo escupió en la cara.

Ante aquella injuria, el hombre tembló todo y levantó la mano airada para castigarla.

Pero su brazo quedó alzado en el aire, detenido por veinte manos.

No se podía permanecer impasible ante semejantes cosas.

Las pobres mujeres seguidas de sus hijos y de una turba de curiosos, fueron llevadas á la cárcel donde se les puso en la más rigurosa incomunicación.

Fué entonces cuando se vió sola, que Juanita, mujer al fin, vió decaer todo su valor y rompió á llorar, abrazada de sus hijos, de una manera desesperada.

Esta conocía, como todo San Juan, la acordada de la Cámara y sabía que, constatado el robo, sería condenada á muerte y fusilada.

¿Qué sería entonces de sus pobres hijas?

Esto era lo que la aterraba más, haciendo descender su espíritu al máximum del espanto.

Valiente hasta lo imponderable para arrostrar ella todo género de peligros, se sentía cobarde ante el que podían correr sus hijas muerta ella.

¡Si ella pudiera hablar con cualquier amigo para que pasando por un amante digera haberle dado todo aquel dinero cuya procedencia no podría justificar!

Pero, ¿quién habría de prestarse á correr un sério peligro de complicidad?

Además, ¿de qué le servía justificar la posesión del dinero, si no podía hacer lo mismo con todas aquellas alhajas robadas, que serían reconocidas por sus dueños?

Su misma hermana, más débil y asustadiza, tal vez fuese á confesarlo todo, pensando que así pudiera salvarse.

La pobre Juanita veía sobre sí la muerte, una muerte ignominiosa é inevitable, y se había dejado ganar completamente por el espanto.

Todo su anhelo era que Gomez supiera, para su íntima satisfacción, la causa de su muerte.

Pero, ¿cómo hacer para contárselo? no le permitirían escribirle, y si se lo permitían, no dejarían llegar aquella carta á sus manos.

Juanita no vió otro recurso que referir á sus hijas aquella tremenda historia, para que ellas, que la sobrevivirían, la trasmitiesen á su padre.

Y trémula y sollozante, tratando de ganar minutos porque de un momento á otro podían separarlas, las encerró con un abrazo estrecho y les refirió aquella historia espantosa, de manera que las niñas pudieran conservarla con toda exactitud.

—Ahora, pensó, puedo morir tranquila, pues él sabrá que si he hecho todo esto, ha sido para evitarle una vergüenza mayor.

Aquella causa, en la que la policía nada podía hacer, fué pasada á la Cámara de Justicia, la que se entregó á su estudio para darle una rápida solución.

Las alhajas y parte del dinero tomado, habían sido reconocidos por las víctimas, dejando constatados los robos.

Llamada á declarar Dolores primero, como su hermana lo había colculado, confesó todo la pobre, creyendo que aquella era la única salvación que les quedaba.

Ya Juanita no podía negar nada, y aunque lo negase, la negativa de nada podía servir.

Llamada á declarar, no sólo negó enérgicamente los hechos constatados, diciendo que Dolores había confesado trastornada por el espanto, sino que refirió el origen de la persecución de que había sido víctima por parte del jefe de la guardia nacional.

—Por esto se nos ha perseguido hasta la muerte: sé que con esto nada remedio, que no me salvo; pero quiero que al menos quede su constancia en el proceso de mi muerte.

Pero aunque Juanita negó todo, no supo, no pudo indicar la procedencia del dinero y alhajas hallados en su poder.

La Cámara se encontró con el delito plenamente averiguado, y frente á su propia acordada, brutal y bárbara.

Y sin la menor vacilación, sin encontrar atenuantes en la narración de Juanita, pronunció su fallo: fallo monstruoso, por venir á ser un fallo de vergüenza para el tribunal que lo pronunciaba, porque había en él un refinamiento estúpido de barbarie y de maldad inútil.

Las dos mujeres fueron condenadas á ser fusiladas en la plaza principal de San Juan, fusilamiento que debían presenciar las hijas, juzgadas como cómplices y para que escarmentaran con la muerte de las madres.

Aquellas dos mujeres creyeron morir de espanto cuando les comunicaron semejante sentencia.

En Dolores, sobre todo, el efecto fué más terrible y violento.

Juanita, valiente como siempre, viendo que no había remedio, aceptó su martirio con una resignación magnífica.

—No me importa por mí, dijo, sino por las pobres niñas: ¡qué será de ellas cuando yo les falte!

Pero no dejó asomar á sus ojos ni una sola lágrima.

Aquella sentencia estúpida y monstruosa, fué elevada al Ejecutivo para que pusiera el cúmplase y ejecutarse tan pronto como fuera posible.

El señor Sarmiento era entonces Gobernador de San Juan.

Horrorizado ante monstruosidad tan inaudita, no solo no puso el cúmplase que se le pedía, sino que declaró de la manera más solemne que no lo pondría nunca.

Y cuando se le observó que era una sentencia que estaba entre la acordada de las cámaras de San Juan y Mendoza, dijo que el cúmplase no estaba entre acordada alguna, y que no lo ponía ni lo pondría jamás.

Las pobres mujeres venían así á salvarse por un tiempo indefinido; pero como ellas no conocían la respuesta del gobernador Sarmiento, su desesperación no cesaba.

El jefe de la guardia nacional, haciéndole creer que la sentencia no se cumplía por influencia suya, volvió á la carga con sus proposiciones amorosas, comprometiéndose á salvarla si cedía á su amor.

Pero la noble víctima lo arrojó de su calabozo, como lo había arrojado de su casa.

Dolores fué también acosada en su calabozo con terrible empeño.

Más débil, más cobarde que su hermana, Dolores ofrecía mayores esperanzas de éxito, y por esto fué cargada con más empeño, bajo la seguridad de su salvación.

Y la pobre mujer, extenuada por el dolor de ver á su hija en la orfandad y la miseria, tal vez escuchó las propuestas que le hacían, porque dos días después desaparecía con su hija de la cárcel, sin que nadie supiera lo que había sido de ella, aunque algunos dijeron que había huido para Mendoza.

Este fué un nuevo motivo para que el jefe de la guardia nacional volviera á la carga, para indicar á Juanita á que se salvase como se había salvado Dolores.

—¡Ahora que mi hermana está libre, dijo ésta sonriendo, puedo morir más tranquila, porque mis pobres hijas no quedarán desamparadas!

¡Fuera, cobarde! agregó con toda energía y sonriendo bravamente: ¡eres demasiado cobarde y demasiado estúpido para triunfar de una mujer como yo!

Ahora menos que nunca, miserable gusano, y si es verdad que algo puedes, haz que ahora mismo se cumpla la sentencia de esos otros.

Y como aquel hombre pretendiera insistir y se negara á retirarse, Juanita empezó á gritar á los carceleros, pidiendo socorro á grandes voces, que aumentaban el llanto de las niñas.

Aquel cobarde no tuvo más remedio que retirarse corrido y avergonzado.

Podía estar seguro que aquella mujer, aun muerta, le resistiría.

Entonces empezaron todos los empeños para que el gobernador Sarmiento pusiera el cúmplase á la sentencia.

Pero fueron tales los términos en que Sarmiento se negó á complacer á aquellos bárbaros, que nadie se atrevió á hablarle más del asunto.

No faltó quien digera á Juanita lo que sucedía, y ésta, viendo en la conducta del Gobernador una esperanza de salvación, cobró nuevo ánimo calmando así la agitación de su espíritu.

Pocos meses después de estos sucesos, y á consecuencia de montoneras y movimientos militares el gobernodor Sarmiento tuvo que ausentarse temporalmente de San Juan.

La causa de la infeliz Juanita fué agitada de nuevo, y la Cámara pidió entonces al Gobernador interino, pusiera el cúmplase á la sentencia.

Tanto le acosaron, tanto le molestaron, que aquel hombre, sin reflexionar tal vez lo que hacía, ó sin comprenderlo, puso el cúmplase que le pedía la Cámara.

Juanita estaba perdida sin remedio.

El jefe de la guardia nacional se presentó de nuevo en el cala-

bozo; pero ella ni siquiera quiso escucharle una palabra, imponiéndole que se retirase, sin hablarle.

Al día siguiente, la infeliz fué puesta en capilla, escuchando con piedad la palabra consoladcra del sacerdote.

Lo único que pedía la pobre, era que le suspendiesen la segunda parte de la sentencia, aquella que disponía que sus hijas inocentes y sensibles presenciaran el fusilamiento.

—Ellas son inocentes y puras, decía: ¿por qué se les vá á dar un espectáculo que tal vez les haga perder la razón?

El sacerdote, atendiendo el noble pedido, se puso en campaña inmediatamente para obtener la suspensión de aquella monstruosidad.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

—La sentencia tiene que cumplirse tal cual ha sido firmada, se le dijo, y la Cámara no puede reformar nada en ella.

Juanita había concluído por resignarse á su bárbara muerte.

El dolor de su situación le había hecho caer en una especie de idiotismo salvador, porque él iba á aminorar, á embotar la desesperación que la vista de sus hijas debía causarle en el momento amargo.

Sin responder una palabra á los que la mandaron salir al día siguiente para el suplicio, se acercó á sus hijas para decirles adiós.

Las pobres criaturas sin saber de lo que se trataba, sin darse cuenta de nada, lloraban amargamente arrinconadas en la prisión.

—Vamos á ir juntos todos, dijo el empleado que debía entregarla á la guardia del banquillo.

—¿Cómo todos juntos? respondió Juanita con extrañeza: el sacerdote me dijo que habían modificado esa parte infame de la sentencia.

—No hay modificación alguna, señora: vamos.

La pobre mujer, turbada por el dolor y siendo este su pensamiento constante, había creído sin duda que á sus hijas inocentes se les hubiera ahorrado aquel espantoso momento.

—Conformidad, hija mía, murmuró el sacerdote: conformidad: Dios no abandona nunca á sus criaturas.

—¡Estúpida, murmuró Juanita: me había olvidado que estaba entre fieras! y mirando cariñosamente al sacerdote agregó:

—Yo estoy fuerte y resignada, padre mío: es preciso darles ánimos á ellas, pobres pedazos de mi alma, siquiera para que no se vayan á volver locas.

El sacerdote entonces, comprendiendo que este sería el mejor consuelo que se podría dar á la madre, se acercó á las hijas y empezó desde aquel momento á engañarlas, para fortalecer aquellos pobres é inocentes séres en quiénes la reflexión no podría dar el menor consuelo.

Impuestas por el aparato exterior y la presencia de los sol-

dedos que habían llegado á la puerta del calabozo: « ¡no quiero que maten á mamita!» gritó la mayor, y las tres se prendieron á la madre, saliendo así en un grupo tremendo del calabozo.

No era posible imaginarse un cuadro más dramático.

Aquella hermosa mujer, con los ojos preñados de lágrimas, trataba de tranquilizar á sus hijas, haciéndoles creer que aquello era un juguete.

Pero las criaturas, llorando amargamente no querían creerle, ni separarse de ella.

Si alguna vez cesaba el llanto era para gritar: « ¡no quiero que maten á mi mamita!»

Aquello era tremendo: los mismos soldados de la custodia daban vuelta el semblante para ocultar las lágrimas y para no mirar aquello.

Juanita marchaba jadeante, con las mandíbulas caídas y la hermosa fisonomía desencajada y lívida, no por temor á la muerte, sino por el espanto que en ella causaba el cuadro de sus hijas, gritando: « ¡no quiero que maten á mamita!»

La plaza estaba llena de gente; el espectáculo de la muerte atrae al pueblo á pesar de su voluntad misma, á pesar de todas sus convicciones.

Lo tremendo del espectáculo atrae por su misma fuerza imponente, por la misma ferocidad inaudita que encierra el cuadro del cadalso.

Pero ante el espectáculo de las niñas llorando y pidiendo que no mataran á la madre, los más abyectos, los más miserables, abandonaron su punto de mira, conquistado á fuerza de mil estrujones y trabajos.

No quedó allí más que un centenar de personas, dominadas por la misma fuerza del espectáculo, por lo terrible de la impresión misma.

Juanita caminaba como un autómata: su mirada vagaba por la plaza, sin expresión, con la pupila dilatada y como si su espíritu no se diera cuenta de lo que sus ojos veían.

Las mismas niñas ya no lloraban: el esfuerzo del llanto mismo las había postrado, y sollozaban tan solo, pero siempre prendidas al vestido de la madre.

Cuando llegaron al banquillo y fué preciso atar y acomodar á Juanita, tuvieron que arrancarlas del lado de la madre.

Felizmente ésta parecía haber perdido la razón, porque mirando á los que la llevaban, murmuró débilmente, y poniendo su dedo índice sobre los lábios:

—Cuidado, no las vayan á despertar: no las vayan á despertar porque se van á morir.

El oficial que mandaba el cuadro, cediendo á uno de aquellos impulsos del corazón que nada tiene la fuerza de reprimir, dió su espada contra el suelo, y se separó de allí gritando:

—Nadie tiene el derecho de exigirme que yo sea un miserable.

Fué preciso que el sargento mandase la ejecución, porque el oficial se alejó de allí y salió de la plaza con imponente ademán de indignación.

Era tal la turbación de los que dirigían aquel asesinato judicial, que ni siquiera se acordaron de vendar los ojos á Juanita, que vió acercarse los soldados y apuntarle con los fusiles, tal vez sin darse cuenta de lo que veía.

El sacerdote, sin poder contener sus lágrimas, ocultaba entre su amplio ropaje las cabecitas gentiles de las niñas, para robarlas al bárbaro espectáculo.

Pero se le ordenó que por el contrario, las hiciera mirar al banquillo, pues era el objeto de la sentencia.

El noble sacerdote no obedeció semejante órden; por el contrario, cuando vió que los soldados apuntaban, les oprimió las cabezas, como si hubiera querido evitar hasta que oyeran el ruido de la descarga.

Un silencio de muerte se sucedió á aquellos cuatro tiros descompasados; pero felizmente certeros y mortales por la proximidad con que habían sido hechos.

Las niñas, recordando la acción del sacerdote cuando sintieron la descarga, aterrorizadas, estrecharon sus cabecitas entre el ropaje, gimiendo dolorosamente.

Aquel cobarde asesinato había terminado para eterna vergüenza de la justicia de San Juan.

La protesta silenciosa de espectadores y ejecutores fué unánime; no hubo uno solo que no calificara de salvaje aquel acto bestial y sin precedente.

La parte que se refería á las niñas, sobre todo, no podía tener perdón ni disculpa; era un acto que ni los mismos indios habrían cometido.

En aquel crimen la justicia de Mendoza no quedó atrás de la de San Juan.

No podemos decir cual de las dos fué más bárbara.

Dolores, auxiliada por aquellos que la hicieron fugar de la cárcel de San Juan, acompañada de su hija, se guareció en Mendoza, donde se creyó por el momento á cubierto de todo peligro.

Salía de las garras del lobo para caer en las del tigre.

Sabiendo que estaba allí guarecida, la cámara de San Juan ofició á las autoridades de Mendoza, para que remitieran á la ladrona sobre quien pesaba una sentencia de muerte.

Pero la autoridad de Mendoza no pudo dar con ella en los primeros días.

Se encontró su filiación y datos más ámplios y el mismo día que su amante, prevenido de lo que pasaba, la sacaba para Chile, fué detenida y conducida á la cárcel.

¡ Toda esperanza de salvación había concluido !

El terror de Dolores fué entonces inmenso: en Mendoza se conocían ya los detalles de la ejecución de Juanita, así es que á la pobre joven se le presentó inmediatamente á la imaginación el cuadro terrible de su suerte.

El amante empezó entonces á poner en juego todas sus influencias. para impedir la remisión de Dolores á San Juan ; pero parecía que nada iba á conseguir.

Había un convenio establecido en ambas cámaras, al que no era posible faltar.

El amante de Dolores era un hombre de posición, de relaciones y de gran influencia.

—No te aflijas,—decía á la joven :—yo te juro por mi honor que no te remitirán á San Juan.

Tengo aún muchos medios seguros que poner en juego, pero no lo hago porque no quiero tocarlos hasta el último momento.

No te aflijas más, que nada se ha perdido, aunque parezca haberse perdido todo.

Con estas palabras y promesas Dolores se alentaba un poco; pero era para volver á caer en desesperación más honda, cuando pasaban los días sin haber obtenido un resultado positivo.

Sin embargo los trabajos para su salvación seguían cada vez con más empeño y su autor tenía la plena seguridad del éxito.

Dolores no sería remitida á San Juan, según él se lo aseguraba.

Más todavía: la cámara de Mendoza la condenaría á una pena mucho más llevadera y consoladora, puesto que ella en ningún caso importaría la pérdida de la vida.

—Está tranquila, le decía, yo te lo juro sobre el inmenso amor que te tengo, y sabes que no te engaño.

Por el momento no puedo conseguir tu fuga, que es lo que yo buscaría ; pero ella vendrá más tarde.

Lo principal por ahora es obtener una sentencia diversa, y de eso tengo ya la más plena seguridad.

Dolores, que conocía prácticamente la influencia que tenía su amante, se dejaba consolar con estas promesas de tiempos mejores.

El sufrimiento había enflaquecido á Dolores, pero su hermosura era siempre igual.

La cámara de Mendoza, cediendo ante las influencias puestas en juego, condenó á Dolores á una pena mucho más dulce según ella, pero que venía á ser en realidad tan monstruosa y tan brutal como la de la cámara sanjuanina.

Era imposible poder decir cuál de aquellas dos sentencias era menos cobarde.

Dolores era condenada con su hija, á ser trasladada á la frontera y entregada á los cuerpos de guarnición.

Tan bárbaro era aquello, que lo primero que exclamó Dolores, al conocer la sentencia, fué:

—¡Yo quiero que me fusilen! Quiero morir en el acto.

Su amante vino como siempre en su auxilio, consolándola con palabras de salvación.

—Esta condena es salvadora, le decía, y lejos de desesperarte debes estar alegre.

De la cárcel de Mendoza es imposible una evasión, porque no han querido acordármela.

Pero una vez fuera de la cárcel, en camino para la frontera ó en la frontera misma, la cosa cambia de especie y se hace facilísima.

Esta condena atroz no quiere decir otra cosa sino poner en mis manos los medios de salvarte sin menoscabo de las autoridades; ¿entiendes?

Él sabía que aquello no era posible, pero engañaba á Dolores sonsacándola así de su desesperación.

Y era tan bello el engaño, que la pobre lo aceptó con muestras del mayor júbilo.

—Para evitar murmuraciones, le decía, cuando salgas de Mendoza, yo te seguiré á la distancia: es lo convenido; pero una vez alejados de aquí, nos juntaremos, y en vez de seguir á la frontera, seguirémos para Chile, donde terminarán todas tus zozobras.

Tan persuadida estaba Dolores de la verdad de estas palabras, que por primera vez, desde su prisión en San Juan, se consideró feliz.

Así no solo huía de la justicia de aquellos bárbaros, sino que se alejaba de la posibilidad de volverse á hallar con Torres, á quien no podría mirar frente á frente.

Este pensamiento era el que le roía el espíritu, hasta el extremo de hacerle envidiar la muerte desesperante de Juanita.

El momento de la partida llegó por fin: él había pasado la noche al lado de Dolores, dándole datos de la manera como se llevaría á cabo la evasión é indicándole el paraje donde habían de encontrarse, con tanta verdad que ella no tuvo la menor duda que todo había de hacerse como él le decía.

Cuando salió á caballo con su hija, escoltada por el oficial y cuatro soldados que habían de conducirla hasta la frontera, Dolores sonreía mostrando sus hermosos dientes, considerándose feliz.

Aquel, para ella, era el primer paso que daba en el camino de la libertad.

Al otro extremo de la plaza y entre el gentío que llegaba, Dolores vió á su amante, montado en un hermoso caballo, que le hacía señas que solo ella podía entender.

Cualquier última duda que pudiera abrigar, se habría disi-

pado cuando se pusieron en marcha, y lo vió seguirlos decididamente, siempre haciéndole los mismos ademanes de tener paciencia.

El amante estaba sin embargo convencido de que ya todo esfuerzo sería infructuoso y si la seguía era solo para darle aquel último consuelo.

Todo el día Dolores lo estuvo viendo, siguiéndolos á gran distancia como se había convenido.

Cuando cayó la noche y lo dejó de ver, caminaron con mayor fuerza de esperanza, porque al otro día ya no lo veía á la distancia sino á su lado.

Él, una vez que hubo cerrado la noche, lanzó un suspiro, porque la amaba verdaderamente y volvió grupas en dirección á San Juan.

¡Todo quedaba concluído entre ellos!

Aquella primera noche fué de gran pena para Dolores; aunque tenía la seguridad de que al día siguiente su amante estaría á su lado y le proporcionaría tal vez la libertad completa.

El hallarse sola en medio del campo, entre un oficial y soldados, era cosa afligente por sí sola; pero ¿qué más había de hacer?

La situación del oficial no podía ser más picante.

Se encontraba en medio del campo, solo, con una espléndida mujer destinada á un terrible castigo.

Todo era lícito para él, porque siempre sería peor que todo lo que le esperaba en un campamento militar á que iba destinada.

Joven, sin una educación esmerada y sin creer que por esto ofendía en lo más íntimo á la presa, el oficial se le acercó, una vez que acamparon, la invitó á que partiese con él los fiambres que llevaba, y se pusieron á conversar de cosas indiferentes.

Pero poco á poco el joven se fué entusiasmando; poco á poco la belleza de Dolores se le fué imprimiendo, hasta que, sin poderlo evitar, le habló en ese lenguaje apasionado y metódico que inspira toda mujer hermosa en un hombre joven, en situación semejante.

¿Cómo podría defenderse en situación semejante? ¿cómo rechazar á aquel joven sin provocar su cólera y tal vez su violencia?

Lejos de todo amparo y á la merced completa de aquel oficial, Dolores sintió que las fuerzas le faltaban y apeló á su único recurso, á las lágrimas.

—¿Por qué lloras, mi vida? preguntó él, dejándose arrastrar por la pasión.

¿Por qué lloras de esa manera? á mi lado no tienes nada que temer, nada que pueda causarte espanto.

Créeme, yo te amo, y haré por tí todo lo que esté en mi mano; no llores más, mi vida, yo te ampararé ante todo.

Aquel lenguaje conmovía cada vez más á Dolores, haciéndole palpar todo lo horrible de su situación.

Si no hubiera sido por la esperanza que tenía en su amante y las seguridades que éste le había dado, la infeliz habría muerto de espanto.

Con la imaginación exaltada por la misma situación de aquel momento. Dolores alzó la cabeza, y mirando intensamente al joven, le preguntó:

—¿Recuerda usted ese joven que nos ha seguido ayer todo el día y que sólo lo dejamos de ver cuando cerró la noche?

Aunque el oficial no había reparado en aquel detalle, respondió que sí, por ver adónde iba á parar la presa.

Pues bien, ese es mi salvador: mañana estará á mi lado y me salvará, porque tiene tomadas sus medidas par hacerlo así.

El oficial sonrió ante el engaño de la joven y con su ruda franqueza militar le dijo que aquel era un disparate que solo por consolarla podían haberle dicho.

—Yo tengo que conducir á usted hasta la frontera, le dijo, y esto solo podría dejar de suceder con mi muerte, lo que es muy difícil por ahora.

Llevo cuatro soldados de mi absoluta confianza, y ya ve usted que no es cosa fácil llevarme por delante.

Dolores quedó asombrada.

—¡Cómo! preguntó. ¿usted no está en combinación con él para salvarme? ¿no se han puesto de acuerdo?

—Yo no puedo ponerme de acuerdo con nadie para faltar á mi deber, y con lo que sé ahora, si ese hombre se nos acerca mañana, yo le reduzco á prisión y lo llevo á la frontera también.

Dolores comprendió que había cometido el peor de los disparates, que tal vez acababa de hacer imposible su evasión, y empezó entonces á llorar con desesperación suprema.

—¡Pobre de mí, sollozó: me he perdido y lo he perdido á él! ¿qué va á ser de nosotros ahora?

—Su situación es la misma, en nada ha cambiado, yo se lo aseguro: todo lo que le han dicho es por consolarla, y créame, ese hombre no solo no se acercará á nosotros, sino que no volveremos á verle jamás el semblante; yo se lo aseguro.

Yo mismo, aunque quisiera, no podría salvarla, porque en ello iría mi carrera, mi porvenir y tal vez mi vida.

Una vez que yo haya cumplido mi deber, entregándola en la frontera, ya la cosa cambia de aspecto, porque entonces, sin la menor responsabilidad, puedo ayudarla en su fuga de una manera eficaz.

—Pero, ¿qué es lo que piensan hacer conmigo? ¿para qué me mandan á la frontera? hasta ahora nadie me ha dado la explicación de esto.

—La frontera es nada más que el campamento militar: allí usted va como presa, á disposición del jefe, que es quien ha de darle el destino que le parezca.



LA MUERTE DE UN HÉROE

— Nadie tiene el derecho de exigirme que yo sea un miserable.



Para una mujer cualquiera esto es un mal asunto, porque la condenan al servicio de los cuerpos, del hospital, ó á lavar las ropas del campamento.

Para una mujer tan bella como usted, la cosa cambia de especie.

El jefe la toma bajo su protección y si logra tener amores con él, aún puede ser feliz, y como es preciso tenerlos de grado ó por fuerza, puede decirse que está salvada.

Cuando el jefe se cansa, no falta quien lo reemplace y así se va rodando de uno en otro, pero evitando así siempre cualquier contratiempo ó desgracia.

—¿Y esto es lo que á mí me espera? preguntó la pobre mujer torciéndose de dolor.

—No tenga de ello la menor duda: esa vida de escarnio es lo único que puede salvarla de otras cosas peores.

El oficial hablaba así para pintarle la situación de la manera más espantosa y sacar partido de su desesperación.

—Pues si esto es lo que me espera, gimió Dolores, hágame usted el favor de prestarme un revólver, que siento en mí las fuerzas suficientes para darme la muerte.

—¡Dios me libre de tal crimen! exclamó el oficial, sonriendo ante el plan que había improvisado.

Hay algo que pueda salvarla, aunque no es completamente seguro y que es muy fácil de hacer si usted lo quiere.

Ante una nueva esperanza, Dolores secó sus lágrimas y escuchó atentamente.

—Diga usted, ¡hable por Dios, porque me parece que me estoy ahogando!

Los oidos me zumban y no sé lo que me pasa.

—Es esto: al entregarla á usted en el campamento, yo digo que usted es mi novia, que hay un compromiso solemne entre los dos, y que pedimos nos permitan casarnos en el acto, para lo que yo mismo iré á buscar un fraile cualquiera.

Dolores dejó caer los brazos con el mayor desaliento, y murmuró:

—No puedo, soy casada; mi marido vive y no puedo contraer un nuevo matrimonio.

—¿Y eso qué importa? la cuestión es salvarse de otras cosas mil veces peores; el mismo marido no podrá ver en esto sino la única salvación posible.

Pero, ¿y ese marido por qué no está aquí á compartir la desventura?

—Es una historia horrible, respondió Dolores; la historia de la infamia más grande que se ha cometido.

El día empezaba y era preciso marchar.

—Vamos á ensillar y á ponernos en camino, interrumpió el

oficial: en la marcha me contarás esa historia y así lo pasaremos más distraidos.

Pocos minutos después emprendían la marcha nuevamente, y Dolores refería la historia espantosa que hemos narrado.

El mismo oficial estaba asombrado de tanta enormidad, que dejaba atrás todas las escenas de crueldad de que él había sido testigo en su vida.

Tan entretenidos habían andado ambos con la narración de Dolores, que pasó el tiempo de una manera insensible.

La fuerza del sol les hizo notar que la hora de la siesta estaba encima.

Era preciso campar en el primer monte del tránsito, para evitar la postración de ginetes y caballos, y tomar algún alimento.

Recién Dolores se apercibió con una amargura profunda, de que su amante no se había dejado ver, siendo exactas todas las sospechas del oficial.

—¡Pero es claro! decía éste, viendo que todo esfuerzo era inútil: el diablo habrá encontrado más prudente desandar en la noche el camino que hizo durante el día, y á esta hora estará ya descansado en Mendoza.

Su capricho ya había sido satisfecho, de todos modos, y nada lo impulsaba á darse una mortificación inútil.

—¡Pero eso sería una infamia, una cobardia!

—¿Y qué va á hacer el pobrete, de todos modos? olvídalo y no vuelvas á acordarte de él en tu vida.

Créeme, hermosa, tu única salvación es mi amor, mi amor que ya ves que te lo podía imponer si quisiera, pero yo lo quiero franco y espontáneo.

Aquel lenguaje que otra vez había sublevado el espíritu de Dolores al máximum de la indignación, era escuchado por Dolores con la mayor naturalidad.

Las cosas que le habían pasado, hasta el olvido de todo en brazos de un amante, habían ido matando poco á poco la delicadeza y la vergüenza.

Idiotizada por la situación que la esperaba y por el abandono de su amante, escuchaba todo aquello como una máquina y con una naturalidad estupenda.

No se le ocurría argumentar otra cosa que la vida de su marido, que hacía imposible todo otro enlace.

—¿Qué nos importa todo eso? decía el jóven: nadie tiene que saber si tu marido vive ó muere.

Lo único que importa es salvarte, salvar á tu hija que lo demás no vale la pena.

Tu marido, como el de tu hermana, habrán muerto ya; de otra manera ya sabrías donde se encuentran.

Seamos marido y mujer y dame un poco de ese amor que se te vuelca de los ojos y que emana de todo tu sér.

Y se aproximó más á Dolores, estrechándola entre sus brazos.

La impresión de aquel abrazo y el beso que lo siguió sublevaron el último resto de pudor que quedaba á la joven, y rechazó con violencia extrema al oficial.

—¡Antes la muerte! dijo: ¡mil veces la muerte!

—No tendrás la muerte, imbécil, sino la suprema degradación: ¿no me quieres dar un amor que te arrebatará el último soldado?

Ya vendrás á mí á suplicarme para poner en juego un medio de salvación, pero ya será tarde, porque yo no me puedo casar contigo, sino en ciertas condiciones y desconocidas de todos.

En seguida nos meteremos por ahí, sin que nadie sepa nuestra existencia; pasaremos al mismo Chile, si lo quieres, y yo á fuerza de cariños y halagos te haré olvidar todo el horror de tu vida.

Dolores volvió á rechazar al joven que se le aproximaba.

—Estoy dispuesto á todo lo que Dios disponga, dijo ya media loca; de todos modos no creo que me quede mucha vida y así habré concluído de penar.

—Pues, sigamos, repuso el oficial: no quiero hacer la menor violencia: ¡ya te convencerás de toda la razón que me asiste!

El camino volvió á emprenderse de nuevo en medio del mayor silencio.

Ella iba dominada por la desesperación que había causado en su ánimo el abandono de su amante y el porvenir que le había diseñado el oficial.

Y pensaba que el joven le había engañado para arrancarle por el terror el logro de su empeño.

¿Cómo iba á creer ella en semejantes monstruosidades?

A pesar de todo lo que había sucedido ya, pensaba que aquel jefe de frontera sería por lo menos un hombre de honor que tal vez la amparara en su extrema desventura.

Si la hermosura de su semblante era la causa de todo lo que había sufrido y aun le quedaba por sufrir, Dolores adoptó la resolución de desfigurarlo, aunque fuera llenándolo de tajos, si no hallaba otro medio menos doloroso.

El oficial la observaba sin decir una palabra, dejando que las ya dichas, hicieran todo su efecto en el espíritu de la joven.

Y pasó todo aquel día sin que cambiaran una palabra.

A la noche, y cuando acamparon, se reanudó la conversación.

—Mañana, le dijo, llegaremos al campamento: es preciso que te resuelvas, porque una vez que te entregue al comandante, ya nada tendré que ver contigo.

—Estoy resuelta á correr la suerte que Dios me depare: le ruego que no hablemos más de esto, y si algún favor tengo que pedirle, por lo que más ame en el mundo, es que si alguna consideración le merezco, me haga pegar un tiro.

Felizmente para Dolores había dado con un joven oficial, brusco y de una franqueza ruda; pero hombre y bueno.

Solo en medio del campo podía haber abusado del poder que le daba su situación, pero la resignación de aquella pobre mujer lo había conmovido profundamente.

—Como usted quiera, le dijo: no volveré á molestarla más con mis palabras que veo no le son nada agradables.

Si en algo me necesita, llámeme no más, que pudiendo, seré feliz en aliviar su pena.

Aquellas palabras hicieron en Dolores la impresión de un bálsamo: se sintió más consolada y estrechando la mano del joven, se la besó agradecida.

Entre aquellos dos jóvenes acababa de establecerse una amistad noble y desinteresada.

Aquella noche durmió Dolores, vencida por el sueño, y la fatiga física y moral del viaje y de sus horribles impresiones.

Y al día siguiente siguieron la marcha hácia el campamento que quedaba solo una jornada.

Allí esperaba á Dolores una impresión más tremenda que todas las que había pasado y todas las que le había hecho presentir el oficial; impresión mucho más terrible, cuanto que era lo que menos se esperaba.

Al medio día, bajo los rayos del sol más quemante, llegaron al campamento, silencioso, porque todos estaban entregados al reposo de la siesta.

El oficial condujo sus presos á la mayoría, entregando sus notas de remisión, para que las hicieran llegar hasta el jefe.

En ellas se copiaba la sentencia recaída en la causa de Dolores y se la remitía para que le diera el más riguroso cumplimiento.

El jefe de la frontera, trasladado á la mayoría, recibió la presa, quedando como todos los que la veían, sumamente agradado con su hermosura, á pesar de que ésta se había marchitado ya mucho por la demacración que causaran los sufrimientos.

Y se la ordenó permaneciese en la mayoría hasta que se le indicara el destino que había de dársele.

Dolores lloraba, lloraba siempre, abrazada de su hija, pues veía llegar el momento más solemne de su vida.

Ahora se arrepentía de no haber escuchado los consejos del oficial.

De pronto entró á la mayoría el cabo de servicio y dijo algunas palabras al oficial de guardia.

Ya en el campamento se sabía que había llegado destinada una mujer bonita, preparándose todos á curiosearla.

De pronto Dolores alzó la cabeza como movida por un resorte, y fijó su vista en el cabo, que la miraba intensamente.

Y saltó sobre él, lo estrechó entre sus brazos y llorando de una manera terrible, empezó á cubrirlo de besos.

Acababa de reconocer en él á su marido, á Torres, de quien no había tenido la menor noticia desde el día que lo arrancaron de su lado.

El cabo, por su parte, como una estátua y sin acertar á decir una palabra, dejaba llorar á la pobre mujer, como idiotizado.

Aquel era Torres, efectivamente; Torres, que ascendido á cabo prestaba sus servicios en aquella frontera protegido por el jefe, á quien había referido su desesperante historia.

Torres, cuando entró á la mayoría y miró á Dolores, no pudo reconocerla en el momento, aunque su corazón quedó parado un segundo como cuando se recibe un golpe sobre el pecho.

Recién cuando ella lo abrazó, cuando sintió sus gemidos y su llanto desconsolador, reconoció á su esposa y á su hijita que lo miraban como aturdidas.

¿Qué causa podía haber originado el viaje de su mujer á la frontera de Mendoza? ¿El deseo de verlo? ¿Alguna desgracia sucedía en la familia?

¿Pero no decían que aquella era una mujer que había ido presa y destinada á los cuerpos de guarnición allí?

Torres estaba bajo un terrible estupor: mil pensamientos diversos acudían á su imaginación, á cual más tremendo, á cual más violento.

Todos los presentes miraban conmovidos aquella escena tremenda, porque todos estaban en el terrible secreto de su vida.

¡Cuántas veces alrededor del fogón, les había narrado la historia de su desgracia, ponderando la belleza de su amante esposa!

Nadie se atrevió á interrumpirlos, dejando que la pobre mujer, en sus lágrimas, desahogase su dolor que debía atormentarla.

No eran muy piadosos los militares, y pronto el jefe les dijo que era necesario separarse, pues aquella mujer venía como destinada y tenía él que darle su colocación.

—¡Es mi mujer! exclamó Torres haciendo girar el ojo sobre la órbita con expresión de locura.

—Yo no sé si es tu mujer, ni dudo tampoco que lo sea: yo tengo que cumplir con ella las órdenes que recibo, y nada más: después podrán hablarse todo lo que quieran, ahora retírate á tu servicio.

Torres se retiró, porque bien sabía que resistiéndose agravaría la situación, y rogó á su mujer se resignara un momento, que después que lo relevaran podrían hablar cuanto quisieran.

—Pero, señor, sollozaba Dolores, él es mi marido: ¡déjeme á su lado que en ello no se hace mal á ninguno! ¡déjeme por lo menos contarle por qué estoy aquí!

—Después, hija, después, respondía el jefe, tratando de endulzar la brusquedad de su acento para que Dolores cediese á la palabra y no fuera necesario emplear la violencia.

Dolores fué remitida al hospital, diciéndole que allí prestara sus servicios en el lavado de las ropas.

—Y no te muevas de allí, agregó, porque entonces me obligarías á ser más severo.

—¿Y mi marido, señor? ¿y mi marido? gimió Dolores.

—Aquí no tienes marido, y es preciso que te vayas acostumbrando así, porque sino agravarás tu situación y la de tu marido, que no te pertenece, porque pertenece á su regimiento y á sus deberes.

En el acto se agolpó á la imaginación de Dolores cuanto le había dicho el oficial en el camino, y lloró, lloró siempre, porque comprendió que Torres sería la víctima de todos los planes que sobre ella hubieran hecho.

Y se retiró siguiendo al soldado que la condujo al hospital, bajo la mirada curiosa de cuantos la veían pasar.

Torres entretanto, estaba entregado á pensamientos terribles: con lo que había visto hacer durante el tiempo que servía, tenía lo bastante para comprender lo que tramaban contra su mujer.

Pero tenía también la suficiente fuerza de dominarse, puesto que si se dejaba arrastrar de sus impulsos, no lograría sino hacerse poner en cuatro estacas ó pegar cuatro tiros bajo cualquier pretexto.

Torres no se equivocaba, pues en aquel mismo momento el jefe de la frontera pensaba el medio de sacarlo del campamento bajo cualquier pretexto.

Y tan era así, que al día siguiente cuando le fueron á relevar, le avisaron que se preparase porque estaba nombrado en una comisión que había de marchar al otro día, en persecución de unos indios.

—Torres pidió permiso para hablar con el jefe de la frontera y á éste para hablar con su mujer, porque teniendo que marchar en comisión, quién sabe cuándo volvería.

Desde que al otro día iba á marchar no se le puso inconveniente, dándole el permiso para que hablara con Dolores; pero allí en el hospital donde ella estaba, y á la vista de todos.

Los dos esposos, embargados por el placer de verse y hablarse, se retiraron á un rincón, donde Dolores enjugando sus lágrimas, empezó á llenarlo de caricias.

—¿Pero cómo estás aquí? preguntaba él afligido por explicarse aquel misterio: ¿cómo puedes haber venido destinada sin haber cometido algún delito horrible?

—El delito de parecerles hermosa y nada más; ¿qué delito cometiste tú mismo para que te mandaran á los cuerpos de línea?

—Cuenta, cuéntame todo lo que les ha sucedido sin ocultarme nada, absolutamente nada.

Ya estoy habituado á sufrir, y créeme que peor, mil veces peor será lo que yo me imagine que la realidad misma.

No omitas nada, Dolores, por terrible que sea: poco tiempo de estar á tu lado tengo, porque mañana salgo en comisión y es preciso aprovecharlo.

Dolores empezó por referirle todo lo que le había dicho el oficial que la condujo allí, que no era otra cosa que lo que él mismo se imaginaba.

Y Torres, entregado sin la menor defensa á lo que quisieran hacer con ellos, se estremeció poderosamente y tomando entre sus piernas á su hija que lo llenaba de caricias, volvió á pedir á Dolores le contara todo lo que les había pasado desde que ellos salieron de San Juan.

Y Dolores, pensando que peor sería ocultar la verdad, porque tarde ó temprano vendría á saberlo en su exagerada realdad, empezó á referir con todos sus horribles detalles la tremenda historia que hemos referido.

Torres escuchaba todas sus miserias y todas sus persecuciones con enorme resignación.

De vez en cuando sonreía y levantaba su mirada para bañar con su expresión más cariñosa el bello semblante de Dolores.

Y escuchó hasta el fin, hasta la muerte de Juanita, sin desplegar sus lábios.

—¿Pero tú, cómo escapaste á la condena? preguntó: ¿te conmutaron la pena? ¡La verdad, Dolores, la verdad, por brutal, por bárbara que sea!

Dolores le miró, gimió estremecida y contó como se había salvado huyendo á Mendoza en compañía de su amante.

—¡Perdón, decía, no me atrevía á dejar en la orfandad á nuestra pobre hija! ¿qué habría sido de ella sola en el mundo? Fuí débil, lo reconozco: yo debí haber muerto con Juanita, pero es tan imperioso el deseo de vivir cuando se tiene un hijo que va á quedar en el mayor desamparo.

¿Quién es el que puede ser indiferente ante consideración de esa magnitud?

Ninguno, y el que lo diga es porque no tiene hijos, ni ha sentido pesar en su cabeza una sentencia de muerte.

Torres estaba conmovido de una manera poderosa; había agobiado la cabeza y de sus ojos caían lágrimas que arrancaba la desesperación y la vergüenza.

Aquella mujer se había salvado para la hija, pero había muerto para el marido.

Éste no podía hacerle ya una caricia sin experimentar un sentimiento de vergüenza íntima, que ahogaría la frase de amor sobre sus labios.

Aquellas frases arrobadoras con que Dolores lo había acariciado otras veces, habían sido dichas á otro hombre, á otro hombre que la había estrechado en sus brazos, que había descansado sus labios sobre aquella boca de ángel.

Y ahora mismo, ¿tenía mujer acaso? ¿No lo mandaban en comisión para alejarlo de su mujer? ¿No lo echaban del campamento para que no fuese un obstáculo á planes miserables?

Torres midió el horror que le esperaba: ya le parecía que lo señalaban con el dedo y riendo los que estaban al cabo de su vergüenza: le pareció que su misma mujer lo miraría en adelante con un sentimiento de desprecio y halló que la vida era para él una carga demasiado pesada.

—¿Nada me dices? preguntó Dolores: ¿me desprecias, tienes vergüenza de mí?

¡Ah! ¿por qué no tuve el valor de Juanita? Ahora descansaría en paz, aunque mi hija anduviese vagando de puerta en puerta para pedir un pedazo de pan.

—Yo no te recrimino, Dolores, dijo Torres con verdadera grandeza de alma: yo no te recrimino.

Guardo silencio porque es natural: estoy impresionado fuertemente con la narración que me has hecho, porque ella es horrible; pero esto pasará, créemelo; pasará, y gracias á Dios, todavía seremos felices.

Torres había tomado una resolución tremenda y no quería amargar más la vida de aquella criatura desventurada.

Los compañeros miraban á Torres, queriendo escuchar sus palabras; pero éste hablaba en voz tan baja, que era imposible entender lo que decía.

—Yo tendré que ir adonde me mandan, agregó, porque peor sería que me pusieran en cuatro estacas y me mataran en ellas.

Amargos momentos te esperan durante mi ausencia; pero es preciso que te resignes y resuelvas luchar con esta gente infame.

Todo tiene su término en la vida, y los sufrimientos acaban al fin, cómo acaba la felicidad, como acaba todo, ¡como acaba la vida misma!

No hay más que tener fé en Dios y pedirle fuerza para luchar.

—Lucharé, lucharé por nuestra hija, en la esperanza de que pronto nos reuniremos para no separarnos más.

Cosa tremenda es ésta, pero ¡qué le hemos de hacer! Estoy tan habituada al martirio, que todo me parece sobrellevable.

—Bueno, hija mía, yo me voy; me voy sin poder hacerte una caricia porque nos están devorando con los ojos, pero espero en Dios que pronto nos hemos de ver.

—¿Y qué me importa á mí que me vean, contestó Dolores, si en ello no cometo delito, si tú eres mi marido?

Y alzándose en un movimiento rápido y enérgico abrazó á Torres y lo besó febril y apasionadamente.

Torres se estremeció, hizo un esfuerzo tremendo y se arrancó de los brazos de Dolores.

Besó en seguida á su hija, bañando con sus lágrimas el

semblante infantil y bello de la niña, y se dirigió á su cuadra, bajo las bromas de sus compañeros, que le decían al pasar:

—¡ Vaya, y quién te dice nada, ahora que sos hombre casado ! ¿quién te hubiera profetizado semejante bolada, eh?

La comisión de que debía formar parte Torres, estaba pronta para marchar.

Son tan pocos los aprestos que tiene que hacer un soldado, aprestos que se reducen simplemente á ensillar el caballo, que no necesitan sino el tiempo necesario para la operación.

Al día siguiente, á la diana, debían ponerse en marcha.

Durante aquel día, no se le dijo á él nada, ni se molestó para nada á Dolores, esperando sin duda que él dejara el campo completamente libre.

Después del toque de silencio se dió al oficial que debía mandar la comisión las últimas instrucciones, y el campamento quedó envuelto en medio de la mayor tranquilidad.

Torres dormía en la cuadra de su escuadrón, junto con los demás compañeros, como se duerme en todos nuestros campamentos, sin más abrigo que el poncho militar, ni más colchones que las caronas de su recado.

Se envolvió en su poncho, con las armas en la mano, y se tendió sobre las caronas con su habitual placidez.

Poco tiempo después dormía ó parecía dormir tranquilamente.

—¡ Pobre Torres ! murmuraban sus compañeros: si él supiera lo que le espera, no dormiría con esa tranquilidad !

No sabe él la hipoteca que le ha caído con su mujer en el campamento, porque ahora va á vivir en eterna comisión: un milico no puede tener más mujer que su compañía: lo demás es para hacerse moler los huesos á garrotazos.

Reposaban los milicos en el mayor silencio, cuando se sintió en la cuadra un disparo de carabina, y todos estuvieron de pie, movidos por el estruendo.

Allí se había disparado el arma, fuera de toda duda, porque aun estaba allí la nube de humo por el disparo producida.

¿Se trataba de algún crimen? ¿habrían disputado los soldados, siendo aquel tiro consecuencia de la disputa?

El cabo de servicio entró rápidamente, é igualmente interesados todos en aclarar lo que había pasado, indagaron con mirada ansiosa por todas partes: no tardaron mucho en hallar la causa que buscaban.

Al lado de las caronas donde dormía Torres, había un charco de sangre, y éste se estremecía en el último estertor de la muerte.

Lo que había pasado era bien fácil saberlo, con solo mirar el cuerpo del desgraciado cabo.

Éste tenía aún con ambas manos el cañón de la carabina, apoyado bajo la barba.

En el pie derecho tenía atada una soguita, cuyo extremo estaba ligado al gatillo de la carabina, de manera de poder hacer fuego con solo bajar el pie.

Torres, fingiendo que dormía, mientras que sus compañeros dormían efectivamente, se había hecho volar los sesos, no animándose á sobrellevar la vida de vergüenza que lo esperaba.

Ya había calculado sin duda todas las afrentas, todos los vejámenes que tendría que sufrir y había preferido la muerte para huir á una vida miserable.

No hubo un solo soldado que no sintiera la muerte de aquel camarada, porque Torres, siempre bueno y noble, se había conquistado el cariño de todos.

Aunque él no dejó una sola línea explicando la causa de su muerte, no hubo uno solo que no la comprendiese, desde que sabían que la hermosa presa llegada el día anterior, era la mujer de Torres.

Como todo el campamento se había puesto en alarma por aquella detonación y todos trataban de inquirir su origen, la notícia del suicidio de Torres circuló en un momento por todas partes.

Y los soldados, para quienes no existen ciertos secretos ni delicadezas, dieron á Dolores la noticia con la rudeza que les es característica.

—La madama es viuda desde este momento, le dijo un chusco: puede ya dar de alta á quien mejor le parezca.

Aquella noticia fué como un rayo para la desventurada Dolores.

Los oídos le zumbaron: se le nublaron los ojos y estuvo un largo rato sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Ella, que creía haber recorrido la escala de los sufrimientos soportables, se encontraba con un nuevo golpe tan desesperante como brusco y que dificultaba más todavía su miserable situación.

—Qué tenía ya que esperar del mundo? Sólo una desventura: la muerte de su hija.

Sin darse cuenta de lo que hacía, ni importársele nada si se exponía ó no á un castigo, sin que los soldados pudieran evitarlo, salió del hospital, llevando su hija de la mano, y entró á la cuadra donde estaba el cadáver de Torres.

Allí se arrodilló y empezó á hacerle tales caricias y á decirle tales frases de cariño, que los soldados más crueles é indiferentes se sintieron conmovidos á pesar del hábito que tenían de presenciar escenas tan tristes como ésta.

El jefe de la frontera, impuesto de lo que sucedía y conmovido también por la desgracia acaecida, porque en su conciencia se sentía culpable, permitió que Dolores permaneciera al lado de su marido, hasta el día siguiente, que sería enterrado.

Torres fué velado en la cuadra, el resto de aquella noche, y sepultado al día siguiente en medio del campo, sin más señal sobre su tumba que una cruz de ramas con que le adornó la mano piadosa de Dolores, para señalar siquiera el sitio donde podría venir á llorar todos los días.

Ahora el campamento ofrecía para ella un nuevo y fúnebre encanto: allí estaba la tumba del noble Torres, única cosa que le quedaba en el mundo.

Aquella pobre y desventurada mujer, permaneció allí muchos años.

Cuando cumplió su condena, manifestó que no quería moverse de allí y todas las guarniciones que se fueron sucediendo en aquella frontera, la fueron hallando en el ranchito de cueros que se había hecho ella misma, para vivir así cerca de Torres.

Su vida miserable es inútil referirla, porque ella fué la de toda mujer del campamento militar.

No hubo tortura moral á la que no fuera sometida, ni régimen por el que no pasara.

Últimamente era una especie de autómata que por nada se conmovía y era indiferente á todo lo que pasaba á su lado.

Insensible á los halagos de su misma hija, que arrastraba una vida tan miserable como la suya misma, solo tenía tino para ir á visitar al marido, arrodillarse sobre su tumba y pasar largas horas ensimismada en su dolor, hasta que muchas veces le hacía salir de allí el golpe de algún soldado; golpe que recibía con glacial indiferencia y como si hubiera sido dado en ajeno cuerpo.

Demacrada horriblemente por el sufrimiento y el hambre, Dolores parecía el cadáver de una vieja decrépita ya, lo mismo que su hija, envejecida por el género de vida que tuvo que llevar, en medio del vigor de su juventud.

Las guarniciones que se iban sucediendo y que ni conocían ni trataban de averiguar su triste historia, no tenían con ella la menor consideración, dándole un trato más miserable que el de los mismos perros del campamento.

Ellas lavaban la ropa de la oficialidad, y hacían las velas que se consumían en el campamento, á cambio de la ración que les correspondía como familia de tal ó cual oficial la hija, y de tal ó cual soldado la madre.

Una mañana de invierno, Dolores fué hallada muerta como un pajarito sobre la tumba de Torres.

El frío había sido tan excesivo la noche anterior, que había sido necesario relevar los centinelas de cuarto en cuarto de hora para que no se helasen.

Y la pobre Dolores, sorprendida por la helada, en la tumba de sus amores, cuando quiso retirarse sin duda no tuvo fuerzas y quedó allí aterida de frío y tal vez de hambre.

Su hija, que nada tenía ya allí é indiferente á todo como la madre, siguió á uno de los tantos regimientos que guarnecieron aquella frontera sin que se supiera después lo que había sido de ella. La mujer que en esas condiciones cae al ejército, es como un vaso de agua arrojado á una tina: desaparece por completo á la mirada de los que la conocieron y la trataron.

Este fué el fin tremendo de la familia de Torres, formada con tanto desvelo y tanto cariño.

En cuanto á Gomez, nadie ha sabido nunca lo que fué de él.

Destinado á los cuerpos de línea y separado de Torres, marchó sobre el Chacho en el regimiento de Iseas y desapareció allí, muerto en algún combate, ó por orden del mismo Iseas, ¡quién sabe!

Entonces, como eran tantos los destinados que se mandaban con frecuencia á los cuerpos de línea, éstos no revistaban en las listas de las mayorías, porque no había cómo ni quién hiciese esas listas.

Los soldados revistaban por su nombre en la memoria del sargento ó del oficial de la compañía, de donde se borraban fácilmente una vez que por una ú otra causa habían desaparecido de las filas.

Los que llegaron á averiguar su fin tuvieron que contentarse con este solo dato: ha servido en el regimento 4 de caballería.

Adonde pasó después, no hubo quien lo supiera decir.

¿Había muerto? ¿Lo había asesinado Iseas? Misterio fué éste que nadie pudo aclarar con seguridad.

CÁRLOS MAYER.

En aquellos buenos tiempos en que el 6 de línea tenía la mejor oficialidad del ejército, revistaba, entre sus filas gloriosas, el capitán Cárlos Mayer, hermano del general Edelmiro.

El capitán Mayer se había educado allí bajo la rigurosa disciplina impresa al batallón por el general Arredondo, y conservada después en toda su fuerza por Luís María Campos y José Inocencio Arias.

Bravo como todos los Mayer, educado con el esmero en ellos característico y de una severidad ejemplar en el cumplimiento de

sus deberes, era Mayer tal vez el oficial en quien más confianza tenían sus jefes, por sus bellas aptitudes militares y una actividad positivamente incansable.

Su educación delicada y la dulzura natural de su carácter habían abierto brecha en la sociedad de Mendoza y San Juan.

Alegre y jovial, lleno de ocurrencias exquisitas y graciosas, era capaz de convertir en la más alegre y agradable, la reunión más triste.

Sus compañeros como sus soldados lo querían y lo respetaban, porque no había jamás en su labios una palabra dura para nadie, ni una expresión que no fuera comedida y cordial.

Mayer no tenía más defecto militar que ser sumamente temerario.

Para él no había peligro que no fuera perfectamente afrontable, mas, con soldados como los del 6 de línea.

—No seas temerario, le decían sus compañeros: mira que ésta es la manera de sacrificarse estérilmente y sin brillo ninguno.

Pero él sonreía bondadosamente, diciendo que no era temerario.

—Estoy convencido de que en el 6 de línea no hay derrota posible, y á estos montoneros infelices no merecen que se les dispare un tiro: si yo fuera el jefe suprimiría los fusiles y los sables y armaba á los cuerpos con garrotes y rebenques.

No hay nobleza en combatir con todas nuestras ventajas, contra un enemigo desarmado, hambriento y sin conocimientos militares.

La victoria, en estas condiciones, no es una victoria que honra á quien la consigue, porque se puede decir que combatimos sin peligro ni accidentes contra infelices que no hacen otra cosa que huir ó pelear con armas que no se pueden llamar tales.

Es que al último los montoneros estaban ya cansados y acobardados por las persecuciones sin trégua que les hacía Arredondo, que se había hecho más montonero que ellos mismos, adivinándoles sus movimientos y hasta los puntos donde se dirigían á campar en busca de algún reposo.

Ya luchaban sin ganas y sin bríos, porque el mismo Peñaloza empezaba á acobardarse de aquella lucha sin descanso y sin esperanza de triunfo.

Es que Arredondo no les dejaba un momento de reposo, con su mismo sistema de guerras.

Amparando los prisioneros que se le tomaban, tratándolos bien y dejándolos muchas veces en completa libertad de hacer lo que quisieran, se había hecho de un prestigio que crecía diariamente, traduciéndose en un verdadero cariño.

De esta manera Arredondo había logrado formar un magnífico cuerpo de rastreadores que lo ponían sobre la pista que bus-

caba y le daban todo género de datos sobre las aguadas y puntos de reposo.

Así, ya no tenía que mortificarse tanto para dar con el Chacho, y éste se encontraba perseguido sin trégua, por más que quisiera dificultar toda persecución.

Cada vez más falto de armas y de recursos, porque los perdía poco á poco en los encuentros, Chacho se veía debilitar cada vez más, y el desaliento empezaba á minar su espíritu.

Ya hacía la guerra sin esperanza de un triunfo final, y sólo por hacerla, con una bravura incontrastable, pero cada vez con mayor desaliento.

Es que ya Peñaloza estaba viejo; los años pesaban sobre él con la fuerza de sus campañas que habían azotado su naturaleza prodigiosa con las fatigas y las penurias de todo género.

Sólo lo alentaba ya la esperanza de conseguir un tratado de paz ventajoso para La Rioja, y como para esto era necesario luchar y sostenerse, él luchaba á pesar de todas sus miserias y contratiempos.

Una de las cosas que más lo afligían era la defección de sus amigos, que abandonaban su causa para plegarse á la de Arredondo. Así, cuando veía que aquel jefe tenía consigo algunos de los rastreadores que más lo habían ayudado, y que ahora servían contra él, se dejaba dominar por una pena profunda y no podía contener las lágrimas.

—Hay hombres, decía, de quienes yo recibiría con más gusto una docena de puñaladas que una traición, porque estuve habituado á mirarlos como á hijos y no creí que jamás me perdieran ni el cariño ni el respeto que me deben.

Su jefe de estado mayor más constante y activo era la Victor; la Victor, que no desmayaba un minuto y que á medida que aumentaban las fatigas y las miserias parecía que aumentase su valor y su constancia.

Ella también estaba vieja y destruída: los años muchas veces podían más que la voluntad y tenía que ceder á su peso y á las fatigas de la vejez.

—No importa, decía: todavía hay fuerzas para luchar, mientras luche el viejo, y hemos de luchar con iguales bríos y con igual denuedo.

Acobardados por la inferioridad numérica y la inferioridad de las armas, ya los chachistas no hacían más que huir y dispersarse en cuanto sentían la proximidad de Arredondo.

Sólo peleaban cuando los acosaban mucho y veían alguna probabilidad de triunfo, pero resistían muy luego dispersándose en el acto que notaban alguna ventaja adquirida por el enemigo en el combate.

Chacha estaba indignada con los que, habiendo pertenecido á su causa, servían ahora con Arredondo.

—Yo no he sido mala nunca, decía, pero si alguna vez de mi vida hiciera una herejía, la haría con aquellas personas que nos venden, enseñando al enemigo los parajes donde nos han de hallar, y rastreando nuestro paso para enseñárselo.

Para esos no debe haber perdón, y quiera Dios que ninguno de ellos caiga prisionero en mis manos, porque sabe Dios lo que yo voy á hacer, aunque Chacho se me enoje y tengamos el primer desagrado de nuestra vida.

Arredondo solía fraccionar sus tropas, como hacía el mismo Chacho, cuando sabía que alguna fuerza montonera andaba por tal ó cual paraje buscando la incorporación del ejército.

Y como siempre caía sobre ellos de sorpresa, el resultado era bueno la mayor parte de las veces.

Los chachistas, sabiendo que Arredondo los trataba bien, y que no corrían ya el riesgo de ser azotados y lanceados, no hacían ya tanta resistencia á entregarse, y cuando veían que no tenían escapatoria en el combate ni en la fuga, se presentaban prisioneros ellos mismos, poniéndose al servicio de Arredondo.

Y era esto lo que indignaba á la Chacha hasta el punto de sentirse con fuerzas para hacer una enormidad.

Cuando hablaban de esto, Chacho rebatía las ideas de su mujer, con una mansedumbre infinita.

—Deja, hija, que cada cual haga su voluntad, le decía; ¿cómo vas á hacerme querer á la fuerza?

Los pobres muchachos están cansados de tanto pelear y buscan su alivio.

—Pero que no los pesque sirviendo al enemigo en tu contra: ¡al primero que yo tome en estas condiciones, lo he de hacer lancear!

—No, hija mía, no manches nuestras armas con un asesinato: cada hombre es dueño de su voluntad y libre de hacer lo que quiera.

¿Pretendes que me quieran á la fuerza, cuando ven que ya todo sacrificio es estéril y que andamos en la mala?

El día que yo supiera que se había dado muerte á un solo soldado por esta causa, yo te aseguro que sería entonces el primero en retirarme del ejército y dejar al enemigo hacer lo que le diera la gana.

El desaliento los había ido minando, y sabiendo los montoneros que, cayendo en manos de Chacho no habían de hacerles nada, se andaban de uno en otro ejército sin temor de ningún género.

En aquellas expediciones que Arredondo confiaba á sus oficiales ó jefes subalternos, éstos, obrando por cuenta propia, no se mostraban tan mansos como su jefe, haciendo todos los destrozos que podían.

Pero había siempre aquel respeto hidalgo por el vencido, tan peculiar á nuestro soldados, compasivos por lo general contra el que no puede defenderse y causarles mal.

En aquellas pequeñas excursiones, Cárlos Mayer se había distinguido siempre por su tino y el resultado que lograba obtener siempre sin grandes fatigas de combate.

Compasivo hasta la exageración con aquel enemigo desarmado y débil, jamás lo acometía sino en número muy inferior, y sin permitir á sus soldados que mataran sino en el caso de una resistencia tenaz y para evitar un contratiempo.

Tenía la idea de que. sólo á la presencia de las tropas de línea el enemigo había de huir, por lo que siempre se preparaba, no ya para el combate, sino para la persecución.

Parecíale una cobardía sin nombre eso de hacer fuego sobre masas que consideraba inermes y fáciles de deshacer, sin emplear las armas de fuego.

Sus compañeros le criticaban amargamente aquel modo de proceder, porque decían que iba á ser causa de un descalabro.

—Es preciso que no seas terco y temerario, le decían: los montoneros son más enemigos de lo que tú piensas y el día que te tomen mal, te va á suceder un gran chasco.

No te hagas ilusiones que puedan costarte caras: con esos garrotes y esas rudas lanzas que tú les ves, han de darte un chasque el día que menos pienses.

Mayer sonreía compasivamente de aquellos temores, asegurando que con cien hombres se animaba á correr á dos mil montoneros.

Y cuando le ponían como ejemplo los combates récios que brava y heróicamente había sostenido el Chacho, respondía mansamente:

—Eso era en tiempos en que estos infelices tenían más bríos.

Ahora están acobardados porque se ven perdidos: le han tomado el pulso á la tropa de línea, y saben ya que con ella no pueden luchar en manera alguna.

Basta presentarnos para que aquellos infelices no sepan dónde meterse.

Es que realmente un espíritu bravo y caballeresco no encontraba halago ni satisfacción alguna en combatir con aquella ventaja enorme.

Sucedió al fin y al cabo lo que tanto temían los compañeros de Mayer y lo que éste no había querido creer jamás.

Porque en su ciega confianza atribuyó á la guardia nacional el mismo poder que á la tropa veterana, y este fué el error que vino á pagar con la vida, con aquella vida preciosa destinada á brillar en el campo de los héroes.

En el departamento de Arauco andaba una tropa del Chacho,

que había puesto en conflicto más de una vez á las tropas que intentaban batirla y deshacerla.

El tremendo Linares, aquella especie de segundo Iseas de quien ya nos hemos ocupado, había chocado con aquella fuerza, teniendo que retirarse después de un récio combate en el que había llevado la peor parte.

Aquella fuerza estaba compuesta de dos regimientos de caballería de la mejor y más aguerrida que tenía Peñaloza, y que llevaban en ancas los únicos veinticinco infantes con que contaba Chacho.

Fuerza ensoberbecida con su valor, aceptaba cualquier combate con la seguridad del mayor éxito, siempre que este combate no fuera presentado por fuerzas muy superiores.

Esta fuerza había sorprendido un pequeño convoy perteneciente á la división que comandaba Linares, y lo había tomado llevándose hasta los carros.

Linares marchó en persecución del enemigo.

Llevaba quinientos guardias nacionales reclutados codo con codo y mantenidos en el servicio por el rigor bárbaro de su jefe.

Con esta fuerza pensó recuperar el convoy perdido, más las orejas de los que lo habían tomado, y se lanzó á una empresa que creyó segura.

Ya hemos demostrado lo cruel y perverso que era Linares.

Ante la sola idea de tomar un centenar de prisioneros para ahorcarlos en los algarrobos, olvidó que sólo llevaba guardias nacionales y que podía ser vencedor como vencido.

Cuando el oficial que mandó de vanguardia á reconocer el enemigo le previno que éste era numeroso y que á pesar de haberlo sentido no se había movido para que fuera á llevar á los suyos la noticia que les esperaba.

Y como Linares pensaba que al solo sonido de su nombre se pondrían en fuga, se preparó para la persecución y empezó á marchar lentamente para dar tiempo al prisionero que llegase.

Pero la noticia que llevaba el pobre joven, produjo un efecto bien diverso al que Linares se esperaba.

Al saber que era Linares quien atacaba y lo que acababa de macer con aquel prisionero, el que mandaba los montoneros soltó un terno horrible y se preparé al combate.

—¡Es preciso hacer todo género de esfuerzos para tomar á ese hombre!—dijo á sus jefes y oficiales reunidos.

Es preciso tomarlo á toda costa, cueste lo que cueste, para librar al ejército y á los pueblos de semejante fiera.

¡Ah, si Linares cae en mis manos, qué fiesta la que vamos á hacer! Por lo pronto esta oreja que acaba de cortar, le costará las narices.

Y en vez de huir como Linares lo esperaba, se preparó al combate, firme y resuelto.

Grande fué la sorpresa de éste, al ver que, á pesar de conocer su nombre, se preparaban á batirlo: pero bravo y resuelto, avanzó en son diciendo á gritos.

—No hay que tener vacilación alguna, guardias nacionales: el enemigo e scobarde porque está mal armado y conoce nuestra superioridad.

En cuanto se sienta cargar de firme huirá, y nos dejará muchos prisioneros para que les cortemos las orejas.

Como ambas fuerzas tenían igual confianza é igual deseo, el combate no tardó en empeñarse con iguales bríos y cargando resueltamente unos sobre otros: Linares, para intimidar más pronto á los montoneros y éstos para no dejarles hacer uso de sus armas de fuego que era lo único que podían temer.

Desde el primer momento se vió por parte de los chachistas una doble ventaja bastante seria.

Había superioridad en el número y calidad de los soldados, viejos aguerridos en su mayor parte y habituados á triunfar, aun peleando con enemigos superiores

Las fuerzas de Linares eran de guardia nacionales, más de chachistas que de otra cosa, con excepción de una compañía de línea que se le había dado para plantel.

En cuanto los guardias nacionale se vieron cargados de aquella manera y sintieron las cosquillas que les hacían las lanzas de los montoneros, empezaron á mezquinar el cuerpo y á huir de los choques.

Enfurecido Linares por aquella cobardia, que podía costarle un sério fracaso, comenzó á animar á sus soldados á golpes de espada y con amenazas de muerte.

Linares se multiplicaba en todas partes, animando á sus soldados y proclamándolos; pero todo era inútil.

Allí donde los montoneros veían flaquear las tropas de Linares, cargaban con el brío extraordinario y el empeño firme de concluir de una vez.

Y por eso Linares reforzaba esos puntos hasta con el contingente de su propia persona como uno de tantos soldados.

Pero todo era inútil: aquellos malditos montoneros tenían unos bríos incontrastables.

Querían triunfar á toda costa: tenían el convencimiento de que así sucedería y sacudían con un vigor tremendo.

El primer grupo de las fuerzas de Linares que dió media vuelta, fué la señal de la inevitable derrota.

Otras compañías siguiron el ejemplo y ya no hubo cómo hacerlas volver al combate.

No podía caber la más mínima duda de la derrota, y Linares que lo comprendió en el acto, bramando de enojo y de despecho, y rodeado de los pocos soldados de línea que le quedaban, em-

prendió la retirada, retirada que bien pronto se convirtió en vergonzosa huída.

Los montoneros empezaron entonces una persecución frenética, golpeándose la boca con infernal gritería y bajando del caballo á cuanto jinete encontraban á tiro de lanza.

Pero todo él afán, todo el empeño era alcanzar á Linares, tomarlo prisionero para cortarle las orejas y llevárselo á Chacho para que lo hiciera lancear en castigo de sus muchos crímenes.

Pero Linares iba admirablemente montado como siempre, y á riesgo de romperse el alma en las sinuosidades del terreno, corría con una rapidez maravillosa.

En vano le persiguieron con un empeño asombroso, no le pudieron dar alcance porque estaban convencidos de que ya toda persecución sería inútil y porque no querían que les tomase la noche diseminados en el campo.

Con todos los prisioneros que habían hecho, regresaron á Aymogasta, para reorganizarse y seguir sus operaciones.

Ya se sabe el respeto que por los prisioneros había infundido Chacho en sus tropas.

Como además, todos los que se habían hecho á Linares eran gente de las provincias, forzada al servicio, nadie les hizo el menor cargo.

El jefe los incorporó á sus fuerzas sólo para llenar la formalidad de presentarlos al Chacho y que éste hiciese con ellos lo que creyese más conveniente.

Linares estaba desesperado y avergonzado.

Había sufrido un derrota terrible, que iba á atraer sobre sí la burla de todo el ejército, que lo quería mal, y se le iba á poner en el más lastimoso ridículo.

Pero no tenía más remedio que aguantarse y prepararse á tomar la revancha en primera oportunidad.

Al día siguiente y con gran fatiga pudo reunir unos pocos dispersos, y seguir la marcha con ellos hasta Mendoza ó San Juan, donde podía rehacerse.

Y para que no fuese á recibir noticias detalladas de su vergonzosa fuga, por algún otro conducto, le mandó un parte verbal del combate, diciendo que había sido rechazado en un ataque que intentó sobre Aymogasta y que no había querido insistir en él, porque el enemigo era muy numeroso.

Que él iba en busca de algún refuerzo más y que volvería al ataque si es que él no quería enviárselo para emprenderlo en el acto.

Pero cuando Arredondo recibió este parte verbal ya tenía noticias detalladas de lo que había sucedido, por algunos dispersos que se le habían incorporado.

Arredondo, como los demás jefes del ejército, tenía por Li-

nares la mayor antipatía, á consecuencia de su crueldad cobarde y bárbara, que avergonzaba al ejército.

Así es que Arredondo se felicitó hasta cierto punto de aquella derrota insignificante, que ponía á Linares fuera de todo mando é imposibilitado, por consiguiente, de seguir cometiendo mayores iniquidades.

Fué entonces que Arredondo resolvió batir y deshacer aquella fuerza que quedaba en Arauco, envalentonada con el triunfo obtenido sobre Linares.

Nadie más á propósito que el capitán Cárlos Mayer para encargarlo de aquella comisión., y así lo dispuso Arredondo, que tenía suma confianza en la competencia de aquel oficial.

El capitán Mayer recibió instrucciones de reconocer la fuerza que había en Arauco y que había batido á Linares.

En el caso de que éste fuera muy superior, Mayer tenía orden de quedarse á la espectativa y enviar á pedir refuerzos.

Solo debía batir la montonera teniendo de su parte todas las ventajas.

Para evitar cualquier incidente casual y para que siempre tuviese el refuerzo más cerca y como una especia de reserva, Arredondo debía mandar detrás de él y á poca distancia un escuadrón de línea.

Para el desempeño de su comisión el capitán Mayer llevaba una compañía de infantería de línea, y dos escuadrones de caballería, de guardia nacional mendocina.

Desde que Mayer fué nombrado en esta comisión, sus compañeros que lo estimaban y lo conocían, se le acercaron á darle un par de consejos recomendándole la mayor prudencia.

—Es preciso que cumplas estrictamente las instrucciones que has recibido y que no seas temerario, le decían.

La fuerza que está en Arauco debe ser numerosa y buena, cuando tan vergonzosamente han derrotado á Linares, que no es manco.

No comprometas combate sino seguro de triunfo, para que no vayas á quedar en ridículo.

Mayer sonreía y respondía alegremente:

—Pero entonces ustedes me creen loco ó sin la menor noción de prudencia é ignorante de la responsabilidad que llevo.

—No es eso, Mayer: es que te dejas arrastrar demasiado por tu valor y ya vés lo que le ha pasado á Linares.

—Linares es un botarate, y además él no llevaba una compañía de infantería de línea.

¿Creen que haya una montonera capaz de derrotar una compañía del 6 de línea? Ya saben ustedes que aquellos son infelices que no tienen armas y que solo pelean de desesperación, ó cuando se encuentran con algún Linares, y que al fin y al cabo viene á ser como ellos, sin ninguna diferencia.

Demasiado saben ellos cuándo han de pelear y cuándo han de huir.

Lo único que temo yo, es que me sientan y no me den espera para echármeles encima.

El capitán Mayer, seguro del mejor éxito en el desempeño de su comisión, revistió sus tropas con la prolijidad que le era característica y se puso en marcha sobre Aymogasta, donde según todas las noticias estaba la fuerza que había derrotado á Linares.

Su marcha era lenta porque no quería fatigar la infantería, para tenerla fresca y ágil en el momento del combate.

Pero por más que Mayer quisiera ocultarse, fué sentido por los bomberos del enemigo que llevaron el aviso á su jefe, que era un tal Medina, famoso guerrillero del Chacho, después de imponerse bien qué clase de fuerzas se les echaban encima.

Cuando Medina supo que venía una columna de infantería y caballería, que suponían también de línea, se puso en marcha pausadamente, con la decisión de ponerse no ya en retirada sino en fuga, si aquella columna se les echaba encima de una manera decidida.

Medina, como todos los jefes de la montonera, como el Chacho mismo, había cobrado verdadero terror á la infantería de línea.

Era tal el terror, que todos ellos preferían entrar en combate con una fuerte columna de caballería antes que con un batallón de infantes.

El fuego de los infantes era lo que siempre los había puesto en derrota, causándoles bajas incalculables.

Chacho les había recomendado también que no comprometieran combate con infanterías ni ejércitos que las llevaran, lo que hacía que en esta situación siempre esquivaran el combate.

Cuando Mayer supo que el enemigo se ponía en retirada, apresuró su marcha para darle alcance y obligarlo al combate.

Pero por más que apresurase su marcha con infanterías, no había de poder alcanzarlo, y si le daba el alcance deseado, corría el riesgo de hacerlo con su infantería postrada y por consiguiente inútil para el combate.

Cuando los montoneros se pusieron en decidida fuga, ya no hubo para Mayer persecución posible, sino dejando la infantería y siguiéndolo con la caballería solamente.

Esto, hasta cierto punto, era faltar á la prudencia que se le había recomendado.

¿Pero qué podía temer de un enemigo que huía de aquella manera desordenada?

Cuando hacía esto, era porque no se hallaba dispuesto á empeñar un combate y porque estaba ya desmoralizado.

Queriendo darle alcance á toda costa, seguro de un buen

triunfo y con su infantería postrada ya, dejó á ésta que descansase y siguiera marchando después lentamente y adelantándose solo con los dos escuadrones de caballería.

Mayer no pensó que debilitando así las tropas el enemigo podía cambiar de táctica, y siguió avanzando decididamente.

Y lo persiguió ya más rápidamente todo el resto de aquel día y toda la siguiente noche.

Su objeto único era alcanzarlo, y no pensaba que cuanto más se aproximaba al enemigo, más se alejaba de su infantería, que era todo su apoyo en un momento de apuro.

Al día siguiente, á corta distancia ya el uno del otro, Medina se apercibió que Mayer lo perseguía solo con la caballería y con caballería de guardia nacional á juzgar por el uniforme; desprendiendo entonces dos soldados para que bombearan la retaguardia de Mayer, y observasen á qué distancia venía la infantería.

A eso de la caída de la tarde y tratando siempre de conservar la distancia que lo separaba de Mayer, se convenció por el regreso de sus bomberos, que éste había dejado su infantería á una gran distancia.

Mayer se sorprendió agradablemente al ver el cambio de frente que por escuadrones daba el enemigo, mandando hacer alto, para organizar su tropa y decidir el modo cómo había de sostener el combate.

Llevaba diez carabineros, que mandó salir en guerrilla, para que tomaran la iniciativa, porque suponía que á los veinte ó treinta tiros el enemigo se alejaría nuevamente, pero ya en decidida derrota.

Las ideas de Mayer no se habían modificado por el raro cambio de frente que diera el enemigo.

Aunque era muy superior en número, Mayer no se preocupó de esto, pues en el primer momento no calculó la causa que había decidido al enemigo á aceptar un combate del que con tanto empeño había huído antes.

Los montoneros se tendieron en batalla y cuando la guerrilla empezó á hostilizarlos, cargaron sobre ella decididamente, arrollándola y llevándola hasta las filas de Mayer.

Y se vinieron en seguida sobre los dos escuadrones, golpeándose en la boca y haciendo burla alegremente.

Mayer hizo algunos movimientos tratando de tomarle el flanco, pero no podía conseguirlo porque el enemigo iba siguiendo su evolución con converciones dignas de la mejor tropa de línea.

Su tropa, con la que él había contado de todos modos, empezó á flaquear, á mostrarse cobarde en el ataque y esto comenzó á preoupar al capitán Mayer, comprendiendo que la actitud cobarde de los suyos daría mayor aliento al enemigo y tal vez entonces todos sus esfuerzos serían inútiles, no ya para triunfar, sino para contener el desbande de los suyos.

Y Mayer, pensando en el ridículo que podría traer sobre él una derrota en aquellas condiciones, se puso á la cabeza de los que andaban más flojos, para reanimarlos é impedir que se concluyeran de acobardar, acobardando entonces á los que aun no lo estaban.

Era inútil pensar en su infantería que no podría llegar á tiempo, aunque prolongase el combate hasta la noche.

El mismo oficial que Mayer había mandado en su protección, sabiendo que el enemigo iba en derrota, no se apuraría, pues no era natural entonces suponer que necesitara protección.

Mayer, que no perdía la esperanza del triunfo combatiendo con bríos, animó primero con la palabra á los más acobardados, amenazando en seguida con su revólver á los que no cedían ante la palabra.

Pero aquello duró muy poco: los montoneros, cargaban con tal brío, á lanza y sable, que era imposible reaccionar.

Lo que tanto temía Mayer, sucedió al fin: uno de los grupos que más había flaqueado y al que el enemigo había cargado con más empeño, acobardado por completo, dió la espalda al enemigo, que prorrumpió en un inmenso clamoreo y empezó á elegirlos para bajarlos del caballo.

Aquello era la perdición completa de toda la esperanza; aquel ejemplo era sumamente peligroso, porque no tardarían en seguirlo los demás.

Mayer, desesperado y sintiendo la indignación en toda su fuerza, corrió á los cobardes, se les puso adelante y los volvió al combate á fuerzas de palos.

Pero ya los demás se habían contaminado y cuando llegó con unos, otros salían en completa derrota, á pesar del esfuerzo de sus oficiales, que habían seguido el ejemplo de Mayer.

Ya los montoneros no se cuidaban en manera alguna, limitándose á cargar allí donde más debilitaban.

Mayer podía haberse retirado entonces, tratando de llevar su gente lo mejor organizada que le fuera posible, pero esto era más peligroso que nada, porque perseguido con rigor, la derrota habría sido más terribles y vergonzosa, porque sus soldados habrían sido muertos por la espalda sin la menor defensa.

Había una compañía que, á pesar de haber sufrido inmensamente y perdido la tercera parte de sus soldados, se batía heróicamente.

Mayer se puso al frente de esta compañía, para emprender siquiera, cuando no pudiera otra cosa, una retirada digna de él, y recomendando á los demás oficiales que contuviesen á los soldados, aun matándolos, si era necesario, se lanzó á lo más récio de la pelea.

El enemigo sorprendido, impuesto por el valor soberbio de aquella tropa, retrocedió cediendo el campo.

Pero aquello fué un relámpago.

Eran muchos; aunque los escuadrones montoneros se habían lanzado en persecución de los que huían, había allí tropa suficiente para ahogar solamente con su número, al pequeño pelotón de Mayer, postrado ya de fatiga, extenuado de tanto batallar inútil.

Mezclado á sus soldados, confundido en su filas, como uno de tantos, Mayer, batiéndose bravamente, recibió un lanzazo en el pecho, que concluyó con el poco ánimo que quedara al pelotón, que no pudo ya huir, porque se encontró rodeado por todas partes con igual encarnizamiento.

—¡Ríndase! ¡rendite! le gritaron de todas partes: estás vencido y te prometemos respetar tu vida!

Pero para un oficial como Mayer no podía haber rendición posible.

—¡Animo, muchachos! gritó á los suyos, con creciente entusiasmo,—¡ánimo, que de un momento á otro puede venirnos un refuerzo!

Y con penosos esfuerzos á consecuencia de la herida recibida, se lanzó el primero en aquel combate individual.

Su caballo, que no descansaba un momento desde el principio de la batalla, estaba tan rendido, que amenazaba caerse de un momento á otro.

Para evitar ser apretado si el caballo caía, Mayer desmontó rápidamente, y sonrió con la bravura imponente del que se resuelve á vender la vida de la manera más cara que le sea posible.

—¡A ellos! gritó á los suyos: no hay que darles tregua, que aun no se sabe lo que puede suceder.

Y haciendo espalda en su propio caballo se defendía bizarramente de los mil golpes con que lo acosaban de todas partes.

Arrastrados por el espectáculo tan soberbio y entusiasmados ante la acción heróica del capitán, dos soldados desmontaron y se le pusieron al lado, para morir allí con él, puesto que era éste el único recurso que les quedaba.

El más justo espanto se apoderó de los demás soldados, apresurando el descalabro final.

Unos atropellaban al círculo que los encerraba, tratando de buscar una salida para huir y arrojando sus armas en señal de que no trataban ya de luchar.

Y fueron hechos prisioneros bajo la palabra de respetarles la vida.

Mayer se defendía de una manera heróica, tratando de parar de todas partes los mil golpes que le dirigían.

Uno de los soldados que desmontó con él, acababa de caer delante de sus piés, acribillado á lanzazos.

Y el otro, postrado por las heridas y la pérdida de sangre, vacilaba ya, no encontrando la fuerza necesaria para estar parado.

—¡ Rendite! ¡ entregá la espada ! gritaron á Mayer, en momentos en que ésta saltaba rota en dos pedazos.

Algunos desmontaron para tomarlo, pero rápido como el pensamiento, Mayer se agachó sobre aquel soldado caído á sus pies y se incorporó de nuevo, blandiendo en su mano vigorosa el sable que estaba al lado de aquél.

Ya no podía haber esperanza alguna; aunque no le hubieran herido de nuevo, bastaban las ya recibidas para producirle la muerte.

¡ No se comprendía qué fuerza extraña mantenía aún de pie al soberbio y magnífico oficial !

Aquella sonrisa provocativa y magnífica con que los desafiaba, empezó á helarse rápidamente sobre sus labios.

La espada, tan réciamente erguida momentos antes, empezó á bajar el brazo moribundo y la gentil y expresiva cabeza, empezó á doblarse sobre el pecho que respiraba ya penosamente.

Y su cuerpo distinguido se inclinó sobre el costado derecho, buscando con la espada un punto de apoyo.

—¡ No lo maten ! ¡ no lo toquen ! gritó el jefe de la montonera allí presente, desmontando en momentos que el cuerpo exánime del oficial rodaba por el suelo.

Mayer alzó la noble mirada ya sin brillo sobre aquel hombre é hizo un esfuerzo para sonreir, pero su fisonomía solo pudo hacer un gesto indefinible.

El jefe se aproximó, lo levantó ayudado de algunos oficiales y trató de reanimarlo; pero inútilmente.

Ya el cuerpo se había empezado á enfriar: era un cadáver.

Impuestos, conmovidos por la bravura imponderable de aquel joven, oficiales y soldados estaban allí con la vista fija en el cadáver y sin atreverse á hacer el menor movimiento.

¡ Parecía imposible que aquel joven hubiera podido vivir tanto tiempo con aquella cantidad y clase de heridas !

Su cuerpo estaba lleno de heridas de toda clase de armas, muchas de ellas en un estado que acusaban haber sido inferidas en el principio del combate.

Con verdadero y religioso respeto, los montoneros acomodaron el cuerpo del oficial haciéndole una cabecera con una montura, y se alejaron para emprender una marcha que los pusiera á cubierto de la protección que podía venir á Mayer de un momento á otro.

Y el jefe ordenó la marcha, llevándose todos los prisioneros y las armas quitadas á los muertos.

Mayer fué despojado también de las suyas y de las alhajas que llevaba consigo, pero nadie tocó una sola pieza de su uniforme.

Su muerte había impuesto á los montoneros un religioso é invencible respeto.

La infantería que Mayer había dejado á retaguardia, avisada tal vez por los que huyeron al principio del combate, forzaría sus marchas y podía llegar de un momento ó otro.

Ellos llevaban los caballos postrados al extremo de que no podrían resistir una persecución de media legua.

Era preciso entonces ponerse en marcha con tiempo para evitar toda persecución ó sorpresa y tener un descanso pequeño para tomar caballos donde pudieran encontrarlos.

Los montoneros, felices y orgullosos ante aquel segundo triunfo obtenido, se retiraron así lentamente, á buscar la incorporación del Chacho, después de tomar los caballos y mulas que pudieron hallar.

Entretanto la infantería que había dejado á retaguardia el desgraciado Mayer creyéndola inútil, prevenida por los primeros dispersos de la batalla, que habían disparado en aquella dirección, avanzaba con toda la rapidez con que le era posible sobre Aymogasta.

El oficial que sabía que detrás de ellos venía una protección desprendió un chasque para que aquélla apresurara su marcha.

Y con tanta rapidez anduvieron, que una hora después tomaban en ancas á los infantes y seguían rápidamente, tratando de llevar en tiempo á Mayer la protección que necesitaba.

Porque todos suponían que Mayer se sostendría todo lo posible, y en caso de apuro emprendería una retirada firme y sin mayor peligro.

Pero á medida que iban avanzando, iban hallando nuevos dispersos, que daban cada vez noticias más alarmantes.

Y el oficial apuraba la marcha, deseando llegar cuanto antes á socorrer al amigo.

Los últimos dispersos que hallaron vinieron á hacerle perder toda la esperanza de llegar á tiempo.

—Hemos sido derrotados de una manera espantosa,—digeron, —y nos hemos salvado milagrosamente.

El enemigo era diez, veinte veces superior y nos ahogaba con sus cargas sucesivas: el que no huía, caía seguramente bajo el golpe de sus lanzas ó de sus sables.

—¿Y el capitán Mayer? preguntaba el oficial.

—Lo suponemos muerto, porque cuando nosotros huimos, ya hacía mucho tiempo que no se sentía su voz.

Nunca hay que creer al soldado que huye, respondía el oficial, porque el miedo lo ha hecho ver siempre lo que no ha sucedido.

Y forzaba la marcha siempre, á riesgo de inutilizar sus caballos.

Por fin llegó al sitio donde había tenido lugar el combate, siendo el cadáver del heróico Mayer el primero que saltó á sus ojos.

Uno de los soldados que desmontaron á su lado para prestarle algún socorro, estaba aún vivo, aunque horriblemente herido.

Y era en aquel punto donde había más agrupación de muertos y heridos, lo que probaba que era allí donde más réciamente se habían batido.

Todos ellos estaban desarmados y desnudos: el único que conservaba sus ropas, era el cadáver de Mayer, del valiente oficial que hasta después de muerto había sabido infundir respeto al enemigo.

Y los heridos que estaban á él más próximos, fueron los que narraron los últimos momentos de aquel combate formidable.

Perseguir al enemigo era inútil, porque hacía mucho tiempo que se había retirado, y porque los caballos, con la fuerte jornada que habían hecho, estaban más para descansar que para perseguir.

Así el joven oficial campó sobre aquel campo de batalla, para que descansaran jinetes y caballos, y emprender su marcha al campamento de Arredondo, llevando como mejor pudo, el cadáver de Mayer y los heridos que eran muchos.

Y recién al otro día se emprendió la fúnebre y pesada marcha al campamento general.

UN CAUDILLO EN PELIGRO.

La muerte del capitán Mayer había producido una impresión tremenda entre sus compañeros de armas.

Y todos se preparaban á vengarlo en primera oportunidad, pasando á cuchillo, si era posible, las fuerzas que lo habían batido.

Pero esto no era posible; primero, porque aquellas fuerzas se habían puesto fuera de toda persecución, y segundo, porque nadie sabía con exactitud cuáles eran aquellas fuerzas.

Entonces se cometió una acción cobarde, indigna de las tropas nacionales y de todo ejército que aspire á llamarse regular, acción digna sólo de Iseas ó de Linares y que venía á sentar funestos precedentes echando por tierra todo cuanto había hecho Arredondo para dignificar el ejército que operaba bajo sus órdenes.

Todas las fuerzas que marcharon en protección de Mayer, camparon en Aymogasta, población de unas mil almas y como de doscientas cincuenta casas.

Los habitantes de aquella pequeña población no tenían la menor culpa de lo que había sucedido.

Allí habían campado las fuerzas del Chacho como campaban las del gobierno, por el derecho del más fuerte y sin que las pobres autoridades pudieran oponerse á ello en manera alguna.

Sin embargo, se quiso culpar á los habitantes de la muerte de Mayer, y empezaron á prenderlos y destinarlos á las fuerzas de línea sin tener en cuenta ni sus condiciones ni su edad.

Y la población entera, fué tomada como campamento militar para todas las necesidades de la tropa, que se alojó en sus casitas como en sus propias carpas.

Y las familias no tenían más remedio que resignarse á todos aquellos vejámenes, porque no tenían á quién quejarse, ni quién atendiera al más justo de sus reclamos.

El capitán Tello, ayudante del general Peñaloza y actualmente en Buenos Aires, es quien nos dá los detalles de todos estos horrores que consignamos bajo su responsabilidad.

Bravo y viejo soldado, sin recursos, digno y sério, él no tiene por qué exagerar los episodios sangrientos de aquella larga guerra.

Su palabra tranquila y leal refleja la verdad de lo que dice y nosotros la creemos, consignando la narración de aquellos horrores.

Hambrienta y transida por todo género de necesidades, la tropa, campada en las casas, dispuso de ellas como su único dueño.

Y todo lo que en ellas podía estorbarles era arrojado á la calle sin el menor miramiento.

Las mujeres que se resistían, eran castigadas de una manera tremenda, ó repartidas como propiedad absoluta entre los que las solicitaban.

Los pocos días que allí permanecieron, fueron de horror y de martirio para los pobres habitantes de aquel pueblito.

A su partida, todos se complacían en destruir lo que no necesitaban ó no podían llevar consigo.

Los pobres muebles eran despedazados para hacer fuego y los ranchos fueron incendiados para alumbrar la orgía de la última noche.

Parecía aquello una invasión de indios en una población indefensa.

Los padres y los esposos contemplaban el martirio de sus hijas y de sus mujeres, desde las filas donde estaban amarrados y sin poder protestar de otra manera que con sus más amargas frases.

Y cuando éstas eran muy duras é injuriantes, siempre había un garrotazo ó un golpe de sable con que hacerlos callar.

Y aquella manera de proceder, incalificable y sin perdón, era lo que ellos llamaban vengar la muerte del capitán Mayer, con

quienes no la habían cometido ni concurrido á ella en manera alguna.

Aquella tropa, satisfecha su venganza de aquella manera inícua, se incorporaron por fin al general Arredondo, que se portó enérgicamente al proceder cobarde que habían observado; proceder que hubiera sido indigno hasta en los mismos montoneros, que nunca se habían manchado con actos de tal naturaleza.

Era necesario concluir de una vez aquella guerra vergonzosa, aprovechando el estado de desmoralización en que se hallaba el Chacho y su gente.

Arredondo se puso esta vez en seguimiento de Chacho, que decían había formado cuertel general en La Rioja misma.

Ya aquello no podía ser cuestión más que de una batalla más, pues los montoneros estaban tan acobardados que los que se dispersasen, seguramente no volverían á reunirse más.

Aquellos dos últimos triunfos los habían entonado un poquito, pero esta entonación tenían que perderla en cuanto sintiesen una vez más el rigor del ejército.

Porque el acobardamiento de los montoneros, como lo hemos dicho ya, venía desde el Chacho mismo, que seguía haciendo la guerra más por hábito que por deseo.

Cuando Chacho tuvo conocimiento de aquellos dos triunfos, manifestó su alegría y el deseo de coronarlos con un triunfo más, pero ruidoso y que estuviera en relación con los que había obtenido en épocas más felices para él.

—Si yo lograra tomar á San Juan, decía, de allí podremos sacar poderosos elementos, y mostrar al gobierno nacional que aún no somos un cadáver como piensan sus jefes.

San Juan es rico; allí hay tropas de guardia nacional casi siempre y muchos elementos bélicos.

Sarmiento está en el gobierno, y como él tiene buenos elementos reunidos para los casos de apuro, tomado San Juan sus elementos serían nuestros, y entonces, no habría medio de desalojarnos sin librar una gran batalla, de la que tal vez saldríamos vencedores.

Arredondo ha de marchar sobre nosotros, á La Rioja, y dando un rodeo, podremos esquivar su encuentro, de modo que cuando él llegue á La Rioja y sepa que no estamos aquí, San Juan puede ser nuestro.

Todos los cabecillas y jefes que se habían alzado en el interior por diversos motivos, rodeaban á Chacho.

Allí estaban Luengo, Elizondo, Corvalan, Agenor, Pacheco y hasta el célebre Francisco el minero, cuya fama de rastreador asombroso se extendía por toda la República.

Todos estos acogieron con entusiasmo la idea de marchar sobre San Juan, derrocar al gobierno de Sarmiento y apoderarse de los elementos que allí hubiera, que debían ser poderosos y ricos.

—Una vez dueños de San Juan, decía Luengo, tenemos como preparar quinientos hombres de infantería, que es lo único que nos hace falta para podernos batir con Arredondo y con el diablo mismo, si el diablo se nos para por delante.

Los mismos que desertaban de las filas del Chacho, porque estaban cansados de andar de un punto á otro siempre huyendo y siempre en peligro de caer prisioneros, al caber que se trataba de una invasión á San Juan, se apresuraron á rodearlo.

Ya para ellos, aquello era cuestión de hambre; era cuestión de ir á buscar á San Juan elementos, dinero y víveres con que matar el hambre que los postraba, y no podían esquivar el cuerpo ante sorpresa tan provechosa.

Con la sola noticia de que marchaba sobre San Juan, Chacho reunió más de dos mil hombres que vinieron á engrosar sus filas.

Pero dos mil hombres que no tenían armas en su mayor parte, y que las que tenían, eran palos con cuchillos en la punta, á manera de lanza y que no podían servir de otra cosa que de aparato.

Si se hubiera corrido el riesgo de encontrar al enemigo en el camino, ninguno de estos infelices hubiera seguido á Chacho.

Pero se trataba de esquivarlo y venir sobre La Rioja, esquivando su encuentro, y quedar á su retaguardia para seguir sobre San Juan en rumbo diverso.

Chacho llamaba á esta su gran campaña, porque iba á hacer renacer su ejército de la postración en que estaba, dándole nuevo ánimo y bríos para seguir batallando, hasta lograr un tratado de paz ventajoso que asegurase el bienestar de sus leales y la felicidad de La Rioja.

Aunque viejo y cansado, algo delicado por las heridas recibidas en su largo batallar, enflaquecido y marchito, no había ejemplo de hacerle cambiar sus hábitos.

Algunos de sus jefes tenían carpas, como Luengo, que era quien mejor vida hacía en campaña.

Chacho también las había tenido, pero siempre las había regalado sin querer usarla.

—El día que yo duerma en una carpa, decía, me muero ahogado, sin remedio: yo soy muy bruto; soy como los caballos, que necesitan soltura para engordar, y dormir á campo.

—Mira que estás delicado, le decía á veces su mujer: delicado y viejo, y es preciso cuidarte.

—Por la misma razón, respondía él riendo, es preciso que mis pulmones tengan siempre aire nuevo que respirar; de otra manera, en una semana reventaría de cualquier cosa.

Y dormía á la intemperie, como cuando tenía veinte años, y sin más abrigo que un poncho de guanaco, con el que se tapaba hasta la cabeza, cuando llovía.

Su manía de compararse con los caballos era en él sumamente graciosa.

Una vez que Arredondo quiso darle un reloj de oro, con cadena larga, después de una de tantas conferencias, el Chacho se negó á tomarlo porque no iba á saber qué hacer con él.

—Guárdelo como recuerdo mío, le decía Arredondo, que fácilmente ha de aprender á manejarlo.

—Si yo no necesito más reloj que el del sol, amigo mío: en ese veo las horas mejor que en su máquina.

—No importa, guárdelo como recuerdo de que hemos sido los enemigos más amigos que se hayan visto en el mundo.

—Mire, cualquier otra cosa no digo que no, exclamó por fin sonriendo el Chacho; pero ese reloj con cadena larga, no lo podría usar nunca.

Yo soy como un potro y me voy á enredar y ahorcar en la cadena al rascarme.

Créame, amigaso: déme cualquier otra cosa y se la aceptaré con mucho gusto.

Chacho, en cuanto hizo su plan de campaña, marchó por San Luís. sobre San Juan.

Su vanguardia, al mando de Elizondo, había campado en Cansete. población de chacras y sembrados, cuyas espléndidas calles de cincuenta varas de ancho, le dan un aspecto magnífico.

Allí campó Elizondo para dar tiempo á Chacho que llegase con el resto del ejército y marchar entonces decididamente sobre San Juan.

Entretanto, y mientras Chacho había llegado á Cansete con todo su ejército, Arredondo había llegado á La Rioja, á la Costa Baja. donde suponía se hallaba el Chacho, y donde se encontró que allí ni siquiera se tenían noticias del caudillo riojano.

Acto contínuo Arredondo se sospechó lo que pasaba: Chacho le había ganado la retaguardia y marchaba sobre Córdoba tal vez, como lo había hecho en otras ocasiones.

Era preciso saber con certeza adónde se había dirigido el Chacho, para marchar apresuradamente en su persecución y tratar de batirlo al regreso de su expedición, si es que ésta no se poda impedir.

Chacho podía haber marchado sobre Mendoza ó sobre Córdoba, pues sobre San Juan no podían sospecharse que lo hiciera.

Arredondo despachó los rastreadores que llevaba consigo, los que no tardaron en hallar su pista en dirección á San Luís.

Hallado el rastro, era preciso seguirlo rápidamente para ganar tiempo, y Arredondo, que conocía el Interior ya como su propio campamento, no hallándolo en San Luís y viendo que el rastro seguía en dirección á San Juan, no dudó un momento de que Chacho atacaría aquella ciudad por Cansete.

El coronel Vera, que se hallaba en La Rioja, marchó con Arredondo, para tratar un nuevo arreglo con Peñaloza.

Vera y Peñaloza eran viejos amigos: éste tenía por aquél un gran cariño, cariño que le daba cierta influencia sobre el caudillo.

Enemigo de derramar sangre inútilmente, Arredondo llevaba á Vera como un buen elemento pacificador, que tal vez le diera por resultado una paz segura y duradera con el caudillo riojano.

No teniendo duda de que el Chacho atacaría San Juan por Cansete, y no pudiendo trasladarse allí con todo su ejército, con la presteza necesaria, despachó sobre Cansete una vanguardia á órdenes del mayor Irrazabal.

Esta vanguardia, donde iba también el coronel Vera, era compuesta por cien hombres de caballería, ligeramente montados y alguna infantería á caballo.

Arredondo, asombrosamente práctico de aquellos parajes, dió á Irrazabal instrucciones tan minuciosas que hasta le indicaba el mejor punto para entrar á Cansete.

Irrazabal se puso en marcha, acompañado de Vera, que en caso de presentarse el Chacho debía conferenciar con él, tratando de reducirlo á hacer una paz definitiva y digna de aquellas andanzas que habían tomado para él tan mal giro.

Y este resultado no sería difícil, siendo como era aquel jefe, un amigo íntimo de Chacho por quien éste tenía especial cariño.

La vanguardia de Chacho estaba acampada, como hemos dicho, esperando la incorporación de su caudillo para atacar á San Juan y hacerse fuertes allí.

En Cansete, como en todos los pueblos donde se detenían, los chachistas fueron recibidos con muestras de indudable simpatía.

En el acto los rodearon lo que iban á hacer y ofrecerse como baqueanos y hasta bomberos si era necesario.

Los chachistas entraron á Cansete como entraban á todas partes, sin faltar al respeto de nadie y sin cometer el menor acto de violencia.

Fraternizaron en el acto con los habitantes, al extremo de que, al día siguiente de haber llegado, ya se improvisaban bailes en todas partes, para festejarlos y obsequiarlos de todos modos.

Los montoneros suponían que Arredondo los andaría persiguiendo por La Rioja y no tenían recelo alguno respecto á la aproximación de fuerzas enemigas.

El jefe había enviado sus mejores bomberos á San Juan, para imponerse de lo que pasaba en la población, de manera que cuando llegara Chacho con el resto del ejército, hallara ya tomado cuanto dato podía necesitar.

Así no tendría tiempo que perder y en cuanto llegase podía disponer un ataque á la ciudad.

En San Juan sabían ya que en Cansete estaba Chacho con

todo su ejército, que venía á tomar la capital sanjuanina, y el terror más profundo se había apoderado de la población.

En la ciudad no había más fuerzas que las de policía y éstas no eran suficientes ni siquiera para resistir y sostener hasta tanto llegara cualquier auxilio.

Elementos de guerra no faltaban: había armas y municiones abundantes como en todas las provincias sometidas á la Nación, pero no había hombres, ni se podía improvisar con la premura que hubiera sido necesaria algunos batallones de guardia nacional.

La gente estaba cansada del servicio militar, al extremo de que un llamamiento del gobierno, por los efectos que producía, parecía más bien un toque de dispersión.

El gobernador de San Juan, apenas tuvo conocimiento de lo que sucedía, trató de organizar alguna defensa, mientra hacía un chasque á Mendoza pidiendo auxilios hasta que viniera el general Arredondo que calculaba él no podría tardar.

Pero en cuanto se habló de organizar batallones de defensa, los hombres del pueblo empezaron á esconderse, á salir fuera de la ciudad y hacer todo lo posible para evadir el servicio.

El pueblo, ante el temor que demostraba el gobierno, se había aterrado también y comprendido que no debía hacer resistencia alguna, para no irritar al enemigo y que éste no entrara ejerciendo actos de violencia.

Ya se sabía que Chacho no cometía violencias, ni crímenes, ni permitía á sus tropas la entrada á las ciudades sino en el estricto caso de tener que someterlas á la fuerza.

Entonces lo mejor era no oponerle resistencia alguna y dejarlo entrar y hacer lo que quisiera.

Los jefes de familia se encontraban en una posición harto crítica.

Sacando sus familia para traladarse á otros puntos, se exponían á ser sorprendidos en el camino por los montoneros y á ser tratados entoces de otra manera bien diversa si caían en manos de alguno de esos caudillejos que no tenían ni idea de lo que era el respeto á una familia.

Era, pues, menos expuesto el quedarse en la ciudad y esperar los acontecimientos para proceder.

La mayoría, aunque no hubiera pensado así se habría encontrado imposibilitada de proceder de otro modo.

Para moverse una familia con todos los elementos de seguridad necesarios, necesitaba por lo menos dos ó tres días.

Porque al salir al campo á pie, y sin llevar nada, se exponían á perecer de hambre y de cansancio, aunque se hubieran salvado de caer entre los montoneros.

Desde que quedándose en sus casas no se exponían á otra

cosa que á pagar una contribución que les impusiera el enemigo, se resolvieron á quedarse tomando cada cual en su casa todas aquellas medidas de defensa que aconseja la prudencia, armándose en las azoteas y cerrando las puertas con toda la seguridad posible.

El gobernador de San Juan viendo que nadie obedecía al llamado militar, que el pueblo estaba más bien de parte del Chacho, y que las familias se preparaban á no resistir sino en un último extremo, se consideró perdido.

¿Qué podía hacer él con un ejército que se reducía al piquete de policía, sin esperanza de organizar el más miserable cuerpo de Guardia Nacional?

¿Qué defensa tenía en una fuerza que sería derrotada tan sólo por la presencia del numeroso y temido enemigo?

Quedarse en San Juan entonces y en aquellas condiciones, era para caer en poder del enemigo como prisionero, y ser tratado sabe Dios cómo.

Para vengarse del poderoso apoyo que él como gobernador de provincia prestaba á la Nación, serían muy capaces de engrillarlo, y hasta destinarlo de soldado si se les ocurría.

Y una vez que esto sucediera, una vez prisionero de la montonera, ¿quién lo libraba de los vejámenes de que sería objeto? ¿quién volvería á ponerlo en libertad

¿Quién le garantía que, aún derrotada la montonera, ésta no se vengaría lanceándolo ó cometiendo cualquier otra violencia análoga?

La situación no podía ser más violenta.

Era además necesario resolver rápidamente, porque el enemigo podía caer sobre San Juan de un momento á otro, y entonces no tener siquiera el tiempo material para disparar.

El señor Sarmiento reunió entonces los pocos soldados que quisieron acompañarlo, porque se trataba de huir, los agregó á las fuerzas de Policía que no habían desertado y se preparó á salvarse saliendo de San Juan.

Y como era necesario que el enemigo no conociese su fuga para que no tratara de perseguirlo, esperó á la noche para realizarla.

Además de aquella consideración personal, haría la de no alarmar al pueblo, que podía entregarse á terribles excesos, viéndose abandonado por la autoridad y la única fuerza con que contaba para su defensa imaginaria, puesto que no había la menor esperanza de una defensa real y positiva.

Aquella conducta era condenable en el gobierno, fuera de duda; pero ¿qué recurso le quedaba? Cualquier tentativa que hubiera hecho, no hubiera servido sino para agravar la situación.

Además, si se quedaba, corría el riesgo de que hasta los

mismos vigilantes y soldados que le quedaban leales se desertarán porque si se quedaban con él era solo con la esperanza de la fuga.

Resuelto el gobierno á abandonar su puesto y la ciudad, con el pretexto de recorrer los alrededores, salió en cuanto hubo cerrado la noche y emprendió su fuga por el lado opuesto á Cansete, para ni quiera ser sentido por el enemigo, que estaría entregado probablemente á las fiestas que les daban en Cansete, y las que improvisaban ellos mismos.

San Juan quedó así acéfalo de autoridades y entregado, no ya á que entrara el Chacho con su ejército, sino á cualquier fuerza por pequeña que hubiera sido.

Reservándonos narrar más adelante los episodios de esa risueña fuga, vamos á ver lo que pasaba en Cansete.

Cuando la población se encontró abandonada por las autoridades, comprendió el inminente peligro que corría, y se preparó á conjugarlo por todos los medios á su alcance.

No se les ocurría ningún medio más seguro que manifestar á Chacho que allí nadie le haría oposición y que se esperaba tranquilamente su venida, porque ya sabían que era un caudillo de orden, que no permitiría el menor desmán de la soldadesca.

De este modo creían que se captarían la benevolencia del caudillo, que entraría tranquilamente sin aparato de fuerzas y sin disparar un tiro, porque ninguno lo provocaría.

Y ¿quién iba á querer provocarlo, cuando estaba sin más amparo que el que pudiera ofrecerles el Chacho mismo?

Decididos á hacer á Chacho esta manifestación de acatamiento, se juntaron algunas personas de respeto, decididas á ir á Cansete, como delegados de la población entera.

Era necesario hacerlo cuanto antes, porque era el único medio de salvar á las familias del terror consiguiente.

Así es que aquella improvisada comisión de respetables vecinos, se trasladó á Cansete sobre tablas, á conferenciar con Peñaloza.

Pero Chacho no había llegado aún y era preciso esperarlo ó trasladarse hasta donde él estaba.

Como de todos modos aquella fuerza no avanzaría sobre San Juan sino cuando llegara Chacho y así lo dispusiera, resolvieron esperar allí, porque el jefe de aquella vanguardia, impuesto de lo que sucedía en la ciudad, de la fuga del gobierno y demás autoridades, había hecho un chasque á Peñaloza para que apurase la marcha, y según todos sus cálculos el gran caudillo no podía tardar mucho.

Era tal la confianza que tenían en la ninguna resistencia de la población, que muchos oficiales que tenían algunos reales se fueron á la ciudad á hacer compras de víveres, mientras otros pedían permiso para ir á empeñar ó vender sus prendas para

hacerse de recursos, que por pocos que fueran, siempre les alcanzaría para comprar tabaco y yerba, que era lo principal.

Señalándoles el tiempo que podrían estar ausentes, el jefe de vanguardia les daba permiso de á cuatro, no pudiendo salir unos hasta que los otros no hubieran regresado.

La comisión aquella estaba maravillada del orden y disciplina que existía entre aquella gente reclutada de los peores elementos y á quienes todos suponían tropas de bandoleros en toda la acepción de la palabra.

Allí no se daba un solo paso sin permiso del jefe, ni se cometía acción alguna que pudiera calificarse de atropello.

Los soldados estaban acampados en las grandes calles, pero de manera que no podían perjudicar á la población.

Y ésta fraternizaba con los soldados, auxiliándolos en todo lo que podía, que aunque no era mucho, porque la población no tenía elementos de vida, siempre servía siquiera para demostrar el cariño y la simpatía que su conducta había sabido granjearles.

Cansete, desde que llegó la vanguardia de Chacho, puede decirse que estaba de eterna fiesta.

Los soldados la armaban en el campamento de las calles, mientras las familias las hacían en sus casas, donde asistían los jefes y la oficialidad.

El temor de que el Chacho los reprendiera era tal, que ninguno se atrevía á producir la menor escena de abuso.

Fuera de uno que otro borracho que no había podido resistir á la cantidad de vino tomado, el orden no fué alterado en lo más mínimo: todos parecían interesados en guardarlo á toda costa.

Era vergonzoso, era doloroso decirlo, pero las tropas regulares de la Nación, no se hubieran conducido con un orden más completo.

Y cuando supieron que el pueblo de San Juan acataba sin la menor resistencia la autoridad del Chacho, la alegría general no reconoció límites, y prorrumpió en vivas atronadores á la población de San Juan.

Era una pena que el Chacho se demorara, porque se perdía un tiempo precioso.

Pero como por el momento no tenían nada que temer, no se apuraban mucho por aquella tardanza.

Al fin y al cabo un par de días perdidos no significaban nada ante resultados tan completos, obtenidos sin disparar un solo tiro ni causar una sola víctima.

Si ellos hubieran sospechado que Arredondo se les venía encima forzando las marchas, otra cosa habrían hecho.

Pero lo suponían campeándolos en La Rioja ó en otra parte, porqué no podía nunca imaginarse el enemigo que ellos hubieran venido á tomar á San Juan.

La noche anterior al día en que Chacho era esperado en Cansete, su vanguardia estaba entregada á las más bulliciosas fiestas.

Se había armado un gran baile en la casa más espaciosa de la población, y allí se habían reunido el jefe de vanguardia y la mayor parte de la oficialidad.

Vino abundante y abundancia de mujeres hermosas, la fiesta no podía ser más atrayente.

Se bailaba con entusiasmo indescriptible, y se bebía de una manera fabulosa, al extremo de que, á la madrugada ya no pensaba nadie en la llegada de Chacho, ni en el ataque á San Juan, ni en nada que no fuese divertirse y reirse con toda buena fé y confianza.

El día amaneció y siguió la fiesta, para recibir á Chacho en medio de ella y festejar así su presencia, puesto que ya no podía tardar en aparecer.

Ya algo avanzada la mañana, se vieron los polvos de una tropa que avanzaba á gran galope.

Viniendo ese día y por los papagayos, aquella fuerza no podía ser sino del Chacho, tal vez él mismo que venía adelante con su escolta.

Y al verla, todos prorrumpieron en estruendosos gritos de entusiasmo.

La comisión de vecinos de San Juan, que esperaban en Cansete, montó á caballo para recibir á Peñaloza y exponerle lo que pasaba, pidiéndole que no alarmara al pueblo de la capital, entrando á ella gran número de fuerzas, puesto que no eran necesarias.

¡Cuál no sería su sorpresa al hallar que, en vez de Chacho, la fuerza que allí venía no era otra que la vanguardia de Arredondo á órdenes de Irrazábal!

En el primer momento quedaron sorprendidos al extremo de no saber qué decir.

Irrazabal, que respecto á montoneros desconfiaba de todo y de todos, les intimó declararan qué hacían allí, y entonces no tuvieron inconveniente en manifestarlo, añadiendo el más minucioso informe sobre las tropas acampadas en Cansete.

Para Irrazábal no había vacilación posible.

Era preciso atacar sobre tablas para lograr un triunfo fácil y seguro, y se puso entonces al galope sobre las tropas acampadas en la calle y dispuestas á recibirlo en son de regocijo, puesto que lo confundían con los de Peñaloza.

El jefe montonero seguía en el baile sin la menor desconfianza, y acompañado de su oficialidad más importante.

Hacía más de doce horas que estaban bebiendo y bailando, y las cabezas no estaban para pensar en otra cosa que en beber y en bailar.

La columna de Irrazábal avanzaba á gran galope, para no darles tiempo á nada, una vez que fuera reconocido como enemigo.

Bastaría una descarga de los infantes que llevaba para desmoralizarlos, así es que en seguida podría cargarlos, anonadarlos, y perseguirlos sin que ellos pudieran hacer otra cosa que huir para tratar de salvarse.

Irrazábal sabía por la comisión que fué á recibirlo, lo que se pensaba en Cansete: como el jefe de aquella tropa estaba de farra con sus oficiales, de modo que su golpe podía ser completo, porque no se le escaparía ni el jefe, y todos caerían en su poder.

De esta manera sabrían con exactitud donde se hallaba Chacho, á quien podrían también sorprender con el resto de la montonera.

Solo cuando Irrazábal hizo alto á unas cuadras de distancia, para desmontar la infantería, los montoneros salieron de su error y solo atinaron á montar á caballo y tratar de resistir lo mejor modo que les fuera posible, aquella carga que se les venía encima de una manera tan decidida.

Algunos jnetes llegaron hasta la casa donde se hallaba el jefe de vanguardia y sus oficiales, los que felizmente tenían allí á la puerta sus caballos ensillados.

Pero ninguno de ellos tenía la cabeza en estado de dirigir un combate, habiendo muchos que no podían ni aun saltar sobre el caballo.

Si Irrazábal hubiera enviado allí un grupo de jinetes, habían tomado sin dificultad alguna á todos los del baile.

Pero su fuerza era demasiado reducida, para fraccionarla y se hubiera expuesto á un fracaso.

Si los montoneros no combatían y huían á la primer carga, entonces sí tendría tiempo de atender á los bailarines y tomarlos sin que se escapara uno solo.

Colocados los infantes en medio de la calle y en ala, hicieron su primer descarga enfilando la calle y barriendo todo lo que en ella había.

Al sentir aquella primer descarga y los efectos por ella producidos, los montoneros, desmoralizados, sin jefes, encajonados en una calle y en la conciencia de ser fusilados permaneciendo así, saltaron á caballo y empezaron á disparar en todas direcciones.

La caballería de Irrazábal se lanzó sobre ellos sable en mano, y empezó á perseguirlos, mientras un grupo de infantería caía á la casa del baile, buscando aprisionar al jefe y los oficiales que allí había.

Pero cuando llegó allí, no encontró sino aquellos infelices de cabeza más débil, que no habían tenido fuerza para montar á caballo.

El jefe se había salvado, huyendo precipitadamente en cuanto le llevaron el aviso de lo que pasaba.

Era preciso prevenir á Chacho de que el enemigo estaba encima, para que no fuera él sorprendido por ellos y corriera la misma suerte.

Los jinetes de Irrazábal eran pocos aún en relación con el número de enemigos que tenían que perseguir, pero asimismo iban haciendo numerosos prisioneros que entregaron á la infantería para que los cuidara.

El temor más espantoso se había apoderado de los pobres gauchos, muchos de los cuales sintiéndose alcanzar, detuvieron la carrera de sus caballos, que entregaban pidiendo que no los matasen.

Pero la mayoría huían en una espesa masa, buscando la incorporación de Chacho, que no podía estar lejos.

Se habían dividido después en dos grandes grupos, para dificultar la persecución.

Esta división no podía hacerla Irrazábal porque su tropa era muy reducida, y si reunida podía hacer aquella hazaña, dividida era muy expuesta á que el enemigo se rehiciera, lo tomara así fraccionado y la persecución se convirtiera en derrota.

Con su puñado de hombres, apenas tenía los necesarios para cuidar los prisioneros.

Y se decidió á seguir uno solo de los grupos, mientras el otro se retiraba tranquilo, sin que pudiera hostilizársele.

De este lado había huido también el jefe de vanguardia, de modo que alcanzándolo podrían reorganizarse fácilmente, tal vez tomar la ofensiva, por temor que no dejaba de tener Irrazábal conocedor de todas las artimañas y recursos de los montoneros.

Cuando tuvo un número de prisioneros ya menos superior al que podía cuidar, Irrazábal hizo alto y se resolvió á esperar la llegada del general Arredondo para que éste dispusiera lo que había de hacerse.

Su comisión estaba cumplida con toda felicidad, y él por su cuenta no podía salir de las instrucciones dadas.

LA MUERTE DE UN HÉROE.

Peñaloza venía marchando tranquilamente hacia Cansete, donde estaba su vanguardia, sin temor de ningún género.

Chacho suponía que Arredondo andaría buscándolo por La Rioja y que no pudiendo ni siquiera sospechar sus instrucciones no se movería en dirección á San Juan.

Tenía pues tiempo suficiente para proceder con toda calma antes de que un soldado del Gobierno se avistara por allí.

En el camino había recibido el chasque que le hacía su jefe de vanguardia dándole cuenta de la situación de San Juan, por lo que se decidió á seguir sin la menor fatiga, desde que no tenía que luchar para realizar su atrevido plan.

La Victor era de opinión de apresurar la marcha todo lo posible para llegar cuanto antes y tener tiempo de fortificarse si era necesario.

Pero Chacho le demostró fácilmente que de este modo no adelantaría nada más que fatigar las tropas y postrar las caballadas, poniéndolas inservibles para cualquier operación que pudiera ofrecerse.

A pocas leguas de Cansete estaba ya Peñaloza cuando se le incorporaron los desertados de este punto con una noticia que los llenó de espanto.

Según éstos, el general Arredondo había llegado á Cansete y se había lanzado sobre ellos, con fuerzas poderosas y bien armadas.

Toda resistencia había sido inútil: la vanguardia de Chacho había sido destrozada y hecha prisionera.

Tal era el espanto de estos dispersos, que aseguraban que toda la vanguardia de Chacho había caído en poder de Arredondo, sin salvarse ni un hombre, pues el que no había muerto estaba en poder del enemigo.

Al oir semejante noticia, el mayor espanto se apoderó de las tropas del Chacho, ya desmoralizadas desde mucho tiempo atrás.

Avanzar era imposible é inútil, desde que el ejército de Arredondo estaba en Cansete: no había más que retroceder y huir á toda prisa para evitar un encuentro fatal.

Y Chacho, sumamente rápido para todas sus resoluciones, dió media vuelta y se puso en fuga.

—Felizmente, decía, nuestra marcha ha sido tranquila, y hombres y caballos están perfectamente frescos.

Podemos hacer una jornada larga en el resto del día y otra en la noche, porque el enemigo, que habrá forzado sus marchas, no tendrá caballos para perseguirnos.

Ya el ejército de Peñaloza, como lo hemos dicho anteriormente, estaba cansado y acobardado por completo.

Al oir la noticia traída por los dispersos, concluyeron de desmoralizarse, porque se juzgaron perdidos, y aterrados ante una derrota de la que no pudiera salvarse ninguno, se derrotaron ellos mismos huyendo en todas direcciones, sin que los pudiera contener la palabra prestigiosa del caudillo.

Los montoneros llamaban derrotarse, al hecho de huir ellos antes de haber visto enemigo, haciendo así una diferencia notable entre derrotarse y ser derrotados.

Una fuerza podía derrotarse sin mengua de ninguna clase, mientras que derrotada, aunque fuese por enemigo infinitamente superior, era siempre un suceso vergonzoso y digno de burla.

Así, ante las noticias que habían escuchado, los chachistas decidieron derrotarse, sin perjuicio de juntarse más tarde y seguir la campaña como pudieran.

No había quedado rodeando á Chacho más que algunos jefes, y el regimiento donde iba la Victor, regimiento de una bravura imponderable, y reclutado entre los mejores elementos con que contaba Chacho.

Este proceder inesperado de su tropa declarándose en derrota, antes de haber visto al enemigo, concluyó de descorazonar á Chacho, haciéndole comprender que no era posible seguir haciendo la guerra.

—Me abandonan, dijo, ¡mostrándome que ya nada puedo con ellos! Haré la paz en primera oportunidad, obligado por ellos mismos, y no podrán entonces echarme en cara la esclavitud en que vivirán más tarde.

Ellos lo han querido, y me habrán obligado á proceder así.

Sus leales jefes trataron de endulzar el desengaño del noble caudillo, demostrándole que aquella gente reaccionaría y lo esperaría reunida en los Llanos; pero Chacho no se hacía ya ilusiones.

—Me esperarán, decía, me esperarán y andarán conmigo, volverán á derrotarse y á huir sin que mi voz pueda ya contenerlos.

Sin gente que pelee no hay guerra posible: es mejor entonces hacer la paz, que así obtendremos todavía más ventajas y evitaremos la vergüenza de no haber podido sostenernos por más tiempo; así siquiera habremos depuesto las armas con todos los honores.

Rodeado por su mujer y sus pocos leales, el Chacho tomó en dirección á San Luís, para después pasar á La Rioja y esperar á que el enemigo le hiciera proposiciones ó hacérselas él mismo.

Física y moralmente el gran caudillo estaba quebrado, viejo; sentía que sus fuerzas se iban concluyendo poco á poco, y que la postración moral se sucedía á la postración física.

Estaba viejo, y los últimos desengaños lo habían envejecido más aún.

—Mejor sería que me matasen en un combate, decía á sus compañeros, porque la vejez llega hasta impedirme montar á caballo y enristrar la lanza con el vigor de otras veces; la desesperación me va á matar de una manera más terrible.

Y los amigos que veían que realmente los años empezaban á doblar aquella naturaleza formidable, trataban de levantarle el ánimo con reflexiones cariñosas.

—Todavía estamos lejos de eso, le decían, muy lejos.

La pena de esta última é inmotivada derrota le ha desencantado un poco, pero ¡ ya vendrán nuevos y mejores días, general! Todavía nos queda en su compañera un jefe que lo ha de ayudar con tino en los momentos de apuro.

—No hay que hacerse ilusiones: estoy viejo, muy viejo, y lo que es peor, la gente está acobardada, más que acobardada, aterrada.

Iremos hasta el último, sin embargo: tengo fibra para ello; y si no puedo venir á un arreglo ó levantar el espíritu de mi gente, caeré, pero caeré como debe caer el general Peñaloza: imponiendo siempre á los mismos que den conmigo en tierra

Y conversando así tristemente, aquella pequeña columna siguió su retiraba tranquila é indiferente, puede decirse.

No parecía gente que huyera de un enemigo que podía caer sobre ellos de un momento á otro, sino jinetes que marchaban sin precaución de ningún género, á un punto de reposo.

Dejémoslo un momento marchar hácia San Luís y veamos cómo el enemigo le preparaba su fin, fin indudable y trágico, que terminaría con aquella guerra tan larga como vergonzosa.

Cuando el general Arredondo llegó á Cansete, se encontró con aquellos seiscientos prisioneros tomados á la vanguardia de Chacho, prisioneros de los cuales no podían hacerse cargo por el momento, pues iba á ponerse en marcha sobre Peñaloza antes de que aquél pudiera huir y hacer ineficaz toda persecución.

Arredondo meditó y estudió primero el derrotero que los restos de su ejército podía haber seguido.

Porque toda la eficacia de la campaña estaba en alcanzarlo, ahora que iba en dispersión y lejos de sus guaridas, sin darle tiempo á reaccionar.

Arredondo, tan baqueano y tan rastreador como los mejores que llevaba, exploró él mismo los alrededores, y estudió las huellas dejadas por los que habían huído.

Y los ojos expresivos de Arredondo, penetrantes y certeros,

orillaban con una expresión riente y segura: acababa sin duda de hallar lo que buscaba, el punto adonde se dirigía el Chacho.

Para él no cabía duda que aquel punto serían los Llanos de La Rioja, único paraje que le ofrecía seguridades de poder reorganizar su gente y seguir haciendo la guerra por desesperada que ésta fuera.

Era preciso atacarlo allí y concluir de deshacerlo ante que pudiese reorganizar tropa alguna.

Pero la jornada era muy larga, sumamente larga, para un ejército que acababa de hacerla á marchas forzadas.

Sabiendo la dirección que seguía Chacho, sería más fácil alcanzarlo y vencerlo definitivamente antes que llegase á La Rioja,

Arredondo meditó un momento más: con una astucia infinita puede decirse que penetró al pensamiento del Chacho y marcó el derrotero que debía seguir la vanguardia que mandaría en su persecución, siempre á las órdenes de Irrazábal, acompañado de Vera, que era el encargado de tentar un arreglo con el Chacho en el caso que fuera alcanzado.

Arredondo dió á Irrazábal ciento cincuenta hombres elegidos, y las instrucciones necesarias para el mejor logro de la expedición.

Chacho se ha de ír por San Luis á la Costa Baja, decía Arredondo, y si usted se va á Malanzá por la quebrada de la Costa Baja, no tenga duda que allí ha de encontrar al Chacho con los restos de su gente.

Una vez alcanzado Peñaloza y rodeado, el coronel Vera debía cumplir su misión de hacer á Chacho proposición de un arreglo amistoso, atacándolo solo en el caso de que no quisiera hacer arreglo alguno.

—En cuanto lo agarre, le corto las orejas, decía Irrazábal; pero Arredondo ordenó tuviera con el caudillo las mayores consideraciones y que en caso de tomarlo le mandarían aviso inmediatamente, pues él marcharía á retaguardia y á corta distancia.

Con estas precisas instrucciones, Irrazábal y Vera se pusieron en marcha, y siguieron el derrotero que les había señalado Arredondo.

Éste, seguro de que su expedición tendría el mejor éxito, dejó en San Juan una fuerza suficiente para que cuidase los prisioneros y apoyase al gobierno de Sarmiento en cualquier emergencia, y se puso en marcha más reposado detrás de Irrazábal.

Aquella vanguardia siguió su marcha directamente á Malanzá por la quebrada de la Costa Baja, pero hasta allí no halló nada á su paso, por lo que calculaba Irrazábal que Arredondo hubiera hecho falsas suposiciones.

Sin embargo, en todo el camino halló los rastros bien marcados de la fuerza que acompañaba á Peñaloza.

Irrazábal llegó á Valle Fértil, á diez y ocho leguas de Ma-

lanzá, bajo un fuerte aguacero, verdadero fenómeno en aquellas alturas donde nunca llueve.

Todo, hasta la naturaleza misma, conspiraba esta vez contra del Chacho.

Aquella agua intempestiva, no dejaría levantar polvo, y un destacamento dejado en Valle Fértil, no podría descubrir entonces al enemigo por el polvo que había de levantar en su marcha.

Aquel destacamento de observación lo formaba el único regimiento que había permanecido leal al Chacho, regimiento de la Victor.

El caudillo con ésta, Luengo, algunos jefes de importancia y diez ó doce soldados, había seguido á Malanzá efectivamente.

Chacho no sospechaba que allí pudiera irlo á sorprender el enemigo, y si por casualidad iba, ahí quedaba el bravo regimiento que vería el polvo á tiempo, é iría á darle el aviso necesario.

El regimiento, persuadido de que por allí no iría enemigo alguno, estaba en completo descuido.

El jefe se había metido en un rancho con Francisco el minero, después de hacer á su gente esta prevención:

—En cuanto se divise en el campo el menor polvo, vienen á darme aviso.

¿Pero qué polvo iban á levantar con el aguacero de la noche anterior?

Comprendiendo la ventaja de la lluvia y por las mismas razones, Irrazábal marchaba sin precaución alguna.

—No ven polvo, decía, y entonces no hay nada que pueda alarmarlos.

Como los rastros que iban hallando eran perfectamente frescos, Irrazábal hizo un alto y mandó un rastreador á explorar el campo, con todo el recato que aconsejaba el arte.

Pero después el rastreador volvía con la noticia de que, á corta distancia de allí había una tropa campada con el mayor descuido.

—Ese es el Chacho, no puede ser otro, murmuró Irrazábal, y formando su gente en son de carga, cayó como una tormenta sobre el Valle Fértil, sorprendiendo completamente al regimiento chachista.

Los montoneros estaban descuidados, con los caballos desensillados muchos de ellos, para tender la montura y durmiendo otros la más plácida siesta de este mundo.

Asi mismo, movidos por los primeros sablazos y tiros, aquella gente saltó á caballo y aceptó el combate con una decisión magnífica.

Era digno de ver aquellos soldados postrados por todo género

de necesidades, y armados de una manera ridícula, aceptar el combate á que los provocaba de sorpresa, un enemigo cuya superioridad en todo sentido era bien conocida.

Irrazábal cargó, cargó impetuoso y tremendo sobre los montoneros, que en el primer momento tuvieron que ceder, derrotados y sin poder contrarrestar el empuje de los soldados de Irrazábal.

Y disparaban á todo lo que les daba el caballo, y cuando estaban fuera de alcance, se reunían, aunque fuera en pelotones de quince ó veinte hombres, y volvían á la carga y al combate como si tuviesen la mayor certeza en el triunfo.

Pero en semejantes condiciones no había combate posible.

Los veteranos de Irrazábal los postraban con rapidez pasmosa, habiendo rodeado por fin á los montoneros de manera que no pudiese escapar uno solo.

A cada momento les daban la voz de rendirse, pero los montoneros acometían con desesperación cresciente y sin querer darse por vencidos.

Si ellos hubieran tenido por lo menos armas como las de sus enemigos, habrían combatido con provecho, causando á éstos los mayores destrozos posibles.

Pero, ¿qué iban á hacer con sus lanzas inofensivas y sus sables que se doblaban á cada golpe dado?

¿Qué podían hacer con sus garrotes de algarrobo y sus cuchillos casi inofensivos?

Nada más que morir y haciendo el simulacro de pelear y sin poder abatir un solo hombre de las filas enemigas.

Reducidos á la mitad y acosados sin descanso, aquellos héroes tuvieron que convencerse al fin, que no había lucha posible, que todo sacrificio sería estéril y que era preciso rendirse, ó resolverse á morir como perros.

—Ríndanse que se van á hacer matar estérilmente, les gritó: ríndanse, que yo les garanto la vida.

Los montoneros se miraron, sonrieron con amargura infinita al verse tan pocos, y resolvieron por fin rendirse.

De todos modos y en pocos momentos más, ni uno sólo habría quedado en pié.

Y se entregaron sin condiciones, á un enemigo que no había de hacerles mal alguno, porque estaban cansados de combatir y de matar sin el menor peligro para él.

Irrazábal que estaba deseando seguir adelante porque el Chacho no podía andar lejos, se limitó á desarmarlos y á reunirlos, dejándolos al cuidado de una pequeña guardia de infantería, que debía entregarlos al general Arredondo así que éste se aproximara.

Y él siguió adelante con toda la rapidez que le permitían sus caballos fatigados, en la seguridad de que Chacho no podría estar muy lejos de allí.

Vera se adelantó por la quebrada á Malanzá, con una escolta de diez hombres.

Por ciertas expresiones que había oído á los prisioneros, calculaba que Chacho no estaba lejos de allí, y que no tenia con él la menor fuerza.

El coronel Vero quería hablar con el Chacho antes que llegase Irrazábal, para impedir cualquier tropelía y tratar de que Chacho capitulara cediendo á la influencia amistosa que creía conservar con él.

Además de salvar la vida al caudillo riojano, si éste capitulaba con él, haría una buena figura, precisamente en el final de tan desastrosa guerra.

Lo que hay es que Irrazábal, que á pesar de todo no tenía gran confianza en Vera, siguió tras de él inmediatamente, no queriendo que se le adelantara mucho.

—Todos estos son amigos antes que todo, decía, y no sea el diablo que por salvar al Chacho me la pegue á mí, dándole aviso y que se me haga humo precisamente cuando voy á ponerle la mano encima.

Entretanto aquel jefe del regimiento sorprendido en Valle Fértil, que no había caído con todos por hallarse lejos de la tropa, en cuanto empezó el combate, saltó á caballo y disparó á llevar á Chacho el aviso de lo que sucedía para que se salvase.

Los montoneros no podrían resistir mucho tiempo y entonces el Chacho corría un peligro inminente, aunque según lo había dicho, en Malanzá no había de demorar mucho, porque deseaba cuanto antes verse en los llanos, donde podía reunir soldados suficientes, sino para vencer, para resistir por lo menos, y entretener la guerra hasta lograr un tratado ventajoso.

Vera. baqueano de aquellos parajes, marchaba por arriba de las poblaciones, de manera que de los bajos no podía ser apercibido por el más práctico.

El mismo jefe que iba á llevar el aviso á Chacho y que daba vuelta á cada momento para observar si lo seguían, no viendo polvo ni señal alguna de aproximación de fuerzas, detuvo su marcha para tomar algún descanso y darlo también á su postrada cabalgadura.

Él para evitar que lo siguieran por el rastro, había dado un gran rodeo, razón por la cual menos que nadie había visto el débil polvo que levantaron los jinetes de Vera.

Y después de tanta fatiga y de tantas impresiones, cuando cerró la noche, se bajó del caballo y se acostó á dormir un rato.

Era natural que el enemigo, después de haber peleado y marchado réciamente, habría hecho otro tanto, esperando al día para seguir la marcha.

Y como no había sido alcanzado por disperso alguno, esto

le indicaba que el enemigo no había obtenido un triunfo definitivo sobre su gente; que había quedado tan postrado, que no había podido hacer persecución.

Y el pobre se durmió profundamente, creyendo que siempre podría llevar su aviso á tiempo.

Vera siguió marchando toda la noche para poder sacar ventaja á Irrazábal, pero precisamente para que no se la sacara, Irrazábal marchaba también de una manera sostenida.

A la madrugada siguiente Vera llegaba á la enorme pizarra de ocho cuadras más ó menos, que existía al bajar á Olta, hoy Villa Belgrano.

Allí hizo Vera un prisionero, que sorprendido y lleno de espanto en el primer momento, le indicó el paraje donde habían parado desde el día anterior unos cuantos jefes de los montoneros.

—¿Y entre esos jefes está el Chacho? preguntó Vera, dejándose dominar por la alegría que aquella noticia le hacía experimentar.

—No sé, respondió el paisano aun turbado por el temor: son unos jefes de la montonera que están allí descansando, pero si quiere iré á tomar noticias.

Vera que desconfió que lo que aquel paisano quería era escapar para llevar aviso al Chacho, lo puso en ancas con uno de sus soldados, previniéndole que al menor grito que diera ó señal que hiciera, le haría matar.

Y siguió avanzando, siempre temeroso de ser alcanzado por Irrazábal.

Indicada por el paisano la dirección del rancho donde estaban los jefes montoneros, Vera se adelantó solo, porque pensaba presentarse á Chacho como amigo y aconsejarle que tratara con las fuerzas de Arredondo.

Allí estaba realmente el noble caudillo riojano, bien ajeno á la tragedia que iba á desarrolarse muy pronto, tragedia en la que él debía ser el protagonista.

Bajo el alero de un ranchito miserable, estaba Peñaloza, tomando mate con su mujer, en medio de la más tranquila conversación.

Acostados contra la pared del rancho, estaban su lanza y su rebenque, únicas armas que poseía.

Separados por unas veinte varas, y en el extremo opuesto, se hallaban, formando un grupo alegre y animado, los jefes principales, del Chacho, que no habían querido separársele un momento.

Todos conversaban de las medidas que debían adoptar para la más rápida formación del ejército y la manera más segura de operar contra Arredondo, enemigo que se les había hecho terrible por más de una razón.

Aquel era el rancho de un viejo amigo de Peñaloza, que lo había acompañado en diversas campañas, y á quien quería como á un hermano.

Cuando más entretenido estaba en su conversación, Chacho alzó de pronto la cabeza y vió á Vera que avanzaba á gran galope, seguido de cerca por su pequeña escolta.

Chacho pensó que eran los jinetes que había dejado en Valle Fértil, y como no traían aire de derrotados, ni siquiera cambió la actitud que tenía cuando los vió.

Sus jefes tuvieron la misma creencia y no se movieron tampoco.

¿Cómo iban á suponer que se les echara encima un enemigo compuesto de cuatro ó seis hombres?

Solo la Victor palideció y tembló toda á la aproximación de aquellos jinetes.

Su corazón leal y amante, le anunciaba una desgracia tremenda, con esta rara seguridad de presentimientos que tiene siempre el corazón de una mujer.

En esta tremenda escena de muerte, muchos culpaban al coronel Vera, de una manera tremenda.

Dicen que engañó á Chacho de la manera más ruin para atarlo y esperar así á que llegara Irrazábal.

Muchas personas nos han referido esta triste historia, haciendo jugar á éste un rol repugnante y cobarde que nosotros nos resistimos á creer en honor de la raza humana.

Vera, invocando su antigua amistad con el Chacho, lo desarmó, lo engañó con mentidas promesas de paz, y una vez rendido éste, lo entregó inerme á los mismos que debían darle muerte, siendo él el qúe le dió la primera lanzada.

Nosotros que nos resistimos á creer semejante monstruosidad, vamos á narrar la muerte del heróico caudillo según los datos que hemos recibido de las personas que nos merecen entera fé, y que es la versión más general.

Así que Vera llegó adonde estaba Chacho, desmontó y se acercó á él tendiéndole los brazos.

Fué recién entonces que el Chacho lo conoció, afirmándose más en la creencia de que se hallaba entre gente suya.

Vera había formado siempre entre sus filas, era su amigo de muchos años atrás y no podía llegar allí sino como leal amigo.

Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo, poniéndose á conversar alegremente.

Los demás jefes miraron á Vera con marcada expresión de desconfianza.

Era jefe nacional, sabían que andaba con las fuerzas del gobierno y no se explicaban su presencia allí con tan escaso número de hombres.



LA MUERTE DE UN HÉROE

. . . . Irrazábal encogió el brazo y dió á Chacho una terrible lanzada en medio del pecho.



—¿Cómo es esto, compadre? le preguntó Chacho alegremente: me habían dicho que andaba entre mis enemigos. y aunque yo no lo quería creer nunca, algo me había quedado adentro.

¿Qué lo trae por aquí tan sólo y cuando menos lo esperaba?

—El deseo de salvarlo, compadre, respondió Vera algo turbado.

Como saben que somos tan amigos, me han dado el encargue de pedirle qua haga la paz y que yo lo he aceptado, porque esto es lo que le conviene, compadre, según creo yo.

—¿Entonces es verdad que anda entre mis enemigos, preguntó Chacho poniéndose más serio, y que usted es jefe del gobierno?

—Es cierto que ando entre sus enemigos. compadre, pero como amigo suyo, y nada más que como amigo suyo.

Por eso he aceptado la misión que me trae á su lado y de la que espero salir airoso.

Chacho sonrió con infinita amargura, y miró á su compadre como reprobando su conducta.

La Victor, al oir á Vera, palideció de una manera más intensa y volvió á temblar poderosamente.

—Es preciso que me ayude en mi misión, le dijo Vera, no comprendiendo tal vez la causa real de la palidez de la Victor.

—Yo respondo ayudarle, compadre, repuso ella con voz segura, porque creo que usted viene aquí á cometer un acto de traición cobarde.

—Vamos, añadió, dirigiéndose á Chacho, vamos Angel, que este hombre no puede venir sólo y el enemigo no ha de tardar en llegar: ¡salvémonos, por Dios!

—No tenga recelo, comadre, respondió Vera alarmado por la actitud de la Chacha.

El enemigo está ahí encima, podría haber venido y sorprenderlo, pero yo me he interpuesto para salvar á mi compadre, creyendo que él accederá á mi pedido, comprendiendo el interés único que me guía para hacerlo.

La montonera está perdida, tarde ó temprano va á caer entre las fuerzas del gobierno y es preciso evitarlo á toda costa.

El medio más seguro es hacer la paz que asegura la vida y el respeto de todos y esa es la misma que yo traigo y creo, compadre, que usted debe aceptar.

—Si esto es así, compadre, respondió Peñaloza, yo estoy conforme con hacer la paz: la deseo y me conviene, pero, ¡cuidado con lo que se promete, compadre, no sea que después no lo conozca para nada!

—Ríndase á mi, compadre, dijo Vera, que yo con mi palabra respondo de su vida, y del respeto que se le tendrá: ya sabe usted que Arredondo lo estima mucho.

—Ya lo sé, pero antes de llegar á Arredondo tendré que pasar entre manos de muchos otros.

—Pero yo estaré con usted, compadre, y nada tendrá que temer.

—Huyamos, es mejor, dijo la Victor: no te entregues Angel, mira que yo no sé tener miedo en vano, y algo me dice que va á sucederte una desgracia.

Tu compadre está con tus enemigos, ya no se puede tener confianza en él: entre tú y ellos estará siempre por lo que ellos digan, y ya ves como en vez de venir á avisarte que te salves porque el enemigo conoce el sitio donde te hallas, viene á proponerte que te entregues bajo el pretexto de hacer la paz con el gobierno.

—Yo se lo propongo porque es lo que le conviene, por lo mismo que soy su amigo y su compadre.

Él está en una situación difícil, porque no tiene gente ni elementos, y tanto han de perseguirlo que concluirán por tomarlo.

Asì, antes que vaya á caer en manos de algún jefe feroz como Linares, prefiero que se entregue á mí, porque nadie lo ha de tratar con más consideración, y porque estando su amigo nadie se ha de atrever á faltarle.

—Tiene razón mi compadre, Victoria, decía Chacho.

Yo ya estoy muy viejo y no puedo moverme con la actividad de otros tiempos. Arredondo es un jefe tan montonero como yo, que no me da un momento de trégua y que me adivina las marchas que hago.

El día menos pensado voy á caer en manos de alguno de sus jefes de vanguardia que va á querer hacer conmigo alguna hazaña y voy á pasar un mal rato, mientras que entregándome á mí compadre Vera, estoy á cubierto de toda maldad.

—Ya sabe, mi compadre, que antes de permitir que nadie le falte, dejaría que me hicieran pedazos.

Estando conmigo queda perfectamente libre hasta que nos incorporemos á Arredondo, de quien no hay nada que temer, porque es un cumplido caballero y un militar de honor.

—Ya lo sé, ya lo sé, repuso Chacho, y por esto acepto lo que usted me propone, compadre, que no lo aceptaría de ningún otro.

Puede decirle entonces que estoy dispuesto á hacer la paz y acatar al gobierno, que aquí los esperaré para que arreglemos todo.

No hay necesidad de que lleve contestación alguna, repuso Vera, porque detrás de mí venía la vanguardia de Arredondo, que no ha de tardar en llegar.

Como usted ha tratado conmigo, cuando ellos vengan ya nada tienen que hacer ni mezclarse para nada en esto que es cuestión concluída.

Tendrán que acatar lo que yo haya hecho, y es precisamente por esto que yo me adelanto para llegar antes.

Como el general Arredondo me ha dado instrucciones directas para tratar con usted, tiene el tal jefe que aceptar lo que yo haga y nada más; él no puede proceder sino en caso de resistencia.

Los otros jefes que acompañaban á Chacho, como éste nada les decía, escuchaban la conversación sin pronunciar una palabra.

Éstos también desconfiaban de Vera, porque estando con los enemigos no había de defender los intereses de Chacho.

Si ellos manifestaban una opinión en contra, se exponían á que Vera se vengase de ellos una vez asegurado el Chacho.

Cada uno pensó dentro de sí ponerse en salvo en cuanto pudiese, fingiendo acatar lo que dispusiera el Chacho, y se retiraron donde estaban al principio, diciendo que ellos, como siempre, acatarían lo que ordenase Chacho sin vacilar, y que no tenían nada que observar ni á favor ni en contra.

Sólo la Chacha se manifestó firme en la primera opinión que había manifestado.

—No te entregues, Angel, no te entregues, le decía, porque después ha de pesarte, el hecho solo de estar con tus enemigos después de haber formado en tus filas, basta para que se le pierda la fé á este hombre.

Libre, como quiera que sea, siempre has de valer más que prisionero y has de ser más temido, y si alguna vez quieres hacer la paz, manda un parlamento que hable directamente con Arredondo.

—Pero, ¿es posible que usted no tenga fé en mí? preguntaba Vera á la Chacha, disimulando la mala impresión que le causaban sus sospechas: ¡y cuando yo vengo á salvar á su marido de un trance tan amargo!

—¿Y qué quiere hacerle, si esa desconfianza me nace en el corazón?

Yo tengo el corazón muy leal, y nunca me he equivocado en mis presentimientos.

—Vamos, Angel, voy á ensillar el caballo yo misma, y sigamos inmediatamente para los Llanos.

—Es inútil, querida, yo tengo confianza, entera confianza en mi compadre, porque una traición semejante no hay riojano capaz de cometerla: me fío en su palabra y bajo la fé de amigo, de compadre y de soldado, acepto la proposición de paz que ha venido á hacerme.

—Ayúdenme ustedes, dijo entonces la Victor, dirigiéndose á los demás jefes, para que Chacho venga con nosotros: no lo dejen entregarse, porque se entrega á la muerte.

—Chacho está dispuesto á entregarse, digeron ellos en voz baja, y se entregará á pesar de lo que nosotros le digamos, puesto que no cede á lo que usted le dice.

Aconsejándole lo contrario nosotros, vamos á irritar á Vera, que se vengará haciéndonos sacar el cuero.

—Pues vamos á hacer prisionero á Vera, dijo resueltamente la Victor: y así su vida responderá de la de Peñaloza.

—Cuando Vera se ha atrevido á venir aquí, después de haber desertado de las banderas de Chacho, es porque el enemigo está emboscado muy cerca de aquí esperando su contestación.

Antes que pudiéramos atarlo estarían encima de nosotros, y no habríamos logrado otra cosa que empeorar nuestra situación.

—¡Chacho! dijo entonces ella acercándose á Peñaloza: ¡en nombre de nuestro viejo cariño, no te entregues! ¡el corazón me dice que te entregas á la muerte: huyamos, yo te lo pido!

—Es precisamente en nombre de nuestro cariño que me entrego, repuso Chacho con cierta amargura.

¡Yo ya estoy viejo para arrebatarte en ancas y disparar contigo treinta ó cuaranta leguas! Tú no puedes andar huyendo así eternamente, y á la larga nos tomarían, haciéndonos pagar cara la persecución á que los hubiésemos obligado.

Si el enemigo estuviera lejos, tal vez, tal vez me animara á huir.

¡Pero está encima, Victoria, está encima! ¡Quién sabe sino me ha cortado ya la retirada!

Entregándome á mi compadre, yo no me entrego á un enemigo, porque me entrego á su fé y él sabrá corresponderme, aunque no sea más que por la importancia que le doy tratando con él.

Créeme, Victoria, no me atormentes con tu desaprobación y acepta lo que yo hago, que creo que es lo mejor.

—No se oponga, amiga, añadió Vera, que esto es la salvación de todos: puede usted descansar en mi honor.

—Acato tu determinación porque no quiero mortificarte, pero sepa Vera que si comete alguna infamia, no me ha engañado á mí.

Quedo dispuesta á todo lo malo, que ya pasará, porque en ningún caso creo que la infamia llegue hasta el asesinato.

—¡Bravo! dijo entonces Peñaloza con un expresión que cada vez se hacía más amarga: ahora, compadre, ahí està mi lanza y mi rebenque, son las únicas armas que tengo.

Y como si se arrepintiera de lo que hacía, dobló la cabeza sobre el pecho en un movimiento de profunda pena, y guardó silencio

¿Tenía también Chacho algún presentimiento de próximas desgracias?

¡Quién sabe! Pero aquella manera de entregarse tenía mucho de la resignación da un mártir.

Vera tomó la lanza de Peñaloza y la entregó á uno de sus soldados, dió á Chacho su rebenque y con una expresión de alegría que en vano trataba de disimular, empezó á conversar tranquilamente.

—¡ Ya verá, le decía, como bajo una nueva éra de paz, vemos prosperar nuestra pobre provincia, de hora en hora!

Usted puede hacer mucho por la felicidad de La Rioja por la que tanto se ha sacrificado.

—Es bueno que en sus últimos años goce de algún descanso y comodidades, después de tanto batallar y sufrir.

Las comodidades y el descanso me matarán, decía Chacho, si antes no me mata otra cosa.

Para vivir, yo necesito andar siempre como montonero, así es que una vez asegurada la paz, yo me soltaré á vagar por todas partes, como si anduviera en campaña.

La Chacha no quitaba de sobre Vera sus ojos expresivos y desconfiados.

Parecía que espiara en él el primer mivimiento de traición para castigarlo.

Su caballo y el de Chacho los había traído allí al alcance de la mano, como si presintiera que iban á necesitarlos en el momento menos pensado.

Vera entretanto hundía sus ojos en el espacio como si esperara algo que retardara en ver llegar.

Y estas miradas precisamente eran las que alarmaban á la Victoria, haciéndola permanecer en una tremenda zozobra.

¿Por qué miraba Vera de aquel modo? Indudablemente porque esperaba á alguien, y este alguien no podía ser sino enemigo.

Los demás jefes, adivinando lo que pasaba en el espíritu de la Chacha, separados de Vera todo lo posible, tenian los caballos ensillados al alcance de la mano, dispuestos á emprender la fuga á toda costa antes que entregarse.

¿Qué dicen ustedes? les preguntó Peñaloza: si alguno no está conforme con lo que yo hago, puede avisarlo, que aún tiene tiempo de retirarse.

—Todos estamos conformes y nos quedamos con usted, sometiéndonos también digeron.

Y con una ironía infinita uno de ellos añadió:

—Quedamos rendidos y prisioneros bajo el honor y la buena fé del coronel Vera.

Vera se mordió los labios: ó había comprendido la sátira ó no tenía la conciencia tranquila.

Más de dos horas estuvo Vera conversando con Peñaloza, en cuyo tiempo, la Chacha, sin saber por qué, confirmó todas sus sospechas.

En cuanto Peñaloza entregó sus armas y los demás jefes manifestaron su conformidad, Vera mandó á uno de los soldados que lo acompañaban que saliera al encuentro de Irrazábal y le digera que la paz con el Chacho estaba hecha, que hiciera un chasque al general Arredondo dándole esa buena noticia y se

apresurara á llegar para que descansasen todos alrededor de aquel enemigo con el que tanto habían batallado, y que en adelante sería el mejor amigo del gobierno.

Alcanzado en el camino por tan grata noticia, Irrazábal hizo echar una diana, imponiéndose en seguida por el chasque de lo que pasaba en Olta.

—No están más que los dos Chachos y unos cuantos jefes, dijo éste, todos sometidos al coronel Vera.

Entonces Irrazábal resolvió adelantarse con un grupo de soldados, ordenando al resto de la gente que llevaba lo siguiesen á gran galope.

Cuando el jefe y el grupo de soldados fué visto por los jefes montoneros, éstos se pusieron de pié y se aproximaron á sus caballos.

El momento supremo se acercaba y era preciso tener mucha calma para proceder con arreglo á lo que sucediera.

Felizmente ellos no habían entregado aún sus espadas y en último caso quedaban siempre en la posibilidad de vender cara sus vidas.

A Irrazábal hasta entonces nadie le había conocido acto de ferocidad alguno, que hiciera temer ningún mal paso de su parte.

Algo brusco, pero bueno, no se le creía capaz de ninguno de aquellos actos, dignos de Iseas ó de Linares.

Así es que su nombre no sonando de una manera funesta, ningún temor podía causar á los rendidos.

Con la lanza enristrada y sin hacer el memor ademán de desmontar, Irrazábal se acercó adonde estaba Vera.

La Chacha, pálida y conmovida, estaba siempre detrás de Peñaloza, con los caballos de la rienda.

El noble caudillo, sereno y tranquilo, sonrió á la aproximación del joven jefe y le movió ligeramente la cabeza.

—¿Cuál es el Chacho? preguntó á Vera demostrando con esto que no lo conocía.

—¡Este es! respondió Vera señalándolo: está sometido al gobierno y será en adelante nuestro mejor amigo.

—¡Ah, hijo de una gran perra! rugió Irrazábal cediendo á una inspiración funesta.

¿Conque vos sos el Chacho? ¿conque sos el montonero bandido que tanto dolor de cabeza nos has dado?

Ahora lo verás, pícaro, ya te ha llegado la hora del castigo, no hay cuidado.

Y antes que nadie tuviera tiempo de prever su acción, antes que nadie pudiera evitarla, sorprendidos por aquel brusco cambio, Irrazábal encogió el brazo y dió á Chacho una terrible lanzada en medio del pecho.

Toda la atención de los soldados de Irrazábal fué embargada

por aquel cuadro de horror, por aquel asesinato tan cobarde é inesperado.

Los jefes de Peñaloza, ante semejante espectáculo, saltaron á caballo y echaron á huir sin que nadie los viera ni tratara de detenerlos.

Solo quedaban allí los protagonistas de aquel cuadro de horror, presas del terror más justo.

El coronel Vera quedó extático ante la acción de Irrazábal.

—El general Peñaloza ha hecho la paz, murmuró: se ha entregado bajo la buena fé de mi palabra, y no se puede atentar contra su vida.

—¡Qué buena fé, ni qué buena fé! exclamó Irrazábal: es un bandido ¡que me va á pagar todas las que ha hecho!

Chacho, impasible como si fuera un simple espectador de lo que sucedía, miró á Irrazábal, en un relámpago de sublime fiereza y movió los labios como para hablar.

Pero como si se arrepintiera, guardó silencio, mostró sus manos indicando que no tenía armas, y cruzó sus brazos sobre el pecho y aquella primer lanzada que acababa de recibir.

La Chacha, enloquecida de dolor, pasó por el lado del coronel Vera, tirándole un rebencazo á la cara, y se puso delante de Peñaloza, evitando la segunda lanzada que le tiraba Irrazábal.

—¡Asesino, cobarde! le gritó: el general Peñaloza es un prisionero de guerra que se ha entregado hajo la palabra de ese gran canalla que lo dejará matar sin defenderlo, ¡por fórmula siquiera!

¡Cobardes! gritó, dando á su frase un vigor extraño: ¡cobardes! ¡y ustedes son los soldados de honor y de principios!

—¡Sáquenme de ahí esa mujer! gritó Irrazábal enfurecido por el látigo de aquella palabra: ¡sáquenme de ahí esa mujer y átenme á Chacho!

Los soldados se lanzaron sobre la Chacha débilmente, porque estaban dominados por la terrible escena.

Y Chacha, sin preocuparse de ellos, y enarbolando el rebenque que tenía en la mano, se fué sobre Irrazábal como una verdadera leona.

Éste quiso enristrar la lanza contra ella y quiso revolver el caballo sobre ella, pero no pudo ni tuvo tiempo.

La valerosa mujer llegó hasta él, descargándole el golpe de su rebenque.

—¡Agarren esta mujer! volvió á gritar Irrazábal fuera de sí, —¡agárrenla y átenla!

Los soldados se echaron entonces sobre la Chacha y la voltearon, no sin que ésta sostuviera una lucha desesperada, durante la cual despiegaba una fuerza muscular prodigiosa.

Los soldados le ataron los brazos á la espalda y la separaron de allí, para que no estorbara la acción tremenda de Irrazábal.

Chacho también había sido atado con maneadores, y quedado á merced de sus asesinos, porque aquello era realmente un asesinato que revestía la forma de la más cobarde alevosía.

Peñaloza, con una sonrisa amarga y despreciativa, miró á su compadre Vera y lo apostrofó de una manera formidable:

—No me duele tanto la muerte, le dijo, como su acción cobarde: usted me ha vendido, compadre, me ha vendido como una res robada de su dueño: quiera Dios que el precio se le vuelva veneno entre las manos.

Vera tembló al escuchar la voz del caudillo que le azotaba el rostro como un bofetón, y miró á Irrazábal balbuceando palabras que se perdían entre las injurias de éste, los gritos de la Victor y el cuchicheo que los soldados no podían contener.

Irrazábal, dominado por extraño vértigo, enfurecido, enristró nuevamente la lanza y se vino sobre el Chacho sepultándole en el pecho toda la moharra.

Chacho ni siquiera se encogió ante la nueva herida.

Sonrió con la expresión sublime de los mártides, miró á Chacha moviéndole la cabeza en señal de despedida y dirigió á Irrazábal esta última injuria, tratando sin duda de irritarlo para que lo matase pronto.

—¡Es usted el jefe más valiente que he conocido en toda mi vida! ¡Indudablemente no habrá en todo el ejército otro jefe capaz de cometer esta hazaña fabulosa!

Irrazábal le dió la tercera y cuarta lanzada, mandando á sus soldados que lo mataran de una vez.

Los soldados, que nunca habían visto á Irrazábal en aquel estado de excitación, por temor unos, y de puro cándidos otros, que al fin y al cabo se hallaban en su elemento, se fueron sobre el inerme Chacho, y una puñalada uno, un tajo otro, un hachazo el de mas allá, concluyeron bien pronto con la vida de aquel heróico caudillo, tan digno de respeto y de consideración.

La Victor estaba verdaderamente enloquecida: amarrada y sin poder moverse, sin que se pudiera escuchar una voz entre la general gritería, agotado todo su valor ante aquel asesinato bárbaro, se sintió al fin mujer y rompió á llorar de una manera poderosa, que conmovió á los mismos soldados que la sugetaban.

Chacho había quedado tendido en un charco de sangre, con el cuerpo acribillado de heridas.

La Victor no apartaba un momento su vista asombrada del coronel Vera, que esquivaba aquella mirada que penetraba á lo más recóndito de su conciencia, acusándolo de su debilidad incalificable.

Todo parecía haber concluído para la pobre mujer: ¿qué podía ya afligirla, después de la muerte de su leal compañero?

¿Qué podía mortificar su espíritu después de haber presenciado su muerte de león?

Parecía imposible, pero aun tenía algo más tremendo, algo más doloroso que presenciar: la profanación del cadáver de Peñaloza, al que Irrazábal mandó cortar la cabeza.

—¿Por qué van á cometer esa herejía? gritó ella, al ver que ejecutaban aquella nueva infamia: ¿no tienen bastante con haberlo asesinado?

—Que se calle esa insolente, y si no se calla, que le pongan una mordaza.

Pero como Victoria, en vez de callarse prorrumpía en nuevas y violentas injurias, se le puso una mordaza improvisada con un rebenque doblado.

Y agarrotada de aquella manera la Victor tuvo que presenciar cosas monstruosas.

Irrazábal en persona, según dicen todos los que presenciaron aquel horror, cortó las orejas del Chacho, guardándolas en sus pistoleras.

Otro cortó el bigote, y siempre por orden de Irrazábal, aquella cabeza tan ferozmente mutilada, fué clavada en la moharra de una lanza y puesta á la espectación de los vecinos de Olta.

Otros mutilaron el cuerpo del gran caudillo, como una res de carneada, mientras otros le saqueaban en sus miserables ropas, como última pincelada de verdad á aquel cuadro de horror.

¿Qué se proponía Irrazábal con la exhibición de aquella cabeza? ¿mostrar el castigo á que se había hecho acreedor Chacho, según él, ó mostrar simplemente de lo que era capaz el ejército del gobierno y lo que de sus soldados podían esperar los caudillos de las provincias?

Irrazábal redactó un parte de aquella acción, que remitió al general Arredondo, acompañándole las orejas del Chacho, cortadas por él mismo, como la mas completa seguridad de que ya nada tendría que temer del caudillo.

Aquel parte vergonzoso y estúpido, que el gobernador Sarmiento indignado hizo publicar en los diarios de San Juan, concluía de esta graciosa manera:

« Y aquella cabeza sin orejas, la he hecho clavar en una lanza para estímulo de los montoneros ».

Come se vé, Arredondo cuando tuvo conocimiento de lo que había sucedido, por el parte de Irrazábal y la narración de su portador, su indignación no reconoció límites.

Él, habituado á todos los horrores cometidos durante la guerra del Chacho, no podía creer que aquello fuera cierto.

Pero ahí estaba el parte del mismo Irrazábal que no daba lugar á la más leve duda.

Aquel asesinato bárbaro y aquella profanación del cadáver de Peñaloza se habían hecho á la faz de la República, á nombre de las armas nacionales, por manos de un jefe de la Nación, y

á su propio nombre, y el de él que tanta estimación tenía por el noble y valiente caudillo.

Irrazábal merecía indudablemente un consejo de guerra sobre el tambor y cuatro tiros en la espalda.

Entretanto Irrazábal había emprendido su marcha de incorporación á Arredondo, orgulloso de su obra y conduciendo como el mejor trofeo de su hazaña á la Victor, que venía enloquecida por la muerte de su compañero, al extremo de que ni se quejaba ni sentía los malos tratamientos de que era víctima.

La Victor iba conducida como cualquier soldado autor de algún crimen bárbaro.

Se le obligaba á marchar á pié, y cuando postrada de fatiga se sentaba en medio del campo, la hacían levantar á cogotazos.

Como ella parecía indiferente á todo, no sentía los golpes, y para hacerla andar se veían obligados muchas veces á arrastrarla de los brazos.

Así hizo aquella infeliz todas las leguas que separaban las fuerzas de Irrazábal á las de Arredondo.

Cuando llegó á presencia del digno jefe, parecía un vencedor que reclamaba la más entusiasta felicitación á su hazaña.

Arredondo, inmediatamente y como primera medida, le hizo entregar las fuerzas que llevaba á sus órdenes, reduciéndolo á prisión.

Era lo menos que podía hacer con semejante criminal.

Culpó el general á Vera, pero éste manifestó que nada había podido hacer por ser Irrazábal el jefe inmediato de la fuerza.

Este hubiera desobedecido cualquier orden suya y él se hubiera expuesto á correr la misma suerte de Peñaloza.

La Chacha, vuelta del estupor que la dominaba desde la muerte del Chacho, por la actitud asumida por Arredondo, se acercó á él y entre sollozos y lágrimas le narró hasta el último detalle de aquel cuadro monstruoso.

—Fué Vera el autor de la traición, dijo: él aseguró á mi Angel que llevaba instrucciones especiales para enviarlo á hacer la paz, y que podía entregarse bajo la fé de su palabra.

Y el pobre le creyó, le creyó y se entregó porque invocaba el nombre de usted y sabía que usted no había de autorizar una iniquidad.

¡Y lo han asesinado! ¡lo han asesinado delante de mí, que me habían atado á dos varas de distancia, carneando su cadáver como si fuera á racionarse con sus pedazos!

Arredondo estaba avergonzado: ¡para toda aquella cobardia incalificable habían tomado su nombre, y á su nombre la habian acometido! ¡no había pues perdón posible para semejante canalla!

Arredondo puso en libertad inmediatamente á la Chacha, y le proporcionó en seguida todos los medios de regresar á La Rioja.

—A Olta, sollozó la pobre mujer, á Olta, quiero ir allí á enterrarlo, á desclavar su cabeza que no es la de ningún bandido y conocer siquiera el paraje adonde debo ir á llorarlo.

Arredondo dió á la pobre una escolta para que la acompañase y la ayudara en el entierro del Chacho, á quien debía hacer los honores de su rango, como una justa protesta del proceder inícuo observado por Irrazábal.

Éste fué remitido á Buenos Aires en calidad de preso para que se le juzgara y acompañado de una nota en que se afeaba su ruin conducta.

INCIDENTES CÓMICOS Y TRÁGICOS:

Los prisioneros de Cansete, como muchos otros que se tomaron después, fueron remitidos á San Juan y á disposición de aquel gobierno, como autoridad más próxima.

Aquellos pobretes, adivinaron lo que les iba á pasar, y querían seguir á Arredondo, aunque fueran destinados á los cuerpos de línea.

—Con este jefe, decían, estamos á cubierto de toda atrocidad y garantidas nuestras carnes de todo tormento.

Pero Arredondo no los podía llevar consigo en aquella forma ni en otra alguna.

Iba á operar rápidamente sobre Chacho y necesitaba llevar toda su gente libre de tener que cuidar prisioneros.

—Ustedes quedan bien, bajo el amparo del gobierno de San Juan, que es un gobierno de orden y principios: no tenga cuidado.

Algunos habían pedido que los mataran, si es que iban á seguir tratándolos de esa manera, y estos infelices fueron castigados con una azotaina terrible.

—Los hemos de matar, pero lentamente, á fuerza de hambre y de azotes, les decían: no hemos de dejar ni uno sólo para que cuente el cuento.

Y los pobres no dudaban un solo momento de que así lo harían, porque todos conocían prácticamente la crueldad de aquel Gobierno un poco despótico y un mucho autoritario.

Que había la premeditada intención de matarlos no había duda, porque el tratamiento recibido hubiera concluído con la salud más robusta.

La única esperanza que tenían era que Arredondo viniera pronto y los salvara de una muerte horrible.

Como todos no cabían en las prisiones disponibles, estaban en una aglomeración que por sí sola constituía un peligro de muerte.

Devorados por los bichos y la fiebre engendrada por éstos, muchos habían muerto por falta de asistencia, porque el Gobierno había recomendado se les tratara como á perros, dejándolos morir no más, porque se hacía un servicio á la humanidad. Cuando Arredondo regresó á San Juan, no halló más que la mitad de los prisioneros que había dejado, y esta mitad, convertida en un cuerpo de línea que se ponía á su disposición.

Los infelices empezaron á formular las más justas quejas contra el Gobernador y demás autoridades de San Juan, y Arredondo, que no había encontrado la razón que autorizara tanto rigor, empezó á ponerlos en libertad, lo más diplomáticamente que le fué posible, para no chocar con el Gobierno de Sarmiento que se los había entregado como un cuerpo de línea.

Terminada la guerra, ¿qué objeto había en martirizar á infelices que no habían cometido otro delito que dejarse arrastrar por su amor al Chacho?

No habían hecho tampoco una resistencia que autorizara un proceder tan riguroso, puesto que se habían entregado sin disparar un tiro.

Si él los soltaba á todos así de golpe, el Gobernador podía figurarse que era simplemente por burlarlo y hacer desprecio de su autoridad.

No había otro remedio que esperar á salir de San Juan para declarar disuelto aquel cuerpo de línea formado de infelices que apenas podían servir de guardia nacional en una campaña corta.

Así se lo hizo entender, y era tal la confianza que en Arredondo tenía aquella pobre gente, que se conformaron en el acto, esperando pacientemente el día de la marcha.

Nada podía temerse ya de ellos, porque muerto el Chacho desaparecían todos los temores de revolución y montonerismo.

¿Quién había de querer salir como caudillo opositor al poder nacional, y el que salise qué gente iba á seguirlo con el entusiasmo fabuloso con que seguían al Chacho?

Por esto Arredondo veía inútil el empeño, el rigor contra los prisioneros, siendo la generosidad ventajosa, porque ella podía muy bien obligar la gratitud de aquellos desventurados.

Así es cuando marchó de San Juan, Arredondo dió libertad á todos los prisioneros que tenía, en medio de las mayores aclamaciones y promesas de fidelidad.

La muerte del Chacho, circulando por toda la República con una celeridad telegráfica, había hecho una impresión tremenda en todas las provincias.

Y cuando se supo de la manera vil y cobarde come lo habían muerto, la indignación fué tal, que todos querían salir á vengarlo, siguiendo á cualquiera que se hubiera levantado á recoger la bandera caída por la muerte del noble caudillo.

¡Recién pudo verse cuán querido era Peñaloza en las provincias del Norte!

El luto en La Rioja era más imponente: allí las casas de negocio se habían cerrado por inspiración de cada dueño, y la poca gente que circulaba por las calles, eran mujeres de todas clases que iban al templo á llorar por el descanso eterno de su alma.

Y por todas partes no se oían sino imprecaciones contra los asesinos y voces de venganza.

La indignación era inmensa: solo la muerte de Chacho podía haberla levantado de aquella manera tan imponente.

Cualquier caudillo, cualquier jefe que se hubiera levantado con la bandera de venganza, habría reunido á su sombra más de diez mil soldados.

La Rioja parecía una ciudad robada, con sus calles desiertas y sus casas cerradas como cuando entraban á la ciudad fuerzas nacionales.

Es que no había un solo individuo que no sintiera dolorosamente la muerte de aquel hombre que había pasado medio siglo defendiendo las libertades riojanas y combatiendo por ellas de la manera más heróica.

Y la manera cobarde como había sido muerto, había conmovido aún á aquellos indiferentes que nunca habían tomado armas ni por una ni por otra causa.

La juventud de La Rioja, juventud entusiasta y brava, había salido de la ciudad, armada con palos y lanzas, presa de la mayor indignación, y dispuesta á ir en busca del cadáver del Chacho, siquiera para tener el consuelo de darle sepultura, ya que no podían hacer otra cosa.

Y como el asesinato se había cometido por tropas de Arredondo, que suponían que éste lo habría ordenado, era él entonces que arrastraba sobre sí toda la odiosidad y condena de aquel acto incalificable.

Solo cuando supieron que este jefe había protegido á la Victor y mandado tropas para que hicieran á Chacho los honores correspondientes á su rango, cesaron los odios que contra él se levantaron.

Pero fué para volverse de una manera más implacable contra el coronel Vera, acusado por la Chacha del único autor del asesinato.

Si Vera se hubiera hallado en La Rioja entonces, es indudable que habría muerto de una manera terrible á manos de los chachistas.

Chacha había venido á Olta á recoger el cadáver de Chacho, encontrando allí más de dos mil hombres que la indignación y el cariño habían reunido.

Con el ejército de Arredondo encima, ninguno se había atrevido ni siquiera á sacar la cabeza del caudillo de la lanza donde había sido clavada, para darle sepultura al lado del cuerpo.

Fué ella que con mano piadosa sacó el querido despojo, dándole sepultura y narrando allí sobre la misma tumba cómo Chacho había sido vendido por la mano traidora de su compadre Vera, y cómo el general Arredondo había castigado á los asesinos, amparándola á élla y dándole aquellos soldados para que le hicieron los honores.

Esta narración contribuyó á asegurar el prestigio que tuvo más tarde en el Interior el general Arredondo, prestigio que no se ha borrado todavía á pesar de los largos años trascurridos.

Enterrado el Chacho con todos los honores de su rango, se le mandaron decir fastuosos funerales por el entonces cura Risso Patrón, quien cobró por ellos la suma de trescientos bolivianos, bolivianos que debían llevar un fin harto cómico, dado al carácter sacerdotal de su proceder.

A la noche se hizo una reunión de oficiales, jefes y simples particulares, donde empezó á jugarse por disputar el vicio primero, y en seguida con verdadera pasión.

Afortunado en el juego, sin riesgos del refrán, el cura Risso empezó á ganar á oficiales y no oficiales cuanto medio tenían, al extremo que poco después pasaba á su poder hasta el célebre é historico puñalito de oro que alguien había sacado de la cintura del Chacho.

Los perdedores se estaban ya confabulando para dar á Risso un formidable manteo y quitarle lo que había ganado, cuando entró á formar parte de la reunión un capitán Lemos, muy conocido como calavera travieso, quien se anunció de esta manera:

—Me han dicho que el amigo cura los está pelando, y aquí vengo con algunos bolivianos para trenzarme con él mano á mano.

Lemos fué recibido con un verdadero trueno de aplausos y hurras, porque veían en él al vengador de sus pérdidas.

Lemos era un jugador tremendo, no solo de una suerte bárbara, sino de una habilidad sorprendente.

Las barajas, en sus manos hacían prodigios, al extremo de que nadie jugaba con él dos veces.

El que lo veía jugar una vez, no volvía á jugar con él en su vida, conociendo que no había medio humano de ganarle.

El simple hecho de jugar con el cura, importaba la seguridad

de que éste se quedara sin manteo, y fué por esto que todos aplaudieron entusiastamente la llegada del capitán.

El cura Risso no era manco; ya había demostrado su habilidad, pelando á los oficiales, así es que sonrió á Lemos, diciéndole:—Uno más que desplumar; es preciso que se convenza que á mí no hay con que darme.

—Es que nunca se topó conmigo su paternidad, repuso Lemos: yo soy la navaja que precisa su corona, padre: poco tiempo le va á durar esa plateja que tiene.

Jugando con una suerte maravillosa, el cura no había necesitado acudir á sus habilidades, así es que no habían podido apercibirse de lo que era capaz.

—Vamos á ver el amigo capitán cómo se porta, dijo, y cuánto tiempo le duran los reales que trae en su poder.

—Vamos á ver como se hamaca el amigo cura, respondió el capitán Lemos, y cómo defiende la mosca, pues por más amigo de Dios que sea, el diablo, que es mi amigo, es quien impera en el juego.

—¿Talla usted ó tallo yo?

—Talle usted, amigo, talle usted: ¿cuánto pone de banca?

—Por el momento hay cien bolivianos, respondió Lemos, poniendo diez cóndores sobre la mesa: puede coparlos si le parece, porque tengo repuesto.

Y barajó de una manera torpe para achicarse delante del cura.

Todos, con los codos clavados sobre la mesa, los que en ella cabían y á sus espaldas los demás, se prepararon á presenciar la partida.

Dos cartas saltaron sobre la mesa, y á la primera de ellas, el cura copó los diez cóndores.

El hombre estaba bajo la presión del vértigo del juego: en el modo de barajar Lemos lo había juzgado un jugador chambón, y tenía la plena seguridad de pelarlo.

Lemos empezó á correr los cartas con una lentitud matadora.

Y como no aparecía ninguna de las cartas ganadoras, dió vuelta la baraja de pronto, exclamando:

—¡Cuánto siento no haber puesto cincuenta pesos más! Este copo es mío, estoy sintiéndole al siete el modo de presentarse; me parece que hasta el olor le tomo.

—Póngalos no más si le gusta, dijo el cura; póngalo no más, y así llevará más gordo el copo.

—Va por los cincuenta más.

—Va por los ciento cincuenta.

Lemos soltó la baraja: puso en la banca seis cóndores más y empezó de nuevo á correr las cartas con lentitud desesperante.

—En la perra vida me ha sido desleal el siete, decía picarescamente: es como cosa mía, por eso es que á un siete le pondría yo hasta mi rebenque.

¡Ah, mi siete! ¡te doy un beso cuando mostres el martillo! ya estoy sudando.

Y ponía la baraja boca abajo y la levantaba de nuevo para seguir corriendo las cartas con matadora lentitud.

Desde el momento que vieron á Lemos aumentar la banca con cincuenta bolivianos más, los oficiales comprendieron que el copo sería ganado por Lemos.

Todos tenían la mirada fija en el naipe, de donde no la separaban un segundo.

El cura sudaba: aquella lentitud matadora lo irritaba, lo sacaba de quicio.

—Corra ligero, pues, amigo milico; corra que no es paciencia lo que estamos jugando.

—No se apure para perder, amigo paternidades, respondió Lemos: ¿quiere poner un cóndor más? quiero hacerle al siete todos los honores que merece.

—¡Vaya un cóndor más! pero andemos más á prisa porque así en un par de jugadas se nos va á ir la noche.

Lemos corrió un par de cartas más sonriendo socarronamente, y el siete, un siete de copas apareció al fin en la boca del naipe.

—¡Ah, siete lindo! gritó Lemos, hasta de copas es, como si hubiera querido brindar á mi salud: ¿no le dije, amigo paternidades que el siete no me es infiel nunca?

Un furioso palmoteo resonó entonces entre aquellos hombres que pocos momentos antes contenían hasta la respiración.

El cura reunió con presteza las cartas corridas sobre la mesa, como rectificando sino se había pasado su carta.

No estaba allí: Lemos le había ganado en buena ley.

Pagada la plata iba el capitán á peinar la baraja, cuando el cura le pidió, diciendo:

—Tallo yo ahora: una vez cada uno como á los cocos, y puso sobre la mesa una cantidad de dinero como banca.

—Puede jugar y copar también si gusta, dijo el curita, barajando con una destreza admirable.

—¡Oh! dijo Lemos, parece que su paternidad es tan baqueana para el naipe como para el cáliz,—me alegro mucho porque así no se dirá que lo llevo de calle.

Un siete y un dos cayeron sobre la mesa y el cura miró fijamente á Lemos, invitándolo á jugar con un ademán travieso.

—Contra el siete yo no juego, es inútil, dijo Lemos: aunque sepa que voy á perder: le pondré poca plata para hacerle honor, pero jugar en su contra no es posible.

Voy cien pesos al siete, amigo paternidades, nada más que cien pesos, porque es la segunda vez que se muestra el siete: voy á volverle á ganar con el de copas, por analogía, no tenga duda.

—Lo que usted va á ganar es la puerta, amigo capitán: ¡no en vano se me está achicando!

Y empezó á correr las cartas con mayor lentitud aún de la que había empleado Lemos.

Fué ya indudable para Lemos que el cura era competentísimo y que no había que descuidarse con él.

A cada momento daba vuelta la baraja, sonreía y compadreaba, invitando á Lemos á doblar el apunte y á los otros que jugaran algo si es que iban á apuntar al siete.

Lemos no le perdía ademán, porque quien manejaba así el naipe, era capaz de todo.

El cura bajó el naipe, invitó á jugar de nuevo, y como Lemos no aceptara, lo alzó y corrió una carta.

Iba ya á arrojarla sobre la mesa, cuando el capitán dió un puñetazo sobre ella gritando:

—¡Ahí van dos cartas pegadas! no me juegue súcio, amigo cura, no me juegue súcio, porque en la parada no van sus costillas y mi espada es muy grosera para llevar el apunte.

El cura, poniéndose colorado como una remolacha, tuvo que desplegar las dos cartas, diciendo que era una casualidad y no una trampa, y apareció debajo de la carta corrida un siete; el mismo siete de copas de la partida anterior.

Un inmenso clamoreo se levantó entre los jugadores, que empezaron á dirigir al cura las más picarescas pullas.

El cura no tenía que argumentar: había sido tomado infraganti y era inútil cualquier cosa que digera.

Todo avergonzado y corrido peinó de nuevo la baraja y echó cartas.

—He ganado dos veces seguidas, exclamó Lemos, y como no es regular que las gane todas, ahora me achico: voy veinte pesos al seis, y eso porque está antes que el siete.

El cura dió vuelta la baraja, corrió rápidamente seis ú ocho cartas, exclamando al fin: ¡ni que me hubiera adivinado! perdió el seis.

Lemos había perdido un veinte, después de haber ganado dos paradas soberbias.

—Tallo yo ahora, amigo cura: vamos á ver como lo trata la suerte.

Y puso en la mesa como trescientos pesos, para tentar al cura á hacerle un copo.

Era indudable que tenía seguridad de ganar, cuando así provocaba un copo valioso.

—Van cien pesos á la sota, dijo el cura; sólo cien pesos, porque sino no me va á quedar plata para el desquite.

Mucha suerte tiene el amigo capitán, pero á la larga tengo que ganarle yo: Dios está conmigo.

—Vamos á ver, vamos á ver como juega Dios, repuso Lemos, y empezó á correr las cartas con aquella lentitud matadora de la primera partida.

El cura sudaba echado sobre la baraja, como si desconfiaba del tallador.

—El que tiene las hechas tiene las sospechas, exclamó Lemos: pero no tenga cuidado el amigo paternidades: yo juego límpio, y aunque no jugara así, á usted le había de parecer no más.

—¡Perdió otra vez! Vaya que la suerte me lo está tratando mal, amigo cura: sin cura se queda usted esta noche.

Es preciso que se convenza que los naipes no son responsos ni amigos del agua bendita.

Talle usted, amigo cura, talle usted, ya le ha de quedar poca plata y quiero que usted se dé muerte por sus propias manos.

El cura tragaba saliva, bajo las pullas formidables de los oficiales: no se atrevía á chistar palabra: se le conocía el deseo de levantarse y dejar el juego, pero la ambición de desquitarse siquiera, lo tenía allí clavado.

El cura siguió jugando y siguió perdiendo, perdiendo jugada tras jugada, hasta que acudió á las prendas que había ganado antes, y soltó el puñal de oro de Chacho contra 40 bolivianos.

—Siento que no esté en su casa, amigo cura, le decía Lemos picarescamente, porque le había de ganar el cáliz, las vinageras y todos los avíos de decir misa.

A mí no hay quien me gane, porque no, y ya verá usted como le doy en la corona en un momento.

El cura estaba terriblemente irritado: la pérdida, la pillada de la trampa que lo imposibiltaba para seguirlas haciendo y el titeo que se hacía, lo habían sacado de quicio: estaba desorganizado.

Lemos, que se había embolsado una buena suma estaba en cambio cada vez más alegre y decidor.

Empezó á correr cartas, y poco después el codiciado puñal pasó á su poder.

Satisfecho de haber ganado todo el dinero, pensaba concluir hasta con la sotana.

—Aquí hay por doscientos pesos de joyas, dijo el cura; pero yo tallo.

Lemos revisó las joyas y conforme con el valor que se les había asignado, entregó al cura la baraja, diciendo:

—¡Quién sabe cuál será la santa á quien voy á ganar todo esto, pero á mí que me importa!

Esta ocurrencia levantó un coro de risas y chacotas que concluyó por hacer volar la paciencia del cura, que la había perdido al extremo de ni poder barajar el naipe.

—Son alhajas mías, dijo fuera de sí: no son de santo alguno.

—No embrome, padre cura, que han de ser las de Nuestra Señora de la Estrella.

—Suyas ó no suyas, repuso Lemos, ahora van á ser mías; ¡copo á la primera carta!

El cura echó cartas, viniendo á ser un tres la carta que salió primero y por consiguiente á la que jugaba el afortunado oficial.

El cura empezó á correr las cartas, y tan turbado estaba, que mostraba el deseo de hacer trampa tan claramente, que hasta el más chambón se apercibió de ello.

Y tan torpemente maniobraba, que hasta el más infeliz vió claramente cómo pasaba un tres debajo de otra carta.

Lemos sonrió y guardó silencio.

El cura sudaba como bajo la acción de un baño ruso, y lívido y tembloroso, seguía corriendo las cartas sin levantar la cabeza.

—¡He ganado! gritó al cabo de unos minutos, y fué á poner la mano sobre el dinero.

—Un momento, amigo paternidades, que antes he ganado yo, replicó el capitán, apartando todas las cartas corridas: y he ganado dos veces, agregó enseñando dos tres que el buen cura había hecho pasar entre las cartas, con tan mala suerte, que Lemos las había visto al vuelo.

Pero ya estaba dominado por el vértigo del juego y la desesperación de la pérdida.

Volvió á tapar el dinero con ambas manos y á exclamar:

—¡Yo he ganado, he ganado y esto es mío!

—No sea zonzo, amigo paternidades, respondió Lemos: suelte la mosca que es mía, suelte la mosca que no le pertenece, y cuando quiera trampear hágalo de una manera más límpia y disimulada.

—¡Es mía la plata, es mía! gritó el cura, y no la soltaré sino con la última gota de sangre: ¡si es preciso pelear, pelearemos!

—No sea infeliz, padre, y suelte la mosca, sufriendo con paciencia su derrota, puesto que no hay otro remedio.

Su uniforme lo obliga á sufrirlo todo con paciencia y resignación, mientras que el mío no me permite aguantar pulgas.

Peor será que, además de haber perdido dinero, prendas, juicio, paciencia, tenga que perder también las costillas.

Suelte pues la plata, amigo mío, y vamos andando.

—Por lo menos las alhajas, gritó Risso en el colmo de la angustia; por lo menos las alhajas, que no son mías sino de una imágen de la Vírgen, para quien me las han dado.

—Si eran suyas para jugarlas, suyas deben ser también para perderlas; sobre todo ahora son mías, y no hay que hacerle al dolor: suelte pues, padre, la mosca, que la paciencia humana tiene sus límites, límites á que ha llegado ya la mía.

La desesperación de Risso era tal, que sin hacer caso de las amenazas del oficial soltó el dinero, pero se echó sobre las alhajas con repugnante desesperación.

Lemos quiso arrancarle de allí, pero no hubo medio, y sacando fuerzas de la desesperación, el cura se había prendido de la

mesa, echando el cuerpo sobre las alhajas, las que empezó á defender llorando como un recién nacido, á falta de otro argumento.

Pero Lemos era un calavera de buena ley, inconmovible ante ruego alguno.

—O suelta ó le suelto yo un moquete que lo deslomo, exclamó al fin casando al cura de las mechas.

Convencido ante el poderoso argumento y la terrible amenaza, el cura Risso soltó las prendas y se retiró á un rincón, donde empezó á llorar amargamente.

Y era desagradable en extremo el contraste que formaban, el cura llorando de aquella manera, y los oficiales riendo con un estruendo infernal.

Una vez que Lemos hubo contado su ganancia, empezaron á hacerle tal titeo, que el cura no pudo resistir más y salió de aquel infierno, pidiendo que le devolvieran para el viaje, siquiera medio funeral del Chacho.

Pero ¡ qué le iban á devolver aquellos desalmados !

—Muy buenos momentos que me he de pasar con esta santa plata, dijo Lemos saliendo, y en cuanto á las alhajas, si ellas pertenecen á una imagen de santa, á mí me servirán para conquistarme los favores de muchas otras, que por lo menos tendrán el mérito de ser de carne y hueso.

¡ Quién me proporcionará la bolada de un cura como éste todas las semanas ! daría un cincuenta por ciento de comisión, sin el menor remordimiento.

El cura Risso, viendo que se alejaba su venturoso adversario, salió tras él, ofreciéndole la vida eterna por un poco de plata ; pero todo fué inútil, porque Lemos respondió con una furiosa risotada.

Cumplidos todos sus deberes, con su viejo compañero, la Chacha regresó á La Rioja, para hacerse cargo siquiera de los pocos bienes que le habían quedado.

Chacho tenía la casa donde vivían en la ciudad y algunas chacras que, por su buena situación, valían algunos miles de bolivianos.

Estas chacras, como una suerte de estancia que también poseía ,las tenía dadas á algunos para que las trabajaran á medias, siendo el producto de ellas con lo que tanto tiempo se había sostenido.

Pero una vez muerto el Chacho, aquellos amigos se hicieron fuertes á no haber modo de sacarles un peso, y lo que es peor se hicieron fuertes con la tierra misma, alegando que habían pagado

por ella á Chacho, en sus necesidades, más de lo que ellas valían presentando al efecto, recibos firmados á ruego de Peñaloza y legalizados por cuatro ó seis testigos.

¿Qué iba á hacer la pobre Chacha, con todas las autoridades puestas por el ejército nacional, y vueltas contra ella por el solo delito de ser la mujer del montonero Peñaloza?

Aquellos con cuya amistad más contaba ella, se habían vuelto sus peores cuchillos y se habían ligado con los que querían explotarla.

—¡Todo esto se lo debo al compadre Vera! exclamaba la pobre, cuya miserable traición ha sido causa de la muerte de mi hombre, y de la situación desesperante en que me encuentro.

Chacha acudió á su casa, á su casa adonde tenía muebles que vendidos le darían con que comer algún tiempo.

Pero su casa y sus muebles, como sus tierras, estaban en poder de antiguos y buenos amigos, que resistían la entrega de todos modos.

—A mí me debe el Chacho tantos miles, decía uno, y me dejó en pago de ellos los muebles.

—Yo le presté sobre su casa, antes de irse la última vez, tantos otros, agregaba aquél y como en ellos está empeñada la casa, no la devuelvo mientras no se me devuelva la plata: así si quiere casa, Chacha, afloje la bolsa.

—¿Pero qué bolsa he de aflojar? exclamaba la infeliz, si nada tengo, si todo me lo han quitado como ustedes me han quitado mis casas y mis muebles.

Y fué á quejarse á la autoridad, pero no encontró quien le hiciera justicia, ni quien le hiciera entregar nada de lo que le pertenecía.

Muerto el Chacho no tenían ya á quien temer, ni quien viniera á forzarlos para que entregara los bienes de la Victor.

La acogida que no había hallado entre sus amigos pudientes, entre aquellos mismos que habían empujado á Chacho á la revuelta, entre aquellos á quienes tanto había favorecido el noble caudillo, la halló la Victor en el pueblo, en aquel pueblo noble y viril que había rodeado á Chacho y acompañado en sus momentos más angustiosos derramando su sangre por la causa de todos.

Aquellos leales ponían á su disposición cuanto tenían, disputándose el honor de partir con ella su miseria, llevándola á su casa.

Y Chacha, agredecida, empezó á pasar los últimos meses de vida, en la casa de todos, pues á todos quería complacer.

La pérdida de Chacho, por una parte, y el desencanto terrible que había pasado con aquellas personas que más leales creía; el robo de que había sido víctima y la horrible miseria en que quedaba, concluyeron con la salud que ya los años habían empezado á quebrantar.

Al cabo de poco tiempo, la Chacha, que no era ya más que un cadáver animado, moría de miseria y de dolor en el rincón de una de aquellas casitas amigas donde había pasado sus últimos meses.

Y fué tal el abandono en que había vivido esta infeliz, que solo al mucho tiempo de sucedido, vino á saberse de qué manera y cómo había muerto la viuda del General Peñaloza.

LA SOBERBIA DEL VALOR.

No queremos terminar la historia del Chacho, que con tanta minuciosidad hemos referido, sin narrar, aunque no á grandes rasgos, la muerte del comandante Linares, que en muchas ocasiones, según lo que hemos contado en diversas páginas de este romance, hizo palidecer las mismas ferocidades del tremendo Iseas.

Estos han sido los dos tigres aparecidos en la guerra de montoneros, cuyas iniquidades no se borrarán jamás en las leyendas de las provincias.

Y aquellos dos hombres que tanto crimen cometieron en los desamparados pueblos del Norte, y en quienes los montoneros tuvieron los más crueles y sangrientos enemigos, eran jefes provincianos que se habían plegado al gobierno nacional, porque así podían satisfacer sus instintos feroces, gozando de posición militar y de sueldo.

Comparando estos dos bárbaros, era Linares tal vez más feroz que Iseas, porque era un hombre de más carácter y de más valor personal; cosa extraña, porque generalmente esta clase de criminales son siempre cobardes, exageradamente cobardes.

Linares no conocía un placer más grande que entrar á aquellos pueblitos miserables á azotar las mujeres y ahorcar los hombres en los más altos algarrobos.

Aquella que se negaba á satisfacher sus amores, por bella y por delicada que fuera la hacía azotar, como podia azotarse á un soldado, por los mismos soldados.

Y á la que accedía á sus pretensiones por terror, prefiriendo la afrenta al martirio, no por esto era más feliz, pues siempre Linares había de hallar pretexto para azotarla, después de haberle robado cuanto tenía.

Los maridos, padres ó hermanos de las mujeres hermosas, por

el solo delito de serlo, eran tratados con ferocidad inaudita: ferocidad que tenían que soportar mansamente, si no querían morir colgados en un algarrobo.

Los oficiales y aun los soldados de Linares, gozaban de las mismas prerrogativas que su jefe: hacían lo que les daba la gana, disponían de vidas é intereses en los pueblos donde entraban sin que nadie les digera una palabra.

Al contrario, las más bárbaras escenas soldádescas, encontraban siempre en él al primer instigador.

Los jefes del ejército repudiaban á Linares como habían repudiado á Iseas, pero ellos en vez de quejarse de esto, se felicitaban íntimamente, porque les dejaban en mayor libertad de acción.

Así Linares campeaba solo por sus respetos, con el regimiento que la Nación había puesto en sus manos y los que ellos formaban por cuenta propia, pues los bandidos de todas partes, alentados por el pillaje y el robo, acudían presurosos á aumentar sus filas.

Con semejantes elementos, cuando Linares llegaba á encontrar una partida de montoneros se lanzaba sobre ella con un encarnizamiento de hiena.

Bravo él hasta lo imponderable, y bravos los bandidos que lo acompañaban, era inútil disputarle el triunfo.

Linares vencía al fin, costara lo que costara, siendo inútil añadir que no se salvaba uno solo de los vencidos prisioneros: todos eran pasados á cuchillo ó ahorcados.

Por eso es que contra Linares los montoneros combatían con desesperación, hasta el último aliento.

Sabían que dejarse vencer, era lo mismo que estirar el cuello al puñal, y combatían de una manera tremenda, pues combatían por la vida.

Riojano Linares, los chachistas le tenían más odio que á todo el resto del ejército.

Estos tenían una razón siquiera para hacerles la guerra: obedecían á un gobierno que los había mandado para hacerla, mientras que aquél, obedeciendo solo á sus instintos feroces exterminaba á aquellos á cuyo lado debían de haber combatido siempre contra el enemigo común.

Había por esto muchos jefes montoneros, que se habían señalado como única misión perseguir á Linares y combatir contra él hasta despedazarle las tropas y tomarlo prisionero, pues de esta manera se libraban del más tremendo y encarnizado enemigo.

El jefe que con más constancia y afán perseguía á Linares era un coronel Medina, jefe muy prestigioso y bravo, que había jurado no parar hasta no encontrar la división de Linares y deshacerla.

—Y el día que yo agarre á ese bandido, decía, juro no reposar

hasta no darle una muerte harto horrible: lo he de matar á pedazos.

¿Qué motivos había para que este jefe noble y caballeresco pensára de aquella manera respecto á Linares?

Es que Linares en una de sus entradas á los pueblos de La Rioja, había tomado á una hermana de Medina, y después de someterla á los vejámenes más brutales le había dado una muerte horrible.

Le había cortado la cabeza y había hecho colgar de un algarrobo cuerpo y cabeza.

Medina tuvo todos los detalles de este bárbaro crimen y se lanzó en busca de Linares, con el propósito de no detenerse hasta no hallarlo y hacer con él, por lo menos, lo que éste había hecho con su hermana.

Pero, no pudo hallarlo, porque Linares se había alejado, á cometer sus iniquidades por otros rumbos.

Jefe del Chacho, Medina no atendía más que á buscar á Linares: era el único objetivo de la división de su mando.

Si encontraba alguna otra fuerza, le sacaba el cuerpo aún á riesgo de pasar por cobarde, porque decía, que desde la infamia de Linares tenía miedo de morir sin haberse vengado.

—Como no quiero morir sin haber castigado aquel crimen, hasta que no satisfaga esta ambición, no pelearé ni con el enemigo más infeliz.

Linares, por su parte, le sacaba el cuerpo á Medina, no porque le tuviera miedo, porque él no temía ni á nadie ni á nada.

Decía que no quería hacerle el gusto y que tenía otras cosas más importantes de qué ocuparse.

Muerto Chacho, Medina fué el único jefe que no depuso las armas.

Ignorado, porque su ejército se reducía á un par de regimientos, emprendió la caza de Linares con más empeño que nunca.

Mas tarde habían alzado el poncho otros caudillos como Saá, y Varela, y Linares, como los demás jefes del ejército nacional, no pensaron ya más en los pocos restos que habían quedado de la montonera de Chacho, dedicándose á combatir con aquellos que se presentaban amenazando encender una nueva guerra en toda la República.

Linares, preocupado con éstos y con sus ferocidades, no pensó ya más en Medina; en Medina que, sin olvidar su venganza, lo buscaba cada vez con mayor encarnizamiento.

Temeroso de encontrarse con una fuerza superior de la que andaba en demanda de Varela, no quiso abandonar la provincia de La Rioja.

Por otra parte, allí era donde merodeaba Linares, y allí era donde tarde ó temprano tenía que sorprenderlo.

Querido y prestigioso, Medina tenía consigo los mejores rastreadores que andaban diseminados buscando la pista de Linares, con una tenacidad estupenda.

Era indudable que en cuanto aquél cayera en territorio riojano, tendría que tropezar con Medina.

Uno de tantos días, Medina recibió de sus rastreadores una noticia que, según dijo, le hizo rejuvenecer en veinte años.

El comandante Linares había entrado á La Rioja por Valle Fértil, y según parecía, se dirigía á la capital.

—¡A la capital del otro mundo! exclamó Medina alegremente: ahora es preciso que no se escape, y ya que el destino lo trae entre nosotros, que no se vaya sin vernos la cara.

Y marchó en el acto hácia el punto donde le decían hallarse Linares.

Éste, en cuanto pisó La Rioja, supo que Medina no había dejado de buscarlo un solo día y que había jurado hacer con él toda clase de herejías.

Y resolvió á su vez combatir con él y terminar al fin con aquel enemigo que tanto ansiaba su muerte.

¿Qué podía temer, llevando tropas superiores á las de Medina, y considerándose superior él mismo?

Buscándose los dos enemigos no podían tardar y no tardaron en encontrarse, experimentado un sentimiento de verdadero placer al avistarse sus vanguardias.

—¡Es el único día feliz de mi vida! exclamó Medina tendiendo su línea de batalla.

—Un nuevo día de entretenimiento, dijo Linares á los suyos: al fin voy á darles pescuezos donde desentumir las manos; y alentó á sus bandidos con la promesa de un saqueo en La Rioja.

El combate empezó con todo el encarnizamiento consiguiente de dos enemigos que hacía tanto tiempo se buscaban sin poderse encontrar.

Aunque los de Linares tenían armas de fuego, no hicieron uso de ellas sino en el primer momento, cargando en seguida á sable y lanza.

Los gauchos de Medina eran bravos, muy bravos, y casi todos ellos iban animados de un odio profundo hácia Linares.

El que no tenía que ejercer una venganza personal por iniquidades de que había sido víctima su familia, acompañaba á Medina para concluir con aquellos bandidos, azote de todos los pueblos.

De modo que todos ellos eran soldados con los que Medina podía lanzarse á un combate sin cuartel, en la seguridad de que habían de pelear hasta el último momento, aún derrotados.

Los choques se producían uno tras otro, hasta que el que había cargado se retiraba, pero para volver á cargar de nuevo con más brío, con más deseo de arrollar al enemigo.

Aquel era un combate legislativo, pues las dos divisiones parecían dispuestas á no ceder hasta no haber exterminado á su enemigo.

La gente de Medina, más briosa, más voluntaria, más convencida tal vez de su superioridad, cargaba de una manera imponderable, arrollando á los de Linares y haciéndolos perder terreno.

Las bajas de ambas tropas eran numerosas y amenazaban serlo más, porque ninguno se hallaba dispuesto á ceder en su pretensión de triunfo.

Pero los de Linares habían perdido mucho terreno insensiblemente y empezaban á acobardarse perdiendo el brío.

Medina empezó entonces á alentar á sus tropas de todos modos.

—¡ Firmes, muchachos ! ¡ firmes ! les decía : ¡ firmes, que ya la canalla afloja y es cuestión de muy poco más !

Linares, con la desesperación de la derrota, animaba á los suyos también de todos modos, pero inútilmente : ya era tropa acobardada que difícilmente había de reaccionar.

Viendo aflojar tan feo, los de Medina cargaron más la mano, cerraron contra ellos con tal ímpetu, que los de Linares, no pudiendo resistir más el empuje del enemigo, dieron media vuelta decididamente y huyeron desesperados en diversos pelotones, para dificultar en lo posible la persecución de muerte que seguiría á la derrota.

Linares, desesperado y dominado por la ira, se lanzó en una carrera vertiginosa.

Bien montado como estaba, sería difícil que lo alcanzaran antes de la caída de la noche, y una vez que llegara la noche ya no lo encontrarían más.

—A él, y nada más que á él, señalándolo á uno de sus comandantes de escuadrón que se lanzó como un rayo detrás de Linares después de haber recibido esa órden.

—Traigamelo vivo, haga lo que haga, yo lo quiero vivo para poder descuartizarlo poco á poco.

Aquel oficial, como todos los soldados de Medina, sabían el interés que éste tenía en tomar vivo á Linares.

—Y lo tomaremos, dijo á los suyos, aunque tengamos que correrlo un mes : ¡ firmes, pues, y á quedar bien con nuestro jefe !

Linares, montado en un caballo soberbio, había ya ganado gran ventaja cuando emprendió su marcha el escuadrón que iba á prenderlo.

Pero es que sus perseguidores iban tan bien montados como él, y llevaban la ventaja de poder mudar caballo en cualquier parte, una vez cansado el que llevaban.

Él no podía hacer esta operación, porque conocido y odiado en todas partes, no solo no le hubieran dado caballo para mudar, sino que, al verlo solo y huyendo, tal vez se les ocurriera apretarlo para entregarlo á Medina si es que no lo asesinaban.

Una vez cansado su caballo, no tenía otro recurso que huir á pié y como Dios lo ayudara.

Al caer la noche, Linares, sintiendo postrado su caballo y considerando que si seguía en él sería alcanzado dos ó tres horas más tarde, desmontó, sacó las pistolas que llevaba sobre el caballo y ganó á pié el próximo bosque de algarrobos, internándose en él rápidamente.

Quería ganar tiempo á toda costa, porque sus perseguidores, al ver solo el caballo, tal vez se detendrían á buscarlo en los alrededores, mientras él, andando siempre, ganaría tiempo, y ganando la sierra y oculto siempre entre las espesuras, tal vez pudiera pasar á Chile.

Linares no contaba con que el oficial que lo seguía, llevaba en su escuadrón dos rastreadores, que imposibilitarían su fuga, aclarando cualquier duda que respecto á dirección pudiera tener el oficial.

— Éste había llegado al paraje donde desmontó Linares, hallando al valiente caballo, que no había tenido fuerzas para moverse de allí.

—Aquí ha de estar el hombre; pero el diablo que lo encuentre de noche.

—Esperemos á mañana y obraremos con más seguridad, dijo uno de los rastreadores.

De todos modos á pie no puede ir muy lejos aunque camine toda la noche, y una vez que le tomemos el rastro no tardaremos en caerle encima.

No podía pensarse de una manera más cuerda, y el oficial aceptó la idea en el acto.

—En vez de andar vagando á ciegas y sin poder obtener resultado alguno, dijo, descansaremos toda la noche; así descansarán también nuestros caballos y mañana nos pondremos en marcha con plena seguridad de un buen y rápido resultado.

Así, mientras Linares se despedazaba los pies, recorriendo aquellos estrechos senderos, agoyando, descansaban por el hambre y la fatiga, sus perseguidores con la mayor placidez y tranquilidad.

Al otro día ya no pudo más: la materia empezó á imponerse al espíritu y por grande que fuera el deseo de avanzar siempre, Linares tuvo que sentarse al fin á descansar.

Los rastreadores habían hallado su pista, y la seguían con una actividad pasmosa.

—Poco nos ha de faltar, exclamaban: ¿adónde va á ir á pié que no lo alcancemos?

Lo que hay es que eran tan escabrosos los parajes por donde se metía Linares á pié, que muchas veces tenían que dar grandes rodeos para volver á tomar la pista y seguirla exactamente.

El fugitivo había descansado una gran parte de la mañana, y vuelto á seguir la marcha con más empeño que nunca.

Le parecía que había perdido ya casi toda la ventaja obtenida y quería recuperarla á toda costa.

La noche vino felizmente en su ayuda, cuando ya las fuerzas empezaban á faltarle.

Y para mayor seguridad se trepó sobre un algarrobo, de manera que si sus perseguidores habiendo seguido su pista llegaban allí, pasasen de largo sin verlo.

Pero éstos habían hecho alto también al llegar la noche, para no perder la pista extraviándose en un falso rumbo.

Perseguido y perseguidores, hicieron pues, alto para descansar y proceder al segundo día con mayor seguridad y calma.

Por más distancia que llevase Linares, aun suponiendo que no hubiese reposado un minuto desde que emprendió la fuga, era indudable que aquel día debían alcanzarlo.

Y así sucedió en efecto: al día siguiente, y cuando ya el calor de la siesta hacía imposible toda marcha, Linares fué visto por sus perseguidores, quienes prorrumpieron en un grito unánime de alegría: llegaban por fin al término de tan fatigante jornada.

Los gritos aquellos llegaron á oídos de Linares que se había sentado á descansar á pocas cuadras de distancia y quien al verse tan próximo á sus enemigos se puso de pié y echó á correr con una rapidez vertiginosa.

Parecía imposible que aquel hombre hiciera tres días y tres noches ya, que no descansaba ni tomaba alimento alguno.

Corría con una velocidad extraordinaria, saltando los obstáculos que encontraba al paso.

Sus perseguidores, viendo la inutilidad de esfuerzos tan pasmosos, lo seguían con toda calma, seguros de que el alcanzarlo era ya una simple cuestión de minutos.

Linares hacía esfuerzos tremendos: corría con una desesperación suprema, perdiendo siempre terreno y quedando ya tan solo á varas de sus enemigos.

Viendo éstos que ya no había vuelta para Linares, echaron pié á tierra y lo cerraron en un círculo que empezaron á estrechar poco á poco, como si trataran de acorralar á un tigre.

Y tanto se le acercaron, que ya no fué cuestión más que de estirar la mano y tomarlo del cuello.

En tan tremendo momento, Linares, convencido de que no había ya remedio, echó mano á la cintura, buscando sus pistolas, pero se hallaba tan postrado por el hambre, la sed y el cansancio de aquellas últimas cuadras, que no tuvo fuerzas para sacarlas.

—Es inútil todo esfuerzo, amigo: entréguese preso al coronel Medina.

Una inmensa expresion de agonía cruzò como un relámpago en la mirada de Linares y apenas pudo hacer un ademán de súplica.

—No tiene que pedir, porque nada le hemos de hacer, le dijo el oficial, que lo había entendido: tenemos órden de llevarlo vivo y con las mayores consideraciones: no se asuste, amigo, y salte en ancas.

Fué necesario montarlo porque ya el hombre estaba extenuado, y se emprendió inmediatamente la marcha de incorporación á Medina.

Aquella noche desmontaron para pasarla en descanso, porque ya después iban á hacer la marcha de una sola jornada.

Linares, que ya lo había perdido todo y que no tenía nada que temer, durmió toda aquella noche de un solo tirón, y sin querer aceptar algunos bocados que le brindaron.

Hacía mucho tiempo que no dormía de una manera tan plácida.

Al otro día se encontró fuerte y despejado; levantó un poco el ánimo y empezó á trabajar al oficial, por todos los medios á su alcance, para que lo dejara escapar.

Pero el oficial se le rió sencillamente en las narices, diciéndole que no fuera tonto.

Y tan enérgica y firme era esta respuesta, que Linares, convencido de que no tenía más remedio que resignarse á su suerte, dobló la cabeza y no volvió á pronunciar una palabra durante el resto de la marcha.

Cuando llegaron adonde estaba Medina, éste acababa de sentarse á la mesa, rodeado de todo su estado mayor.

Por fin los dos enemigos se hallaban frente á frente, el uno á merced del otro.

Linares, no queriendo demostrar á su vencedor la más mínima debilidad, se irguió á su presencia, imprimiendo á su mirada toda la fiereza de que era susceptible su espíritu bravo.

Y aquellos dos hombres se miraron en medio de un relámpago de muerte.

—¿Qué tal, compañero, preguntó Medina, parece que nos ha llegado el San Martin, eh?

—Parece que sí, respondió Linares con insolencia, pero poco me importa: es un San Martin que tarde ó temprano á todos nos ha de llegar.

—Había hecho juramento de no descansar hasta tenerlo así en mis manos para hacer una carbonada, y parece que Dios me ha oído.

—Dios ó el diablo, lo mismo dá: hace usted bien de felicitarse, porque en caso idéntico yo hubiera hecho lo mismo.

—Me gusta la franqueza, pero siéntese y coma, que una cosa no impide la otra, y yo no lo he de hacer matar hasta que no concluya de comer y tal vez hasta mañana, porque ya es muy tarde.

—Agradezco la fineza y la acepto porque tengo mucha hambre; hace diez dias que no como.

Y se sentó en la silla que le ofrecia uno de los oficiales, con la mayor tranquilidad de este mundo.

Linares sabía que Medina no lo perdonaría por nada de este mundo y sin embargo permanecía indiferente y como si no corriese tal peligro.

No podía darse una prueba de valor más natural y espontáneo.

Medina hizo venir á Linares, y le preguntó con cierta ironía:

—Confiese compañero, que usted no se portaría así conmigo: ¿qué haría usted si se hallase en mi situación? Vamos á ver si es franco.

—Confieso que si usted hubiera caído en mis manos á esta hora estaría colgado de un algarrobo: no había de haberle hecho yo tantos cumplimientos ni tantos remilgues: lo habría degollado en el acto.

—Me gusta la franqueza, pero no soy partidario del mismo procedimiento.

—Cada cual con su capricho, y venga un poco de ese guisote, que está muy rico.

Y estiró el plato para que volviera á servirlo y siguió comiendo con una indiferencia glacial: aquello era el colmo de la bravura.

Y así estuvo todo el tiempo que duró la comida, haciendo á Medina burla de su procedimiento.

Medina, lejos de irritarse, hizo á su enemigo toda clase de agasajos, y tratándolo como podía haber tratado al mejor de sus amigos.

Cuando terminó la comida, encendiendo un cigarrillo, preguntó Linares, como si se preparase á ir á un baile:

—Diga, amigo, ¿la fiesta va á empezar sobre tablas, ó tendré tiempo de pitarme este cigarrillo?

—Ese y otro más, respondió Medina sonriendo, no quiero que usted pueda llevar al infierno la menor queja de mí.

Tiene toda esta noche para pitar cuantos cigarrillos quiera y para hacer su testamento.

—No esperaba tan famosas consideraciones, repuso Linares; pero ya que las quiere tener conmigo, las aprovecharé.

Hágame dar un poco de papel y todo lo necesario para el caso.

Medina hizo alcanzar á Linares todo lo que pedía, y dijo que lo dejaran tranquilo entregado á sus meditaciones.

— Poco tengo que pensar, y la noche es muy larga, respondió aquél.

Dígame, ya que tan complaciente está conmigo, ¿cómo me vá á matar?

—De la manera más feroz que me sea posible, contestó Medina riendo.

Tengo el proyecto de carnearlo vivo y hacerlo degollar después que haya apurado una agonía de tres días por lo menos.

—¡Soberbio! es usted un digno enemigo mio: yo hubiera hecho más: lo hubiera ido asando lentamente y á medida que lo carneaba; pero no importa, aún tiene tiempo de adoptar mi procedimiento.

Como se vé, Linares, en el colmo del valor, trataba hasta de irritar al enemigo en cuyas manos se hallaba.

Medina, á pesar de todo, era mucho menos feroz que Linares, y á pesar de los motivos de venganza que tenía, era incapaz de hacer lo que había dicho.

Esto mismo digeron à Linares, quien respondió:

—Pues es un imbécil, porque yo haría todo lo que acabo de decir.

Lo iría cortando en pedazos y lo obligaría á él mismo á que los fuera asando.

Aquella noche la empleó Linares en conversar alegremente, hacer su testamento y escribir algunas cartas para su mujer y su hijos.

En estas cartas ponía en ridículo á Medina y aseguraba que era un imbécil que ni siquiera sabía vengarse.

El hizo que le leyeran á Medina esas mismas cartas, porque estaba seguro que era tan imbécil que las mandaría.

A pesar de todo, Medina fué más humano de lo que podía esperarse del hombre más bondandoso.

Dió órden que fusilaron à Linares, después de darle en su nombre este recado:

Que si no hubiera sido él tan feroz con su hermana, tal vez le hubiera perdonado; al menos no le hubiera hecho una persecución tan tenaz y larga.

Pero que había sido un tigre con una pobre niña que ningún mal le había hecho, y que si podía dispensarle las torturas con que lo había amenazado, no alcanzaba su magnanimidad ni su derecho mismo hasta perdonarle la vida.

—Dígale usted á ese maula, contestó Linares, que es un imbécil; que si yo estuviera en su lugar, si él hubiera caído en mis manos, otra cosa haria yo, porque á estas horas le habia de haber quitado ya hasta las ganas de resollar.

Dígale que yo le garanto que si hay algún asustado con motivo de mi muerte, ha de ser él y mi muerte misma, no yo, que los desprecio á ambos con toda la fuerza de mi alma.

Y empezó á conversar con los oficiales que lo rodeaban, refiriéndoles episodios interesantes de su vida, que no eran otra cosa que las mil monstruosidades que estaba habituado á cometer.

Y como si hubiera querido irritar á Medina y provocar su crueldad, refirió con gran minuciosidad la triste historia de la hermana de ese jefe, de qué manera había hecho con ella cuanto había querido y cómo en seguida la había mandando colgar de un algarrobo ayudando personalmente la operación.

—Pero si era tan buena y tan inofensiva, preguntó un oficial, ¿por qué procedió tan cruelmente con ella?

—Para hacer rabiar al hermano y entretenerme un poco de esa manera, respondió Linares: es tan lindo ver la cara de uno que se está ahorcando!

Algunos contaron á Medina lo que hablaba Linares, pero Medina les hizo guardar silencio diciéndoles:

—No me digan una palabra más de ese hombre, porque no quiero quebrantar el propósito que he hecho, de no dejarme arredrar por la sed de venganza que siento en mi espíritu.

No me cuenten lo que dice, porque no quiero dar el triste espectáculo de despedazar á un hombre por mis propias manos.

Que lo fusilen no más por la espalda como he mandado, y á las diez de la mañana.

Viendo Linares que no se le hacía caso y que iba á morir fusilado, como cualquier hijo de vecino, pidió una guitarra y se puso á cantar tiernas endechas y coplas de una zafaduría imponderable.

—Ya que no he podido lograr que la muerte me agarre peleando, que siquiera me agarre cantando, para recibirla con los honores que merece persona que nos visita una sola vez en la vida.

Y siguió cantando cada vez con mayor animación y bríos.

O el valor de Linares era prodigioso ò aquel hombre estaba seguro de escapar al cumplimiento de la órden de Medina; de otro modo era imposible que hubiera estado tan alegre y jaranista.

A la hora fijada por Medina, las tropas habían formado un gran cuadro en un descampado que había á pocas cuadras del sitio donde se hallaba.

La voz de haber caído Linares prisionero y que éste lo había mandado matar, había circulado por todos los pueblitos vecinos, con una rapidez telefónica, y de todos ellos había acudido gran cantidad de gente á verlo matar.

Inmensamente odiado de todos, en todas parte se recibía la noticia con verdadero alborozo, ensillando caballo á toda prisa los paisanos, para no perder un solo detalle de la muerte de aquel bárbaro.

Esto era lo único que mortificaba á Linares, que desde la noche anterior había estado escuchando la llegada de toda aquella gente y diciendo que venian á divertirse con su muerte.

—Por eso más que por nada, decía, siento que no me despedacen; hubiera querido que todos esos catingas vieran como moría un hombre como Linares; pero este pillo de Medina se venga dándome una muerte de mujer.

—¡No importa! ¡puede ser muy bien que todavía le pegue un susto que no esté en sus libros!

Esto hizo creer que Linares esperaba algún socorro de todos imprevisto, al extremo que los encargados de cumplirla, empezaron á prepararlo todo para ganar tiempo.

Linares empezó á marchar al sitio donde se había formado el cuadro, cada vez con más serenidad y mayor insolencia.

Cuando llegó allí, se levantó de entre la muchedumbre un formidable clamoreo, con que se aplaudía la muerte de aquel bandido.

Linares quiso prorrumpir en mil denuestos é injurias, pero su voz fuè ahogada por aquella infernal gritería, no pudiéndosele escuchar una sola palabra.

El pueblo allí aglomerado, pedía para el asesino mil tormentos, á cual más bárbaro, siendo necesario que la tropa se interpusiera, para que no hubiera allí un acto de justicia popular.

Linares sonreía provocando á aquel gentío, y diciendo al oficial que mandaba la custodia:

—¡Déjelos, hombre, déjelos, á ver qué hacen estos perdidos! Tendría curiosidad de ver como se manejan...

Pero el oficial no respondía una palabra, resuelto á cumplir á toda costa y exactamente, las órdenes que había recibido.

Linares llegó al centro del cuadro siempre sonriendo y con la mayor tranquilidad.

Pero viendo que allí no había banquillo ni cosa parecida, preguntó con cierta insolencia:

—¿Y en dónde me he de sentar? ¿por qué no han hecho un banquillo ó algo que se le parezca?

—Porque aquí es inútil el banquillo, respondió el oficial, de modo que pudieran oírlo los grupos más próximos; usted va á ser fusilado por la espalda y los que mueren de esta manera no se sientan: basta con que se arrodillen.

Un nuevo clamoreo más intenso, más nutrido que el primero, se levantó de entre aquella multitud, aplaudiendo este detalle.

Linares, ante semejante revelación, saltó atrás como un tigre, é hizo un esfuerzo poderoso por romper las ligaduras que le sujetaban las manos.

—¡Por la espalda se fusila á los traidores! gritó, con el rostro alterado por una palidez cadavérica, ¡y yo no soy un traidor!

—Pero se fusila á los cobardes que es lo mismo.

—¡Yo cobarde; gritó Linares en el colmo de la desesperación— ¡yo cobarde! ¡ah! suéltenme las manos y dénme una lanza, á ver si hay alguno capaz de parárseme delante.

¡Yo cobarde! ¡y á ustedes mismos les he roto el alma quinientas veces!

Quiero que me fusilen de frente, como se fusila á un soldado.

—¡El que asesina mujeres indefensas, es un cobarde! dijo el oficial que mandaba el cuadro.

El valor no está solo en saber pelear, y además, en el último encuentro usted disparó como un gamo.

Linares haciendo rechinar los dientes se lanzó sobre el oficial, y no pudiendo valerse de las manos, quiso emprenderla á mordiscones y patadas, pero fué contenido por los tiradores.

—¡ Por el pecho! gritaba: ¡ fusílenme por el pecho! gritó.

Y sus ojos inyectados de sangre y su boca entreabierta y jadeante le daban un aspecto tan feroz, que la multitud calló como por encanto.

—¡ Por la espalda y de rodillas! gritó entonces el oficial, viendo que esto desesperaba á Linares.

—¡ Nunca! ¡ nunca! primero han de hacerme pedazos que consentir que me fusilen por la espalda: ¡ no tendrán ese gusto, no!

Y se tiró de espaldas al suelo presentando el pecho á los tiradores.

—Todo esfuerzo que haga será inútil, dijo el oficial, pues yo, pese á quien pese, he de cumplir las órdenes recibidas.

—¡ No podrás! volvió a gritar Linares, porque conmigo ni el mismo diablo ha podido.

Entonces se inició una lucha repugnante entre Linares y los soldados, que pugnaban por mantenerlo de rodillas, mientras él se dejaba caer de espaldas.

Fué entonces que llegó Medina, á cuya presencia todos se separaron dejándolo acercar á Linares que luchaba con desesperación creciente.

—Ya sabía yo que había algo que te dolería más que si te despedazaran, y algo que no se te había ocurrido!

¡ Vás á morir por la espalda como los cobardes, cobarde! ¡ así lo juré y así lo cumplo!

Aquellas palabras fueron recibidas con estruendosas manifestaciones de júbilo.

—¡ Como cobarde, sí, que muera como cobarde! gritaban de todas partes.

—¡ Veremos si pueden! gritó Linares, desafiando á una nueva lucha.

— Podré, y sin gran fatiga, respondió Medina: todo será cuestion de un poco de paciencia: espera.

Medina que era un hombre de ingenio y que sin duda lo había previsto todo, hizo clavar una cantidad de estacas alrededor del cuerpo de Linares, mandando al mismo tiempo algunos soldados, preparan sus maneadores.

Hecha esta operación, hizo agarrar á Linares, lo sentó en el suelo, y lo hizo amarrar á las estacas por todos lados, de manera que permaneciera en la posición de sentado, perfectamente asegurado.

Linares, á pesar de sus terribles esfuerzos, no pudo hacer el menor movimiento, pues estaba allí como clavado.

—¿Qué tal? preguntó Medina con soberbia satisfacción: ¿podía ó no podía? te voy á fusilar por la espada, por cobarde!

Eran tales lo esfuerzos que hacía Linares, que los maneadores se le habían hundido en la carne.

Tenía los ojos saltados de las órbitas como si lo estuvieran ahorcando, y su boca estaba cubierta por una espuma rojiza.

Y la multitud reía estruendosamente, repitiendo las frases de por la « ¡espalda y por cobarde! », que llegaban á los oídos de Linares como algo infernal.

—¿No te lo dije? preguntó Medina poniéndosele por delante —el cobarde asesino de Dolores tenía que morir como tal: si es preciso convencerse que hay una justicia de Dios sobre la tierra!

Linares hizo un último y dolorido esfuerzo, pero inútilmente —ni siquiera pudo hacer el más leve movimiento.

—¡Cuatro tiradores á la espalda del cobarde! gritò Medina, y que ni siquiera se le haga el honor de oír las voces de mando.

Y habiéndose retirado Medina, sonó la descarga: el cuerpo de Linares se estremeció de una manera poderosa, y dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho.

Le habian hecho fuego á quema ropa y la muerte había sido instantánea.

Era tal el ódio que había sabido inspirar Linares, que cuando Medina y la tropa se retiraron, el pueblo rodeó el cadáver del bandido, recreándose en su contemplación y golpeándolo muchos de ellos.

Este fusilamiento fué recibido con muestras de general satisfacción, aún por el mismo ejército nacional á quel Linares pertenecía.

Los jefes se trasmitían la noticia unos á otros, dándose las más cordiales felicitaciones.

—Tengo que darle una buena noticia, decía uno, que hoy es general, á otro de los más importantes jefes del ejército: Medina nos ha hecho el favor de fusilar á Linares.

Esta fué la oración fúnebre que obtuvo en el campo de sus amigos.

FIN.

ÌNDICE

